Una historia épica de amor, guerra y redención.
El relato de un amor imposible en la Corea
de principios del siglo XX.
BESTIAS DE UNA PEQUEÑA TIERRA
Juhea Kim
QUATERNI

Dedicatoria

Para mi madre, Inja Kim, y mi padre, Hackmoo Kim

어머니와 아버지께 드립니다

Contenido

Cubierta
Página del título
Dedicatoria

Prólogo: El cazador

Parte I
1. Cartas secretas
2. Luna
3. Algo para recordar cuando estás deprimido
4. El huérfano
5. El amigo de Shanghai
6. El desfile
7. La fuga
8. Por fin he conocido a la persona adecuada
9. La Marcha
10. El tono más oscuro de azul

Parte II
11. Jungho habla
12. Una propuesta de matrimonio
13. Izquierda y derecha
14. Algunos hombres son buenos y algunos hombres son malos
15. Aves nocturnas
16. Porque eras tú, allí de pie
17. Café Cuerno de Mar
18. Noche lluviosa
19. Escarcha
20. Los soñadores

Parte III
21. Sombras moradas
22. Animales del zoológico

23. El principio del fin
24. Arándanos rojos
25. República

Parte IV
26. reloj de arena
27. El paseo

Epílogo: La mujer del mar

Expresiones de gratitud
Sobre el Autor
Derechos de autor
Sobre el editor

Prólogo

El cazador

1917

EL CIELO ERA BLANCO Y LA TIERRA NEGRA, COMO AL PRINCIPIO de tiempo antes del primer amanecer. Las nubes abandonaron su reino y descendieron tan bajo que parecían tocar el suelo. Pinos gigantes asomaban dentro y fuera del éter. Nada se movió o hizo un sonido.

Apenas distinguible en este mundo oscuro, una mota de hombre caminaba sola. Un cazador. Agachado sobre una huella de pata en carne viva, todavía suave y casi cálida, olfateó en dirección a su presa. El fuerte olor a nieve llenó sus pulmones y sonrió. Pronto, una ligera limpieza le facilitaría el seguimiento del animal, un gran leopardo, supuso, por el tamaño de la huella.

Se levantó en silencio como una sombra entre los árboles. Los animales se movían sin hacer ruido, aquí en su propio dominio, pero las montañas también le pertenecían a él, o mejor dicho, él, como los animales, pertenecía a las montañas. No porque fueran generosos o consoladores, porque ningún lugar en estos bosques era seguro para el hombre o la bestia. Pero él supo ser cuando estaba en una colina, respirar, caminar, pensar y matar, así como un leopardo sabe ser un leopardo.

El suelo estaba cubierto en su mayor parte con agujas de pino de color marrón rojizo, y las huellas eran pocas y distantes entre sí. En su lugar, buscó arañazos en los troncos de los árboles o lugares donde los matorrales quedaron perturbados de manera casi imperceptible, tal vez solo unos pocos pelos ralos atrapados en los extremos de una rama rota. Estaba cerrando la brecha entre ellos, pero aún no había visto a su presa en los últimos dos días. Hacía mucho tiempo que se había quedado sin sus provisiones, bolas de cebada gruesa condimentadas solo con sal. Había pasado la noche anterior en el tronco abierto de un pino rojo, mirando hacia la luna en forma de hoz blanca para no quedarse dormido. Pero el hambre y la fatiga hicieron que sus pies

fueran más ligeros y su cabeza más clara, y decidió que dejaría de moverse cuando cayera muerto, pero no antes.

Hasta el momento no se han dejado matanzas. Los conejos, los ciervos y otras bestias pequeñas se secaban en invierno, y era tan difícil para un leopardo como para las personas. En algún momento tendría que parar, y así lo iba a matar. Ambos necesitaban comida y descanso, pero él estaba decidido a aguantar más tiempo que su presa, tanto como fuera necesario.

Llegó a un claro, un círculo de pinos jóvenes apiñados lejos de una cresta rocosa. Caminó hasta el saliente y miró alrededor de las montañas circundantes en su invierno invernal de color carbón y verde ceniza. Las capas de nubes, arrastradas por el viento, quedaron atrapadas en las gargantas de las colinas y se hincharon como seda rasgada. Debajo de sus pies, hubo una caída en el salvaje abismo blanco. Estaba contento de haber sido conducido a este lugar. A los leopardos les encantaban los acantilados rocosos, y lo más probable era que allí hubiera una guarida.

Algo suave y frío tocó suavemente su rostro. Miró hacia el cielo y vio las primeras gotas de nieve. Ahora tendría que seguir más huellas, pero también tendría que encontrar al animal rápidamente y descender de la montaña antes de que la nieve se espesara. Apretó la empuñadura de su arco.

Si sus instintos eran ciertos, y el leopardo estaba justo debajo de él en su guarida al costado del acantilado, no tendría que luchar para encontrarlo por más tiempo. Pero tendría que esperar en ese lugar hasta que volviera a salir, lo que podría ser dentro de una hora, o dentro de tres días. Para entonces, la nieve le pasaría por encima de la cabeza mientras estaba de pie. Se convertiría en nieve, roca y viento, sus entrañas alimentarían al leopardo y su sangre nutriría a los pinos jóvenes, por lo que bien podría no haber tenido nunca una vida allá abajo como humano entre otros humanos.

En esa vida, había sido soldado en el Ejército Imperial, elegido cuidadosamente entre los mejores arqueros del país. Nadie podía superarlo con un rifle o un arco. Lo llamaron Tigre de PyongAhn, por un viejo dicho sobre las personalidades de cada provincia. Por supuesto, había bestias feroces en cada montaña y bosque en la pequeña tierra que incluso los antiguos chinos llamaban el País de los Tigres, pero el nombre le sentaba más a él que a los granjeros del Sur. Su gente nació cazadora, que sobrevivieron donde la tierra era demasiado empinada e implacable para labrar.

Su padre también había sido soldado bajo el magistrado de PyongYang. Cada vez que se saltaban el pago del ejército, su padre se había ido a las montañas. La mayoría de las veces traía caza menor (ciervos, liebres, zorros y faisanes), aunque a veces jabalíes, osos negros, leopardos y lobos.

Cuando era niño, su padre había matado un tigre él solo, y seis de los hombres más fuertes de la aldea tuvieron que venir a ayudarlo a llevar a la bestia montaña abajo. El resto de los aldeanos los rodearon en solidaridad mientras los niños corrían delante de la multitud, vitoreando. Una piel de tigre valía más que el salario anual de un soldado. Su enorme cuerpo fue enterrado en la plaza del pueblo bajo el árbol ginkgo, y de alguna manera las mujeres prepararon un festín de la nada, ese era su talento, y todos bebieron hasta saciarse del vino de arroz con leche.

Pero más tarde esa noche, sentado con las piernas cruzadas en el suelo de piedra caliente, su padre se puso serio. Nunca mates a un tigre a menos que tengas que hacerlo, dijo su padre con severidad.

Pero Padre, ahora somos ricos. Podremos comprar todo el arroz que necesitemos, dijo. El cabo de la vela parpadeaba modestamente, sin desafiar la oscuridad que los protegía a todos como una gruesa colcha de invierno. Su madre y sus hermanas menores estaban cosiendo o durmiendo en la otra habitación, y solo se oía el murmullo de las lechuzas en su caza.

Su padre solo lo miró y dijo: Has cazado liebres y faisanes desde que eras un niño.

Si padre.

Puedes derribar un faisán volando a cien metros de distancia.

Sí, padre, dijo con orgullo. Ya no había mejor arquero que él en todo el pueblo, a excepción de su padre.

Puedes disparar una flecha a un árbol a ciento veinte metros de distancia y disparar otra justo encima.

Si padre.

Entonces, ¿crees que puedes matar a un tigre? preguntó su padre. Quería decir que sí, y pensó que podía. Pero la voz de su padre al formular la pregunta ya le predecía que la única respuesta correcta era el silencio.

Muéstrame tu arco, dijo su padre. Se levantó y trajo su arco y lo dejó en el suelo entre ellos.

No puedes matar a un tigre con este arco por muy buen tirador que seas, dijo su padre. No es lo suficientemente poderoso a larga

distancia, y un tigre no es un faisán. Este arco solo puede llevar la fuerza suficiente para herir a un tigre si disparas desde veinte metros o menos. Para herir fatalmente, quince yardas o menos. ¿Sabes lo rápido que un tigre puede cruzar quince metros?

Admitió su ignorancia con silencio.

Un tigre mide tres metros desde la nariz hasta la punta de la cola y puede saltar sobre el árbol del pueblo si quiere. Para un tigre, saltar sobre esta cabaña es como saltar sobre un charco para ti y para mí.

Si le disparas al tigre demasiado pronto, solo lo lastimarás levemente y lo harás más feroz. Dispara demasiado tarde o falla, el tigre estará sobre ti antes de que termines de parpadear. Un tigre puede cruzar quince metros en un segundo.

Pero, padre, dijo. Mataste un tigre hoy.

Te lo dije, mata un tigre si no tienes otra opción. Y eso es solo cuando el tigre intenta matarte primero. De lo contrario, nunca persigas a un tigre, ¿entiendes?

* * *

LOS RECUERDOS DEL CAZADOR SE REUNIERON SUAVEMENTEcomo la nieve cayendo a su alrededor. Se escondió detrás de una roca, de cara al saliente. Sus sentidos estaban embotados por la nieve, que se arremolinaba en sus ojos y nariz y formaba costra sobre sus manos desnudas. Caía más fuerte de lo que había pensado, y desde esta altura, con la vista clara de las nubes que soplaban desde el este, podía ver que no se detendría. Se dio cuenta de que debería haber bajado de la montaña en el momento en que olió la nieve que venía, cuando se detuvo sobre la huella de la pata mojada.

Odiaba ver a sus hijos quedarse tan quietos y callados dentro de la cabaña, sin fuerzas ni siquiera para charlar. Les había prometido que volvería con algo para comer. Si tan solo hubiera cazado un ciervo o un conejo, habría ido a casa con ellos y habría visto sus pequeños rostros felices iluminados como linternas. En cambio, solo encontró la huella del leopardo y se sintió tentado por la posibilidad de su piel, que valía más de la mitad de la cosecha de un año.

¿Es este el día que muero? el se preguntó. De repente se cansó mucho, perdiendo toda la tensión que lo había mantenido erguido. Luego imaginó que la nieve parecía un plato humeante de arroz blanco, que solo había comido menos de cinco veces en toda su vida. No se enojó, se rió, como si la risa fuera solo un viento que atravesaba su delgado cuerpo. Quería pensar un poco más en los alimentos que le

hubiera gustado comer antes de morir, como costillas estofadas con salsa de soja y cebolletas, y caldo de rabo de toro tan rico en tuétano derretido que se pega al interior de la boca. Había tenido esas cosas una vez en una fiesta navideña. Pero estas fantasías no eran tan fuertes ni seductoras como otros recuerdos que ahora lo abrumaban.

Cuando vio por primera vez a Sooni, caminando del brazo con sus hermanas, en su camino a recoger en el valle ajenjo y brotes de helecho. Ella tenía trece años y él quince.

Sooni, vestida con una chaqueta de seda verde y una falda de seda roja, todas bordadas con flores, y un tocado enjoyado: el vestido de la corte para las princesas reales, que la gente común solo podía usar una vez en la vida para su boda. Un matrimonio era tan sagrado a los ojos de los dioses y los hombres que a la hija de un humilde arrendatario, nacida y criada en cáñamo blanco sin teñir todos los días de su vida, se le permitió desempeñar el papel de la más noble de las mujeres solo por un día. Él mismo estaba vestido con el uniforme oficial de la corte de un ministro, una túnica azul con un cinturón y un sombrero hecho de pelo de caballo negro. Los aldeanos se burlaron de él en voz alta, ¡Cómo mira a la novia! No parece que vaya a dormir nada esta noche. Sooni mantuvo sus bonitos ojos bajos incluso mientras caminaba. Dos matronas la atendían a cada lado para que pudiera moverse lentamente bajo sus pesadas túnicas. Se enfrentaron en el altar, se turnaron para ofrecerse una copa de vino claro, bebieron de ella y quedaron unidos para siempre.

Cuando cayó la noche y se quedaron solos en su cámara conyugal, él le quitó con cuidado las muchas capas de seda de su traje de princesa, que habían usado todas las novias de su aldea durante generaciones. Sooni era tímida, a diferencia de su habitual alegría, y él mismo estaba muy nervioso. Pero después de que él apagó la vela y acarició sus suaves hombros y besó su piel clara de luna, ella envolvió sus piernas alrededor de su cintura y levantó las caderas. Estaba sorprendido y agradecido de que ella también lo deseara. La alegría de ser uno con ella era inimaginable. Era lo opuesto a estar en lo alto de las montañas, que había sido la felicidad más intensa que había conocido hasta entonces. Mientras que ese fue un éxtasis de altura, frialdad y soledad, este fue un éxtasis de profundidad, calidez y unión. Él la rodeó con un brazo y ella apoyó la cabeza en el rincón entre su hombro y su pecho. ¿Estás feliz? había preguntado. Ojalá pudiéramos ser así para siempre, había susurrado. Pero también estoy tan feliz que no me arrepentiría si muriera ahora mismo. Como si ni siquiera me

enfadara.

Yo también, había dicho. Así es exactamente como me siento yo también.

El cazador se sintió caer en un suave y turbio montículo de recuerdos. Era tan dulce soltar su control sobre el presente y morar entre las sombras del pasado. Deslizarse hacia la muerte realmente no era tan malo, era más bien como atravesar una puerta a un mundo de sueños. Cerró los ojos. Casi podía ver a Sooni llamándolo suavemente, Mi esposo, mi amor, te he estado esperando. Ven a casa.

¿Por qué me dejaste?, dijo. ¿Sabes lo difícil que ha sido para mí?

Siempre estuve a tu lado, dijo Sooni. Tú y los niños.

Quiero ir contigo, dijo, y esperó a que ella se lo llevara.

Todavía no, pero pronto, dijo.

Sus ojos se abrieron cuando se dio cuenta de que realmente estaba escuchando un sonido. Un suave sonido de respiración que provenía del borde del acantilado, de donde emanaba una niebla helada como incienso. Instintivamente, preparó su arco, sabiendo que incluso si atrapaba a su presa, probablemente no lograría bajar de la montaña. Simplemente no quería terminar como la comida de un leopardo.

Sintió, más que vio, al leopardo subir al saliente, su silueta serpenteando a través de la bruma. Jadeó y bajó su arco cuando finalmente se reveló, a solo unos metros de él.

No era un leopardo en absoluto, sino un tigre.

Desde la nariz hasta la punta de la cola, era tan largo como sus brazos estaban completamente separados, del tamaño de un leopardo adulto. Era demasiado grande para llamarlo cachorro, aunque aún demasiado joven para cazar solo. El tigre miró al cazador con ojos curiosos, moviendo nerviosamente sus círculos de orejas acolchados con piel blanca. Sus tranquilos iris amarillos no estaban amenazados ni amenazados. Es casi seguro que nunca antes había visto a un ser humano, y parecía ligeramente desconcertado por la extraña aparición. El cazador agarró su arco con más fuerza. Se dio cuenta de que era la primera vez que veía un tigre a su alcance.

Cazados por los japoneses en cada colina y valle, los tigres habían sido conducidos a lo más profundo de las montañas más salvajes. Los precios de su piel, huesos e incluso carne habían subido en consecuencia, lo que nunca antes había sido la razón por la que los cazaban, pero se había convertido en un manjar de moda en las mesas de los japoneses adinerados. Creían que comer carne de tigre te daba valor, y celebraban banquetes en los que oficiales ataviados con

charreteras y medallas y damas de clase alta con vestidos europeos se sentaban a degustar platos hechos enteramente con partes de tigre.

Con esta muerte, podría comprar suficiente comida para tres años. Tal vez incluso una parcela de tierra. Sus hijos estarían a salvo.

Pero el viento aullaba en su oído, y bajó su arco y flecha. Nunca mates a un tigre a menos que decida matarte primero.

Se puso de pie, lo que envió al tigre corriendo hacia atrás como un cachorro de pueblo. Antes de que desapareciera en la niebla, el cazador se dio la vuelta y comenzó su descenso a través de la espesa nieve. En un lapso de unas pocas horas, la nieve ya se había acumulado hasta la mitad de su pantorrilla. El vacío que había hecho que sus pies fueran más livianos ahora lo arrastraba más cerca de la tierra con cada paso. Un crepúsculo gris e incoloro cubría los árboles temblorosos. Empezó a orar al dios de la montaña, he soltado a tu criatura asistente, por favor déjame bajar.

La ventisca se detuvo al caer la noche. Llegó a la mitad de la montaña antes de que se le doblaran las piernas y cayera de rodillas sobre la nieve. Iba a cuatro patas como un animal; cuando incluso sus codos cedieron, se acurrucó en el polvo, blanco brillante a la luz de la luna. Luego pensó, debería estar mirando hacia el cielo, así que se impulsó sobre su espalda. La luna le sonreía suavemente: era lo más parecido a la misericordia en la naturaleza.

* * *

“ESTAMOS YENDO EN CÍRCULOS” Dijo el capitán Yamada. Los demás a su alrededor parecían asustados, no solo porque lo que estaba diciendo era cierto, sino también porque se atrevió a expresar esta calamidad en presencia de su superior.

“Todos estos árboles están creciendo más densos en este lado, así que ese camino debe ser el sur. ¡Pero ves cómo hemos estado yendo en dirección opuesta durante la última hora! exclamó el Capitán Yamada, apenas ocultando su desprecio. A los veintiún años, ya tenía la manera de alguien acostumbrado a dar órdenes y opiniones sin ser desafiado ni una sola vez, lo cual era un hábito nacido de su familia altamente influyente. Los Yamada eran una rama cadete de un antiguo clan de samuráis, y su padre, el barón Yamada, era un amigo cercano del mismísimo gobernador general Hasegawa. Tanto los Hasegawa como los Yamada contrataron a ingleses para educar a sus hijos, y Genzo había viajado por Europa y América con un primo de Hasegawa antes de regresar para asumir el cargo. Así fue como se convirtió en capitán

a una edad tan temprana, y por eso incluso su superior, el mayor Hayashi, tuvo cuidado de no ofenderlo.

"No podemos seguir dando vueltas así, señor". El Capitán Yamada finalmente dirigió su comentario al Mayor Hayashi, y todo el grupo se detuvo. Se trataba de cuatro sargentos, el jefe de policía local Fukuda y dos de sus hombres, y un guía coreano.

Entonces, ¿qué cree que deberíamos hacer, capitán? Dijo el mayor Hayashi, lenta y deliberadamente, como si estuvieran de vuelta en los barracones y no en las montañas nevadas, la noche se cernía sobre ellos rápidamente.

Cada minuto se hace más oscuro y no encontraremos el camino correcto de noche si lo perdemos de día. Deberíamos hacer un campamento para esta noche. Mientras podamos evitar morir congelados, podremos bajar mañana con las primeras luces.

El grupo se quedó aún más callado, anticipando ansiosamente la reacción del Mayor Hayashi. Nunca antes se había impacientado por la impertinencia del Capitán Yamada, pero esta vez, en un estado tan terrible, el conflicto tenía un aire de motín. El mayor Hayashi miró el rostro de su subordinado con fría indiferencia, con el tipo de expresión que tenía cuando consideraba un nuevo par de botas o la mejor forma de despellejar un conejo. A pesar de su brutalidad pura y profunda, Hayashi no era un hombre dado a arrebatos no calculados. Por fin, se volvió hacia un sargento y comenzó a dar órdenes para acampar. El grupo, visiblemente aliviado, se dispersó a recoger leña, o la que se pudiera tener cuando nevara y mojara.

“Tú no, quédate aquí conmigo”, dijo el mayor Hayashi cuando el guía coreano, una tímida criatura llamada Baek, trató de escabullirse. "¿Crees que te dejaría fuera de mi vista?" Baek se retorció las manos y gimió, mirando sus pies envueltos en harapos y calzados con zapatos de cuero mojados.

Poco después de ser asignado a la prefectura, el mayor Hayashi le había preguntado al jefe de policía Fukuda dónde podía encontrar caza por estos lares. Fukuda, que había hecho un informe detallado y un censo de todos los coreanos en un radio de cincuenta millas, había recomendado a tres lugareños para la tarea de guiar su partida de caza. Los otros dos eran cultivadores de patatas, a quienes incluso otros coreanos consideraban bastante salvajes, enclaustrados en las montañas profundas, apareándose entre ellos y viviendo de la tierra, y solo salían para unirse al resto del mundo unas pocas veces al año en los días de mercado. Ambos conocían todos los palos y piedras de las

montañas, pero Baek, un comerciante ambulante de seda, era el único que podía hablar japonés. El Mayor Hayashi había considerado que esa era una cualificación más importante, para gran pesar de todos, incluido el propio Baek.

* * *

SE CONVERTIRÁ EN UNO DE las imágenes que destellarían frente a los ojos del Capitán Yamada, justo antes del final de su vida. El hombre barbudo que yacía bajo la luz de la luna. Cuando se adentró unos seis metros en el bosque para recoger leña, casi tropezó con el cuerpo tendido en la nieve. Después de la conmoción inicial, lo que sorprendió al Capitán Yamada fue cómo el hombre estaba recostado tranquilamente sobre su espalda, con ambas manos sobre su corazón, como si no se hubiera muerto congelado, sino que se hubiera quedado dormido en un momento de éxtasis. Lo segundo que le llamó la atención fue lo mal vestido que estaba este pequeño hombre. La chaqueta acolchada que vestía era tan delgada que los ángulos afilados de sus omoplatos se veían claramente a través de ella.

El Capitán Yamada rodeó el cuerpo. Luego, por razones que él mismo no pudo entender en retrospectiva, bajó la oreja hacia el rostro azulado.

“¡Oye, oye! ¡Despertar!" gritó, dándose cuenta de que aún había un rastro de aliento saliendo de las fosas nasales del hombre. Cuando no hubo respuesta, el Capitán Yamada tomó el rostro del hombre entre sus manos y lo abofeteó suavemente. El hombre comenzó a gemir casi inaudiblemente.

El capitán Yamada volvió a colocar la cabeza del hombre sobre la nieve. No había ninguna razón por la que necesitara ayudar a este casi muerto Josenjing, más una alimaña que una persona. El Capitán Yamada comenzó a regresar al campamento, pero después de unos pasos se dio la vuelta, sin entender por qué. A veces, el corazón humano era como un bosque oscuro, e incluso un hombre tan racional como Yamada tenía misterios en su interior. Cogió a Josenjing en sus brazos, casi tan fácilmente como si fuera un niño.

"¿Qué demonios es esto?" ladró el mayor Hayashi cuando regresó.

“Lo encontré en el bosque”, dijo el Capitán Yamada mientras dejaba al hombre en el suelo.

“¿Qué quieres hacer con un Josenjing muerto? A menos que tengas la intención de quemarlo como combustible, y haría un fuego horrible, deberías haberlo dejado donde lo encontraste.

El hombre sigue vivo. Estaba cazando solo en estos lugares, lo que significa que conoce bien las montañas. Él podría ser capaz de encontrar el camino hacia abajo", explicó el capitán Yamada con frialdad, sin inmutarse por la acusación velada de bondad; después de todo, esa compasión nunca había estado en la biblioteca de motivos y emociones de Yamada era algo que ambos hombres conocían bien.

El resto del grupo regresó y el capitán Yamada le ordenó a Baek que moviera al hombre inconsciente junto al fuego y le gritara en coreano. Cuando comenzó a volver en sí, Baek gritó, sonriendo como un lunático: "¡Señor! ¡Señor! ¡Se está despertando! El Capitán Yamada hizo que Baek le diera al hombre algunas galletas y caqui seco de sus propias provisiones.

"Asegúrate de clavar la galleta en la nieve para humedecerla un poco. De lo contrario, podría ahogarse", dijo el Capitán Yamada, y Baek obedeció rápidamente, sosteniendo la cabeza del hombre en su regazo y arrullando algo suavemente en coreano.

"¿Ellos se conocen?" preguntó el Mayor Hayashi. Estaba comiendo su propia cena de onigiri congelado y un poco de ciruela en escabeche. Había incluso una botella de sake que ahora los sargentos pasaban, repentinamente alegres y animados.

"No me parece. Baek no pareció reconocerlo", dijo el capitán Yamada. El jefe de policía Fukuda tampoco conocía al hombre. Pero uno de sus oficiales pensó que podría ser cierto arrendatario Nam, cuya única distinción de todos los demás campesinos miserables de la zona era haber estado una vez en el Ejército Imperial Coreano, y así llamó la atención de la policía.

"Un hombre peligroso entonces. Una víbora", dijo el Mayor Hayashi.

Podría resultar útil. Creo que vale la pena mantenerlo con vida por una noche, si puede hacernos bajar de esta maldita montaña al amanecer", respondió el capitán Yamada con la misma calma que siempre. Él mismo comió unas pocas galletas saladas y un caqui seco, y se preparó para hacer la primera guardia.

* * *

LLEGÓ EL AMANECER sin amanecer, e iluminados por la luz del cine, los bosques se materializaban a su alrededor una vez más. La ausencia de sol y sombras hacía que todo pareciera ingrávido, como si los árboles, las rocas y la nieve estuvieran hechos de suave aire plateado. Parecía un mundo a medio camino, un mundo entre otros mundos.

Al despertarse en una mañana así, el capitán Yamada se preguntó si todavía estaría soñando y esperaba abrir los ojos para encontrarse en el calor de su propia cama. Luego se dio cuenta al momento siguiente de dónde estaba realmente y se sintió casi enfermo del estómago por la decepción. Pero tanto por naturaleza como por educación, lo habían llevado a valorar la racionalidad y desconfiar de las emociones. Despreciaba el amor o incluso la amistad como ilusiones de las clases bajas, las mujeres y los hombres no aptos. El mayor problema con las emociones era que eran reacciones a las externalidades en lugar de la voluntad innata y la conciencia deliberada de uno. En consecuencia, se reprendió a sí mismo por permitirse la autocompasión y se quitó la manta sin demora.

Yamada se levantó y se alejó para hacer sus necesidades; y allí, a solo unos metros de donde dormía, descubrió enormes huellas de patas, dando vueltas alrededor del campamento muchas veces. Despertó a Baek y al cazador, que se habían quedado dormidos abrazándose para darse calor. Baek saltó instantáneamente cuando mencionó las huellas y comenzó a explicar febrilmente al cazador en coreano. Este último parecía enfermo y débil, aunque sus ojos eran asombrosamente agudos para alguien que casi había muerto la noche anterior. Susurró algo, luego Baek lo ayudó a levantarse.

"¿Qué está diciendo?" El capitán Yamada preguntó mientras el cazador miraba las huellas y murmuraba en coreano.

“Está diciendo que debe ser un tigre. No hay otro animal que tenga una huella tan grande como la tapa de una olla. Todo el mundo lo sabe”, dijo Baek. “Ahora él está diciendo, tenemos que bajar ahora. El tigre estuvo aquí toda la noche observándonos y no está contento”.

"¿Por qué nadie de guardia vio este tigre?" Preguntó el capitán Yamada, sintiéndose irritado con los que lo habían reemplazado. Baek le transmitió esto al cazador y luego tradujo su respuesta.

Dice que el tigre no quería ser visto. Ves tigres cuando quieren ser vistos, ni un momento antes. Estamos en su casa, en su tierra, así que es mejor que lo dejemos en paz y nos vayamos en silencio”.

"Disparates. Si veo a esa bestia antes de que la derribemos, la mataré y le presentaré la piel y la carne al gobernador general”, dijo el capitán Yamada. "Ustedes, cobardes esclavos de Josenjing, no saben nada de valentía".

Baek agachó la cabeza en señal de aceptación. No obstante, estaba claro para todos, especialmente para el capitán Yamada, que cuanto antes pudieran salir de la montaña, mejor. El cazador abrió la marcha

con una agilidad sorprendente, dado que sólo había roto el ayuno con un poco de galletas de arroz, algas y pepinillos: parecía que estaba acostumbrado a sobrevivir con muy poca comida. El capitán Yamada había confiscado su arco y sus flechas, pero el cazador pareció tomarlo como algo natural y se deslizó rápidamente entre los árboles, sin resentimiento ni súplica.

"Asegúrese de dispararle si trata de correr", dijo el mayor Hayashi, y el capitán respondió: "Sí, señor".

El sol permaneció oculto en este día gris y el mundo se volvió gradualmente más brillante sin ninguna luz visible. El viento pinchaba su piel como mil puntas de hielo, más frío y menos indulgente que el día anterior. Cada paso que daban se convertía en profundas y claras impresiones en la nieve, y el cazador se volvía de vez en cuando como si estuviera preocupado. Le susurró a Baek, quien entregó el mensaje al Capitán Yamada.

"Por favor, debemos movernos más rápido, dice", suplicó Baek. Está seguro de que el tigre nos está siguiendo, y muy probablemente justo detrás de nosotros.

"Ustedes, Josenjing, son gusanos verdaderamente patéticos y cobardes", dijo el capitán Yamada con desdén. "Dígale que tenemos armas, no arcos y flechas. Los oficiales del Ejército Imperial Japonés no huyen de los animales, nosotros los cazamos".

Baek guardó silencio y se arrastró de regreso a su lugar en el grupo, detrás del cazador. Los demás sonrieron y asintieron con la cabeza al discurso del capitán, y se jactaron de este o aquel grupo de caza en el que habían estado, y de los animales que habían matado desde que llegaron a Joseon: cachorros de leopardo blanco con ojos azul hielo, osos negros con una pálida marca de luna creciente en el pecho, ciervos y lobos. Pero ninguno afirmó haber cazado un tigre que, aunque supuestamente omnipresente, era la criatura más inteligente de todas.

Incluso sus alardes se calmaron con el paso del tiempo. Con el sol moviéndose por el cielo sin ser visto, no podían adivinar qué hora era excepto por el hambre y una frustración progresiva. No habían planeado perderse durante casi un día entero, y después de una cena bastante escasa, la mayoría de ellos habían terminado sus últimas provisiones en el desayuno. Marcharon en silencio, hasta que el cazador se detuvo en seco y le tendió la mano al resto del grupo. Señaló un árbol que todavía se balanceaba ligeramente, arrojando nieve tan fina y blanca como la espuma del mar.

"¿Qué es?" El capitán Yamada le preguntó a Baek. Pero antes de que pudiera responder, escucharon un sonido profundo e inquietante, como un trueno durante la temporada de Lluvias Largas. Todos sintieron una mirada indescriptible de un poder desconocido; procedía del destello anaranjado y negro entre los árboles justo delante de ellos, a menos de veinte metros de distancia. Los observaba atrevidamente, inmóvil salvo por el movimiento de su melena peluda y escarchada. Sus brillantes ojos amarillos salpicados de pupilas de color negro azabache eran las únicas cosas tan vívidas y vivas en este mundo de solo blanco.

En un segundo, todos los soldados sacaron sus rifles y apuntaron al tigre, que permaneció inmóvil como una estatua. El Capitán Yamada asintió con la cabeza a sus oficiales, luego disparó el primer tiro de las muchas balas que volaron casi simultáneamente desde el escuadrón. Impulsado por el ataque, el tigre se puso de pie y comenzó a saltar hacia ellos como si volara. Cubrió los patios entre ellos en un abrir y cerrar de ojos mientras los soldados se congelaban en sus lugares. El Capitán Yamada sintió que su corazón se congelaba justo cuando alguien comenzó a moverse a través de su campo de visión. El cazador corría hacia adelante, sosteniendo ambas manos en el aire.

"¡No!" Su grito resonó en el claro y los árboles temblaron. "¡No!"

Sin disminuir la velocidad, el tigre giró y se volvió hacia él.

"¡No! ¡No!" repitió el cazador, hasta que apenas a un metro de él, el tigre se detuvo en seco. Bloqueó sus ojos amarillos con los de él por un momento, luego dio vueltas y salió corriendo tan rápido como había venido. Cuando los soldados comenzaron a disparar de nuevo, ya había desaparecido en la espesura, dejando un rastro de sangre roja brillante que salpicaba cada tercera huella, en su pata trasera izquierda.

"¿Por qué están parados así?" Gritó el mayor Hayashi. “Vamos a seguirlo, no puede ir muy rápido. Lo mataremos antes del anochecer.

El cazador le dijo algo rápidamente a Baek. El viejo comerciante suplicó: “Este hombre piensa que tenemos que dejar ir a este tigre. Un tigre herido es mucho más peligroso que uno sano, dice. Los tigres son criaturas vengativas. Recuerdan los errores y los aciertos, y si está herido, atacará para matar.

“Incluso si matamos al tigre, ese será nuestro final si nos quedamos atrapados en la montaña por otra noche, y ya hace más frío que la noche anterior. . . eso dice este hombre, señor.

El mayor Hayashi miró a sus hombres, que parecían derrotados y

no dispuestos a adentrarse más en la montaña tras la enorme bestia. No había mostrado signos de desaceleración incluso con la herida.

Hayashi había liderado no solo partidas de caza como esta, sino también combates en el campo, más recientemente en Manchuria contra los rusos, y luego, por supuesto, el control de disturbios y rebeliones en Corea. Nunca se había retractado de una pelea, pero no por valentía, que equiparaba a la tontería. Solo creía en el éxito, e incluso su sed de sangre era secundariamente para su propio placer, principalmente para afirmar su superioridad sobre sus compañeros e intimidar a sus subordinados. Dado que el éxito, para Hayashi, era de naturaleza práctica más que virtuosa, nuevamente decidió el curso que le serviría mejor. Ordenó al cazador de Josenjing que liderara el descenso.

Incluso mientras bajaban y se alejaban de la bestia, sintieron como si un par de ojos amarillos estuvieran fijos en sus cuellos todo el tiempo. Pero al fin se encontraron en un sendero, reconocible incluso bajo un pie de nieve. Unas horas más tarde, salieron de la espesura del bosque y llegaron al mirador desde donde podían ver el pueblo de abajo. Los techos de paja brillaban de color ámbar con un destello inesperado del sol, que finalmente se abrió paso entre las nubes justo por encima del horizonte.

Si no hubieran sido oficiales, habrían corrido por la pendiente resbaladiza y nevada como niños, encantados como estaban con esa vista. Pero templados por la presencia de su líder, marcharon solo un poco más rápido. Pasaron otra media hora antes de que los hombres finalmente llegaran al pie de la colina donde las granjas del pueblo se encontraban con el borde del desierto. Los campos en barbecho bajo un manto de nieve estaban estampados con huellas de pájaros y de niños.

El mayor Hayashi ordenó un alto y discutió algo con el jefe de policía, un hombre grasiento y glotón a quien algunos días de penurias habían dado un aspecto temporalmente demacrado. Los otros oficiales dejaron sus mochilas y comenzaron a fumar, charlando alegremente. Ya habían olvidado el terror y estaban entusiasmados con la perspectiva de calentarse con comida y fuego, riéndose de todo.

“Tú”, llamó el Capitán Yamada al cazador, quien con cautela se acercó a Baek. "Su nombre."

“Mi nombre es Nam KyungSoo”, dijo el cazador en japonés entrecortado.

"¿Estuviste en el Ejército Imperial Coreano?"

Baek tradujo para Nam, quien asintió.

“¿Sabes que es ilegal que los Josenjings posean armas de cualquier tipo? Podría hacer que te arresten ahora mismo.

Baek parecía mortificado mientras le susurraba en coreano a Nam, quien simplemente le devolvió la mirada al Capitán Yamada. El oficial frunció el ceño hacia el cazador. Los dos hombres no podrían haber sido más diferentes: uno, vestido con un cálido traje de oficial y un sombrero con adornos de piel, guapo y ágil y rebosante de energía incluso después de tres duros días en el bosque; y el otro hombre, más bajo, de pómulos afilados que proyectaban sombras oscuras sobre su rostro, cabello con más canas que negras, luciendo tan antiguo, curtido y huesudo como una roca.

Pero aun así, Yamada momentáneamente vio algo en los ojos del otro hombre. Los soldados de los bandos opuestos son mucho más parecidos que diferentes, a menudo se parecen más entre sí que a sus respectivos civiles. A pesar de su aspecto sarnoso, parecía que Nam mataría a sus enemigos y protegería a sus aliados; Yamada respetó eso.

Voy a confiscar sus armas. Si alguna vez me entero de que has estado cazando de nuevo, te arrestaré personalmente. Considere esa su recompensa por llevarnos de vuelta hacia abajo ".

Baek transmitió el mensaje mientras se inclinaba profundamente ante el joven oficial. Yamada asintió brevemente en reconocimiento, pero Nam solo le devolvió la mirada por un momento antes de alejarse.

“¡Oye, Baek!” El Mayor Hayashi llamó, y el viejo comerciante se adelantó arrastrando los pies.

"Sí, señor."

“Nos descarriaste, estúpido gusano,” dijo el Mayor Hayashi, casi perezosamente. Baek se encogió y mantuvo la cabeza gacha.

“Lo siento señor, la nieve cubrió los senderos e hizo imposible encontrarlos, he subido y bajado estas montañas cientos de veces, pero. . .”

“Arruinaste nuestra cacería y casi logras que nos maten,” dijo el Mayor Hayashi. "Ir. Yo correría rápido si fuera tú.

Baek tembló, inclinó la cabeza varias veces y giró sobre sus talones para correr tan rápido como le permitía su viejo cuerpo. Cuando casi había cruzado la longitud del campo de arroz, el mayor Hayashi se colgó el rifle del hombro y disparó.

Baek cayó hacia adelante como si hubiera tropezado con una roca,

con los brazos abiertos. No hizo ningún ruido, o tal vez fue demasiado lejos para que el sonido lo llevara, amortiguado por el éter helado. La sangre se extendió lentamente desde el centro de su espalda y empapó su mochila llena de seda.

"Eso compensó la falta de deporte real, ¿qué piensa, jefe Fukuda?" preguntó el Mayor Hayashi, y Fukuda asintió obsequiosamente.

"Y en cuanto a ese hombre Nam, te lo entregaré, ya que esta es tu jurisdicción".

“Ah, sí, por supuesto. Haremos de él un muy buen ejemplo”, dijo Fukuda. "Después de que terminemos con él, nadie se atreverá a tomar un arma de nuevo en estas partes".

"Eso no parece necesario, jefe". El capitán Yamada dio un paso adelante. “Este Josenjing nos guio hacia abajo de la montaña. No lo habríamos hecho de otra manera”.

“También le salvaste la vida, así que lo consideraría igual. Pero agregue a eso su caza furtiva, parece que la balanza está inclinada en su contra”, dijo Fukuda, sonriendo como si estuviera satisfecho con su propia astucia.

"Pero también nos salvó de ese tigre", respondió Yamada con frialdad. "Me parece que eso iguala el marcador". Miró de Fukuda al Mayor Hayashi, luego de nuevo a Fukuda. “No me gustan los asquerosos Josenjings, y no tengo ninguna duda de que he matado a suficientes en el campo. Pero si dañas a este hombre, le debes una vida, y nada es más deshonroso que deberle algo a un inferior. Como también salvó mi vida, no puedo permitir que eso suceda y avergonzarme. Déjalo en libertad.

“Realmente habla fuera de lugar, Capitán”, dijo Fukuda, enrojeciendo. Miró al Mayor Hayashi para respaldarlo.

Hayashi parecía casi inexpresivo, que era cuando era más peligroso. Se humedeció los labios, un hábito serpentino.

Después de todo, no parece necesario matar a todos los Josenjing que conocen estos lugares. De hecho, fue útil, a diferencia de ese viejo inútil Baek”, dijo Hayashi.

Ante eso, Fukuda rápidamente se dio por vencido y decidieron dirigirse a la estación de policía.

Cuando estuvo seguro de que no se daría cuenta, Yamada exhaló con una sensación de auténtico alivio. Nunca había deseado nada para o de los demás, lo que le proporcionó una secreta satisfacción durante toda su vida. Se sentía completo en su independencia y nunca anheló el calor, ni siquiera de su madre, una dama tranquila y elegante con

manos blancas y frías, ni el amor de una mujer. Pero la posibilidad de perder la cara a causa de la brutalidad de Fukuda había despertado a Yamada más de lo que esperaba. Estaba irritado por este sentimiento de apego al destino de otro. Cuanto menos seguro pudiera estar de la seguridad de Nam, más duraría este apego. Así que hizo a un lado a Nam, que había estado congelado en silencio, mirando el cuerpo de Baek delante. Los cuervos ya estaban reunidos en él, graznando con entusiasmo.

"Si te metes en problemas, ven a buscarme", dijo Yamada en voz baja, fuera del alcance de los demás. "Mi nombre es Yamada Genzo".

Nam le devolvió la mirada. Yamada no sabía si había entendido, así que sacó una pitillera plateada del bolsillo interior de su abrigo y la presionó en la mano de Nam. Yamada pasó el dedo por el costado, donde estaba grabado su nombre. Luego se alejó con el resto de los oficiales; y ahora que el destino de Nam estaba decidido, al menos temporalmente, nadie le prestó atención mientras cojeaba por su cuenta.

Parte I

1918-1919

1

Cartas secretas

1918

EN UN DÍA ENTRE EL INVIERNO Y LA PRIMAVERA, LA CÚSPIDE DE calor apenas visible en el hielo reluciente, una mujer y una niña caminaban diez millas por un camino rural donde tiernos brotes verdes brotaban como pestañas. Habían comenzado su viaje antes del amanecer y no se detuvieron hasta que llegaron frente a una mansión amurallada en PyongYang.

La mujer suspiró y se alisó los cabellos sueltos que se aferraban a los lados de su rostro. Parecía más descuidada en contraste con su hija, que tenía sus brillantes mechones negros trenzados detrás de cada oreja y unidos en una larga cuerda por el centro de su espalda. Jade había tenido que trabajar en la casa y cuidar a sus hermanos casi tan pronto como pudo caminar, pero su madre siempre la peinaba y trenzaba todas las noches. Su madre le dio más comida a sus hermanos porque eran hijos, pero le sirvió primero a ella porque era la mayor. Estos fueron los únicos actos de amor que Jade había recibido en los primeros diez años de su vida. Ahora, vio que incluso estos habían llegado a su fin.

Jade tiró de la manga de su madre.

"¿Puedo volver a casa contigo?" dijo ella, su voz puntuada por las lágrimas.

“Deja de llorar como un niño. Escúchame”, la regañó su madre. Podrás venir a visitarnos durante medio día, una vez cada luna. ¿No quieres ayudar a tu madre y a tu padre?

Jade asintió, secándose la cara con pequeñas manos rojas como hojas de arce. El peso de ser primogénita ya pesaba sobre su cuerpo.

Un sirviente los recibió en la entrada lateral y los hizo esperar en el patio. Había varias villas con techos de tejas frente a ellos en tres lados, emanando ese aire de otro mundo de las mansiones finas y

antiguas. Incluso sin viento, Jade estaba envuelta por una corriente fría que parecía ser la exhalación de la casa. Donde el suelo de madera del porche estaba pulido y hundido, podía imaginarse a los innumerables invitados quitándose los zapatos antes de entrar: hombres que buscaban placer, consuelo, algún recordatorio impactante de su virilidad o tal vez de su primera pasión. Aunque Jade era joven, era fácil ver lo que los hombres querían aquí. Sus motivaciones eran simples: sentirse vivos. Fueron las mujeres las que quedaron fuera de su comprensión. ¿Alguna vez se sintieron vivos, como hicieron sentir a los hombres?

Una de las puertas de la villa se abrió y salió una mujer. Incluso antes de darse la vuelta, Jade pudo decir de inmediato que era extremadamente hermosa solo por la forma de su espalda y la distancia particularmente elegante entre su nuca y sus hombros. Cuando mostró su rostro e incluso se dignó mostrar una pequeña sonrisa en su dirección, Jade sintió que su interior se contraía con anhelo. En lugar del tipo más común de belleza femenina que provocaba celos en otras mujeres, este extraño tenía el tipo mucho más raro que las atraía con la promesa de algo que también podría contagiarse a ellas. Pero debajo de un aire de benevolencia general, ella no era tolerante. Parecía jugar con la atracción de la gente hacia ella, elevando sus esperanzas y luego viéndolas encogerse.

La madre de Jade hizo una rígida reverencia, impermeable a los encantos de la mujer. A pesar de que eran granjeros arrendatarios que se lanzaban a sí mismos a una pequeña parcela de tierra, técnicamente pertenecían a una clase más alta que los giseng, que pertenecían al mismo peldaño innoble que los carniceros y curtidores. Los que hicieron su dinero en la inmundicia.

"¿Así que este es el niño?" dijo la cortesana suavemente, y su madre murmuró en respuesta. El amigo de un primo era sirviente en esta casa, y así fue como se acordó que Jade fuera acogida como sirvienta de lavandería y ganara dos wones al mes, además de su alojamiento y comida.

"Es un largo camino para caminar en el barro y la nieve", le dijo la mujer a su madre, pero mantuvo la mirada fija en Jade. Luego suspiró, como si viera algo lamentable que no pudiera evitarse. Jade imaginó que esos ojos delgados estaban acostumbrados a juzgar el valor de las cosas más finas, y que su propia cara seca y agrietada estaba tan por debajo de la marca como para incitar a la lástima, como un perro de tres patas.

“Tía, lamento decirte esto. Pero ha habido un error. No supe nada de ti durante quince días, así que seguí adelante y contraté a otra chica para ayudar en la casa. Pero ya que has hecho este viaje, por favor ve y come en la cocina. Descansa un rato antes de regresar”, dijo, sacudiendo su hermosa cabeza envuelta en un moño trenzado.

“No, ¿cómo puede ser eso, Madame Silver? Habíamos enviado un mensaje. La madre de Jade juntó las manos frente a su pecho. El gesto le pareció a Jade rústico y desagradable, especialmente en contraste con la fría elegancia de Silver. “¿No necesitarías otro ayudante en una casa tan grande? Mi Jade se ocupa de los quehaceres desde que tenía cuatro años. Seguro que será útil.

"Tengo mucha ayuda tal como está", dijo Silver con impaciencia. Sin embargo, Jade sintió que la cortesana continuaba mirándola con una expresión curiosa en ese rostro ovalado y tranquilo. Era una mirada de alguien que no siempre se dignaba responder a los demás y hablaba solo cuando le complacía decir algo.

"Pero si quieres, puedo tomar a Jade como aprendiz". Silver se volvió hacia su madre con un aire de finalidad. “Pago único de cincuenta wones, tanto como habría ganado como sirvienta en dos años. Además de su habitación, comida, entrenamiento y ropa. Después de que empiece a trabajar en unos años y me devuelva los cincuenta won más los intereses, podrá enviarte lo que quiera.

La madre de Jade dibujó una línea apretada con su boca. “No vine aquí a vender a mi hija para ser cortesana”, logró escupir, pronunciando demasiado la última palabra en lugar de decir: puta. “¿Qué clase de madre crees que soy?”

"Como desées." Silver no parecía perturbada, pero Jade notó que la comisura de su boca se torció con el final de una sonrisa desdeñosa. “En cualquier caso, sírvete un poco de sopa en la cocina”, dijo, dándose la vuelta.

"Espere, señora". Jade se sorprendió al escucharse a sí misma hablar. Su madre le tocó el hombro para silenciarla, pero ella continuó. “Me quedaré aquí como aprendiz. . . Está bien, mamá. Lo haré."

"Silenciar. No sabes nada de lo que es esto”, dijo su madre. Si hubieran estado solos, habría derramado diatribas saladas sobre mujeres que se ganaban la vida entre sus piernas. En presencia de Silver, solo golpeó a Jade entre sus omóplatos afilados como las alas plegadas de un pájaro sin vuelo.

Silver sonrió, como si escuchara los pensamientos no expresados.

“Es cierto, esto no es para todos. ¿Sabes lo que hacemos?

Jade se sonrojó intensamente y asintió. Sus amigas cuyas hermanas se habían casado a los catorce o quince años le habían contado lo que había sucedido en su noche de bodas. Parecía desagradable, pero el pensamiento también la hizo agarrarse los muslos. Considerando todas las cosas, ya sea que sucediera gratis con un hombre o por dinero con muchos hombres, parecía tener poca importancia, físicamente hablando. Jade se habría casado en unos pocos años de todos modos con quien ofreciera el precio más alto, como el médico del pueblo, que había estado buscando incansablemente una novia para su hijo enfermo. A pesar de su lástima, Jade sintió que cualquier cosa era preferible a casarse con ese chico simple con sus manos como garras. Ella no sería realmente su esposa, sino su hermana y luego su madre.

Cincuenta wones era más del doble de lo que daría incluso ese médico, y el dinero podía rendir mucho: una pequeña parcela de tierra del propietario, un gallo joven y gallinas sanas para un gallinero. Nunca más se irían a la cama sin cenar. Podrían enviar a los niños a la escuela, y la niña más joven podría hacer pareja con una familia terrateniente respetable. Pero solo si nadie en el pueblo sabía que Jade había sido vendida a la casa de una cortesana.

Jade casi podía ver la misma visión reflejada en los ojos oscuros de su madre, demasiado cansada incluso para las lágrimas. Silver se acercó y tomó la mano de su madre, y ella no se apartó.

“Según mi experiencia, incluso una niña recluida en un convento puede llegar a ser una cortesana si está destinada a serlo. Lo contrario también es cierto, y más a menudo también. Si Jade no está hecha para esto, encontrará otro camino, incluso si se crió en un gibang”. Silver sonrió amablemente. “Casi no tengo mano en eso”.

* * *

JADE NUNCA SE HABÍA VISTO A SI MISMA en un espejo antes de llegar a la casa de Silver. Los reflejos apagados que vislumbró en los lavabos no habían sido motivo de especial vanidad. Tenía una piel mate y suave con un tinte amarillo cera de vela. Sus ojos eran pequeños pero muy brillantes bajo un par de cejas esponjosas como plumas negras. Al mirar muy de cerca, uno podía ver que su iris izquierdo estaba ligeramente descentrado, apuntando hacia afuera, una tendencia similar a la de un pez. Sus labios eran redondos y rojos, incluso sin colorete. Su sonrisa, centelleante, con un trasfondo de

picardía, se habría considerado encantadora si no hubiera enmarcado unos dientes superiores innegablemente torcidos. Había otras peculiaridades en su físico que una chica más excepcional ciertamente no habría tenido. En total, Jade era el tipo de joven que se encontraba exactamente en el punto medio entre simple y bonita. a ella no le había importado,

Su madre también había visto demasiada educación como veneno para las niñas. A Jade se le había permitido solo un año de clases en la escuela de un solo salón para todos los estudiantes de la aldea de edades comprendidas entre los cinco y los veinte años. Incluso en medio de ese caos, había aprendido más que simples sumas y letras rudimentarias, que era todo lo que su madre hubiera preferido. Debido a la escuela, Jade había dejado de sentirse como una parte obediente de la casa como el horno o la azada. Ella se encogió y se expandió con el conocimiento, y se sobresaltó por su propio descontento nebuloso. Esta fue, por supuesto, la razón por la cual el aprendizaje se consideró tan peligroso en primer lugar. Si hubiera dicho en voz alta lo que le daba vueltas en la cabeza, su madre la habría pellizcado y abofeteado con mucha más frecuencia. Este miedo incluso dominó sus lágrimas en su despedida, porque no sabía si el llanto complacería o enfadaría a su madre.

Jade permaneció silenciosa y dócil mientras seguía a Silver por el porche del primer piso. Pero la casa la llamaba en secreto, y ansiaba tocar las columnas de pino de cincuenta años y pintadas de rojo con cinabrio. Cuando ella pasaba, las lámparas de seda bailaban bajo los aleros, evocando de alguna manera tanto la quietud como el movimiento, la artificialidad y la naturalidad. Esa atmósfera embriagadora se podía sentir por toda la casa, pensó Jade mientras Silver la guiaba por el pasillo; pero fue más notable en la propia Silver. Jade nunca había visto a nadie que se deslizara tanto como Madame Silver: apenas parecía capaz de tener partes del cuerpo tan humildes como pies y dedos. Y, sin embargo, Jade pensó que no había nadie que ejemplificara mejor la naturalidad de una mujer. Silver sonrió y habló con la completa facilidad de alguien que nació para ser mujer y lo sabía.

“Este es el salón de clases de música”, dijo Silver. Las cuatro paredes del gran salón estaban decoradas con mamparas lujosamente pintadas. En un lado de la sala, había una docena de niñas muy jóvenes aprendiendo una canción tradicional, repitiendo línea por línea después de una cortesana mayor; en el lado opuesto, niñas de

once o doce años practicaban el gayageum.

“Las niñas que están cantando son de primer año. En el segundo año, comienzas a aprender el gayageum, el daegeum y diferentes tipos de tambores. Estas son dos de las cinco artes que una cortesana debe dominar: el canto y el instrumento”, explicó Silver. Mientras hablaba, una de las chicas cantantes saltó de su asiento y corrió hacia ellas. Jade casi podía escuchar a Silver frunciendo el ceño con desaprobación.

“Mamá, ¿quién es este?” le preguntó la pequeña a Silver, y Jade trató de ocultar su sorpresa. Con una cara redonda y facciones mediocres, la niña no se parecía en nada a su elegante madre.

“Nunca debes salir de clase sin el permiso de tu maestro”, dijo Silver con severidad, y Jade recordó a su propia madre. Se preguntó si había madres en el mundo que no saludaran a sus hijas con ira.

“La clase terminará en unos minutos”, insistió la niña. “¿Es nueva? ¿Puedo llevarla?

Silver vaciló por un segundo, como si recordara tareas importantes mucho más dignas de su tiempo, luego las descartó a ambas con un movimiento rápido de su mano. La chica tomó a Jade por el codo y la condujo por el pasillo.

“Soy Loto. Gracias por sacarme de clase. Ella se rió. "¿Cómo te llamas?"

"Jade."

"Es un lindo nombre. Probablemente no necesites cambiarlo,” dijo Lotus, abriendo otra puerta corrediza. En esta sala, un poco más pequeña que la primera, un grupo de estudiantes practicaba acuarelas por un lado y caligrafía por el otro.

“¿Mamá te habló de las cinco artes de una cortesana? Aquí van tres y cuatro: pintura y poesía. . . También tomamos coreano, japonés y aritmética aquí. Te hacen pruebas de cada materia una vez al mes, y si no aciertas en todo, tienes que repetir ese mes”.

"¿Incluso japonés y aritmética?" preguntó Jade, sintiéndose preocupada.

"Sí, especialmente esos dos". Lotus asintió gravemente. “Me han impedido pasar al segundo año desde hace un tiempo. ¡Pero eso significa que podemos estar en la misma clase!”

Lotus soltó una risita y subió corriendo las escaleras hasta el segundo piso, y Jade la siguió, sin aliento por la risa. Aquí, Lotus llevó a Jade al salón de clases más grande que había visto hasta ahora. Esta habitación estaba vacía, su piso de madera pulida brillaba por el uso.

De las paredes colgaban máscaras y túnicas de colores; en una esquina, tambores de cuero estirado y otros instrumentos estaban cuidadosamente apilados uno encima del otro.

“Esta habitación es para el quinto arte de una cortesana: la danza. Empiezas a aprenderlo en el segundo año”, dijo Lotus. “Así que esto es todo para nuestro edificio escolar. Déjame mostrarte dónde dormirás.

El dormitorio de las niñas era una villa de un solo piso detrás de la escuela. Estaban cruzando el patio hacia el dormitorio de los de primer año cuando una niña deslumbrantemente hermosa salió del ala de la cocina. Sin embargo, Jade pudo ver que no era una sirvienta por su costoso atuendo y la forma altiva en que estaba mordisqueando un trozo de melcocha de arroz. Ella los vio y comenzó a dirigirse en su dirección.

“Mi hermana mayor Luna,” susurró Lotus. Luna era inequívocamente la hija de su madre. Se parecía a Silver en la forma en que el reflejo de la luna en el río reflejaba su origen.

“Eres la chica nueva”, dijo Luna, jugando con el extremo de su trenza, que era tan gruesa y esponjosa como la cola de un leopardo. Su rostro estaba tan radiante que Jade solo podía robar miradas en partes, una nariz aquí y una boca allá.

“Sí, soy Jade”, respondió ella con una tímida sonrisa, y Luna estalló en una carcajada espléndida.

“Serías bonita si tus dientes no fueran tan malos. Parecen lápidas”, se burló la niña mayor.

"Y tienes un cerebro como lápidas", dijo Lotus sin perder el ritmo. Pero incluso el rubor de ira no hizo nada para estropear el rostro de Luna y solo la hizo lucir más como una emperatriz adolescente. A pesar de su parecido físico con Silver, Luna era más vivaz y cruel, sin la gentileza escultural de Silver hacia los menos afortunados.

“Niña rebelde. Por eso nadie te quiere, ni siquiera mamá”, dijo Luna. Su hermana menor solo sostuvo su mirada hasta que ella se apartó con desprecio.

Esa noche, Jade yacía despierta en su catre, preguntándose cómo aguantaría un mes en la escuela, y mucho menos graduarse y convertirse en cortesana. Si reprobaba sus exámenes, tal vez Silver la convertiría en una sirvienta después de todo. Incluso ahora, ella no estaba muy por delante de un sirviente en la jerarquía de la casa, y convertirse en enemiga de Luna era un comienzo desfavorable. La completa obediencia a los estudiantes mayores ya las cortesanas era sin duda el principio más básico de la escuela. Jade se dio cuenta de

que había muchas otras reglas tácitas y expectativas en juego, y Silver era el juez indiscutible que las presidía todas.

Sin embargo, Jade pronto se dio cuenta de que la señora no daba por sentada su posición. Tampoco era un ser místico que nunca levantaba la voz excepto para pronunciar tópicos. Ella exigió castigo a los jóvenes aprendices que desafiaron a las cortesanas mayores y a las cortesanas mayores que difundieron chismes u ocultaron sus ganancias de la casa. Cubrecamas manchados de sangre menstrual, una horquilla robada, hasta un tarro de miel del que seguían desapareciendo algunas cucharadas, nada escapaba a su atención. Aunque se involucró en los asuntos más insignificantes, su rostro permaneció gravemente despegado con la actitud impasible de una belleza de rostro pálido en un cuadro del siglo XVII. Jade vio que en todos los aspectos Silver cultivaba un aura antigua, tanto por disposición natural como por decisión consciente. Su enorme corona trenzada, una mezcla de su propio cabello y peluca, habría sido anticuada y engordaría para muchas mujeres. En ella, hablaba de un vínculo romántico con el pasado, una sensibilidad poética.

La señora de la casa rara vez elogiaba o se fijaba en Jade durante los primeros meses. El único que se interesó por ella fue Lotus, que no era una de las favoritas de la casa. Cada vez que peleaba con su hermana mayor, Silver siempre favorecía a esta última. A los ojos de su madre, Lotus era perezoso, astuto e impetuoso, y Luna no podía equivocarse. Saber esto no impidió que Lotus intentara golpear a su hermana con tenacidad y astucia, como un gato que se esconde detrás de una pared para saltar y atacar. Pero con Jade, rápidamente retrajo sus garras. Podía hablar durante horas de cosas de las que apenas tenía la más mínima idea: las últimas modas, los chismes que circulaban por PyongYang y Seúl, tipos de hombres, tipos de mujeres, y lo que pasaba detrás de ciertas puertas del establecimiento donde les estaba prohibido. ir. Jade encontraba chocante su flagrante interés por la compañía masculina, no porque fuera joven sino porque no era bonita. Lotus tenía una cara de luna suave que era más común en el sur, no la delicadeza ovalada de su madre, una belleza arquetípica de PyongYang. Hasta entonces, Jade había supuesto que las mujeres y niñas atractivas tenían mayores apetitos sensuales, y ahora vio que eso no era necesariamente cierto.

Una vez que se hicieron mejores amigos, Jade pensó en este exceso de deseo no como una peculiaridad sino como una cualidad. Ya no veía el rostro de su amiga tan sencillo, sino intrigante. Jade llegó a

apreciar el don de la elocuencia de Lotus, la forma en que podía hacer que cualquier cosa sonara como estrellas fugaces: fenómenos inesperados y maravillosos de los que eran los dos únicos testigos. Eran los complementos perfectos, porque a Jade le gustaba pensar sin cesar ya Lotus le gustaba hablar constantemente, y entre los dos se logró el equilibrio adecuado. Lotus también tenía talento para las transgresiones: una tarde, apiló almohadas, se subió a la parte superior del armario y con indiferencia bajó el frasco donde Silver guardaba su reserva personal de miel. Jade observó con asombro, hasta que Silver entró y atrapó a Lotus en el acto.

Poco después de su primer examen mensual, que Jade había aprobado a pesar de sus peores temores, incluso japonés, Lotus respondió la pregunta que Jade había sido demasiado delicada para hacer: por qué ella y su hermana eran tan diferentes.

"El único hombre al que mamá ha amado es al padre de Luna. Se conocieron cuando ella tenía diecinueve años. Ella todavía usa el anillo que él le dio. A pesar de que ha tenido otros patrocinadores, nunca se ha quitado ese anillo de plata en años y años", le dijo Lotus. Jade recordó haber visto la banda reluciente, no tan costosa ni ornamentada como las otras joyas de Silver, pero notable por su elegancia redondeada y pesada.

Mientras que Luna nació de un amor trágico, Lotus fue simplemente un accidente dejado por un patrón descuidado. Jade creía en secreto que por eso Silver trataba a su hija menor con tanta indiferencia; Lotus era lo único en su vida que había sucedido completamente en contra de sus deseos. Si una mujer como Silver no podía terminar feliz, Jade pensó que era poco probable que ella misma terminara mejor. Las cortesanas se consideraban pasadas de moda a los veinticinco años y las geriátricas a los treinta. Si no lograban convertirse en concubina o madame antes de eso, podrían terminar sin ser diferentes de una prostituta común. Naturalmente, las principales cortesanas de la casa de Silver sobresalían en el arte de enamorarse de terratenientes marchitos y banqueros decrépitos. Era un juego en el que hombres y mujeres participaban en armoniosa complicidad.

Jade, a pocos años de convertirse en una cortesana de provincias de apariencia media, todavía no podía imaginarse acostarse con un terrateniente con dientes de oro y un aliento terrible. En cambio, soñaba con aristócratas jóvenes y apuestos con debilidad por la poesía. Según Silver, las mejores y más admiradas cortesanas de la historia podían agitar a los más nobles caballeros sólo mediante

correspondencias poéticas. A menudo se enamoraban profundamente sin siquiera verse las caras, tan intensamente aumentadas eran sus habilidades epistolares. A veces estas pasiones se consumaron; otras veces se pasaban trágicamente toda la vida ardiendo de añoranza. Jade soñaba despierta a menudo con estos romances, suspirando como ofrendas a estos amores frustrados. Tal vez por eso su madre le había advertido contra el poder corruptor de la educación: incluso sin ningún hombre a la vista, el lenguaje mismo la seducía. Revoloteó al saber que ciertas palabras en cierto orden podrían reorganizarla por dentro, como muebles en movimiento. Las palabras la cambiaban y la rehacían constantemente, y nadie más podía sentir la diferencia. Así que después de sus lecciones, mientras otras chicas se ocupaban de pasear por el jardín o humedecerse la piel con agua de arroz, Jade practicaba sus letras sola.

CUANDO LLEGÓ LA PRIMAVERA, LA PLATA SE MOVIÓ la clase de literatura de la tarde a la locura en el jardín. Cada día, asignó a una niña a recitar poesía clásica de memoria. Para su turno, Jade eligió un poema de Hwang Jini, una cortesana del siglo XVI que conquistó a miembros de la realeza, monjes, eruditos, artistas pobres y ricos mujeriegos por igual. Se decía que no tenía igual en poesía, caligrafía, literatura, pintura, danza y música, y su reputación de belleza se extendió por todo el reino e incluso llegó a China. Pero lo que más admiraba Jade de ella era que elegía libremente a sus amantes y los dejaba sin lágrimas.

Silver llamó a Jade al frente de la clase y ella comenzó:

> “Flotando en el río, ese barquito de pino,
> ¿Cuántos años lleva amarrado a la orilla?
> Si la siguiente pregunta quién ha cruzado primero el río,
> Diré que era un hombre erudito y valiente.

Cuando lo leyó por primera vez, el poema la sacudió tanto con dolor como con placer. Pero las otras chicas parecían absolutamente impasibles. Solo el rostro de Lotus estaba distorsionado por reprimir un bostezo.

“Muy bien, uno de mis favoritos”, dijo Silver con aprobación. “Ahora, ¿quién puede decirme qué significa esto?”

Las chicas se miraron furtivamente, moviéndose en sus asientos. Lotus intervino: "¿Se trata de ir en bote, mamá?" y los demás gorjearon y se rieron al unísono.

"No claro que no. Realmente me desespero de enseñarte mucha poesía. Silver negó con la cabeza con gravedad. Jade estaba a punto de levantar la mano cuando apareció Stoney, se inclinó ante su amante y golpeó el suelo de madera con los nudillos.

“¿El comerciante de seda está aquí? ¿Uno nuevo entonces? preguntó Silver. Podía distinguir los mensajes grabados a mano de Stoney sin importar lo complicados que fueran; nadie más podía entender al sirviente sordomudo. Silver suspiró y se puso de pie en un elegante movimiento.

Tengo que ir a ver las telas. Pueden jugar ahora”, decretó, y las chicas inclinaron la cabeza.

“Podría haber jurado que se trataba de navegar. ¿Qué crees que significa?" Lotus le preguntó a Jade mientras se ponían los zapatos. Jade sabía lo que significaba el poema e incluso la razón por la que a Silver le gustaba tanto. Por eso lo había elegido en primer lugar.

“Se trata de una mujer que está recordando su primer amor”, respondió ella.

Entre todas las cortesanas y aprendices, Jade sintió que ella era la única persona que entendía este lenguaje secreto enseñado por su ama. Con respecto a las cosas que su mejor amiga no podía entender, Jade habló con los libros en su lugar. Se preguntó si algún día encontraría a alguien que le respondiera.

* * *

EN SU DORMITORIO, SILVER SAT se tumbó en su catre de seda y esperó al mercader, con una mano girando sin pensar el anillo en su dedo. A través de sus puertas enrejadas adornadas con borlas de piedras preciosas, podía escuchar a las niñas gritar y reír mientras jugaban.

"Madame Silver, este es Merchant Chun, a su servicio", se anunció el comerciante de seda fuera de su puerta.

"Por favor entra."

El comerciante abrió la puerta corrediza y entró, cargando su mochila llena de telas y chucherías. Hizo una profunda reverencia a Silver, quien señaló la carga sobre su espalda.

“Baja ese pesado paquete y toma asiento. Y por favor, ponte cómodo. Ya le he pedido a mi sirviente que traiga algunos refrigerios”.

"Gracias, madame, su amabilidad es injustificada", dijo Chun, y luego se quitó la mochila de la espalda y la dejó en el suelo. Él mismo se sentó con las piernas cruzadas en el cojín de seda que ella ya le

había preparado, mientras Stoney le traía una bandeja de vino claro y buñuelos de calabaza, delicias que solo una cortesana adinerada podía permitirse en estos días.

“Estaba realmente devastado al escuchar sobre Old Man Baek”, dijo Silver. "Eres miembro de su gremio, así que debes saber que ha estado trayendo sus productos a esta casa incluso antes de mi tiempo".

En lugar de una respuesta, Chun simplemente inclinó la cabeza.

"¿Eras cercano a él, Maestro Chun?"

“Señora, él era mi familia. El hermano de mi madre."

"Entonces, ¿has heredado todo su territorio?" preguntó Silver, repentinamente entusiasta. Chun consideró su rostro por un momento antes de responder en voz baja.

"Si señora. Había perdido a sus hijos hace mucho tiempo y yo era su pariente más cercano, heredero y confidente”.

"Muéstrame tus mercancías, entonces", dijo Silver.

Chun desenrolló la tela blanca que envolvía su mochila. Dentro había una caja de madera que contenía rollos de seda en los colores del verano: azul celeste, gris celadón, rosa azalea, amarillo forsythia, verde sauce, elegante azul marino para las mujeres mayores como Silver y exuberante rojo camelia para las niñas que recién comenzaban a crecer. floración. Sacó también joyas: las borlas de seda con coral y jade que cuelgan provocativamente justo debajo de la chaqueta corta sin forro de una mujer; anillos dobles garakji, usados apilados en pares y hechos de plata esmaltada, ámbar y jade verde o blanco; un binyuh de oro usado para arreglar un moño. Luego había frascos de polvos fragantes de Inglaterra, crema fría de Japón, colorete para labios y mejillas, aceite de camelia para un cabello suave y brillante, y una bolsita de seda con almizcle real, que se dice que tiene poderes afrodisíacos.

Silver eligió una serie de telas y maquillaje, aligerando considerablemente su carga. Cuando terminó, se giró para mirarlo.

"Todo esto es genial, pero ¿tienes algo más?" ella preguntó inquisitivamente.

Aunque Chun y Baek supuestamente eran parientes cercanos, había muy poco parecido entre los dos hombres. Silver conocía a Baek desde hacía años; Detrás de su cuerpo frágil y comportamiento servil se ocultaba una inmensa fuerza física que le permitía hacer viajes desde el Mar del Este hasta PyongYang, y luego hasta Uiju todos los años hasta su vejez. En su juventud había viajado tanto a Shanghái como a Vladivostok, aunque durante mucho tiempo había cedido gran

parte de sus antiguas responsabilidades a los jóvenes de su gremio. Por el contrario, el rostro rojizo de Chun con ojos astutos, casi reptilianos, no le dio a Silver ningún impulso inmediato para confiar.

El comerciante sacó una hoja de papel doblada del interior de su manga y se la ofreció con las dos manos. Silver respiró hondo y abrió el sello.

Como siempre sucedía cuando veía la escritura del general, sus manos que sostenían los bordes del papel temblaban ligeramente. Ella leyó la carta rápidamente, bebiendo sus palabras con los ojos. Él le agradeció el dinero que le había enviado el verano pasado y le habló de las victorias y derrotas en las colinas de Siberia. Sus tropas lo siguieron a cualquier batalla, fríos y sin equipo como estaban en contraste con su enemigo. Algunos de ellos habían traído a sus esposas e hijos a Vladivostok, y sus felices reencuentros hicieron que anhelara ver sus rostros y los de Luna. Debe ser hermosa si se parece a ti. Pero me temo que nunca volveré a ver a nuestra hija antes de morir", escribió.

Dobló cuidadosamente la carta y la escondió dentro de un libro en su mesa. Lo volvería a leer, lentamente, cuando estuviera sola y libre para detenerse en cada carácter.

"Gracias, Maestro Chun. Cuando escuché que el Maestro Baek fue asesinado, pensé que esta carta se habría encontrado y todo estaría perdido. . . nuestras propias vidas y las de nuestros hombres en Vladivostok. Esperé todo el resto del invierno, esperando lo peor. . . Dormí con un cuchillo al lado de mi cama, preparado para acabar con mi propia vida si venían, y sin embargo no lo hicieron".

"Esos bastardos abandonaron su cuerpo sin registrarlo; si lo hubieran hecho, seguramente todo habría salido como temías", dijo Chun. "Mi tío planeaba atraerlos a nuestras fuerzas en las montañas, y matar a un jefe de policía y oficiales de alto rango habría sido una inmensa victoria. . . Pero, o realmente se perdió en la nieve, o nuestros hombres no estaban en el lugar de reunión. Ni Chun ni Silver expresaron lo que ambos sabían: que si los luchadores por la independencia no aprovecharon atrapar a un grupo de soldados japoneses perdidos, es posible que hayan muerto en otra batalla no registrada.

"¿Y el cuerpo de tu tío no fue tocado hasta que llegaste a él?"

"No, señora. Yo mismo ignoraba lo que había sucedido, ya que estaba en el sur en ese momento. Pero hubo un aldeano que recogió su cuerpo y lo preparó para el entierro. Un viudo pobre con tres hijos

pequeños, al borde de la muerte por inanición, pero un hombre honesto, no obstante. Guardó todas las pertenencias de mi tío para mí hasta que llegué allí para el funeral, y nada faltó ni fue manipulado, ni siquiera sus monedas".

"Qué buena fortuna fue esa", murmuró Silver. Abrió su tocador y sacó dos bolsitas con cordón, una blanca y otra roja, ambas cargadas con lingotes de oro macizo.

"El blanco es para tus problemas", dijo, entregando las bolsas. "El rojo es por la causa. ¿Confías en el hombre que llevará esto al otro lado de la frontera?

"Señora, no será diferente a cuando vivía mi tío", dijo Chun. "Nosotros, los humildes comerciantes, amamos el oro tanto como cualquier otro, pero incluso nosotros tenemos honor".

"Lo sé bien, Maestro Chun. Debes saber también que lo que te doy ahora no es solo mío, sino de casi todas las cortesanas de PyongYang. Es el dinero que ganamos sirviendo tragos y acostándonos con hombres, y las joyas que acumulamos para nuestra jubilación".

El Maestro Chun inclinó la cabeza bruscamente en lugar de una respuesta.

"¿Cuánto tiempo te quedarás en la ciudad? ¿Y cuándo volverás? preguntó Silver.

"Me iré mañana con las primeras luces. Puede que esté de vuelta para el otoño si tengo suerte".

"Deberías pasar la noche aquí, será mucho más cómodo que la posada".

"Gracias, madame, pero eso atraería una atención indebida. Y allí están mis hermanos del gremio esperándome en la posada. . ." Chun dijo, ya levantándose. "Debería irme".

"Espera, casi lo olvido", dijo Silver. "Ese pobre hombre que recuperó el cuerpo del Maestro Baek. . . Si pasas por su pueblo al salir de la ciudad, ¿le darías algo de mí? Silver abrió su cofre nuevamente y recogió esta o aquella baratija. Había vendido sus mejores joyas y las había convertido en oro, que el mercader ya había metido de forma segura en su mochila. Finalmente, se quitó el anillo de plata y se lo dio a Chun, sonriendo débilmente.

"Por favor, dígale que no es muy caro, pero que era mi favorito", dijo ella, con su hermosa voz vacilando solo un poco. El Maestro Chun inclinó la cabeza una vez más antes de despedirse.

Todas sus baratijas más caras combinadas habían significado mucho menos para ella que renunciar a este anillo de plata. Pero la

vida tenía que mantenerse en equilibrio: tenía que hacer lo que realmente se sentía como un sacrificio. Con mucho gusto cambiaría su vida por la seguridad de las personas que amaba: el general, Luna y Lotus. Si esos tres estuvieran atrapados en una casa en llamas, se echaría un balde de agua sobre la cabeza y saltaría al fuego para sacarlos. Ese era el significado de su amor, declaró en su cabeza. Pero su mano se afligió, incluso cuando Chun salió por las puertas de la ciudad a la mañana siguiente para entregar el anillo en la casa del cazador.

2

Luna

1918

EL GIRO MÁS EXTRAORDINARIO DE LOS ACONTECIMIENTOS COMENZÓ CON LA CAÍDA de un alfiler, una aberración robada con no más dramatismo que un perro callejero. Una mañana, Jade se despertó y descubrió que todas las clases habían sido canceladas. Corrió afuera para recibir el aire, como una abeja nueva que emerge de su capullo en un clima cálido. El día estaba lleno de vigor de principios de junio. Los árboles cantaban sus notas de verde, y su frescura se escuchaba a los ojos. Dejaron a las niñas sueltas en el jardín como terneros, e incluso Jade no se arrepintió de tomarse un descanso de los libros. Cuando se dejó caer para jugar a la cuna del gato con Lotus, la razón de tanta indulgencia quedó clara: Silver y Luna, ambas vestidas con sus atuendos más encantadores, salían para el día. Mientras cruzaban el patio, niñas pequeñas con rostros redondos y envidiosos se agolpaban alrededor, todas anhelando en silencio una salida propia. Jade solo se echó hacia atrás, no dispuesto a molestar a Silver con necesidad. Pero Lotus se adelantó y se atrevió a decir: “Mamá, yo también quiero ir”, con la voz triste de un niño que a sabiendas juega con su infantilismo.

Silver miró a su hija menor como si estuviera organizando su joyero y descubriendo un recuerdo de una época incierta, divertida y un poco avergonzada, pero finalmente indiferente. Después de un momento, dijo: “Luna es ella misma y solo se está tomando una foto a los quince años. Yo también te llevaré cuando seas mayor. Ignoró el rostro cabizbajo de Lotus con su altivez habitual y se subió al rickshaw detrás de Luna, su falda de seda ondeando lujosamente sobre su asiento.

Una salida era un placer raro incluso para Luna, que seguía sacando la cabeza peligrosamente del rickshaw y flotando en el borde

de su asiento. A medida que se alejaban de su casa, Luna gradualmente perdió de vista las cosas que le eran familiares, hasta que todo a su alrededor se volvió nuevo y extraño. Al pasar por este o aquel hito, su madre le explicó: “Esa es la nueva fábrica de zapatos de goma que el Sr. Hong montó este año. Ya ha tenido ventas de dos mil wones”, y “esa es la escuela secundaria, verás a los niños más tarde, pero ahora deben estar todos en clase”, o “esa cosa puntiaguda allí donde adoran los cristianos. Ellos también cantan, aunque no como nosotros.

“Mamá, ¿conoces a algún cristiano? Escuché que todos eran secretamente leales a los Yankees”, dijo Luna.

“No conozco a ningún cristiano que sea patrón o amigo de nosotras, las cortesanas”, dijo Silver, frunciendo el ceño. “Pero ¿cómo no volveros siervos de los yanquis cuando creéis en su Dios? No es natural”.

El rickshaw se detuvo frente al estudio y las mujeres descendieron del carruaje, usando sus abanicos para proteger sus pálidos rostros del sol. La puerta del estudio tintineó alegremente cuando entraron. El fotógrafo los saludó y los condujo al área de filmación, que tenía sillas tapizadas en terciopelo contra un fondo gris liso.

De acuerdo con las indicaciones del fotógrafo, Silver se sentó en un sillón y Luna se paró con las manos en el hombro de su madre. El fotógrafo encendió una lámpara a un lado de la cámara y les indicó que no parpadearan. Contó hasta tres, luego se disparó un destello brillante, lo que provocó que Luna se quedara ciega brevemente; luego, las sillas y los accesorios descoloridos de estilo occidental en el estudio volvieron a enfocarse, abarrotando su mundo una vez más. Tenía una sensación muy extraña como despertarse después de una larga siesta y no saber si anochecía o amanecía. Fue un pequeño lapso en su única existencia larga, continua y sin incidentes: un latido del corazón interrumpido, cuyo significado aún no estaba claro.

Mientras se preparaban para irse, el timbre volvió a sonar y entraron un par de oficiales japoneses.

“Bienvenido de nuevo, señor”, dijo el fotógrafo en voz alta en japonés. "Tus fotos están listas". Al mismo tiempo, Silver pasó rápidamente, llevando a Luna de la mano. Los oficiales miraron largamente a las mujeres mientras salían corriendo y se alejaban en el rickshaw.

"Aquí están. Las fotos quedaron muy bien. Espero que esté complacido, mayor Hayashi”, dijo el fotógrafo, ofreciendo un sobre

que contenía algunas fotos de los oficiales, que le habían llamado para tomar después de que el fotógrafo japonés de la ciudad muriera repentinamente de tuberculosis el año anterior. Pero el comandante Hayashi apenas miró las fotos y preguntó: "¿Quiénes eran esas dos mujeres?"

“Mi vieja amiga y su hija”, respondió el fotógrafo con nerviosismo, mirando por encima del hombro de Hayashi a su socio que, aunque vestía un uniforme de oficial japonés, sin duda era coreano.

“Señor, esa era una famosa cortesana llamada Silver, conocida como la más bella de PyongYang”, dijo el coreano en un japonés perfectamente cuidado. Luego, con un afán que estos encuentros espontáneos provocan incluso en los más insensibles, agregó: “No la había visto en muchos años, pero la reconocí de inmediato”.

* * *

CUANDO PLATA ENVIÓ A STONEY a recoger las impresiones del fotógrafo, Luna se sintió decepcionada porque ellos mismos no volverían a salir. El viaje había sido muy refrescante y le gustaba ver nuevos lugares. Sobre todo, había sentido una emoción secreta ante la mirada que le habían dado los oficiales. Le dio ganas de vestirse con ropa fina y pasear por la ciudad todo el día; se rió, imaginando lo aburrido que sería para el pobre conductor del rickshaw. Entonces pensó que ya no quería dormir en la habitación de su madre y se sintió culpable por sentirse así porque sabía cuánto la amaba su madre.

Pronto, hizo tanto calor que las mujeres empezaron a dormir en el fresco suelo de madera del porche cubierto. Luna dio el calor como excusa y también se unió a los demás. Las mujeres dispusieron juntas sus catres de modo que formaron una cama larga en el suelo. Para ahuyentar a los mosquitos quemaban incienso de ajenjo de dulce aroma que serpenteaba hasta el cielo negro como la boca de lobo. Las chicas más jóvenes, emocionadas por este cambio de rutina, susurraron toda la noche, acostadas en fila como un collar de perlas parlanchinas.

Una noche en la cama, Luna dijo: “Oye, Lotus, me muero por un poco de sandía fría y dulce. Ve a cortar el de la cocina.

"¿Por qué debería? No soy tu sirvienta,” dijo Lotus, acomodada en su lugar lejos de su hermana.

“Porque soy tu hermana mayor, mocosa. Ve a hacerlo ahora o se lo diré a mamá.

Sintiendo que Lotus estaba a punto de meterse en otra pelea desesperada con Luna, Jade se levantó rápidamente.

"Iré a buscarlo", dijo, poniéndose las pantuflas. Dio la vuelta al patio trasero hasta la cocina. Dentro había un gran balde de madera lleno de agua fría, donde la criada había puesto la sandía para mantenerla fresca. Jade lo colocó en la tabla de cortar y se quedó examinándolo con un cuchillo en la mano, como un verdugo. Una progresiva sensación de malestar se apoderó de ella.

Jade sostuvo el borde afilado del cuchillo contra la piel verde oscuro de la sandía y presionó con fuerza. Con un crujido crujiente, el cuchillo se deslizó hacia abajo y reveló la carne de color rosa intenso salpicada de semillas negras. Estaba cortando las mitades en cuartos cuando sintió que algo le mordía la mano. Se miró la palma de la mano izquierda y vio una herida profunda, de la que brotaban rápidamente orbes oscuros de sangre como semillas de granada. Apartó la mano de la sandía y dejó que la sangre cayera al suelo. Sin ningún trapo para vendar la herida, cerró su mano izquierda desnuda en un puño apretado y luchó por limpiar el desorden y lavar la tabla de cortar y el cuchillo con una mano.

Jade se tambaleó de regreso al pórtico, cargando los gajos de sandía en una canasta con su brazo derecho. Los escuchó antes de verlos: voces profundas y desconocidas que hablaban en una mezcla de coreano y japonés. Al doblar la esquina, vio a las chicas en enaguas, de pie en fila junto a sus catres. Caminando por el patio frente a ellos había cuatro hombres, y junto a ellos con su fino traje de seda, Silver. Jade encontró a Stoney por el rabillo del ojo y respiró aliviada.

"¿Estas son todas las chicas que tienes en esta escuela?" preguntó un hombre coreano vestido de civil occidental.

"Sí", respondió Silver en voz baja. Sus ojos estaban inyectados en sangre incluso a la luz de la luna. Jade pensó en el cuchillo de la cocina y retrocedió en silencio, pero sus pies crujieron ligeramente en la arena y el oficial coreano giró la cabeza como un sabueso.

"¿No estabas tratando de ocultar esto?" dijo, agarrando a Jade por los hombros y poniéndola de pie frente a él.

"No claro que no. Ni siquiera me di cuenta de que estaba fuera de la cama", dijo Silver.

Los otros tres hombres vestían uniforme. Uno de ellos le dijo algo al oficial de paisano en japonés, saltando al pórtico sin quitarse las botas.

"¿Sabe que todos los establecimientos de cortesanas, burdeles y similares deben tener licencia y ser operados por el gobierno?" preguntó el hombre coreano.

“Esta casa ha estado en funcionamiento durante más de un siglo, transmitida de hija a hija”, dijo Silver. “Siempre hemos pagado nuestros impuestos. No hemos hecho nada por tradición”.

“No finjas ser tonta, puta. Tendría más cuidado con mis palabras, si fuera tú, sé muy bien lo que has estado haciendo —le espetó, y ella se quedó en silencio. “Deberías estar agradecido de que el Mayor Hayashi no haya cerrado este lugar ya,” añadió, mirando al oficial uniformado en el pórtico.

Con su cabeza cuadrada y su musculoso cuello apenas contenido por su collar, Jade pensó que el hombre llamado Hayashi parecía un toro vestido de caqui. Caminó lentamente arriba y abajo del pórtico, mirando a las chicas con gran interés. Mantuvieron sus rostros inclinados, y él se detuvo frente a una chica, sostuvo su rostro con su mano y lo giró a izquierda y derecha, antes de pasar al siguiente. Se detuvo cuando llegó a Luna y sonrió, luego gritó jovialmente en japonés a sus oficiales. Ellos rieron.

El Mayor Hayashi levantó la barbilla de Luna, estudiando su rostro de cerca. Mantuvo la mirada baja, los brazos cruzados con fuerza sobre el pecho. El mayor soltó su rostro y con fuerza descruzó sus brazos, dejándolos caer sin fuerzas a sus costados. Luego le pasó el dedo por la clavícula y luego por el pecho, atado con fuerza por la enagua. Él tomó su pecho con la mano y lo apretó bruscamente, hasta que ella dejó escapar un gemido angustiado.

"Por favor." Silver se volvió hacia el oficial coreano, de repente más deferente. “La crie con más cuidado que si hubiera nacido en una familia noble. Desde su nacimiento solo ha sido tratada como una jovencita. Esta chica no es una cortesana. Ni siquiera está registrada en el gremio. Luego agregó: “Él puede tener a cualquiera menos a ella”.

“Entre los jóvenes, ella es claramente la mejor, y tú mismo eres demasiado viejo. Es mejor callarse en lugar de arriesgar vidas”, dijo el oficial. "Si no quieres que la lleve aquí frente a todos, también puedes darle una habitación".

“No, no lo haré”, dijo Silver desafiante. Solo tomó una mirada de ella, y de repente Stoney saltó de la esquina y se arrojó entre Luna y el mayor, apartando al hombre. Todos los hombres del mayor recogieron sus rifles y apuntaron a Stoney, lo que provocó que las niñas gritaran.

El mismo Hayashi se tambaleó un poco, luego recuperó la compostura con una sonrisa. Lanzó un puñetazo a la cara de Stoney, que bloqueó con un brazo. Pero inmediatamente dos de los agentes agarraron los brazos de Stoney, se los retorcieron contra la espalda y lo obligaron a tirarse al suelo, pateando y forcejeando en silencio. Cuando Stoney finalmente quedó inmovilizado boca abajo, el mayor encendió un cigarrillo y dio una larga calada, poniendo un pie calzado con una bota sobre el cuello de Stoney.

Jade no supo si el chillido agudo procedía de su propia boca o de la de las otras mujeres. Al escuchar la conmoción, Hayashi se rió, clavando firmemente el talón con todo su peso alcista; Stoney, incapaz de gritar, jadeaba como un perro. Algunas de las jóvenes lloraban abiertamente, y las mayores estaban congeladas de terror, mordiéndose los labios. Jade sintió que le temblaban las rodillas y que los bordes de su conciencia se deshilachaban.

Hayashi murmuró en japonés, del cual Jade solo pudo captar las palabras para la inmundicia de Joseon. Exhaló una columna de humo blanco y pisó aún más fuerte el cuello de Stoney. El sudor corría por la espalda del hombre mudo, y su rostro se estaba poniendo azul.

"¡Deténgase, por favor!" Silver corrió hacia el pórtico y se arrodilló junto a Stoney. "No mates a este hombre, no quiso hacer daño". Ella también estaba llorando, algo que nunca había hecho delante de los demás. "Es solo un tonto y un mudo, por favor ten piedad".

No importaba que el mayor no entendiera coreano. Quitó el pie y pateó la cabeza de Stoney con fuerza; hubo un fuerte crujido como el estallido de una sandía. Luego, los oficiales soltaron su agarre, pero Stoney ya había pasado mucho tiempo del punto de forcejeo y yacía sin fuerzas en su lugar.

Sin esperar más, Hayashi agarró a Luna por el brazo y la arrastró al suelo. Ella gritó, alejándolo de una patada, y él la golpeó con tanta fuerza en la cabeza que su largo cabello salió volando de la trenza, cubriendo su rostro. Después de que él la golpeara varias veces más, ella dejó de resistirse y permaneció inmóvil y en silencio debajo de él. Jade cerró los ojos pero no pudo evitar escuchar sus gruñidos mecánicos.

Cuando terminó, Hayashi se subió los pantalones como si nada hubiera pasado y se alejó, seguido por sus hombres. Silver se tiró al lado de la figura descartada de Luna, y algunas chicas se apresuraron a conseguir trapos para unir la cabeza de Stoney. El sonido de su llanto entraba y salía de los oídos de Jade. Se dio cuenta de que había

estado cargando la canasta de sandías todo el tiempo, que dejó con cuidado, aunque nadie la comería, nadie comería nada por un tiempo. No parecía posible que pudieran volver a jugar y leer poesía en ese patio. Los bordes de su visión parecieron descoserse, y sus débiles rodillas finalmente cedieron. Jade se desmayó sin que nadie lo notara, un charco de sangre negra y roja empapaba el suelo bajo su mano.

3

Algo para recordar cuando estás deprimido

1918

DESPUÉS DE ESA NOCHE, JADE TUVO QUE MANTENER SU MANO IZQUIERDA SUJETA CON LINO durante casi de un mes. Cuando le quitaron el vendaje, no había nada diferente en ella excepto una larga línea de color rojo oscuro en la palma de su mano izquierda que finalmente se desvaneció a blanco. Pero Luna fue cambiada. Ya no podía atormentar a nadie, y no inspiraba miedo, solo piedad. No salió de su habitación por ningún motivo. La propia Silver cargó bandejas llenas de los platos favoritos de Luna o melones frescos, y los trajo de regreso unas horas más tarde, en su mayoría intactos. Jade acechaba fuera de la cámara y se ofreció a vigilar a Luna, pero Silver rechazó toda ayuda y continuó sola con su vigilia.

Durante este tiempo, todos dijeron que Luna estaría bien y que Stoney moriría. Luna era joven y, aunque estaba herida, no la mataría. Pero la cabeza de Stoney se había partido y había caído en un estupor. El viejo herbolario dijo que probablemente no despertaría a su edad, y que si por casualidad recobraba el conocimiento, sería una criatura aún más inútil, incapaz de caminar o hacer sus necesidades sin ayuda. En ese momento, Silver le arrojó una moneda al herbolario y le dijo que nunca más pusiera un pie en su casa. Ella misma se dedicó a cuidar a Stoney, cambiándolo de ropa y bañándolo con toallas. Entonces, un día, cuando Silver fue a verlo, él estaba despierto, esperándola. A la semana ya podía sentarse, y luego a la semana siguiente se levantó y fue solo a la letrina, aunque luego lo encontraron inmóvil en el suelo, a medio camino de su habitación.

La historia de lo sucedido había corrido por la ciudad, y algunas personas decían que era una pena que Stoney no pudiera proteger a su joven amante, que entre los dos sería mejor perder a un sirviente

sordo que a una joven belleza que comenzaba a florecer. Pero Stoney, al no poder escuchar estas opiniones, finalmente recuperó la mayor parte de su fuerza.

ACOSTADO EN SU CAMA durante tanto tiempo, Luna entró y salió del sueño hasta que dejó de distinguir entre sus pensamientos y sus sueños. Recordó una historia que le contaba su madre: hace mucho tiempo, vivían en las montañas un oso y un tigre. Ambos querían convertirse en humanos, por lo que rezaron al cielo y les dijeron que se transformarían si permanecían cien días en una cueva, comiendo solo un manojo de ajenjo y veinte dientes de ajo. El tigre finalmente se dio por vencido y salió corriendo de la cueva, volviéndose tan cercano a los humanos en inteligencia y emoción, aunque todavía en forma de bestia. El oso perseveró solo y se convirtió en una hermosa mujer en el centésimo primer día. Pero la mujer-oso deseaba, sobre todo, tener un hijo. Entonces oró de nuevo, y esta vez el mismo hijo del cielo descendió y se acostó con ella.

Desde que podía recordar, Luna había escuchado docenas de historias como estas sobre mujeres que anhelaban desesperadamente tener hijos. Tales historias nunca se contaban de mujeres que no querían ser madres, aunque había muchas entre cortesanas, sirvientas, solteras, viudas y matronas que ya tenían demasiadas bocas que alimentar. Estas mujeres también tenían que orar y comer hierbas amargas para conseguir su deseo.

Hace un tiempo, una niña de catorce años que lavaba la ropa quedó embarazada y le rogó ayuda a Silver. No tenía dinero para ir a un herbolario y, de todos modos, no podía ser sorprendida comprando algo que arruinaría para siempre sus posibilidades de matrimonio. Las cortesanas, por supuesto, tenían la "medicina" en stock en todo momento. Luna había observado atentamente mientras la criada preparaba el brebaje de olor amargo. Gruesos rizos de vapor turbio se desbordaron del tazón que la niña tragó, casi con avidez, pensó Luna en ese momento. Esto era lo que ahora tenía que recrear.

Una vez que tomó una decisión, se levantó de la cama en silencio para no despertar a Silver. Sus piernas estaban débiles y delgadas bajo su peso, pero logró llegar a la cocina de alguna manera. Las hierbas aún estaban metidas en una olla de bronce en la esquina. Luna hirvió agua en una olla de barro y dejó que las hierbas hiervan a fuego lento hasta que el líquido se volviera marrón oscuro y espeso. Sabía a bilis amaderada.

Luna se recostó en su catre y esperó a que la medicina hiciera

efecto. Solo había perdido un período, pero ya podía sentir algo afilado y puntiagudo en su útero que nunca antes había estado allí. Que esta semilla fuera como un clavo maligno no la sorprendió en lo más mínimo; era de esperarse de un hombre como Hayashi. El aire comenzaba a sentirse insoportablemente caliente. Y en lugar de sacar la uña, la medicina pareció agrandarla, desgarrándola por dentro. Su madre estaba despierta ahora, sosteniendo su mano y tomándole la temperatura. Quería sentir la sangre correr entre sus piernas, pero el clavo estaba clavado dentro de ella. Si hubiera podido hablar en voz alta, le habría pedido a alguien que por favor la rascara de su cuerpo, pero no pudo pronunciar una palabra, como si estuviera atrapada en un mal sueño.

Cuando Luna se despertó, era de noche, había estado con fiebre durante todo el día. Silver estaba sentada a su lado, y la oscuridad bajo sus ojos mostraba que no había dormido nada.

Eres demasiado joven para recordar esto. Tampoco quería Lotus, y la bebida tampoco funcionó para mí", dijo Silver.

"Estuve furiosa todo el tiempo que estuve embarazada. Incluso después de que ella nació, apenas podía soportarla. Pero antes de cumplir los dos meses, me miró directamente a los ojos y sonrió. Aunque estaba seguro de que ella sabía en mi vientre cuánto la odiaba". Hizo una pausa y vio que Luna estaba demasiado silenciosa y tensa para estar dormida.

"Y en ese momento, la abracé con fuerza contra mi pecho y lloré como si fuera a inundar el mundo. Qué cuerpecito, todavía rojo de estar dentro del mío. Seguía diciendo como una loca: 'Por favor, perdóname'. Traté de deshacerme de ella pero su alma se había aferrado a mí por un hilo. Es una cosa extraña—*inyeon*. Si no está destinado a ser, no puedes aferrarte a la gente sin importar cuánto lo intentes. Algunas personas a las que amas profundamente se convertirán en extraños en un instante, si el *inyeon* ha seguido su curso. Y a veces las personas se apegarán a ti para siempre a pesar de todas las probabilidades. Lotus y yo, nuestro *inyeon* es profundo y se remonta más allá de esta vida.

"Haré lo que sea por Lotus al igual que lo haré por ti. Ambas son mis hijas. Así que te lo prometo, todavía no sabes cómo te sentirás más tarde".

A PESAR DEL SOL ARDIENTE y el aire resinoso, Silver cruzó la ciudad para enviar un telegrama a Seúl. El motivo de su encargo quedó claro cuando apareció una visita en la puerta: una cortesana tan hermosa

como Silver, pero vestida con ropa más sencilla y cara. Su cabello negro como la tinta estaba festoneado alrededor de su frente y enrollado en su nuca al estilo occidental. En lugar de pantuflas de seda y cuero bordadas con flores, usaba zapatos de tacón con correas sobre delicadas medias de seda que solo usaban las mujeres blancas. La prima hermana de Silver se llamaba YeDan, aunque sus amigos y admiradores la llamaban Dani. Llevaría a Luna a Seúl, aparentemente para que pudiera tener un nuevo comienzo. Pero todos sabían que la verdadera razón por la que la enviaban era para evitar que Hayashi descubriera su condición.

Lotus también iba a ser enviada a Seúl, pero se negaba a irse a menos que pudiera llevarse a su amigo más cercano con ella. Silver había dispuesto pagar la pensión de sus dos hijas para que quedaran exentas de pagarle a la dueña del establecimiento, como era costumbre. Jade, por otro lado, era una inversión por la que Silver ya había pagado una suma sustancial y, por lo tanto, su transferencia era un asunto más delicado. Aun así, Dani accedió a echar un vistazo al niño, que fue convocado pasada la hora de la cena.

"¿Cuántos años tiene?" preguntó Dani, sus agudos y hermosos ojos recorriendo a la chica desde la cabeza hasta el dobladillo de su falda.

—Tengo diez, madame —respondió Jade en voz baja, enfocando su mirada en los labios escarlata recién pintados de Dani. Silver y otras cortesanas también usaban colorete, pero Dani era la única mujer que había visto cuyo maquillaje no era solo un adorno, sino un efecto; el color de sus labios por sí solo podría hacerte sentir como si te estuviera acariciando con ternura o, si ella quisiera, como si te estuviera abofeteando. Sacó un cigarrillo de una pitillera esmaltada y lo apoyó entre los labios entreabiertos mientras lo encendía con una mano en un solo movimiento fluido. Sus modales y su dicción eran impecables, pero un aire de subversión la arrastraba como un perfume. Dani desafió la categorización simple como nadie más, y esa fue su cualidad más atractiva.

“Déjame ver tus ojos”, dijo Dani, quitándose el cigarrillo de los labios. Un suave humo blanco se enroscó alrededor de su boca antes de salir al aire. Jade levantó la mirada y se encontró con los iris de Dani, casi negros y frustrados con destellos de color marrón dorado.

“Ella es bonita y bastante inteligente también”, dijo Silver. "Ella no podrá trabajar por un tiempo todavía, pero aún será útil tenerla cerca".

Dani se volvió hacia su amiga. Incluso la forma en que inclinó la

cabeza hacia un lado y abrió el codo fue lánguidamente elegante, pensó Jade.

“Parece que aprendería rápido, como dices. Sus ojos no están nada mal. Ella es más linda que tu Lotus, para ser honesto”, dijo Dani con franqueza, como si Jade no estuviera parada justo frente a ella.

"Lotus realmente no se parece a mí", dijo Silver, herida.

“No hay duda al respecto. Sin embargo, Luna, esa pobre, es tu copia exacta. Esta chica no es tan destacada como Luna, pero tiene buenas facciones, lo admito. Cejas inteligentes, labios carnosos. . . Pero no creo que me la lleve, después de todo. Ella es demasiado delicada. Débil, y no me refiero sólo en el sentido físico. Peor que eso, ella no tiene personalidad, y ya sabes cuánto me disgustan las chicas insípidas del campo. Dani negó con la cabeza.

“¡Jade tiene personalidad!” Silver exclamó, mirando seriamente a la chica, como si dijera, Adelante, muéstrale tu lado atractivo. El comando no produjo el efecto deseado; bajo la mirada de dos mujeres imperiosas, Jade se sintió tan animada como una piedra de molino.

“Estos son malos tiempos, hermana. No hay grano en el campo, lo sabes. Cada semana recibo al menos cinco chicas en mi puerta. Sus padres me ruegan que los tome por nada más que un pequeño saco de arroz. Incluso con sus harapos manchados de barro, algunos son mucho más bonitos que este Jade. Los rechazo a todos”. Dani se echó hacia atrás y se cruzó de brazos, como indicando que la discusión había terminado.

“Es la mejor chica de la clase en poesía, recita versos clásicos como una pequeña oropéndola. Deberías verla cuando está jugando con sus compañeros en el patio. Muy encantador”, prosiguió Silver.

“Perdóname, pero los pequeños actos encantadores no me impresionan como una prueba de originalidad. Esta niña, estoy segura, es adorable cuando juega, pero no busco solo vivacidad. ¡Ahora tu segunda hija, tiene espíritu! Ella se parece a ti, pero no en apariencia. . .” Dani se rió, pero el rostro de Silver permaneció sombrío.

“Creo que estás siendo demasiado duro, Dani. Jade solo tiene diez años, después de todo. Los niños cambian por completo una docena de veces al año cuando están creciendo”, dijo Silver. “Todo lo que puedo decir es que ella es buena. También he visto a muchas personas que saben de lo que estoy hablando”.

Dani ladeó su hermoso rostro e hizo un ligero ruido que sonó como un gruñido para Jade. Trató de proyectar esa cualidad especial

que buscaba Dani, tal vez un aire de alegría sin esfuerzo que Lotus irradiaba con tanta facilidad. Pero aunque Jade no estaba orgullosa, no podía forzar una sonrisa mientras estaba vestida así. Una diminuta lágrima amenazaba con escaparse de su ojo derecho y se concentró en volver a colocarla en su lugar.

"Bueno, mi querida hermana", suspiró Dani. "Honestamente, no sé si ella tiene lo que se necesita para ganarse la vida como cortesana. Ella no tiene sensualidad, y ¿qué más quieren los hombres, realmente? Por otro lado, es demasiado refinada para ser una gran lavandera. Ella está un poco en el medio, ¿no estás de acuerdo? Pero eres mi prima y mi amiga más antigua. La tomaré como aprendiz, si te complace", dijo, alejándose de Jade y despidiéndola con un gesto arrogante.

Jade salió de la habitación y corrió a contarle la noticia a Lotus. No entendía por qué Dani no se preocupaba por ella mientras valoraba a Lotus, o por qué sucedía lo contrario con Silver. Era extraño pensar que su mejor amiga tenía una cualidad especial de la que ella carecía, aunque era más bonita y entendía de literatura. En lugar de sentirse aplastada, sintió alivio ante la confirmación de que eran contrapartes perfectas. Ella, observadora, inteligente y trabajadora; su amiga, enérgica, cautivadora y confiada. Jamás competirían por los mismos corazones ni por la misma felicidad, como les puede pasar a dos amigos demasiado parecidos. Jade sintió que cada uno de ellos tendría solo la mitad de una vida, una sola ala, que no estaría realmente completa a menos que estuvieran juntos uno al lado del otro.

CUANDO SUBIERON AL TREN, Dani escogió un par de asientos uno frente al otro al final del vagón. Ninguno de ellos habló mientras los campos pasaban como un borrón. Una bandada de gorriones pareció seguirlos por un rato, y luego retrocedió como si estuviera exhausto.

¡Vamos más rápido que los pájaros! Lotus medio susurró, medio exclamó. Dani sonrió con indulgencia. Ya estaba claro para todos que Dani adoraba a Lotus por su personalidad imperturbable y a Luna por su apariencia y tragedia. Jade se sintió menos herida que avergonzada al darse cuenta de que estaba al final de la fila de sus afectos.

"Nunca has estado en un tren antes, ¿verdad? Espera hasta que lleguemos a Seúl, verás tantas cosas que nunca imaginaste ni en tus sueños", dijo Dani. "Oye, mira afuera por un segundo".

Dani hizo una pausa y las chicas asomaron la cabeza a la ventana, donde el sol nacarado ya estaba en la mitad del cielo opaco y húmedo de verano. "Este ferrocarril no solo va entre PyongYang y Seúl. Se extiende todo el camino hacia el sur hasta la punta de la península, y

todo el camino hacia el norte hasta Uiju, donde puede tomar la ruta occidental a Beijing, luego a Shanghai; ¡o ve al norte a Manchuria, Siberia y eventualmente a Europa! ¿No sería un espectáculo digno de ver?

"¿Cuál sería el punto de ir tan lejos? Es incivilizado", dijo Lotus, sonando inesperadamente como su madre. Pero Jade notó cómo el rostro de Luna se iluminó brevemente ante la mención del Oeste del Océano. Junto a ella, Dani miraba obstinadamente al horizonte, como si pudiera salir volando por la ventana con la fuerza de sus hermosos ojos obstinados.

En cuanto a ella, Jade no sabía si le gustaría ir a alguna parte. La ocasión de preguntarse esto nunca había surgido antes, y su mente siempre se quedaba en blanco cuando se trataba de incertidumbres. Peor aún, ni siquiera era naturalmente curiosa: los libros que más le gustaban no le enseñaban nada nuevo, hablaban de cosas que ya entendía solo que de una manera más hermosa. Su imaginación siguió su curso circular dentro de las familiaridades: una fuente en lugar de un río, particularmente cuando se trataba de pensar en su propia vida. ¿En qué otra cosa podría convertirse además de lo que otros querían que fuera? Estaba segura de que la imaginación de Dani habría sido un mar entero incluso cuando era una niña. Jade supuso que no crecería para ser ni la mitad de espléndida que Dani y, lo que es peor, que Dani también pensaba eso.

Al atardecer, el tren entró lentamente en la estación de Seúl como un caballo cansado que regresa al establo. Una vez que salieron, la espesura del aire se intensificó de repente, brillando de color naranja y violeta sobre lo desconocido que se extendía. A Jade le llamó la atención sobre todo la extrañeza de la gente que la rodeaba. Por supuesto, la gente de PyongYang tampoco la conocía, pero como grupo había reconocido sus miradas, sonidos y expresiones en sus rostros; se había sentido segura en su compañía. El colectivo de extraños en Seúl tenía un aura diferente, más dueña de sí misma, decidida e indiferente, no muy diferente a la propia Dani. Con impaciencia esquivaron a las niñas e inundaron la gran plaza frente a la estación donde los vendedores ambulantes y los conductores de rickshaw competían por atención. Más allá de esto, había un enorme, arco de piedra exento rematado con un techo de tejas azul-negras. Pequeñas tiendas y edificios extraños se acurrucaban a sus lados como cachorros.

"Esa es la Gran Puerta Sur", señaló Dani, cuando se subieron a un

rickshaw. “Fue construido hace más de quinientos años en las paredes del castillo, que todavía estaban allí cuando llegué a Seúl por primera vez. Era un espectáculo para la vista, en aquel entonces. Los japoneses derribaron las paredes hace mucho tiempo. Y ninguno de esos postes eléctricos antiestéticos solía estar allí, tampoco”.

El conductor del rickshaw comenzó a trotar y el caos de la estación se fue alejando gradualmente.

"¿Vamos a pasar por la puerta?" preguntó Jade, hablando por primera vez desde que salió de casa.

“Por supuesto que lo somos”, dijo Dani. “Una puerta no deja de ser una puerta solo porque no tiene paredes alrededor. ¿De qué otra forma sabrías que has llegado a Seúl?

“Y además, no hay nada como atravesar un arco para levantar el ánimo. Solo recuérdalo cuando estés deprimida —dijo alegremente—. Su habilidad para encontrar cosas extrañamente edificantes era otro de sus peculiares talentos. “Aquí vamos, ¡verás a lo que me refiero!”

Y Jade se estremeció con una euforia inexplicable cuando el rickshaw pasó por debajo del arco y salió por el otro lado.

4

El orfanato

1918

A PRIMERA HORA DEL MISMO DÍA EN QUE LAS CHICAS ENTRARON EN LA CIUDAD, UN CHICO también había atravesado la Gran Puerta Sur. La noche anterior, se había separado de unos mercaderes ambulantes que lo habían acogido durante unas semanas a cambio de llevar un fardo y hacer pequeños recados. Le habían dado dos centavos, suficiente para dormir en una sala común de la posada y un plato de caldo. En cambio, se dirigió a una zanja al costado del camino justo afuera de la Puerta, resolviendo comer solo cuando ya no le quedaran fuerzas. Una vez que encontró un surco redondeado en el suelo, se acurrucó de costado y abrazó sus rodillas contra el pecho. Como si lo hubieran estado esperando, suaves hebras de cola de zorro verde se inclinaron suavemente sobre él como una colcha. El niño miró de soslayo al cielo, que estaba ricamente negro y resplandeciente de estrellas.

Su padre había sido un hombre de pocas palabras, pero antes de morir, había dicho que mirar al cielo podía hacerte intrépido ante cualquier cosa. Había sido un cazador formidable, pero hacia el final de su vida no podía salir de su habitación. Pase lo que pase, cuida de tus hermanas, había dicho, tumbado indefenso en su catre. Solo el mechón de cabello gris sobresalía del resto de su cuerpo, que era tan delgado como una sombra. Eres el jefe de la familia ahora. Si necesitas coraje, solo mira al cielo.

Cuando las estrellas se acostaron, el niño se despertó con el olor del sol calentando la tierra. Se frotó los ojos y se arrastró fuera de la zanja para poder ver bien por primera vez la ciudad, que luego estaba empapada en una luz naranja líquida. El amanecer de verano en Seúl fue electrizante pero breve, casi inexistente. El sol abrasador se precipitó sobre el horizonte, secando las gotas de rocío en segundos, y

la ciudad se levantó como obedeciendo sus órdenes. Ya había una fila de carretas, viajeros y trabajadores entrando y saliendo de la Gran Puerta Sur. El niño se unió con cautela a la multitud que entraba en la ciudad. Nadie cuestionó su presencia ni siquiera lo miró. Se coló con seguridad debajo de la fresca sombra del arco y salió al otro lado, a una calle ancha llena de tranvías y flanqueada por altos y majestuosos edificios de estilo occidental. Y aunque débil por el hambre, no pudo evitar sonreír. Alcanzó la bolsita con cordón en su bolsillo y le dio un apretón amistoso, sintiendo los dos centavos, un anillo de plata y una pitillera dentro.

Había muchas mansiones a ambos lados de la avenida que pensó que eran casas cristianas, aunque en realidad la mayoría pertenecía a oficinas gubernamentales, consulados y empresas comerciales. En las calles, los coreanos de blanco se mezclaban con los japoneses de negro. Luego estaban los oficiales uniformados a caballo, alrededor de los cuales todos los demás pasaban girando con discreta timidez como bancos de peces alrededor de tiburones que patrullan. El niño incluso vio a un par de hombres blancos, con sus piernas largas y poderosas saliendo de un rickshaw que estaba siendo tirado por un hombre mayor y delgado. El sudor goteaba debajo de su pañuelo en la cabeza a lo largo de su rostro terroso, y aterrizaba con un chapoteo en el camino de tierra amarilla o en la parte superior de sus propios pies. La imagen de su padre vino a la mente del niño, incluso cuando el rickshaw se alejó de él y desapareció entre la multitud.

El sol ya caía con fuerza, y su garganta estaba seca al punto de cerrarse. Tragó saliva un par de veces, pero apenas una gota de saliva entró por su garganta. Antes de que pudiera hacer cualquier otra cosa, tendría que encontrar agua. En cada aldea rural, había un pozo cerca del árbol del pueblo donde las mujeres iban a buscar agua para el día. Uno solo tenía que buscar el árbol más alto o seguir a donde fueran las niñas, balanceando una gran jarra de barro sobre sus cabezas. Aquí, no había árboles por ninguna parte, solo calles interminables llenas de todo tipo de seres humanos, excepto chicas jóvenes que buscaban agua. Vio a una matrona que llevaba una cesta cerca y la alcanzó.

"Disculpe, tía, ¿dónde puedo conseguir un poco de agua?" Sus palabras salieron secas y oxidadas como clavos, y la mujer siguió su camino sin siquiera aminorar la marcha un momento. Las siguientes dos personas a las que se acercó también siguieron caminando como si no lo hubieran escuchado. Había pensado que este último, que parecía

un estudiante universitario, seguramente se detendría y diría algo. Cuando el joven también lo pasó fríamente, el niño sintió que toda la sangre bajaba de su cabeza, lo que le dificultaba mantenerse en pie. Encontró un trozo de sombra bajo el alero de un edificio y se dejó caer sobre su trasero, sin hacer ningún esfuerzo por suavizar el aterrizaje, tan agotado estaba de energía. Se presionó los ojos con las palmas de las manos. Uno de los mercaderes ambulantes lo había hecho cuando estaba especialmente cansado, y el gesto le había parecido al muchacho tranquilizador, pero no vergonzoso ni infantil.

"¿Eres del campo?"

El niño bajó las manos y miró hacia arriba para ver a otro niño de su edad.

—No lo soy —mintió instintivamente el chico—.

"¿Cómo te llamas?"

"Nam JungHo".

“Ja, eres un pueblerino, ¿verdad? ¿Quién le da su nombre a un extraño como ese, sino los rústicos que acaban de cruzar la puerta ese día?

"¿Cuántos años tienes, pequeña mierda?" dijo Jung Ho. "Hablas como si estuvieras ansioso por una paliza". JungHo solo tenía doce años, pero ya tenía la reputación de ser el mejor luchador entre los pilluelos del pueblo en su hogar. Aunque de huesos pequeños, era nervudo y rápido. Además, no le tenía miedo al dolor y solo le importaba cuánto podía golpear a su oponente, que era la forma en que vencía a niños más grandes y mayores que él.

"Me haces reir. Parece que no has comido en días. Estás tan débil que apenas puedes ponerte de pie —se burló el chico de la ciudad—.

En un abrir y cerrar de ojos, JungHo estaba de pie con los puños cerrados sobre su barbilla, listo para atacar. El chico de la ciudad era más alto que JungHo, pero solo por unas pocas pulgadas.

"Solo estaba bromeando", dijo el chico de la ciudad, cambiando rápidamente su tono. “No es necesario que te enfades tanto”.

“Solo déjame en paz, perro de mierda”, dijo JungHo en voz baja, con los puños aún en alto. "¡Déjame en paz!"

“Oye, te dejaré en paz. Pero parece que necesitas algo de agua o comida, o algo así”, dijo el chico de la ciudad. “Te mostraré dónde conseguir agua, si vienes conmigo”.

“Apuesto a que estás mintiendo”, dijo JungHo.

"Si resulta que mentí, entonces siempre puedes golpearme, ¿verdad?" dijo el chico de la ciudad, sonriendo.

"¿Cómo te llamas?"

“Me llaman Locha”.

“Ese es un nombre estúpido,” dijo JungHo con severidad. Pero comenzaron a caminar juntos, sin embargo. Loach era bueno para abrirse paso entre la multitud que se movía en diferentes direcciones, sin detenerse ni perderse nunca, al igual que su animal homónimo.

"¿Cuánto más?" JungHo no pudo evitar preguntar.

"Solo un poco más", fue todo lo que dijo Loach.

Al principio, JungHo trató de recordar los turnos que tomaron, para poder volver sobre sus pasos hasta la Gran Puerta del Sur; pero finalmente se dio por vencido, ya que conocer su ubicación solo en relación con ese lugar no tenía sentido. Ya sea que se mantuviera o no en el camino, todavía no sabía dónde estaba algo y, por lo tanto, estaba esencialmente perdido. Los escaparates con sus letreros en caracteres chinos, el silbido de los rickshaws, los gritos de los vendedores, los artistas callejeros y hasta un tranvía ensartado con un cable eléctrico en la parte superior y rebosante de gente se agolpaba a su alrededor por todos lados, agotando sus sentidos. Para mantenerse firme, fijó los ojos en la esbelta espalda de Loach y la marca de sudor en forma de punta de flecha que se extendía lentamente desde su centro.

"Aquí estamos." Loach se dio la vuelta y sonrió, señalando hacia adelante.

"¿Mmm?"

Habían llegado al borde de un canal, aunque no tenía nada en común con los arroyos frescos y enérgicos que rodeaban la aldea de JungHo, al pie de las montañas. El riachuelo pantanoso y poco profundo fluía a unos cinco metros por debajo del nivel de la calle, sus orillas de guijarros a ambos lados estaban bordeadas por un dique de rocas y cemento. Loach estaba señalando un puente de piedra justo delante, gimiendo bajo un montón de carros y peatones.

"¿Qué es esto, estúpido?" preguntó JungHo, sin molestarse en ocultar su frustración. Dijiste que habría agua.

“Está debajo del puente”, dijo Loach, sin perder el ritmo.

“¿Esa agua fangosa? ¿Crees que soy un perro?

“No te pongas tan fogoso todo el tiempo, es jodidamente caliente como es. Vivo debajo del puente”, respondió Loach. Luego, sin esperar más réplicas, dijo: “O me sigues o vuelves por donde viniste, pueblerino”. Se agachó, puso las palmas de las manos en el borde del dique, luego pasó ligeramente las piernas por encima del saliente y se

dejó caer. JungHo se apresuró y se asomó; Loach ya estaba enderezándose y sacudiéndose las manos.

“Hijo de puta”, susurró JungHo para sí mismo, antes de dejarse caer por la cornisa.

"¿Qué te tomó tanto tiempo? No somos tan valientes ahora, ¿verdad? Loach bromeó. "Casi estamos allí."

Contrariamente a las esperanzas de JungHo, la presencia de agua no hizo nada para refrescar el aire mientras caminaban juntos hacia el puente. A medida que se acercaban, JungHo notó un montón de basura, que resultaron ser tiendas de campaña improvisadas. Varios niños de su edad estaban sentados en grandes rocas cercanas, hablando entre ellos, y luego se levantaron para saludar a Loach. Eran el tipo de suciedad que hace que la piel se erice y el cuero cabelludo pique con solo mirar.

JungHo trató de ocultar su inquietud mientras se dirigían a las tiendas. Lo peor que podía hacer en este momento era huir. No lograría llegar al dique y lo rodearían en un instante. Pero si pensaban que no estaba intimidado, aún podría estar bien.

"¿Quién es este, Loach?" preguntó uno de los chicos. Era el más alto entre ellos, y tenía la distinción de ser el único con una pizca de pelusa gris sobre el labio superior.

“Un tipo nuevo, recién llegado del campo”, dijo Loach. “Oye, se está muriendo de sed. Consíguele un poco de agua. Hubo una breve disputa entre los chicos sobre quién debería recibirlo, pero finalmente uno de ellos fue a buscar un cuenco a una tienda de campaña y se lo entregó a JungHo.

“Bébetelo, pueblerino”, dijo Loach. “Es agua de pozo”.

Una vez tranquilizado, JungHo rápidamente se llevó el tazón a los labios y tragó el agua, sintiendo sus ojos en él todo el tiempo.

"¿Sentirse mejor?" preguntó Loach, sonriendo, una vez que JungHo bajó su cuenco. El asintió.

"¿Cómo te llamas?" preguntó el alto con el bigote tenue.

“Nam Jung Ho. ¿Cómo te llamas?" preguntó JungHo, llamándolo "tú" en la forma familiar, como si tuvieran la misma edad.

“Cuida tus modales, acabas de tomar nuestra agua. . . Mi nombre es Young Gu. Pero me vas a llamar hermano mayor.

JungHo no dijo nada y YoungGu continuó.

“¿De qué provincia eres? ¿Y por qué viniste a Seúl?

“Soy de la provincia de PyongAhn. Y vine aquí por la misma razón por la que cualquiera viene a Seúl”, dijo JungHo. “Ya no hay nada

para comer en el campo".

"¿Qué pasa con tu familia?"

JungHo consideró por un momento. Después de la muerte de su padre, un viudo se presentó para pedir la mano de su hermosa hermana mayor en matrimonio. El hombre se había ofrecido a acoger incluso a la hermana menor de JungHo, pero no a él mismo. Una cuñada de cinco años que alimentar era una cosa, y un niño casi adulto era otra muy distinta. Dado que su hermana mayor habría rechazado la oferta y morirían de hambre juntos en lugar de abandonarlo, huyó silenciosamente en medio de la noche.

JungHo respondió: "Todos muertos".

"Entonces hoy es tu día de suerte", dijo YoungGu. "Te conviertes en uno de nosotros, y no tendrás que preocuparte por morirte de hambre. Comemos bastante poco, pero compartimos todo".

"Todos somos huérfanos como tú", intervino Loach amablemente.

"¿Cómo encuentras cosas para comer?" preguntó Jung Ho.

"Pedimos, robamos, no te preocupes, solo robamos a los malos. Lo dominarás. Pero lo primero es lo primero", dijo YoungGu. "Tienes que hacer un juramento de lealtad y entregar todo el dinero que tengas".

"No tengo ninguno. . ." JungHo comenzó a protestar, alcanzando instintivamente su bolsa con cordón, y luego entró en pánico al darse cuenta de que no estaba.

—Lo tengo, pueblerino —dijo Loach, levantando la bolsa. "Sabes, podría haber tomado esto y haberte perdido entre la multitud. En cambio, te traje aquí, donde vivimos. Así que no parezcas tan jodidamente herido, imbécil.

Loach le arrojó la bolsa a YoungGu, quien la atrapó con una mano. JungHo se quedó temblando de ira cuando el chico mayor abrió la bolsa y sacó su contenido. Inmediatamente guardó los dos centavos en el bolsillo, pero levantó el anillo de plata y la pitillera en cada mano.

Puedes quedarte con el dinero. Pero no esas dos cosas", dijo JungHo. Su corazón latía con fuerza. "Devuélvemelos".

"¿Crees que estoy loco? ¿Por qué devolvería esto?". YoungGu resopló. "Estas son cosas de gente rica. Los robaste, ¿no?

"Mi padre me los dio antes de morir", dijo JungHo. A decir verdad, los había encontrado debajo de la almohada de su padre después de que falleciera, pero supuso que era lo mismo, ya que él era el único hijo y heredero de su padre. Eran suyos no porque valieran dinero, sino porque eran reliquias familiares.

"No lo entiendes, ¿verdad?" YoungGu sonrió. "Tal vez todavía no

hayas sentido hambre de verdad, o tal vez seas así de estúpido, pero estas cosas no te mantendrán con vida cuando estés tirado en una zanja en algún lugar, esperando la muerte. Por otro lado, si vendemos estos, todos podríamos comer hasta llenarnos". A pesar de su arrogancia, las últimas palabras de YoungGu brotaron con un toque de anhelo genuino.

"No me importa si todos se mueren de hambre, no quiero unirme a ustedes", dijo JungHo. "¡Ahora devuélvemelo!"

YoungGu se rió de buena gana y luego todos los demás chicos se unieron.

"Puedes irte, nadie te detendrá. Pero no vas a recuperar esto. Realmente eres un tonto incluso para preguntar. Que esta sea tu primera lección en Seúl", dijo YoungGu.

En un instante, JungHo levantó los puños hasta la barbilla, listo para pelear. Los otros chicos dejaron de reír, e incluso YoungGu borró la sonrisa de su rostro. Volvió a guardar las baratijas en la bolsita con cordón y se la arrojó a Loach para que la guardara.

Los otros chicos, como en el momento justo, retrocedieron uno o dos pasos y ampliaron el círculo, mientras YoungGu y JungHo se acercaban. El aire hervía a fuego lento con la energía hambrienta y corrosiva de los muchachos púberes. Dentro de esa tensión, hubo un breve momento en el que ambos abandonaron el fangoso canal lleno de basura, la sombra húmeda del puente y la ciudad sin corazón sobre ellos. YoungGu fue a una choza de barro donde nació y creció, a menos de media milla de ese lugar. Recuerdos inconexos de la mano de su madre y el suave pelaje de su mascota pasaron inexplicablemente por su mente, y lo invadió una sensación de consuelo. JungHo bloqueó todo a su alrededor, incluso YoungGu, incluso su propio cuerpo físico ya golpeado por el agotamiento. En esa fracción de segundo antes de que se lanzaran los primeros golpes, simplemente miró hacia el cielo, que brillaba con un amarillo violento por el sol de la tarde. No le ofreció consuelo, ni coraje, como su padre le había prometido. Pero pensó que su padre y su madre estaban allá arriba en alguna parte, que él no vino al mundo solo, por lo que recordó por qué debía seguir sobreviviendo lo mejor que pudiera mientras saltaba hacia adelante con un puñetazo en la cabeza de YoungGu.

YoungGu fácilmente esquivó el puño de JungHo y respondió con su propio ataque, que el niño más pequeño esquivó. Durante los siguientes minutos, se evaluaron mutuamente, deslizando y

bloqueando, pero desde una distancia segura. Entonces JungHo se lanzó hacia adelante con su puño apuntando al estómago de YoungGu. Debido a que JungHo se había doblado ligeramente por la cintura, su cabeza ahora tenía la altura perfecta para que YoungGu la golpeara. Pero justo cuando el chico mayor lanzaba el puño con confianza, JungHo se agachó por debajo del brazo y golpeó su cabeza tan fuerte como pudo contra el centro de YoungGu, derribándolo como un árbol. JungHo sabía que cualquier ventaja que tenga un chico más alto se elimina una vez que están en el suelo, y que quien logre inmovilizar al otro casi siempre ganará sin importar el tamaño. En el momento en que YoungGu fue noqueado, más por sorpresa que por otra cosa, JungHo se sentó a horcajadas sobre su pecho y golpeó su cabeza salvaje y repetidamente con ambos puños. YoungGu rápidamente agarró las muñecas esqueléticas de JungHo, gritando con verdadera ira esta vez: “¡Pequeña mierda! ¡Pequeña mierda! Justo en ese momento, JungHo echó la cabeza hacia atrás y luego la estrelló con todas sus fuerzas en la frente de YoungGu. YoungGu gritó de dolor, pero JungHo, sin siquiera parpadear, golpeó su cabeza contra la de YoungGu una vez más, incluso más fuerte esta vez. El chico mayor soltó las muñecas de JungHo y yació sin fuerzas, sangrando tranquilamente. Solo entonces JungHo se levantó, limpiándose la frente manchada de sangre con el dorso de la mano. luego lo estrelló con todas sus fuerzas en la frente de YoungGu. YoungGu gritó de dolor, pero JungHo, sin siquiera parpadear, golpeó su cabeza contra la de YoungGu una vez más, incluso más fuerte esta vez. El chico mayor soltó las muñecas de JungHo y yació sin fuerzas, sangrando tranquilamente. Solo entonces JungHo se levantó, limpiándose la frente manchada de sangre con el dorso de la mano. luego lo estrelló con todas sus fuerzas en la frente de YoungGu. YoungGu gritó de dolor, pero JungHo, sin siquiera parpadear, golpeó su cabeza contra la de YoungGu una vez más, incluso más fuerte esta vez. El chico mayor soltó las muñecas de JungHo y yació sin fuerzas, sangrando tranquilamente. Solo entonces JungHo se levantó, limpiándose la frente manchada de sangre con el dorso de la mano.

"Devuélveme mis cosas", le dijo a Loach, quien le arrojó la bolsa con cordón.

JungHo buscó en el bolsillo de YoungGu los dos centavos y los agregó a la bolsa mientras los otros chicos miraban en silencio. Empezó a caminar por debajo del puente, con la intención de encontrar una grieta en el dique que fuera más fácil de escalar. Pero

cuando había pasado alrededor de un minuto, hubo un sonido de pasos corriendo detrás de él y un grito.

"¡Ey! ¡Detente ahí!" Era la voz de Loach.

"¿Qué deseas?" Jung Ho gruñó. "¿Quieres una paliza también?"

—No te vayas —dijo Loach—. "¿No te das cuenta de lo que ha pasado?" Se tomó un momento para recuperar el aliento y luego espetó: “Acabas de golpear a nuestro jefe. Eso significa que eres el jefe ahora.

Jung Ho resopló. “No quiero ser tu jefe. Deja que YoungGu disfrute enseñoreándose de ti y de todos sus subordinados. No quiero formar parte de ello.

"¡Así no es cómo funciona!" Loach insistió. “Bien, ¿no quieres unirte a nosotros? ¿Cómo vas a sobrevivir ahí fuera por tu cuenta? ¿Crees que somos la única banda de mendigos en Seúl? Hay muchos incluso en este distrito, y luego hay verdaderas bandas de delincuentes adultos. ¿Crees que te dejarían vivir?

"¿Qué es eso para ti?" gritó Jung Ho. “Si muero, entonces muero. ¡No tienes nada que decir en eso!”

“Eres tan exaltado. Solo estoy tratando de ayudar”, dijo Loach. “Si quieres vivir, tienes que quedarte con un grupo. Y si eres el jefe, puedes hacer lo que quieras. Puedes ordenar a los otros chicos que te den una gran parte y ni siquiera tener que mendigar en las calles tú mismo”.

"¿Cómo puedes decir esto, cuando hace solo unos minutos eras la mano derecha de YoungGu?" preguntó JungHo con desdén.

—No soy la mano derecha de nadie —resopló Loach—. “Hago lo que puedo para sobrevivir. Si no fueras un idiota tan testarudo, harías lo mismo.

Los dos chicos se miraron a los ojos por un momento. Loach había sonreído mientras lo conducía a su guarida y había sonreído mientras le robaba el dinero. Era uno de esos muchachos con ojos pequeños, en forma de renacuajo, cuyas sonrisas fáciles y baratas para cualquiera y todos los hacían inescrutables y repugnantes. Cuando la mente de JungHo llegó a esta conclusión, reprimió un impulso abrumador de darle a Loach un desagradable ojo morado. Pero era innegable que el chico de la ciudad no había mentido directamente ni pretendía hacerle daño, y en este caso, estaba diciendo la verdad sobre la necesidad de permanecer juntos.

En el siguiente instante, Loach extendió su mano. JungHo lo tomó sin siquiera saber por qué, luego se sorprendió a sí mismo agitándolo

hacia arriba y hacia abajo varias veces, antes de que ambos dejaran caer sus manos como si estuvieran avergonzados.

“Vamos, vámonos”, dijo Loach. “Muy pronto, los niños que salieron volverán. Tenemos acróbatas, carteristas, mendigos directos. Con suerte, hoy habremos hecho suficiente para cenar.

"¿Qué comen normalmente?" JungHo no pudo evitar preguntar, lleno de curiosidad y esperanza.

Estofado, o patatas si tenemos suerte. Pescado viejo, cosas así.

“Realmente me vendría bien un poco de estofado. No he comido nada en más de un día”, dijo JungHo, e incluso mientras hablaba se sintió avergonzado de revelarse.

"Yo tampoco. Pero realmente solo necesitas comer cada dos días. Mi madre solía decirme eso”, dijo Loach con otra sonrisa fácil. Esta vez, no parecía tan despreciable a los ojos de JungHo.

5

El amigo de Shanghai

1918

CADA SER HUMANO CREE FUNDAMENTALMENTE EN SU IMPORTANCIA ÚNICA e inherente, sin la cual la vida sería insoportable; pero en la psique de Kim SungSoo, esa creencia no era simplemente una base, sino la pièce de résistance. Él mismo no era consciente de ese hecho, por supuesto, ya que esas personas son precisamente las menos propensas a admitir su egoísmo. Siendo un hombre moderno y bien educado, tenía su propio código de conducta y estaba lo suficientemente satisfecho consigo mismo como para cumplirlo sin demasiadas dificultades. Es decir, estaba a favor de la independencia pero en contra de cualquier forma de activismo nativo (el cambio solo podía venir de arriba hacia abajo implorando a Estados Unidos que liberara a Corea, creía). Entre amigos, solía hacer comentarios acertadamente mordaces sobre la opresión, disfrutando de la elocuencia de su propio discurso y del suave sabor de sus cigarrillos japoneses. Podía llevar a cabo aventuras amorosas que fueran física, económica y ya veces incluso emocionalmente envolvente; pero no sería tan bajo como para hacer alarde de ellos delante de su esposa, sometiéndola a una humillación innecesaria. En resumen, su carácter moral no era peor que el de cualquier otro varón coreano que nace como hijo único de una prominente familia terrateniente con un ingreso anual de casi doscientos mil wones.

Cuando Kim SungSoo era joven, su padre era conocido en toda la provincia simplemente como “Rich Man Kim”, y él mismo era llamado “Pequeño Maestro”, no solo por sus propios sirvientes sino también por los campesinos de millas a la redonda y en las aldeas vecinas. Como todos los hijos de terratenientes adinerados, lo enviaron a Seúl para que cursara la escuela secundaria y luego la universidad. Estaba prometido y casado a los veinte años con la hija de un funcionario que

acababa de graduarse de una universidad cristiana para mujeres. Vivieron juntos durante casi tres años en la casa de huéspedes de cinco habitaciones en la mansión de su tío, al otro lado del patio del edificio principal. SungSoo pasó esos días mezclándose con sus amigos, todos jóvenes ricos y educados, y de juerga con cortesanas en restaurantes caros. Por la noche, llegó a casa borracho sin sentido a su esposa, y que ella lo desnude y lo amoneste suavemente. Había sido educada por misioneros estadounidenses en la escuela, pero en casa también le habían enseñado que una esposa ideal acepta los defectos de su esposo con paciencia y abnegación. Pero el tío de Kim SungSoo, un funcionario del gobierno que eventualmente se convertiría en conde a raíz de la Anexión en 1910, determinó que su sobrino no podía seguir desperdiciando la fortuna familiar y su propio talento, y lo envió a Japón para continuar sus estudios. .

SungSoo dejó a su esposa en casa y llegó solo a Tokio, y pasó los siguientes tres años estudiando literatura francesa, alemana y rusa sin mucho entusiasmo. Cuando no estaba leyendo a Pushkin y Goethe, estaba en compañía de otros estudiantes expatriados, muchos de los cuales eran tan despreocupados como él. A los otros que eran serios y se ocupaban de teorías políticas, soberanía e igualdad, los evitaba sin ni siquiera ser consciente de ello; uno era demasiado pesado, otro era truculento y otro era poco sofisticado y no apreciaba la cultura. Sin embargo, SungSoo se había vuelto inesperadamente cercano a un estudiante del círculo político, ya que a veces uno elige y entabla amistad con una sola persona de un grupo que de otro modo desprecia. Este estudiante había impresionado a SungSoo con su inteligencia poco común, antecedentes familiares ilustres, y, algo que ayudó a arreglar su relación una y otra vez, humildad genuina. Tal fue la historia entre Kim SungSoo y su viejo amigo Lee MyungBo.

Después de que SungSoo regresara a Seúl, MyungBo se quedó en Tokio por un año más. Luego se trasladó a Vladivostok, continuó hacia el oeste a través de Manchuria y se instaló de forma semipermanente en Shanghái. SungSoo había perdido el contacto con su amigo seis o siete años antes, y no había pensado en él ni siquiera en sus pensamientos privados tácitos durante tanto tiempo que se sobresaltó cuando de la nada recibió una carta de MyungBo pidiéndole que se reunieran. Sin embargo, después de la sorpresa inicial, SungSoo recuperó la compostura y se entusiasmó con la idea de reunirse con su amigo, hasta que se emocionó de verdad.

El día señalado, SungSoo se despertó y se lavó la cara con agua

caliente, preparada para él por la anciana que servía a la familia como ama de llaves. Se afeitó cuidadosamente y luego se puso una camisa blanca impecable que su esposa había planchado y preparado para él. Las mangas elegantemente arrugadas se abrieron cuando empujó sus brazos a través de ellas, una sensación distinta que disfrutó mucho. Cuando estuvo completamente vestido, apareció su esposa con su desayuno, que consistía en un tazón de arroz blanco, pescado frito, sopa de brotes de soya, kimchi y huevos al vapor con camarones fermentados.

"¿Dormiste bien?" preguntó con voz amistosa mientras dejaba la bandeja. Él gruñó en respuesta. Ella habló sobre su hijo, que nuevamente se había metido en algún tipo de problema en la escuela, y su hija pequeña, de quien sospechaba que podría haber contraído la varicela. A todos estos problemas domésticos, SungSoo prestó solo la más mínima atención. A menudo le parecía que sus hijos pertenecían más a su esposa que a él mismo; estaba desilusionado por el poco afecto que naturalmente les tenía, y sospechaba que su actitud hacia ellos era una extensión de lo que sentía por su esposa, su madre. Los otros tres se llevaban de manera imperfecta, pero con un apego perfectamente natural, cálido e incluso apasionado entre sí. Era como si SungSoo hubiera caído en la imagen de una familia real, real, que carece solo de una figura paterna.

“Eso es genial”, respondió SungSoo, solo medio consciente de que su esposa estaba hablando del sarpullido de su hija. Será mejor que me vaya.

Era una de esas mañanas de octubre en que el cielo es azul brillante y el aire es maravillosamente fresco. Desde los techos de las casas hasta los jardines amurallados y las calles, todo fue lavado y ungido por la fresca luz dorada del otoño. Solo, SungSoo se hizo consciente de su propio cuerpo saludable y vigoroso, elegantemente vestido con un traje gris oscuro que fue hecho precisamente para este clima y entregado a su casa por su sastre la semana anterior. Su corbata y el cuello almidonado al que estaba prendido, el chaleco de seda, el sombrero de lana y los zapatos lustrados, todo era delicioso. Las calles de Jongno también eran particularmente hermosas, y donde solo habría notado a los campesinos y trabajadores durante el verano, sin ninguna belleza y desagradable en extremo,

Su estado de ánimo se mantuvo brillante cuando llegó a su oficina y se acomodó en su trabajo. Primero, su secretario, un joven del campo, deseoso de probarse a sí mismo pero con una cara morena y

aceitosa y gestos que eran demasiado rústicos para convertirlo en un hombre de letras, trajo una pila de periódicos de la mañana y con deferencia los colocó sobre su escritorio. . SungSoo los hojeó, comenzando con las noticias importantes para sentir que hizo lo correcto, pero perdiendo interés y avanzando antes de llegar a la conclusión. Había un artículo editorial en la segunda página sobre el motín que había estallado debido al precio vertiginoso del arroz, que había pasado de quince won por ochenta kilogramos en enero del año anterior a treinta y ocho won este agosto. Se decía que nunca antes en los cinco mil años de historia de Corea el arroz había sido tan caro, y los campesinos y los trabajadores se morían de hambre en masa. El día de los disturbios, mil hombres y mujeres, jóvenes y viejos, arrojaron barro y piedras a la policía armada con espadas y rifles, justo en el corazón de Jongno, donde SungSoo acababa de dar un agradable paseo por la mañana. Finalmente, las tropas militares se desplegaron para dispersar a la multitud y cientos fueron arrestados, y ahora el editorial pedía la liberación de estos alborotadores.

Después de recopilar diligentemente los puntos principales del editorial, SungSoo pasó a una novela que estaba siendo serializada y la leyó con mucho más interés. El protagonista de la historia era un hombre de clase alta con educación moderna de unos treinta años, al igual que SungSoo y el propio autor. En este punto, el protagonista estaba en medio de enamorarse de la viuda de su difunto mejor amigo, a pesar de las numerosas complicaciones debido a sus otras lealtades. Aunque SungSoo dejó el periódico murmurando: “¡Qué basura! ¡Basura repugnante!” secretamente estaba absorto en la historia, no podía evitar anticipar la próxima entrega y deseaba escribir algo con un estilo similar.

Durante las siguientes horas, trabajó en la edición de un manuscrito para su revista literaria trimestral, de la que era editor en jefe. Hubo una breve reunión con su editor, quien tenía algunas noticias preocupantes sobre la imprenta en el sótano de la oficina, donde producían su propia revista, así como los trabajos de otros editores e incluso folletos. Kim SungSoo apenas había enviado al editor cuando su secretaria llamó a su puerta y dejó entrar a su amigo Lee MyungBo.

"¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuánto tiempo?" Los dos amigos juntaron sus manos y siguieron exclamando en voz alta uno sobre el otro. Cuando terminaron, SungSoo le gritó a su secretaria que trajera café de inmediato y luego ambos se sentaron con rostros radiantes.

“¿Por qué no me has hecho saber que estabas en Seúl? Pensé que todavía estabas en Shanghái”, dijo SungSoo con reproche.

“Acabo de llegar. Y regresaré en un mes o dos”, respondió MyungBo, sonriendo.

“Bueno, te ves genial. ¡Ese país te sienta bien!”. SungSoo se rió con buen humor. Pero, de hecho, cuando sus ojos se acostumbraron a la diferencia entre su memoria y la figura que tenía delante, comenzó a ver que MyungBo había envejecido más rápido que él, que sus mejillas y su barbilla se veían oscuras a pesar de que aún no era de noche, y que su abrigo colgaba suelto sobre sus hombros. Y esto hizo que SungSoo sintiera verdadera lástima por su amigo, lo que tuvo el extraño efecto de mejorar su estado de ánimo y hacerlo sentir más sano y fuerte que nunca.

La secretaria se apresuró a traer dos tazas de café en platillos, y se tomaron un minuto para acomodarse con las bebidas.

“No deberías halagarme así. Tú eres el que se ve tan sano y saludable. Supongo que eso es lo que pasa cuando uno está casado con una buena mujer. Por cierto, ¿cómo está mi cuñada? preguntó MyungBo, y SungSoo le sonrió usando el término amigable “cuñada” para describir a su esposa, a quien MyungBo ni siquiera había conocido.

“Ella es buena, nunca deja de ser buena”, dijo SungSoo.

"¿Y los niños? ¿Cuántos años tienen ellos ahora?"

El chico tiene quince años y la chica acaba de cumplir uno.

Y de esta manera, pasaron la siguiente media hora poniéndose al día con todos los detalles de sus vidas, las familias de cada uno, los amigos y conocidos en común, la editorial de SungSoo y una aventura paralela que acababa de comenzar.

“¡Una tienda de bicicletas!” exclamó Myung Bo. "¿Cómo se te ocurrió eso?"

“Siempre me encantó montarlo, es uno de mis pasatiempos favoritos”, dijo SungSoo. Pero basta de mí. ¿Qué te trae por aquí? No, hablemos de eso durante el almuerzo. ¿No tienes hambre? Te llevaré a un nuevo restaurante que acaba de abrir, llamado MyungWol. Hacen cocina palaciega, de siete o nueve platos; es muy espléndido.

Por primera vez, el rostro de MyungBo se volvió sutilmente opaco, como si ocultara algún disgusto. Él dijo: "No, gracias, no tengo mucha hambre y, además, es muy cómodo aquí".

"¿Está seguro? Por favor, será mi regalo”, imploró SungSoo. “Me avergüenzas al no permitirme comprarte el almuerzo después de todos

estos años".

Ante eso, MyungBo sonrió y el frío desapareció de su rostro. Explicó: "Sigues siendo tan generoso como recordaba. Incluso en la escuela, cuando algunos de los demás hablaban de ti como si fueras un niño rico mimado, siempre te defendía, porque sabía que eras mucho más amable de lo que la gente te hacía parecer.

"Oh, Myung Bo. No lo sé", dijo SungSoo, sintiéndose repentinamente desinflado. Yo no soy de ese tipo. No hago nada para merecer tales elogios".

"Pero, ¿y si tuvieras la oportunidad?" MyungBo preguntó emocionado. "¿Qué pasaría si tuvieras la oportunidad de demostrar tu bondad? ¿No tomarías el camino correcto?"

"¿Qué quieres decir? No entiendo . . ."

"Seguro que lo sabes. ¿No ves? La gente se está muriendo, SungSoo. Los campesinos buenos y trabajadores, que nunca han hecho nada malo en su vida, porque cada minuto de vigilia lo pasan tratando de poner algo de comida en la mesa. . .

"Justo afuera de esta oficina, aquí en Jongno, el corazón palpitante de Seúl: miles de personas que se levantan contra la opresión, luchan con sus propias manos, ¿y no te has dado cuenta?" Los ojos de MyungBo brillaron de una manera extraña. "¿Por qué no hay arroz para ellos? Dígame usted."

"Porque los precios están subiendo", respondió SungSoo de mala gana.

"No, bueno, esa no es la respuesta completa. Los precios están subiendo porque los japoneses han proclamado un censo y medido cada centímetro de Corea, y todos los miserables campesinos analfabetos, que no tienen prueba de propiedad excepto los derechos ancestrales y orales, se despertaron una mañana y descubrieron que su tierra ya no era suya. . Cualquier tierra llamada no reclamada, el gobierno toma para sí mismo, o vende a los grandes terratenientes y la empresa comercial japonesa. Entonces, pasan de pequeños propietarios a arrendatarios de los grandes propietarios, y después de pagar los impuestos al gobierno, la renta de la tierra, los derechos de las herramientas, el agua de riego, etcétera, etcétera, ya no tienen nada. dinero para comprar incluso su propia comida, y tienen que pedir prestado a sus terratenientes contra la cosecha del año siguiente, solo para poder asegurar las semillas. El ciclo empeora cada año, y son succionados hasta los huesos. Luego, por supuesto, el propietario les hace firmar un contrato comunal para que si un inquilino se escapa,

los otros inquilinos del pueblo tendrán que pagar la deuda restante, para que nadie se atreva a escapar, haciéndolos forcejear en el mismo lugar. hasta que todos mueran. Mientras tanto, los grandes terratenientes, que controlan la gran mayoría del arroz, ven que cuanto más lo retienen, más suben los precios; y cuanto más suben los precios, más ricos se vuelven, por lo que mantienen sus almacenes llenos hasta el tope con sacos de grano, mientras todos los demás se mueren de hambre. Ahora, ¿puedes decirme que no sabes lo que está mal con este estado de cosas? el arrendador les hace firmar un contrato comunal para que si un arrendatario huye, los otros arrendatarios del pueblo tendrán que pagar la deuda restante, para que nadie se atreva a escapar, haciéndolos luchar en el mismo lugar hasta que todos mueren. Mientras tanto, los grandes terratenientes, que controlan la gran mayoría del arroz, ven que cuanto más lo retienen, más suben los precios; y cuanto más suben los precios, más ricos se vuelven, por lo que mantienen sus almacenes llenos hasta el tope con sacos de grano, mientras todos los demás se mueren de hambre. Ahora, ¿puedes decirme que no sabes lo que está mal con este estado de cosas?

“No es lo ideal, pero ¿qué puedo hacer? Y además”, dijo SungSoo suavemente, aunque no todo de buena fe, “tú mismo eres el hijo de un terrateniente. Te has beneficiado de tu nacimiento tanto como yo. ¿Entonces qué propones?"

"Excelente. Me alegro de que me hayas preguntado eso”, dijo MyungBo con una sonrisa de satisfacción. “No puedo, en buena conciencia, continuar beneficiándome de un sistema que cada parte de mi cuerpo y alma sabe que es inmoral. Cuando mi padre muera y la propiedad me pase a mí, daré la mitad a los campesinos que siempre la han cuidado y venderé la otra mitad para la causa. Ahora mismo, sin embargo, no recibo dinero de mi familia, y ha sido terriblemente difícil tratar de mantener el movimiento en Shanghái con tan poco. . .”

"Dios mío, ¿es por eso que viniste a visitarme?" preguntó SungSoo. "Bueno, entonces, ¿cuánto se necesita?"

“Primero debes entender que esto no es para mí. Es para el movimiento, la alimentación, el vestido y la formación de nuestros valientes jóvenes en Manchuria, que darían gustosos sus vidas por nuestro país”. El rostro de MyungBo se puso rojo y sus ojos brillaron con lágrimas. "Estaba pensando que una contribución de veinte mil wones sería lo más apropiado para un hombre de su estatura".

“¿Veinte mil wones? Compañero, ¿se da cuenta de que eso es suficiente para comprar veinte villas? exclamó SungSoo. “Sé que todos piensan que soy muy rico, pero eso es mucho dinero incluso para mí. Tendría que pensarlo”, dijo, aunque ya sabía que nunca le daría tanto a MyungBo, ni siquiera algo parecido; lo había decidido al instante, y sólo el razonamiento era lo que necesitaba tiempo para formular.

“Eres un artista, SungSoo. . . ¿Cómo puedes cerrar tu corazón al resto del mundo? MyungBo murmuró amargamente.

“Por el contrario, es porque soy un artista que debo preocuparme por el arte. La política es asunto de los políticos, como tú”, respondió SungSoo. ¿Qué fue lo siguiente? ¿Se suponía que debía sentir lástima por las vacas que trabajaban en los campos? Cada ser tenía su lugar en el universo.

“Bien, entonces, no puedo obligarte a hacer nada. Solo piensa cuánto gastaste en montar una casa para esa geisha en Tokio, y lo que ese dinero podría haber hecho por los jóvenes luchadores que solo piden un arma y balas para servir a nuestro país”.

"De verdad, MyungBo, necesito tiempo para procesar todo esto". SungSoo reprimió su irritación tan cortésmente como pudo. “Es una pena que no quisieras almorzar, que tuviéramos que entrar en esta charla sin siquiera una gota de licor. Pero ahí lo teníamos todo, y ahora podemos hablar de otra cosa”.

“No, veo que te he puesto intranquilo. Me iré ahora. Pero por favor, a pesar de todos nuestros recuerdos juntos, si tienes un poco de afecto por mí, ¿lo pensarías?”.

“Lo prometo, lo prometo”, dijo SungSoo, y sintió el más vívido alivio cuando MyungBo se puso el sombrero y salió de la oficina.

* * *

LA CASA DE DANI ESTABA EN YEONGEON-DONG cerca del Zoológico del Palacio ChangGyeong, donde muchas familias antiguas y nobles tenían sus hogares ancestrales. Había un exceso de espacio: Dani solo ocupaba la planta baja del edificio de dos pisos, e incluso había un pabellón encantador al otro lado del patio. A cada una de las niñas se le dio su propia habitación en el segundo piso de la casa principal, donde también dormían la criada y el ama de llaves. Era la mejor casa que Jade jamás había visto, llena de sofás de cuero, cortinas de terciopelo e incluso un piano Steinway; y instaladas en el jardín del patio había plantas extrañas y hermosas de lugares lejanos. Con su característico capricho poético, Dani asignó flores a cada una

de las niñas en función de sus cualidades. Lotus recibió girasoles de verano porque eran brillantes, sanos y felices. Luna consiguió las flores favoritas de Dani, cosmos de otoño,

Jade se emparejó con la camelia de invierno, un árbol de flores del sur que nunca había visto en el gélido norte. Dani le aseguró, algo más cordial que de costumbre, que la camelia era una flor de mucha suerte para una mujer. Su compañero era el hermoso pájaro camelia de color verde pálido, que bebía solo su néctar y no visitaba ninguna otra flor. Y al final de su temporada, la camelia no se doraba ni se volaba pétalo a pétalo como lo hacen otras flores; cayó intacto e intacto, rojo sangre y aterciopelado como un corazón. Tan hermoso en el suelo como el día que abrió por primera vez. “Lo que todas las mujeres quieren: un amor inmutable. Es lo que veo para ti”, dijo Dani con una sonrisa curiosa. Jade pensó que su tía adoptiva tenía una veta intuitiva de creatividad nata, en algún lugar entre los niveles de un artista y un clarividente. A veces su fantasía estética podía dejarse llevar y tomar la forma de una pequeña profecía. Ya sea que Dani tuviera o no un presentimiento sobre el futuro, su entrega entusiasta fue lo que lo hizo sentir real.

“Pero tía Dani, ¿qué tipo de flor serías?” preguntó Loto.

"Lo sé", dijo Jade antes de que Dani pudiera responder. "Ella solo podría ser la rosa real de la primavera". Como si fuera una señal, las dos niñas se tomaron de la mano e hicieron un círculo alrededor de Dani, y corrieron en un pequeño círculo gritando “¡Reina Rose! ¡Reina Rosa!” hasta que estalló en carcajadas. Pero incluso en el apogeo de sus diversiones, Jade se sintió culpable al ver cómo Luna continuaba callada. Nada parecía capaz de hacerla hablar, sonreír o incluso enojarse y regañar a las niñas.

UN DÍA GRIS TEMPRANO DE OTOÑO, Luna finalmente rompió sus meses de silencio. La lluvia caía suavemente, tiñendo todo de añil. Las tres chicas volvieron a meterse en sus catres después del almuerzo y escucharon el aguacero en un estado de melancolía. Jade rogó a su doncella Hesoon que les contara historias de su infancia en Jejudo, la isla mágica del sur donde había árboles sin ramas y caballos salvajes corriendo libremente bajo una montaña cubierta de nieve. Hesoon dijo que su madre y sus cuatro hermanas eran mujeres marinas que se sumergían en el agua para recolectar abulones, conteniendo la respiración durante dos minutos cada vez.

"¡Eso es imposible, te lo estás inventando!" Loto se rió.

"Todo es verdad. Las mujeres de Jejudo bucean incluso cuando

están embarazadas. Mi madre casi me dio a luz en el mar pero nadó justo a tiempo para que yo naciera en la playa. Me atrapó con sus propias manos y me limpió con algas marinas", dijo Hesoon. Siempre estaba contando estas historias increíbles, sobre montañas que escupen fuego y hielo y pájaros de largas alas que anidan en las olas. Cuando Jade cerró los ojos, pudo ver mujeres que se volvían a pescar en el mar y bebés mecidos para dormir en las aguas poco profundas, anclados en su lugar por cuerdas de algas.

Cuando estaban a punto de acribillar a la criada con más preguntas, Dani apareció en la puerta y fingió estar sorprendido por su pereza.

"Sé que está lloviendo hoy, pero ustedes, chicas, no pueden quedarse tiradas toda la tarde. Cuando tenía tu edad, era el estudiante más inteligente de mi escuela, ¡incluso aprendí inglés! Baja y te enseñaré algo divertido.

Cuando las chicas bajaron a la sala de estar, el sofá estaba pegado a una pared y Dani estaba poniendo un disco, un disco negro pulido, fino como el papel, que brillaba deliciosamente a la luz de las velas. Empezó a girar lentamente sobre el tocadiscos, llenando la habitación con el cálido síncope de cuerdas y trompetas. Jade cerró los ojos, deseando que la ola de sonido la llevara al mar.

"¿No es maravilloso? Esto se llama foxtrot". Dani sonrió. "Ojalá supiera bailar este, pero no lo aprendí en la escuela. Espera, pondré un vals y te enseñaré eso".

En poco tiempo, todos estaban de puntillas (Dani, Luna, Jade, Lotus e incluso Hesoon) y bailaban en círculos alrededor de la sala de estar, riendo a carcajadas. Jade notó que por primera vez en meses, el rostro de Luna se iluminaba con una sonrisa.

"Venid a mi habitación, chicas", dijo Dani. "Puedes probarte mi ropa". Sus palabras tuvieron el efecto deseado de aumentar la alegría: Jade y Lotus gritaron de alegría, e incluso Luna no pudo resistirse a ponerse un vestido bordado de valor incalculable y dar vueltas. Después de agotarse bailando, se acostaron juntas en el suelo en un montón de coloridas faldas de seda. Solo los despertó el sonido de las ruedas que partían la calle inundada de barro. Hesoon corrió hacia las puertas delanteras, regresó temblando por la lluvia y anunció: "Señora, Su Señoría está aquí".

"¿Envió un mensaje antes?" preguntó Dani, frunciendo el ceño. Inmediatamente se levantó y comenzó a enderezar su vestido, mientras Hesoon recogía la habitación y el ama de llaves acorralaba a

las niñas y las conducía escaleras arriba.

Jade se quedó atrás de los demás. Justo antes de doblar la esquina en el rellano, se dio la vuelta y vislumbró a Dani saludando a un hombre de cabello gris. Tenía el porte orgulloso de una vejez sana, pero ya parecía mostrar todas las promesas de la fragilidad que vendría en sólo cinco o seis años. Con su tez fangosa y su voz suave, no era alguien que Jade hubiera imaginado para su encantadora e indomable tía, quien parecía capaz de hacer que cualquier hombre cayera obedientemente a sus pies. Entonces Dani fue tan astuto como los demás al elegir el dinero sobre los sentimientos. Jade sintió con una punzada de decepción que Dani no era, después de todo, una criatura fantástica.

Al día siguiente, Dani empezó a dar clases de música y baile a las niñas. Lotus había luchado para pasar las pruebas bajo la tutela de su madre; Bajo la guía de Dani ganó la confianza suficiente para descubrir, por primera vez, una voz notable que parecía emanar de todo su cuerpo en lugar de su garganta. Luna estaba interesada en aprender inglés, que solo las mujeres de clase alta en las familias más modernas aprendían. Jade aprendió a bailar como lo hizo con la poesía: descubrió que ambos se originaron en el mismo lugar insondable. Podía imitar cualquier movimiento al primer intento; en el segundo o tercer intento, lo hizo suyo agregando un ligero giro del torso, una inclinación de la barbilla o una simple respiración donde no la había. Con esas diferencias casi imperceptibles, otras chicas siguieron siendo niñas mientras ella se convirtió en una grulla, una heroína legendaria, una temporada, una idea. Cuando esto sucedió, Dani apoyó la barbilla en una mano ahuecada y entrecerró los ojos severamente, ya sea con aprobación o desagrado, Jade nunca estuvo segura.

En octubre, Dani les dijo a las niñas que iban a tener una salida especial. MyungWol, el nuevo restaurante en el que había reservado casi todas las noches durante quince días, le había pedido a ella ya otras cortesanas de su gremio que la ayudaran a anunciar su apertura en Jongno. También traería a las dos niñas más pequeñas, aunque Luna no podía ir en su condición. Se ordenaron nuevos disfraces tanto para Jade como para Lotus, y practicaron su rutina en sus habitaciones todas las noches antes de acostarse. Después, Jade sintió la injusticia de tener que dormir cuando había tanto que hacer, tanto en que pensar; solo después de haber sido completamente torturada por la emoción, pudo caer en un sueño inquieto.

La semana previa al día señalado fue gris y lluviosa, lo que hizo que Jade se sintiera miserable por la preocupación. Esa mañana, sin embargo, el sol salió brillantemente contra un cielo sin nubes. Las chicas ayudaron a Dani a cortar los cosmos en el jardín antes de vestirse, compartiendo Hesoon entre ellas. Antes de colocar el tocado bordado sobre la coronilla de la cabeza de Jade, la doncella retorció su larga trenza en un moño bajo y lo fijó con un binyuh plateado por primera vez. Una regalía nupcial. El updo la marcó como no virgen en estado, si no en cuerpo. Pero ella era diferente de las mujeres casadas normales: su falda cruzada abierta en el lado derecho indicaba su profesión. El último paso para prepararnos fue el maquillaje. Cuando terminó,

"Adiós, te extrañaré", susurró Jade en el jardín cuando Hesoon abrió las puertas. Regresaría en unas horas, pero nada volvería a ser como antes. Después de ser vista así, nunca podría volver a ser una chica casadera a los ojos de la gente. Había entrado en la casa de niña y ahora salía por las puertas como una cortesana.

6

El desfile

1918

DESPUÉS DE QUE MYUNGBO SE FUERA, SUNGSOO ESPERÓ DIEZ MINUTOS EN SU OFICINA antes de salir él mismo. Realmente lamentó que la reunión con su viejo amigo no hubiera ido como esperaba; que en lugar de recordar sus viejas aventuras con la comida y la bebida, y deleitarse con el descubrimiento de que alguien más te recuerda como una vez fuiste, y viceversa, cada uno se sorprendió de lo diferente que se había vuelto el otro. Era mucho peor que conocer a alguien nuevo y no caer bien. Además, nadie le había mencionado las faltas de SungSoo en años. Todos estaban ansiosos por complacerlo, sus subordinados con deferencia, sus compañeros con cumplidos, su esposa con adoración. Y esta aprobación universal era tan incondicional, y tan parte de su realidad, que alguien diciéndole en la cara que estaba equivocado lo sacudió hasta la médula.

"¿Tiene razón? ¿Me equivoco al no querer renunciar a mi derecho de nacimiento, mudarme a Shanghai o a algún pueblo de montaña en Siberia, y pasar mis días disparando al blanco y tramando asesinatos? SungSoo se preguntó a sí mismo. Había escuchado historias de cómo estos jóvenes, de familias adineradas y nobles, campesinos o cualquier lugar intermedio, se reunían en casas seguras en estos lugares y juraban dar su vida por la causa. Se cortaron la punta del dedo anular y firmaron las promesas con sangre, y usaron trajes de sastrería y sombreros del más alto estilo para lucir dignos cuando murieran, que puede ser en cualquier momento. También se decía que las mujeres se enamoraban apasionadamente de ellos.

"¿Pero para qué? Todo es una tontería, no se ganará nada con ello. No solo eso, el asesinato es asesinato". Este tren de pensamientos estaba comenzando a calmar su angustia. "Decimos que los japoneses están asesinando a nuestra gente, pero ¿la respuesta correcta es

asesinarlos a ellos a cambio? Es todo tan bárbaro, y no menos erróneo. No, no contribuiré a tal violencia imprudente. No seré intimidado, no importa cómo me juzgue MyungBo".

Habiendo arreglado así su razonamiento, SungSoo quedó satisfecho. Casi sonrió con el aumento de la autoestima mientras se dirigía a las calles. El sol estaba alto en el cielo cerúleo y soplaba una brisa fresca y vigorizante. Al poco tiempo se encontró con un amigo, un dramaturgo que también había estudiado en Japón. SungSoo le estrechó la mano y mencionó a MyungBo, a quien el dramaturgo conocía.

"Qué extraño es verlos a ambos en un día", dijo SungSoo. Luego, discretamente comunicó que MyungBo no estaba en buena forma física o financiera, que estuvo en Seúl por un tiempo para pedir dinero a sus amigos y que SungSoo mismo no podía aceptarlo de inmediato, aunque todavía estaba pensando en eso. Todo esto, SungSoo se aseguró de transmitir hábilmente sin decir nada directamente.

"Hiciste bien en rechazarlo", dijo el dramaturgo. "Nunca pude soportarlo. Gracias por el aviso, si pide reunirse conmigo, se me ocurrirá alguna excusa.

Mientras se ponían al día y caminaban, notaron una multitud de personas justo delante, gritando algo en voz alta.

"Oh Dios, ¿es esta otra protesta? Deberíamos tomar un camino diferente", dijo SungSoo.

"No lo creo, eso suena a risa. ¿Tal vez es algún espectáculo? El dramaturgo, al que le gustaban los espectáculos, empezó a encaminarse en esa dirección. Cuando se acercaron, pudieron ver que la multitud gritaba y aplaudía en algo en medio del bulevar. Se abrieron paso hasta el frente y vieron que era una procesión de unas dos docenas de cortesanas.

Cada mujer estaba vestida con un maravilloso traje de seda, atado con una faja blanca que colgaba detrás de ellas. En la banda estaba escrito el nombre de la cortesana y el nombre del nuevo restaurante MyungWol. Algunos de ellos llevaban canastas de flores y, de vez en cuando, lanzaban una flor a la multitud que los adoraba.

"¡Increíble!" El dramaturgo se rió. "Qué brillante. ¡MyungWol será la comidilla de la ciudad! Tenemos que ir allí juntos pronto".

SungSoo siempre había disfrutado de la vista de mujeres hermosas y observaba a las cortesanas con gran interés. Luego, sorprendido, se congeló. En medio de la procesión estaba el rostro familiar pero cambiado de Dani.

Al principio, SungSoo solo podía procesar su apariencia en comparación con la que tenía en la memoria. Su cara redonda se había adelgazado y sus facciones se habían vuelto más prominentes. Su piel empolvada parecía mármol pulido, aunque una vez había sido tan fresca y rosada como un amanecer de primavera. Sus ojos delineados de negro, sus pómulos afilados y sus labios pintados de rojo le daban un aire formidable. Era innegable que ya no parecía joven. Solo la expresión viva de sus ojos, que mostraban un atisbo del misterioso jardín dentro de ella y parecía capaz de mirar el alma de cualquiera, permaneció sin cambios. ¡Pero tan, tan inmutable! En el momento en que finalmente hizo esa conexión, la vio como la veían otras personas: una mujer resplandeciente frente a la cual todas las demás mujeres simplemente palidecían.

¿Cómo, en los siete años desde que regresó a Seúl, nunca la había visto? La verdad era que hacía tiempo que sabía que ella se había convertido en una cortesana, y una gran cortesana además. De hecho, le habría sido imposible no escuchar sobre ella. En la capital, los intelectuales, los artistas, los escritores, los diplomáticos y demás se movían en unos pocos círculos intrincadamente conectados, y todos amaban a las bellas cortesanas, algunos con más vileza y otros con más inocencia. Pero, se admitió a sí mismo, había evitado deliberadamente tropezar con ella y se había ceñido a las fiestas en las que sabía que ella no estaría entretenida. En su mente había pensado que sus relaciones habían terminado hacía mucho tiempo, y que era inútil desenterrar huesos viejos y tratar de hacer un caldo con ellos, por así decirlo. Lo mejor del pasado es que quedó atrás. Así que nunca se preguntó por ella ni se entregó a las fantasías de conocerla. Sin embargo, cuando ella estuvo ante sus ojos, de repente se sintió preocupado y no supo cómo reaccionar.

“¿Conoces a ese, Dani?” preguntó el dramaturgo con una sonrisa de complicidad, notando la mirada de SungSoo.

“La conocí hace mucho tiempo”, dijo. “Ella era una estudiante en ese entonces”.

"¿Un estudiante?" El dramaturgo levantó las cejas con incredulidad.

SungSoo explicó cómo la madre de Dani, una célebre cortesana, se retiró cuando se convirtió en la segunda esposa de un funcionario influyente.

Así que un hijastro en una casa distinguida. Pero si la enviaron a la escuela, ¿por qué convertirse en cortesana? insistió el dramaturgo.

SungSoo se encogió de hombros en lugar de implicarse más en la historia. Sabía que Dani había sido criada como una niña normal y era inocente cuando se encontraron por casualidad frente a su escuela; ella nunca tuvo la intención de convertirse en una cortesana. SungSoo la había seducido con promesas implícitas y se escapó cuando lo llamaron para estudiar en el extranjero. Esto no le había preocupado, ya que no había dicho explícitamente, me casaré contigo. Nunca podría haber elegido a nadie que no fuera una mujer de cuna y riqueza intachables, una mujer con cierta suavidad aristocrática, como su obediente y satisfecha esposa. Si Dani no se había dado cuenta de eso, no era culpa suya.

"Ella está siendo mantenida por un protector muy poderoso, ¿sabes?" El dramaturgo dio el nombre de un juez japonés cerca del pináculo mismo de la ley, que evidentemente la había instalado en una casa de dos pisos e incluso le había dado diamantes. "Entonces, si estás interesado en ella, debes saber que es una fruta prohibida". El dramaturgo guiñó un ojo. “Como dicen, puedes verlo, pero no puedes tocarlo. ¡Los buenos siempre son así!

"Oh, no lo haría, de todos modos", dijo SungSoo, apartando los ojos con dificultad de la parte posterior de la túnica roja de Dani.

EN EL MISMO MOMENTO, a varias manzanas de distancia, Yamada Genzo salía del cuartel general de su regimiento con un compañero llamado Ito. Disgustado por la brutalidad de Hayashi en el viaje de caza, Yamada logró fácilmente persuadir a su padre de que debería alejarse de PyongYang. El barón Yamada, como es típico de los jefes de familias poderosas, por regla general apoyaba incondicionalmente las ambiciones de sus hijos. Buscó en su considerable red de amigos y conexiones útiles, y para la primavera, Genzo había recibido una comisión en Seúl como comandante. El ascenso suscitó una hostilidad velada de casi todos los camaradas de PyongYang de Yamada, especialmente del Mayor Hayashi, y Yamada lo sabía y ellos sabían que él lo sabía. Pero todos ocultaron muy bien sus verdaderos sentimientos y expresaron y aceptaron felicitaciones sin ningún indicio de amargura.

En Seúl, Yamada descubrió que ningún superior único tenía un poder inquebrantable, como en PyongYang, pero que varios jefes militares se equilibraban entre sí en su competencia por el avance y la influencia. Siguiendo el consejo de su padre, se había alineado con una facción a la que también pertenecía el Mayor Ito. Los dos hombres eran casi de la misma edad, bien formados, guapos y de la más alta

sociedad. Aunque no era alto, Ito tenía una cintura esbelta y pantorrillas musculosas que lo hacían parecer lleno de energía contenida. Era el heredero de un condado, pero llevaba su distinguido origen a la ligera y no tenía pretensiones. En la medida en que la amistad era posible en el alma de Yamada, le gustaba Ito. A menudo estaban juntos fuera del regimiento y ahora se dirigían a una reunión fuera del lugar a caballo.

“Verás, la absorción de una nación y/o pueblo más débil por una nación y/o pueblo más fuerte no solo es inevitable, sino deseable”, dijo Ito, pasándose un dedo por su bien formado bigote. “Sin Japón, ¿cómo podría haberse modernizado Corea? ¿Quién trajo los trenes, las carreteras, las líneas eléctricas, el progreso? Somos benévolos, en la medida de lo posible mientras gobernamos un país tan rebelde. Y, sin embargo, estos bastardos no saben lo que es bueno para ellos.

“No hay duda de que trajimos progreso aquí. Y tienes razón en que la ley de la naturaleza se aplica en este caso. Pero me pregunto sobre todo el tema del arroz”, respondió Yamada. “¿Por qué desangrarlos? Los vuelve hostiles e incontrolables. ¿No puede haber otra manera?

“Pero ese arroz se necesita en Japón, la madre patria. Es como cuando el cuerpo envía nutrientes y sangre fresca al corazón a expensas de una extremidad. Japón es el corazón y Corea es una extremidad. Además, estos Josenjings están demasiado bien alimentados y son enérgicos y de pura sangre. Serán más dóciles una vez que estén desangrados”. Ito estaba sonriendo. El balanceo rítmico de su cuerpo sobre la silla lo puso en un estado de ánimo particularmente alegre en esta hermosa tarde. “Nosotros les traemos progreso, a cambio ellos proveen el arroz y artículos exóticos—los celadones antiguos, las pieles de tigre y cosas por el estilo. Es de la misma manera en todas partes en el mundo ahora. Mire a Gran Bretaña, Francia, Alemania, los Países Bajos, Bélgica, cómo dividieron África y Asia y se fortalecieron. Estados Unidos en Filipinas y el Pacífico Sur. Es el orden mundial”. Se detuvo un momento, luego, al notar una multitud reunida a lo largo del bulevar, señaló hacia adelante y echó a correr al galope. Yamada lo siguió, acelerando el paso.

"¡Es un desfile de cortesanas de Joseon!" exclamó Ito, haciéndole señas. Yamada acercó su caballo al de Ito y vio por encima de las cabezas de la multitud una fila de mujeres bellamente vestidas, cantando y salmodiando y esparciendo flores. Ito se reía con tanta fuerza que su hermoso semental negro se colocó inquieto debajo de él.

“Ah, y me olvidé de las mujeres, por supuesto. Arroz, tigres y mujeres: para eso es bueno Joseon”. Ito sonrió y se unió a los aplausos y vítores. Volviéndose a Yamada nuevamente, dijo: “Yo mismo aprecio mucho a estas chicas. Tienen un sabor diferente al de las geishas”.

"¿Qué podría ser eso?" preguntó Yamada.

“Me parece que son más testarudas que nuestras geishas, que son como el agua, calmantes y flexibles. Estas cortesanas de Joseon tienen fuego: lucharán contra ti con pasión. Pero hay un placer tan claro en vencer su resistencia. Es como romper la cáscara de una nuez para llegar a la carne del interior”. Ito guiñó un ojo, haciendo un gesto lascivo con las manos.

En ese momento, un par de aprendices muy jóvenes pasaron caminando con los brazos entrelazados, sonriendo encantadoramente a la multitud, e Ito gritó: “Mira a esas cortesanas bebés. Adorables, ¿verdad? ¡Encantador!"

A medida que se acercaban al final del desfile, Jade de repente se sintió abrumada por todos los extraños que la miraban tan deliberadamente. El sutil peso del codo derecho de Lotus descansando sobre su codo izquierdo la tranquilizó y trató de reprimir su ansiedad. En su otro brazo, Jade llevaba una canasta de cosmos y crisantemos, cortada esa misma mañana del jardín de Dani. De vez en cuando, Lotus se acercaba a la canasta con su mano izquierda y arrojaba las flores a la multitud. Cada vez que caían los pétalos, la gente vitoreaba y aplaudía.

“Ahora inténtalo, es realmente divertido,” susurró Lotus, tomando la canasta de Jade.

"¡No creo que pueda lanzar tan lejos como tú!" Dijo Jade en pánico. Entonces ambos se rieron en secreto.

“No seas tonto, no pesan nada”, aconsejó Lotus. “Simplemente no lo pienses demasiado y no los arrojes directamente a la cara de las personas”.

Jade tomó un puñado de flores en su mano y las arrojó a su derecha. Los pétalos fueron llevados por una brisa azul claro y flotaron por un momento antes de revolotear hacia abajo, formando patrones rosados, blancos y violetas en la atmósfera. La multitud aplaudió, hipnotizada. Las calles de la ciudad se llenaron de sol, la sensación de sus zapatos crujiendo sobre la arena compactada, todo llenó sus pulmones con algo además de aire. Aquí había algo que Jade no sabía que era posible: una sensación de ser libre. Casi quería batir los brazos como alas. Resistiendo la fantasía, en cambio se rió y arrojó

descuidadamente una flor, que voló por el aire y golpeó a un niño en la cara.

JUNGHO HABÍA ESTADO MIRANDO el desfile de cortesanas con intensa fascinación, de pie entre Loach, YoungGu y el perro. YoungGu y JungHo se habían convertido en amigos cercanos, como suelen hacer los chicos después de una buena pelea a puñetazos. El perro era una nueva incorporación al grupo: un día de septiembre, YoungGu lo encontró deambulando por debajo del puente, sucio y demacrado pero aún lleno de energía. JungHo y Loach querían vendérselo al carnicero, pero YoungGu parecía listo para meterse en otra pelea. JungHo finalmente cedió y dejó que YoungGu se quedara con el perro, siempre y cuando lo alimentara con su propia porción de comida. A partir de entonces, YoungGu dividió su propia ración exigua con el perro y tiernamente recogió su pelaje en busca de pulgas, que aplastó entre sus dedos. El perro siempre estuvo a unos pocos pies de YoungGu y demostró ser sorprendentemente útil para encontrar lugares llenos de gente para mendigar.

Hasta entonces, JungHo nunca se había dado cuenta de que las mujeres pudieran ser tan hermosas. Las cortesanas eran casi como un tipo diferente de personas de todas las mujeres que había conocido anteriormente. La vista era tan abrumadora que sintió náuseas en el estómago, pero no podía apartar la mirada. Notó al final del desfile un par de chicas más cercanas a su edad. Tenían aproximadamente la misma estatura y constitución medianas, y vestían trajes idénticos de túnicas largas de color verde capullo sobre una falda rosa. Objetivamente, ambas eran niñas pequeñas con rostros normales, demasiado jóvenes para que se pudiera discernir su belleza inminente. Pero sus ojos se fijaron de inmediato en uno de ellos, como si la hubiera estado buscando precisamente. Tenía una cara redonda, especialmente resaltada por la estricta raya en el centro desde la línea del cabello hasta la coronilla, un par de ojos brillantes y mejillas como manzanas. ligeramente enrojecido por el aire fresco del otoño. Eso y no mucho más, pero eso era todo lo que se necesitaba.

Mientras él la miraba, ella agarró una flor de cosmos de la canasta y se la arrojó directamente a la cara, sonriendo radiantemente. Enfrentó a la suave flor con terror ante la idea de que se burlaba de él a propósito, y con euforia, por la misma razón. Al darse cuenta de su asombro, Loach y YoungGu se echaron a reír y comenzaron a burlarse de él sin piedad, pero JungHo ni siquiera pudo sentirse irritado. La conciencia de algo maravilloso había entrado en su corazón, aunque

todavía no sabía qué era.

7

El escape

1918

ES UNA CONDICIÓN DE LA JUVENTUD TENER UNA CREENCIA SIN CUESTIONES que la vida es una progresión constante. Jade dio por sentado que un paso debe seguir a otro, y que había tomado cierto impulso en el desfile que la llevaría a la edad adulta. Así que se sorprendió y desilusionó cuando nada cambió en la pequeñez de su rutina diaria. Dani todavía no les permitía pasar de cinco casas en ninguna dirección. Jade obedeció como siempre lo había hecho, pero el polvo comenzó a asentarse sobre la belleza de la casa. Había visto que, un poco fuera de su barrio, había espectáculos, música, amas de casa adineradas que imitaban la moda de las cortesanas, estudiantes de secundaria con ojos deslumbrados y gorras de vendedor de periódicos, caballeros con cuello alto y monóculos, tiendas que vendían todo tipo de delicias. El mundo la atraía, irresistible y real como el primer día caluroso de verano. Pero ella estaba aislada de todo, amurallado en el centro de Seúl. A medida que llegaba el invierno, Jade desarrolló el hábito de salir sola y sentarse al final de la calle, el punto más alejado de la casa que Dani permitiría. Fue en una de estas tardes que notó a un chico extraño en el vecindario.

Más tarde, Jade no sería capaz de recordar exactamente cómo se veía cuando lo vio por primera vez. Ella se dio cuenta de su existencia en el transcurso de muchos días. Parecía ser una parte natural del entorno como un árbol o un seto, por lo que se acostumbró a él incluso antes de que lo notara. Tenía más o menos su edad, pequeño y flaco. Su piel era color nuez, y era difícil saber si era por el sol o por la falta de lavado. En el momento en que sus ojos finalmente se posaron en él como algo distinto, él sonrió, como si hubiera estado esperando que ella hiciera precisamente eso. Comenzó a caminar hacia ella, un perro amarillo con una cola rizada lo seguía a sus talones. Fue

entonces cuando se dio cuenta de que algo andaba mal con su apariencia. Era su ropa, tan gastada que parecía volver a convertirse en hilo. Algunos mendigos usaban más parches que la tela original en sus ropas, pero sus cortes estaban abiertos y aleteaban vigorosamente con el viento penetrante. Estaba desgarrada por fuerzas iguales de lástima y repugnancia.

“Te he visto mucho por aquí. ¿Vives por aquí?" le preguntó a ella. Ella asintió de mala gana. Dani no le había prohibido hablar con otros niños, pero ella lo sabía sin que se lo dijeran. Por otro lado, la fuerza de su hastío era mayor que el miedo de Dani. Y a pesar de lo sucio que estaba el chico, no era tan diferente de los pilluelos del pueblo que había conocido cuando era pequeña.

"¿Ese es tu perro?" preguntó, señalando al perro que olfateaba el suelo detrás de él.

El niño silbó y el perro se acercó dando saltos, moviendo alegremente la cola.

“Es el perro de mi amigo. Puedes acariciarlo, es gentil”.

Jade se agachó y acarició al agradecido perro desde la cabeza hasta la cola, detrás de las orejas y debajo de la barbilla. "¿Cómo se llama?" ella preguntó.

“Él no tiene uno. Simplemente lo llamamos 'perro'”, explicó el niño. “Sin embargo, mi nombre es JungHo”.

Jade se rió. "Lo siento. Debería haber preguntado tu nombre primero. Soy Jade. Luego agregó: “Probablemente debería irme a casa pronto. No se me permite ir muy lejos.

"¿Qué está lejos?"

Al otro lado de esta calle.

JungHo sacudió la cabeza con incredulidad. “¿No te cansas de estar encerrado? He caminado por todas las calles de Seúl, solo para saber qué hay ahí fuera. Está el río, el mercado, una calle donde viven todos los yanquis. . . No muy lejos de aquí, hay un zoológico. Puedo mostrártelo, si quieres.

"Ay, no lo sé". Jade hizo una pausa. “¿Qué es un zoológico?”

JungHo explicó que allí es donde tenían a todos los animales del mundo, que su estrella más famosa era un elefante llamado Gigante, y que no necesitarían pagar dinero para verlo. Jade se mordió los labios y consideró sus opciones. Dani ya había salido y no volvería hasta bien entrada la noche. Si Jade dejaba pasar esta oportunidad, la próxima salida podría llegar en uno o dos años, siempre que el capricho golpeara el espíritu libre de Dani.

“Está bien, pero tengo que regresar lo más rápido posible”, dijo, caminando hacia JungHo. Más cerca, vio que él era solo de su estatura o incluso un poco más bajo. Pero no parecía débil. Los mendigos generalmente arrastraban los pies, mientras que JungHo marchaba con los brazos en alto, sin preocuparse por la forma en que la gente lo miraba. Casi actuaba como si se vistiera de esa manera por un sentido de la aventura, como un príncipe disfrazado de cuentos de viejas. Mientras caminaban uno al lado del otro, JungHo señaló los lugares de interés, como si todo Seúl le perteneciera.

“Ese es el zoológico. Solía ser un palacio —dijo por fin—. Había docenas de personas haciendo fila frente a sus puertas, incluso en pleno invierno. Sonidos de música, gritos y risas flotaban sobre las paredes de piedra.

"Vamos, por aquí". JungHo la alejó de la entrada y dobló la esquina. No había tantos transeúntes aquí; un árbol zelkova inclinaba sus ramas sobre la pared del zoológico.

"¿Sabes escalar?" preguntó JungHo, y ella negó con la cabeza. Entrelazó sus manos junto al árbol y le dijo que pusiera su pie derecho encima. Jade pensó que tropezaría bajo su peso, pero permaneció en su lugar hasta que ella encontró un surco en el tronco con el otro pie y se impulsó hasta una rama. En cuestión de segundos, él la siguió y se agachó junto a ella bajo las ramas sin hojas. El perro se sentó y gimió debajo de ellos.

"Mira, ahí está Gigante". JungHo señaló. Más allá del muro, había cientos de personas apiñadas alrededor de un foso seco; dentro del foso, había una isla elevada cubierta por arena calcárea de color hueso. Gigante estaba de pie en el centro de la misma como un barco varado con velas grises. Era tan grande que incluso desde lejos, Jade podía verlo parpadear con ojos tan grandes como la palma de su mano. La multitud vitoreó y arrojó cosas al recinto para llamar su atención. Ya sea por paciencia o por terquedad, el elefante no reaccionó, y pronto los aburridos espectadores se fueron y fueron reemplazados por la siguiente fila. Algunas personas maldijeron y escupieron en el foso, y otras le arrojaron corazones de manzana, pero Gigante aún no se movió.

Jade pensó que el sufrimiento de la criatura era mayor por su fuerza y tamaño; no había nada trágico en una pulga cautiva. No quería seguir mirando y, al mismo tiempo, no podía darse la vuelta y dejarlo. Ella había estado deseando ver el mundo. Ahora que vio lo que era, sintió una creciente sensación de náuseas.

JungHo tiró de su manga. Alguien estaba gritando en su dirección.

A unos treinta metros de distancia, un guardia uniformado les apuntaba con su rifle y maldecía. Jade luchó por contener su grito; JungHo ya había bajado al suelo. El perro ladraba y gruñía al guardia, mostrando todos sus dientes blancos.

"¡Saltar!" gritó Jung Ho. El guardia se dirigía hacia ellos, blandiendo la culata de su rifle como un garrote. JungHo gritó: “¡Te atraparé!”. y Jade negó con la cabeza.

Casi al pie del árbol, el guardia maldijo y apuntó con su rifle al perro. JungHo se quedó quieto, sin ganas de huir sin ella. Jade respiró hondo y saltó, aterrizando sobre sus rodillas y palmas frente a JungHo. Los tres huyeron sin volverse para ver si el guardia los seguía, sin detenerse ni reducir la velocidad hasta que llegaron a su casa.

"¿Estás bien? Déjame ver tus manos”, dijo JungHo, respirando con dificultad.

"Estoy bien, es solo un rasguño", protestó cuando él tomó sus manos entre las suyas y sopló la tierra. El perro golpeó la cola, gimió fuertemente y se tumbó en el suelo exhausto.

“Ese elefante,” comenzó Jade. "¿Sabes lo que está pensando todo el día, de pie tan quieto y en silencio?"

JungHo reflexionó por un momento. “Probablemente solo esté molesto por tener tanta gente alrededor. O está pensando en la comida —ofreció.

“No, es pensar, ¿Cómo puedo salir de aquí? Ya viste cómo no estaba encadenado. Era muy alto, pero obviamente no puede cruzar ese foso. Entonces los elefantes no pueden saltar. ¿Pero no crees que hay una manera de que pueda salir?

El rostro de JungHo se volvió oscuro y serio mientras reflexionaba. “No sé, lo siento mucho”.

“Vamos a pensar en ideas, la próxima vez que nos veamos”, dijo Jade.

Cuando volvió a entrar en la casa, le anunció a Lotus: “¡Mi nuevo amigo me llevó al zoológico y vimos al animal más grande del mundo! Lo extraño es que pensé que me haría feliz, pero me entristeció”.

"¿Un nuevo amigo?" preguntó Lotus, cerrando su kit de costura. Acababa de terminar de volver a colocar la cinta goreum de su chaqueta.

“Sí, un niño de nuestra edad con un perro amarillo”.

“Oh, lo he visto por el vecindario,” dijo Lotus, repentinamente

reabriendo el costurero. Comenzó a agregar deliberadamente más puntadas a la cinta, que ya estaba asegurada. “Es un golfillo callejero sucio y ratero. Deberías mantenerte alejado si no quieres atrapar piojos”.

Jade resultó herida. Nunca habían estado en desacuerdo sobre nada antes, y Jade trató de sacudirse la sensación de que había un cambio en su amistad tan delgado e inevitable como la ruptura de un cabello en un lago congelado. Trató de asegurarle a Lotus que nadie tomaría su lugar, que siempre serían los amigos más antiguos y cercanos del mundo. Pero aún así, no importa cuántas veces Jade trató de convencerla de salir y conocer a JungHo, ella se negó. En cambio, Lotus se quedó en la casa junto a Luna, quien se dirigía a la última etapa del embarazo en un silencio catatónico.

A partir de ese momento, cada vez que Jade salía de la casa para jugar, JungHo la esperaba junto a las puertas. A veces traía al perro y lo abrazaban o lo hacían traer palos. Otras veces venía solo y planeaban la huida del elefante mientras caminaba alrededor de la cuadra. Cuando JungHo le hizo saber que había perdido a toda su familia y que había dormido afuera en una tienda de campaña, Jade no creía que su nuevo amigo tuviera nada malo.

“Sabes, no somos tan diferentes. Yo tampoco tengo padres, aunque los míos siguen vivos”, le dijo Jade. “Mi madre me dijo que nunca debía volver a buscarlos. Estarían arruinados si los otros aldeanos se enteran de que me convertiré en aprendiz de cortesana”.

"¿Los extrañas?" preguntó Jung Ho. Jade trató de recordar a su madre peinando y trenzando su cabello por la noche, y cómo abrazó a Jade por última vez mientras le hacía jurar que no volvería. Aquellos recuerdos ya empezaban a desvanecerse, como estrellas al acercarse el alba.

“Solía extrañarlos, pero ahora siento que he conocido a mi verdadera familia”, dijo Jade.

Un día especialmente frío, Jade sacó a escondidas uno de los innumerables edredones de seda del baúl de paulownia y se lo dio a JungHo. Parecía más sorprendido que contento.

“No te preocupes, tómalo,” dijo Jade, empujándolo en sus brazos. “Tenemos docenas más adentro”.

JungHo miró sin decir palabra el edredón lleno de capullos de seda tan ligeros como el aire. Algo pareció agitarse en su mente, y se volvió resuelto.

“Cuando sea mayor te daré algo cien veces mejor que esto”, le

dijo. Jade sonrió y dijo que por supuesto, sin esperar que alguna vez cumpliera su promesa. Por eso JungHo la impresionó tanto, la forma en que dijo con total confianza que le daría algo que valía más de lo que probablemente ganaría en su vida. JungHo no tenía nada comparado con Jade, pero parecía incapaz de acobardarse. Nunca culpó a sus circunstancias ni pensó con pesar en el pasado. Era como un recipiente vacío, pero de la mejor manera: era cierto que no tenía mucho conocimiento, pero su mente estaba libre para fluir en cualquier dirección, y no alimentaba el dolor. Sea lo que sea que guardó permanentemente, Jade estaba seguro de que lo protegería firmemente en el fondo de su olla de jangdok. Tal vez nunca se arroje lejos de donde había aterrizado, pensó Jade,

8

He conocido a la persona adecuada, por fin

1919

EL SECRETO DEL ÉXITO DE DANI ERA QUE LE GUSTABA NO SOLO SER OCUPADA, sino tener proyectos a los que pudiera aplicar sus considerables habilidades mentales y físicas. Su fama, su casa de dos pisos con su exquisito mobiliario y jardín enrarecido, su poderoso protector, incluso su belleza y encanto inusuales, nada de esto había resultado de la casualidad, sino de su imaginación, planificación y ejecución.

Su proyecto más reciente fue criar a sus tres jóvenes protegidos. Habían llegado a su vida espontáneamente, como un favor a su prima más querida. Pero las había aceptado en parte porque estaba en una edad en que las cortesanas ricas y sin hijos comenzaron a pensar en adoptar hijas adoptivas para que las cuidaran cuando se jubilaran. Pensó que sería divertido enseñar todo lo que sabía a sucesores dignos, de la misma manera que los hombres de mayor estatus intentaban dejar sus legados a través de legados, escritos y descendencia en general. ¿Por qué no ella?

Pero este proyecto estaba resultando más complicado de lo que había imaginado. Mientras los niños, incluso Jade, crecían con ella, todavía no se sentía como una madre. Esta falta de instinto probablemente se originó en un vacío en su matriz, pensó. Dani nunca había quedado embarazada y ahora se preguntaba si no estaba hecha para el trabajo. A lo largo de sus veinte años, había estado aterrorizada de ser presa de esta enfermedad, llenándose de capullos de seda antes y después tomando el té que haría que su ciclo se adelantara y se hiciera más pesado que de costumbre. Pero no siempre podía saber cuándo tendría lugar un encuentro; ya veces, cuando, en medio del acto, le susurraba a su cliente que no estaba debidamente

protegida, él, no obstante, la penetraba. En tales ocasiones, ella yacía muy quieta, horrorizada por la pegajosidad entre sus piernas, mientras el hombre rodaba, suspirando satisfecho y cerrando los ojos, como si acabara de lograr mucho. Aunque era una gran cortesana, admirada en vastos círculos de hombres cultos e importantes, todo lo que podía hacer en esas situaciones era esperar hasta que él se sintiera lo suficientemente bien como para irse, lavarse lo más profundamente posible con agua hirviendo y no volver a verlo nunca más.

Estos eventos habían sucedido con tanta frecuencia a lo largo de los años que ahora, a una edad en la que la mayoría de las mujeres casadas tenían al menos tres o cuatro hijos, Dani sospechaba que nunca podría concebir en primer lugar. Por un lado, la desconcertaba ver a Luna quedar embarazada después de un solo incidente desafortunado y soportar una agonía tan prolongada; por otro lado, se sentía aliviada de no haber tenido nunca que sufrir de esa manera.

A pesar de esta falta de una brújula interna para la crianza de los hijos, Dani finalmente comenzó a sentir que estaba empujando a las niñas en la dirección correcta. Cada día se comportaban menos como niños pequeños de cabeza hueca; una vez incluso atrapó a Lotus con un libro. Pero justo cuando Dani estaba observando cómo las tres niñas estaban mejorando en apariencia, mente y actitud, su compromiso con el proyecto de maternidad se vio afectado por un incidente que la distrajo mucho. Era una carta escrita con letra familiar, entregada en el desayuno unos días después del desfile.

Dejando su papilla apenas tocada, se fue a su habitación a leer su contenido en paz. En él, SungSoo habló de cómo había obtenido su dirección preguntando a MyungWol, y que había estado absorto en las demandas de sus negocios y su familia desde que regresó del extranjero. En una vida así no había lugar para el romance y, de hecho, hacía tiempo que había perdido la esperanza de un amor más allá de la comodidad; no había tenido sentimientos al respecto durante muchos años. (Él no dijo “desde ti”, pero ese era el efecto deseado.) Pero verla de nuevo en el desfile despertó en él el dichoso anhelo que siempre había sentido por ella. “Te veías tan hermosa como cuando te conocí”, escribió. La había dejado sola y se había ido a Japón, pensando que ambos eran jóvenes y que eventualmente sanarían. (No mencionó la parte de que se casaría con su esposa). Solo que ahora que era mayor, vio lo malo que era haberse ido sin ella. Deseaba ofrecerle su penitencia, en persona.

Dani leyó y releyó esta carta, la arrojó sobre su pequeño escritorio,

le pidió a Hesoon que le trajera un poco de café y volvió a agarrarla con una taza en la otra mano. La bebida caliente tuvo el efecto familiar de calmar sus emociones y, al mismo tiempo, agudizar su mente, trayendo de vuelta imágenes que habían estado enterradas durante mucho tiempo. Por dolorosos que fueran los recuerdos, el acto de recordar era agridulce y delicioso. Se vio a sí misma observando con ojos claros su vida como desde el éter, incluso cuando su cuerpo estaba acurrucado sobre su escritorio. La carta demostró que el amor que una vez tuvo por él no era solo una ilusión, un falso recuerdo. Realmente había vivido.

"De todos modos, no me quedan sentimientos por él, solo por sus recuerdos", pensó. Inconscientemente, desdobló su espejo de tocador. Cuando vio su reflejo, se admitió a sí misma que tenía curiosidad por cómo se veía para él ese día; esperaba no parecer demasiado vieja o cambiada. Satisfecha con su apariencia, cerró el espejo con una sonrisa triunfante.

"No, no lo veré", pensó. O incluso escribirle de nuevo. Ni siquiera se merece una respuesta. Ignorarlo es la única opción digna que tengo.

Aunque Dani creía que había tomado la decisión correcta al no responder, en los días siguientes sufrió un dolor de cabeza inexplicable e implacable. Luchó por ocultar su irritabilidad en las fiestas y les gritaba a los niños por las cosas más pequeñas, incluso a Luna. Por la noche, acostada sobre su cubrecama de seda, se sentía más sola que en años. "Nunca me volveré a enamorar", gimió, secándose las mejillas con el dorso de la mano. Tenía treinta y tres años, nadie nuevo iba a cortejarla, y se había alejado del único hombre al que amaba apasionadamente. Cuando estos pensamientos la mantenían despierta, Dani tomaba unos vasos de soju sola y en camisón, una práctica que normalmente despreciaba por desordenada, pero que consideraba medicinal en las circunstancias actuales.

Justo después de la primera nevada, llegó otra carta para Dani que, a pesar de que su corazón latía con fuerza al ver el sobre en la mano de la criada, no era de SungSoo. Era de un activista que acababa de regresar de trabajar en Shanghái y, aunque no lo conocía, había oído hablar de su reputación. Además, el general ___, con base en Vladivostok, quien estaba apoyado por su prima Silver en PyongYang, le había recomendado que le escribiera. No escribió ni el nombre del general ni el de su prima por temor a que la interceptaran, pero Dani accedió de inmediato a verlo en una pequeña casa de té sin pretensiones a la que nunca iría nadie de importancia.

Cuando llegó a su lugar de reunión, solo había un invitado sentado solo en una mesa de la esquina lejos de la puerta, sumido en sus propios pensamientos. La miró a los ojos inmediatamente cuando ella entró y se levantó cortésmente mientras ella caminaba hacia él.

“Soy Lee Myung Bo. Es muy bueno de tu parte venir”, dijo con una reverencia.

"No deberías decir eso, es mi honor". Dani le devolvió la reverencia y se acomodó en la silla frente a él. Pidieron té y se animaron a charlar un poco sobre el tiempo.

“Hace mucho más frío aquí, por supuesto. En Shanghái, solo se pone tan fresco como el otoño en nuestro país, y rara vez nieva”, dijo MyungBo con una sonrisa. Aunque no tan guapo como SungSoo, MyungBo tenía un atractivo amaderado en sus ojos color sombra y su voz de barítono.

“Ay, cómo me gustaría ver Shanghái”, respondió Dani con naturalidad, sin pensar. Le gustó cómo había dicho "nuestro país", que había estado en todas partes en el mundo abierto donde ella también anhelaba ir, y que era cálido, sencillo y sin afectación en todos sus gestos. Era tan modesto que casi se sonrojó mientras luchaba por sacar a relucir el verdadero propósito de su reunión. Ella abordó el tema primero.

“Con respecto a ese asunto, que no pudiste especificar en tu carta por razones de discreción, estoy dispuesto a brindarte mi apoyo en todo lo que pueda”. Miró significativamente su rostro cálido y cansado.

“Gracias por un compromiso tan claro. Es tan agotador preguntarle a un extraño, y nada menos que a una mujer. . .” murmuró, bajando la vista hacia la mesa para evitar su mirada oscura y deslumbrante. Luego explicó, a trompicones, que se estaban planificando varias “iniciativas” simultáneas, tanto en la península como en el exterior. Los líderes de grupos de activistas y milicias independientes en Manchuria, Primorski e incluso Estados Unidos y Hawái intentaban crear un centro unificado en la forma de un gobierno provisional en Shanghái. Mientras tanto, en la propia Corea, hubo un esfuerzo por reunir a las diversas facciones lideradas por los cheondoístas, los cristianos, los budistas, los nacionalistas y los comunistas, en una declaración inequívoca de independencia en un solo momento.

“Todos estos esfuerzos requieren una cantidad considerable de recursos, para alimentar y armar a nuestros soldados y activistas, tener oficinas y casas de seguridad, imprimir los panfletos y

manifiestos, transportar a la gente a través de la frontera, sobornar a los funcionarios y sacar a la gente de la cárcel. y por otras cien razones. Me esfuerzo constantemente por descubrir nuevas fuentes de fondos", dijo MyungBo en tono de disculpa. Sus mejillas se sonrojaron como las de un niño, algo inesperado y conmovedor en alguien tan grave y digno.

"Mis amigos casi me han abandonado, e incluso mi hermano menor se niega a verme. De mi familia, solo mi esposa y mi hijo se han quedado a mi lado". Sonrió con una sonrisa agridulce, y Dani se sintió un poco picada, como si la hubieran pinchado con algo afilado.

No hables más. Entiendo. Pero, ¿ves?, has conocido a la persona adecuada. Ella sonrió tranquilizadoramente. "Los ricos están mucho más dispuestos a gastar su dinero en cortesanas que en la causa. Por suerte, las cortesanas tienen más corazón que ellas. Puedo reunir los cinco gremios de cortesanas en Seúl. Soy el líder de uno y conozco las cabezas de cada uno de los demás. Nadie está mejor preparado para convencerlos que yo".

"En verdad, estoy abrumado". MyungBo la miró con una expresión alegre y también sintió que su espíritu se elevaba. "Sí, he conocido a la persona adecuada, por fin".

De camino a casa, Dani reflexionó sobre estas palabras y la expresión de MyungBo mientras las pronunciaba. Se preguntó ansiosamente si tenían un significado oculto o si se decían inocentemente. En lo más profundo de su corazón, sintió que había algo de significado además del alivio de encontrar un apoyo dispuesto. Este pensamiento se le ocurrió como un nuevo y extraño deleite después de la avalancha de depresión causada por la carta de SungSoo. Se le ocurrió que la laxitud moral de SungSoo era lo que lo hacía disponible y menos atractivo; por el contrario, la integridad de MyungBo lo mantuvo distante y más digno de admiración. Mientras reflexionaba, observó las calles cubiertas de nieve, azul grisáceo en la sombra y dorado brillante en el sol de la tarde, y pensó que todo era más hermoso y vivo que de costumbre. Se sentía más joven de lo que se había sentido en mucho tiempo, tal vez incluso años.

* * *

UNA TARDE, hubo un golpe silencioso en sus puertas y Jade salió, esperando ver el rostro familiar de JungHo. En cambio, fue recibida por un apuesto caballero que le preguntó cortésmente si su tía estaba en casa. Jade volvió a entrar para anunciar la visita, y Dani se puso el

abrigo y salió.

“No respondiste a mi carta”, le dijo SungSoo, sin saludos superfluos. Llevaba un sombrero a la moda de ala mediana y una chaqueta nueva de la mejor lana inglesa. Un olor fresco a colonia ya buena salud emanaba de su cuerpo robusto y bien alimentado, pero su rostro mostraba una expresión afligida.

“Espero que sepas cuánto lo siento. Nunca debí dejarte aquí e irme a Japón. . .” continuó, con los pies firmemente plantados en el suelo, como si demostrara su firmeza. Por encima de su cabeza, trozos de nieve comenzaban a flotar como pelusa de diente de león. Eran tan ingrávidos que su descenso pareció durar una eternidad.

"Pareces muy arrepentido a juzgar por tu expresión", respondió ella. “¿Pero sabes qué te delata? Tu voz. No suena arrepentido en absoluto.

Se dio la vuelta y estaba a punto de alejarse cuando él la agarró de la mano. Tiró de ella con firmeza, girándola hacia él y colocando la otra mano detrás de la parte baja de su espalda. Luego la besó.

En el momento justo antes de que él la besara, cuando se dio cuenta de lo que iba a pasar, pensó que se alejaría, asqueada. Pero cuando sus labios se encontraron con los de ella, quiso seguir besándolo. El hecho de que él la deseara la hacía delirantemente feliz. Cuando se soltaron, ella suspiró. "No, no te odio".

SungSoo la miró a los ojos con una expresión sincera, esperando que lo absolviera. Era consciente de que en ese momento Dani lo consideraba tan guapo y atractivo como cuando se conocieron. Lo embriagaba ese placer distinto y palmoso, la conciencia del propio poder seductor, que en la vida de tantas personas es lo más parecido al amor que experimentan. Él tomó su mano y ella no se apartó.

Pero es demasiado tarde para el perdón. Así que déjame en paz. Su voz tembló cuando dijo esas últimas palabras, y ambos sintieron que en realidad no las decía en serio, y de hecho quería decir todo lo contrario.

No sabía qué hacer. Bien podría haberla dejado en ese momento y no seguirla persiguiendo, no por sus deseos o porque era un hombre orgulloso, sino porque era fundamentalmente incapaz de perderse realmente por otra persona. No solo le desagradaba intelectualmente, su alma también era incapaz de hacerlo. Pero en ese momento, notó como Dani temblaba y se conmovió al ver su fragilidad. Se inclinó y la envolvió en sus brazos. Tan pronto como lo hizo, una lágrima se deslizó de los ojos de Dani y se derritió en su abrazo.

Cuando se separaron, ella lo condujo sin decir palabra a través de las puertas. Ambos reprimieron el impulso de correr a su habitación, caminando tranquilamente como si no ardieran con la necesidad de arrancarse las capas de lana y envolver sus piernas alrededor de la cintura del otro. Una vez dentro, hicieron el amor sin saber ni preocuparse por nada más que cómo se sentían sus cuerpos juntos.

Era cerca de la medianoche cuando terminaron y se acostaron uno al lado del otro a la luz de las velas. Dani pensó para sí misma, Este es el momento más feliz de toda mi vida. No podía haber nada que siguiera que fuera mejor que esta noche pasada con él a solas, lejos del resto del mundo. Aunque se sentiría mucho más largo en su memoria, en realidad no fueron más que unas pocas horas. Como todos esos momentos, terminó antes de que estuviera lista, con un golpe en la puerta.

“Hay un caballero en la puerta principal que pregunta por ti”, le susurró Hesoon al oído. “Traté de decirle que no estabas en casa, pero luego dijo que te esperaría, y luego no supe qué hacer”.

"Bueno, ¿quién es?" Dani se erizó, saliendo al pasillo. “¿No es la policía? ¿O alguien que el juez haya enviado?

"No me parece. Dijo que se hace llamar Lee, y no me dijo su nombre de pila, pero dijo que sabrás quién es.

"¡Oh!" Dani respiró hondo. “Sé quién es. Me pregunto por qué está aquí. En cualquier caso, no puedo tenerlo esperando afuera con este frío durante horas, pensando que estaré de camino a casa. Tendré que recibirlo. Muéstrale a la sala de estar.

Dani volvió a entrar en su habitación y empezó a vestirse. Le pidió a SungSoo que se quedara callado en la habitación mientras trataba con un visitante en la sala de estar. Ante esto, SungSoo dejó ver su irritación: no se iba a esconder de este misterioso extraño, que Dani insistió que no era su amante y que, sin embargo, la estaba visitando en la oscuridad de la noche. No, preferiría irse que esconderse en la habitación como un ladrón.

"Bien, entonces, haz lo que quieras", dijo Dani, exasperada más allá de su control, con un profundo rubor subiendo a sus mejillas. Salió de la habitación y se apresuró a entrar en la sala de estar, donde Lee MyungBo estaba parado indeciso con su abrigo, sosteniendo su sombrero con las dos manos.

“Señorita Dani, me disculpo por irrumpir en usted de esta manera. . .” Empezó a explicar, y Dani notó con un placer oculto el brillo sutil de sus ojos y un toque de color en su rostro. “Sé lo inapropiado que es,

pero he venido a decírtelo. . .”

"¿Sí?" Dani se acercó a él con paso ligero, emocionado y también avergonzado de sentirse tan atraído. MyungBo también dio un paso hacia ella, casi involuntariamente. Cuando él pareció extender su mano hacia la parte superior de su brazo, escuchó que la puerta de su habitación se abría y SungSoo caminó por el pasillo hacia la sala de estar.

Lo que sucedió a continuación fue una confusión tan profunda como la que tres personas jamás habían experimentado. SungSoo y MyungBo comenzaron a decir al mismo tiempo: “¿Qué estás haciendo aquí?”. mientras Dani miraba rápidamente entre ambos hombres y exclamaba: “¿Cómo es que ustedes dos se conocen?” Siguió un embarazoso silencio durante un minuto. SungSoo, el más rápido en recuperarse, le dijo a Dani:

“MyungBo y yo somos viejos amigos de nuestros días de estudiantes en Tokio”.

"Ya veo", dijo Dani, y luego la habitación se sumió en el silencio una vez más.

“Vine a decirte algo importante”, dijo MyungBo, pero esta vez sus ojos ya no tenían el brillo que había visto antes. "Su Majestad, el Emperador Gojong, ha fallecido".

Dani respiró hondo y se llevó una mano al pecho. Ambos hombres saltaron instintivamente hacia adelante para estabilizarla, pero MyungBo se contuvo mientras SungSoo ponía una mano protectora en la cintura de Dani. MyungBo continuó.

“Sucedió hace apenas unas horas. Una de nuestras informantes, una señora de la alcoba, envió un mensaje tan pronto como sucedió. Estaba tomando un tazón de agua de arroz dulce cuando, de repente, comenzó a ahogarse y gritar, tosiendo sangre. La señora dijo que su cadáver estaba cubierto de urticaria”.

Un gemido de horror escapó de los labios de Dani y se hundió en el suelo. SungSoo se sentó a su lado, manteniendo una mano en su espalda, mientras que MyungBo permaneció de pie en su lugar.

Pero ¿por qué envenenarle? Ya ha sido depuesto por muchos años y su hijo es un mero títere”, dijo SungSoo.

"¿Quién sabe? Pero pienso, muy probablemente, para hacernos saber que pueden matar a nuestro soberano sin consecuencias, tal como asesinaron a su esposa, la emperatriz. . .” MyungBo hizo una pausa, mirando a Dani, quien se veía alarmantemente pálido. “La señorita Dani está enferma. La noticia es tan impactante. . .”

"Estoy bien. Me sentiré mejor si tomo un traguito", respondió, y le ordenó a Hesoon que le trajera una botella de soju y tres vasos. La criada regresó pronto con la bebida, un plato de refrescante kimchi blanco y otros bocadillos, y colocó la bandeja frente a Dani. A instancias de ella, MyungBo se sentó también. Dani primero sirvió para los dos hombres, y luego SungSoo sirvió para ella, y levantaron sus copas al mismo tiempo, murmurando: "Para Su Majestad".

Una vez que el soju hubo circulado por sus cuerpos, cada uno comenzó a sentirse más cómodo, no por la muerte del emperador, sino por la situación entre ellos. Siempre es insoportable descubrir que las distintas conexiones de uno, que deberían pertenecer firme y castamente a esferas separadas de la vida de uno, se conocen de alguna manera, y quizás más íntimamente de lo que uno quisiera. Cada uno de ellos sufrió mucho por esto, aunque SungSoo en particular lo tomó como un insulto y una traición. Su buena educación y los efectos calmantes del soju fueron lo único que le impidió sucumbir a los celos que quemaban profundamente en su pecho.

"¿Qué pasa ahora?" Dani le preguntó a MyungBo, revivido un poco por el soju.

"Sabes que nos hemos estado preparando para la manifestación. . ." comenzó con cuidado, preguntándose si podría ser más comunicativo en presencia de SungSoo. Luego, decidiendo ser directo, dijo: "Probablemente significa que reuniremos nuestras fuerzas antes de lo que habíamos planeado. En aproximadamente un mes, alrededor del funeral de Su Majestad, cuando la multitud se reúna en Seúl para presentar sus respetos".

"¿Pero estás listo? ¿Puede todo arreglarse antes de entonces? Dani cuestionó mientras servía otra ronda para los dos hombres. Esta vez, MyungBo tomó la botella de Dani y le sirvió su bebida. El gesto era habitual, ya que uno nunca debe servirse su propia bebida, pero, sin embargo, turbó a SungSoo con su intimidad.

"También es por eso que vine a verte. Inmediatamente me di cuenta de que las cosas comenzarían a moverse muy rápido y no sabía en quién podía confiar, excepto en ti".

Después de que terminó, MyungBo bebió su soju sin mirar a los ojos a ninguno de sus compañeros.

"Por favor, dime cómo puedo ser de ayuda", suplicó Dani. "¿Qué se necesita?"

El rostro de MyungBo se sonrojó de inmediato. Ya herido por la muerte del emperador, se sorprendió una vez más al encontrar a

SungSoo en la casa de Dani, y de alguna manera extrañamente herido también. Ahora se sentía humillado por tener que volver a pedir favores a la vista del hombre que ya se los había negado con tanta frialdad. Se concentró en la luz de las velas que bailaba dentro de su taza de soju para evitar mirar a los amantes a los ojos.

“Planeamos hacer que la manifestación sea pacífica. Para eso necesitaríamos preparar solo los manifiestos y tantas banderas coreanas como podamos. Pero sin duda, tendremos que estar preparados para lo que venga después de la demostración. Eso significa armas, casas seguras, transporte para innumerables activistas y mensajeros. . . Y, de nuevo, eso ni siquiera incluye la preparación para el estallido del combate militar directo. No solo en Manchuria, donde están la mayoría de nuestras tropas restantes, sino en la propia Corea. Si logramos reunir suficiente fuerza, habrá una guerra definitiva dentro de nuestras fronteras, por primera vez en más de veinte años”.

"Entiendo." Dani asintió. “No he estado ociosa desde nuestra reunión. Me he reunido personalmente con cada uno de los líderes del gremio. Te animará saber que, para empezar, todos han prometido un tercio de sus ganancias este mes”. Ella sonrió, sus mejillas sonrojándose maravillosamente. La presencia de los dos hombres la había puesto en un estado mental febril, aunque no del todo desagradable. Por un lado, la incomodidad visible de MyungBo le confirmó que estaba celoso de SungSoo. Incluso con problemas graves en juego, no pudo evitar sentirse encantada.

“Cuando los cinco gremios de cortesanas de Seúl juntan su dinero, verán que no es una suma insignificante, incluso cuando estamos hablando de guerra. Verá, la gente nos menosprecia por cómo nos ganamos la vida, pero tenemos nuestro honor. En realidad, nunca había estado tan contenta como ahora de poder ayudar a mi pequeña manera. . .” La voz de Dani se apagó y sus ojos se llenaron de lágrimas. Estaba bastante abrumada por la emoción, aunque ni siquiera a ella le quedó claro si esa alegría era puramente por contribuir al movimiento o por otras causas menos desinteresadas.

Le dio un sorbo a su soju y le explicó cuándo y cómo podría transferirle el dinero en las próximas semanas. Cuando MyungBo le agradeció de la manera más efusiva pero digna, Dani se volvió hacia SungSoo e inocentemente preguntó: "Bueno, ¿no hay algo que puedas hacer tú también?".

SungSoo, sorprendido por esta pregunta, soltó: "¿Yo?"

“Seguramente debes ser capaz de aportar algo, tú de todas las personas”, insistió Dani.

“Eso es todo el dinero de mi familia, ¿no lo ves?. Yo mismo no gano mucho”, protestó SungSoo rápidamente. “Tal como están las cosas, estoy gastando sin parar en mi editorial y en la tienda de bicicletas, ninguna de las cuales ha sido rentable”. El rostro de Dani se iluminó inesperadamente.

"¡Oh! ¡Pero puedes ayudar! ¡Cómo podríamos haberlo perdido!” Ella juntó sus manos alrededor del brazo de SungSoo. “¿No escuchaste lo que acaba de decir el Sr. MyungBo? Necesitaremos miles de copias de manifiestos y banderas. Tienes tu propia imprenta, ¿no?

“Lo hago, pero. . .” SungSoo murmuró con el corazón hundido. No podía protestar que era demasiado peligroso, o tratar de salir de él de otra manera. Se dirigió a MyungBo directamente y dijo: "Pero, ¿es eso lo que necesitas, amigo?"

“Si estás ofreciéndote, lo tomaré con mucho gusto”, respondió MyungBo, cortés y sinceramente como siempre. Pero sólo si no es una carga para ti. Y habla libremente si es así, y nunca volveré a mencionar nada de esto frente a ti, nunca más”.

Al ver los ojos de Dani intensamente fijos en su rostro, SungSoo no tuvo más remedio que decir: "Por supuesto que no es una carga". Y al salir estas palabras de sus labios, ya se sentía un poco menos enamorado de ella.

9

La marcha

1919

ERA LA SEGUNDA VEZ QUE MYUNGBO SE ENCONTRABA EN LA EDITORIAL DE SUNGSOO, donde pensó que nunca volvería. Cuando llegó, el secretario, el mismo joven de cara morena del campo, le dijo que esperara afuera de la oficina de SungSoo; no se le preguntó si quería café.

Sin embargo, MyungBo no se ofendió. Años de experiencias similares lo habían dejado bien consciente de la frialdad que entra en las relaciones amistosas cuando se trata de dinero. Él mismo nunca se había preocupado tanto por las posesiones; incluso cuando era niño, a veces lo regañaban por regalar su ropa y libros a compañeros de clase más pobres e hijos de sirvientes. Le había parecido entonces que sin importar cuánto diera, siempre tendría más que suficiente. A medida que crecía, incluso disfrutó de las luchas provocadas por sus sacrificios. Había una conciencia creciente que iluminaba su alma cada vez que hacía lo correcto, lo que también le costaba algo.

Sin embargo, esta euforia se equilibró con el terror total que sintió cuando miró a su alrededor y vio a tantos otros para quienes esta conciencia no solo estaba ausente, sino que era incognoscible y abominable. MyungBo se dio cuenta de que la mayoría de las personas estaban hechas de un material diferente al suyo; y no era algo que pudiera cambiar, como del frío al calor, sino una diferencia elemental y fundamental, como la madera del metal. En un momento como este, un momento apocalíptico si alguna vez lo fue, su gente muriendo bajo la bayoneta japonesa, derramamiento de sangre y violaciones en todo el mundo, y la guerra en Europa, que acababa de terminar, la gente todavía pensaba en ir a la universidad, obteniendo un puesto lucrativo, o exprimiendo más ganancias de su tierra, y produciendo una riqueza cada vez mayor, como si el mundo mismo no estuviera

ardiendo a su alrededor. Una cosa era que a los campesinos hambrientos no les importara la independencia, y a muchos de ellos no les importaba si su propietario era japonés o coreano, siempre y cuando pudieran quedarse con algo de grano para alimentar a sus familias. Pero la indiferencia y la hostilidad de la clase educada, que debería saberlo mejor y aceptar su deber de buena gana, hirió a MyungBo hasta lo más profundo. Incluso su esposa hubiera preferido que se hubiera quedado en Corea para tomar un puesto o pasar sus años esperando para heredar la tierra de su padre. Ella nunca dijo esto, pero MyungBo conocía sus sentimientos. Con respecto a su matrimonio, estaba profundamente decepcionado por no haber sido entendido exactamente en qué se sentía más orgulloso de sí mismo. Pero la indiferencia y la hostilidad de la clase educada, que debería saberlo mejor y aceptar su deber de buena gana, hirió a MyungBo hasta lo más profundo. Incluso su esposa hubiera preferido que se hubiera quedado en Corea para tomar un puesto o pasar sus años esperando para heredar la tierra de su padre. Ella nunca dijo esto, pero MyungBo conocía sus sentimientos. Con respecto a su matrimonio, estaba profundamente decepcionado por no haber sido entendido exactamente en qué se sentía más orgulloso de sí mismo. Pero la indiferencia y la hostilidad de la clase educada, que debería saberlo mejor y aceptar su deber de buena gana, hirió a MyungBo hasta lo más profundo. Incluso su esposa hubiera preferido que se hubiera quedado en Corea para tomar un puesto o pasar sus años esperando para heredar la tierra de su padre. Ella nunca dijo esto, pero MyungBo conocía sus sentimientos. Con respecto a su matrimonio, estaba profundamente decepcionado por no haber sido entendido exactamente en qué se sentía más orgulloso de sí mismo.

Seguramente por eso se había sentido tan acogido por Dani, que había mostrado una percepción tan aguda y una genuina empatía por la causa. Girando su sombrero sin pensar en sus manos, MyungBo recordó los ojos brillantes de Dani y sus labios elocuentes y expresivos. Era una pena que la gente solo viera sensualidad en ese hermoso rostro, que estaba tan claramente lleno de inteligencia y pureza. Y más que eso, había algo muy conmovedor en ella, fuerte y orgullosa pero al mismo tiempo muy tierna y abierta. Pero en ese momento, MyungBo abruptamente dejó de reflexionar y se levantó de su silla. La secretaria había anunciado que SungSoo estaba listo para él.

"¿Has estado esperando mucho tiempo?" SungSoo le preguntó

cuando entró a la oficina.

“No, no mucho”, dijo MyungBo, sonriendo débilmente. “Y hubiera esperado aún más. Estoy en deuda contigo por el resto de mi vida”.

En lugar de protestar, SungSoo permaneció en silencio y encendió un cigarrillo con los ojos bajos. Inclinándose hacia atrás y hundiéndose en su asiento profundo, exhaló el humo mientras cruzaba una pierna larga sobre la otra.

“No diré que no lo ha sido. . . problemático”, respondió al fin.

"Entiendo que. Realmente lo hago, mi amigo. Myung Bo se sonrojó. “Pero tú, con tu inteligencia y educación, seguramente debes entender que con esta contribución, te has ganado tu lugar en la historia. ¿No es así?

“¡Ay, historia! ¡Ja!" SungSoo soltó una carcajada hueca, esparciendo volutas de humo. “Bien, MyungBo, hablemos de historia entonces. ¿Recuerdas como yo la historia de Koguryo? Ese reino marcial de nuestros antepasados gobernó no solo toda la parte norte de la península de Corea, sino también Primorski y Manchuria, durante setecientos años a partir del primer siglo. Luego, después de su desaparición, Balhae gobernó otros trescientos años en esos mismos territorios. Ahora, sin embargo, esas tierras pertenecen a Rusia y China, ¿y a quién ves allí? Los rusos y los chinos. Entonces, ¿qué pasó con los coreanos que solían vivir allí durante mil años? Han sido aniquilados, o se han mudado al sur, o se han casado con rusos y chinos. Pero los pocos coreanos étnicos, los descendientes de Koguryo que quedan, ¿Lloran la pérdida de su patria? No, no sienten anhelo ni patriotismo por la península de Corea. Su identidad se ha diluido por completo en los últimos mil años.

“El concepto de nación es una pura construcción. Sirve para sostener nuestra realidad, lo necesitamos para el gobierno, etcétera, pero no es ni evidente ni natural, y pierde sentido cuando lo piensas en un contexto histórico. Durante toda la historia humana, las naciones han sido destruidas, absorbidas por otras, renacidas u olvidadas, y eso no hace ninguna diferencia para el bienestar de la posteridad. Ya sea Koguryo, el Imperio Romano o la antigua Persia, todo es lo mismo. Fuimos anexados por Japón hace nueve años, ahora eso es un hecho. Si nada cambia, entonces en mil años, no habrá una 'Corea' o el 'pueblo coreano'. Pero a la gente entonces no le importará ni un poco que su país alguna vez, hace mil años, fue independiente”.

La lógica de su argumento era clara para ambos. Una sonrisa de satisfacción apareció en el hermoso rostro de SungSoo mientras su

amigo luchaba por ordenar sus pensamientos.

“Lo que estás diciendo parece muy racional,” dijo MyungBo al fin. “Puede que tengas razón en que todo esto, toda la lucha, la muerte y el sacrificio, no importará en absoluto en el gran esquema de la historia. Pero lo que estás diciendo es así: supongamos que hay un niño pequeño que está jugando en las vías del tren. De repente ves que se acerca el tren y el niño es demasiado pequeño o está demasiado asustado para saber cómo salvarse. Entonces te dices a ti mismo: 'Bueno, en el gran esquema de las cosas, eventualmente morirá, ya sea ahora o dentro de sesenta años. Entonces, ¿por qué debería molestarme en salvarlo? Es mejor dedicarme a mis asuntos. Eso podría ser racional, pero eso no lo hace correcto”.

SungSoo estaba a punto de responder: “¿Quién puede decir qué es lo correcto entonces? ¿Siempre eres tú? Pero cambiando de opinión, apagó silenciosamente su cigarrillo mientras MyungBo se enderezaba y se aclaraba la garganta.

“Bueno, ya basta de hablar, creo. ¿Querías comprobar el progreso? SungSoo se levantó de la silla y se bajó el dobladillo de su elegante traje de lana. "Ven ahora, vamos abajo".

Los dos hombres atravesaron un pasillo estrecho y subieron las escaleras hasta el sótano. En el rellano, había una puerta cerrada bajo una bombilla desnuda; SungSoo lo abrió con una llave y entró primero.

De un vistazo, parecía como si el espacio cavernoso estuviera completamente sin luz. Sin embargo, cuando sus ojos se acostumbraron, MyungBo notó un par de pequeñas ventanas cerca de la parte superior de una pared, que se asomaban a la calle al nivel de los tobillos de los peatones. En medio de la habitación, había dos hombres inclinados sobre unas mesas, ocupados en el trabajo, mientras que cerca otro hombre operaba la imprenta. MyungBo se acercó a la máquina y recogió la copia superior de una pila de periódicos de gran formato; el título LA DECLARACIÓN DE INDEPENDENCIA DE LA GRAN REPÚBLICA DE COREA estaba grabado con audacia en la parte superior como huellas frescas en la nieve.

"¿Cuántas copias?" preguntó Myung Bo.

“Dos mil hasta ahora, diez mil antes del primero de marzo”, respondió SungSoo.

“Ah, SungSoo”, exclamó cálidamente su amigo. “Usted ha hecho su parte por su país. ¿Y las banderas?

SungSoo señaló a los dos hombres sentados en las mesas, que estaban pintando bloques de madera con tinta roja, azul y negra y estampándolos en láminas de muselina.

“No me importa lo que digas, son tus acciones las que cuentan. SungSoo, de hecho eres un patriota”, dijo MyungBo en voz baja. SungSoo suspiró, sacudiendo la cabeza.

“Escucha, MyungBo, si quieres mi consejo. . . Si quieres que Corea realmente sobreviva a esta tormenta y no sea borrada sin dejar rastro en la historia, presta atención a mis palabras”, dijo, con más sinceridad que antes. “No tengo fe en que esto funcione. ¿Qué logrará una protesta? ¿Qué es una 'Declaración de Independencia' sin ningún poder verdadero? Todo esto provocará más medidas drásticas por parte de los japoneses, miles de arrestos y cosas peores”.

“Esperábamos eso, SungSoo”, dijo MyungBo con resolución. “Todos los representantes han jurado firmar juntos la Declaración y luego ser arrestados sin resistencia. Los líderes religiosos — cheondoístas, cristianos, budistas— ponen su peso detrás de la no violencia, que primero debemos tratar de hacer esto sin la fuerza. Ninguno de nosotros tiene ninguna expectativa de salir vivo de esto, pero lo vamos a hacer de todos modos”.

“No, escúchame. Si quiere que Corea derroque realmente el dominio japonés, no va a lograrlo reuniendo a personas impotentes y marchando, llevando nada más que banderas. Lo que necesita es ayuda externa, probablemente de los Estados Unidos. Usted conoce el discurso de los Catorce Puntos del presidente Wilson para restablecer la soberanía de todos los pueblos colonizados del mundo. Hizo esa promesa frente a todas las naciones y no nos ignorará, especialmente si apelamos a los intereses estadounidenses en Asia. No beneficia a EE. UU. tener un Japón que es demasiado fuerte y demasiado codicioso en el Pacífico, por lo que escuchará”, dijo SungSoo, revelando más de sus pensamientos internos que nunca en todos estos años. Al menos por eso, MyungBo se sintió agradecido.

“He escuchado esto antes, por supuesto. Algunas personas incluso creen que estamos tan atrasados con respecto al resto del mundo que debemos pedirle a Estados Unidos que nos gobierne en lugar de luchar por la soberanía”. MyungBo sonrió amargamente, bajando los ojos.

“Bueno, al menos de esa manera no seremos destruidos. ¿Qué importa más, una independencia titular o una prosperidad real? Si terminas matando a la mitad del país para hacerlo 'independiente', ¿eso no anula el propósito de la lucha? Actúas como si no te importara

la muerte, pero el objetivo de esta lucha es vivir, ¿no? SungSoo dijo, y MyungBo vio la verdad, su verdad, en sus ojos. SungSoo era el hombre más adecuado para vivir, nadie podía hacerlo mejor que él. MyungBo solo era bueno para hacerse la vida más difícil, pero no veía otra alternativa. Él suspiró.

"Tienes razón, no me importa morir. Pero no creo que nuestra resistencia sea en vano, como tú. Acepto tu ayuda con inefable gratitud, de verdad. Para mí, sin embargo, y para muchos otros como yo. . . El propósito de nuestro movimiento no es simplemente evitar la extinción. Su propósito es hacer lo correcto. ¿Y ves cómo hemos vuelto a ese punto en el que ninguno de los dos puede convencer al otro? Está verdaderamente fuera del ámbito de la lógica determinar lo que está bien o mal. Sin ninguna expectativa de hacerte ver las cosas como yo las veo, solo puedo decirte lo que mi alma insiste". Con eso, MyungBo volvió a ponerse el sombrero, indicando que estaba listo para irse.

* * *

EN LA MAÑANA DEL PRIMER DÍA de marzo, JungHo se despertó con un susurro extraño e ininteligible en su oído.

Todos sus seguidores creían que JungHo tenía una extraña habilidad para sentir las cosas antes de que sucedieran. Le había explicado que su padre había sido cazador de tigres en la provincia de PyongAhn, por lo que había heredado el mismo instinto que tienen los animales, y sus cazadores, para sobrevivir. En secreto, no sabía si eso era cierto; pero viviendo en las calles, se había acostumbrado a leer los rostros de las personas, escuchar sus palabras e interpretar sus silencios. A veces realmente sentía que podía simplemente oler un cambio en el aire y huir del peligro, ya fuera la policía u otra pandilla de niños mayores y adultos. De esta manera, había sacado a su grupo de problemas varias veces y se había ganado su confianza inquebrantable.

JungHo se incorporó de la pila de esteras de paja sucias que formaban tanto el suelo como la cama. A su izquierda, Loach dormía de costado; YoungGu estaba en el otro extremo y el perro se acurrucaba entre los dos niños en el lugar más cómodo de la tienda.

"Loach, despierta," susurró JungHo, sacudiendo el hombro de su amigo.

"¿Hmm? Déjalo, todavía tengo sueño.

"Despierta", repitió JungHo. "Creo que algo va a pasar hoy".

"¿De qué estás hablando?" preguntó Loach, frotándose los ojos con los nudillos. "¿Qué va a pasar?"

"No sé. Algo bastante malo", dijo JungHo. Fue solo cuando estas palabras salieron de sus labios que se dio cuenta de lo que estaba sintiendo. "Tenemos que tener cuidado hoy. No creo que debamos dividirnos como lo hacemos normalmente. Mantengámonos juntos."

Al darse cuenta de la seriedad de JungHo, Loach redondeó los ojos y asintió. "Lo que usted diga, jefe".

Cuando el sol rosa pálido se elevó como un ojo sobre la tranquila ciudad, los quince niños y un perro abandonaron juntos el campamento. Algunos de los chicos querían hacer sus rutinas y espectáculos habituales, pero JungHo no los dejó. No había nada fuera de lo común más allá de la oleada de visitantes del campo que esperaban para asistir al funeral del emperador, dentro de cuatro días. Las calles estaban repletas de comerciantes, vendedores, trabajadores y estudiantes, y sus gritos y pasos zumbaban en los caminos repletos de nieve brillante. Una tentadora fragancia de castañas asadas flotaba en el aire fresco y frío. Todos los niños y el perro sintieron que se les hacía agua la boca y trataron de olvidar el hambre mientras deambulaban por las calles.

Cuando el sol pasó su punto más alto, tropezaron con una amplia plaza, que estaba llena de cientos de personas, muchos de ellos estudiantes con uniforme.

"¡Oye, JungHo, mira esta multitud! Apuesto a que podríamos ganar mucho dinero si hiciéramos nuestro acto aquí", gritó Loach alegremente. Pero JungHo negó con la cabeza; sus ojos miraban a lo lejos hacia la pagoda en el borde de la plaza, donde un estudiante estaba de pie, de cara a la multitud. Llevaba una gorra negra de repartidor de periódicos y un abrigo largo de invierno, y parecía tener dieciocho años como máximo. Levantó un puño, y como uno solo la multitud se quedó en silencio.

"Hoy declaramos que Corea es una nación independiente y que los coreanos son un pueblo libre", comenzó el estudiante, leyendo un periódico en sus manos. Su voz debería haberse perdido en la distancia; en cambio, el aire frío parecía magnificarlo a través de la plaza, que estaba llena de un silencio espeluznante.

"Buscamos anunciar esto a todo el mundo para iluminar la verdad inviolable de la igualdad humana, y para que nuestra posteridad disfrute de los derechos de soberanía y supervivencia a perpetuidad. Esto está de acuerdo con la conciencia del mundo, la ordenanza de los

cielos y el ethos de nuestra era moderna; así, ningún poder en el mundo podrá detenernos.

"Han pasado diez años desde que fuimos sacrificados al imperialismo, ese oscuro legado del pasado, sufriendo un dolor inconmensurable bajo la opresión de otro pueblo por primera vez en nuestros cinco mil años de historia. Todos nuestros veinte millones de personas tienen la libertad como nuestro deseo más sagrado. La conciencia de toda la humanidad está de nuestro lado. ¡Hoy, nuestro ejército es la Justicia, y nuestra lanza y escudo el Humanitarismo, y con ellos nunca fallaremos!". Levantó el puño como si golpeara el cielo y la multitud rugió.

"Hoy buscamos solo construirnos a nosotros mismos, no destruir a otro. No queremos venganza. Solo buscamos corregir los errores de los imperialistas japoneses que nos oprimen y saquean, para que podamos vivir de una manera justa y humana. . . Se acerca un mundo nuevo. La era de la Fuerza ha pasado y la era de la Rectitud está aquí. Después de un siglo de preparación, el Humanitarismo ha comenzado a brillar con su luz brillante en todo el mundo, y una nueva primavera está dando vida a todos los seres de la tierra. No tenemos nada que temer . . ."

JungHo no entendió mucho de lo que se dijo, pero vio a su alrededor los rostros embelesados, muchos mojados por las lágrimas, y se sorprendió por el calor que brotaba de sus propios ojos. JungHo nunca había tenido un día de escuela. Lo que ahora entendía era que el mundo era un lugar desesperadamente oscuro, no solo para su familia y los niños mendigos, sino para todos los que estaban allí. Su dolor compartido reverberó a través de su cuerpo como un latido común.

Terminado con el discurso, el estudiante levantó una bandera, blanca con un símbolo rojo y azul en el centro. "¡Manseh de la Independencia de Corea!" gritó, y después de la primera vez la multitud también se unió.

"¡Manseh! ¡Manseh!" Se sentía como si sus voces pudieran escucharse en todo Seúl, transportadas por el mismo viento frío. La multitud se había más que triplicado en la plaza para este punto, y de alguna manera cada uno sostenía una bandera sobre sus cabezas. Las miles de banderas blancas ondeando y brillando en el viento parecían una bandada de grullas a punto de emprender el vuelo.

Pronto, la multitud comenzó a moverse, los manifestantes se pararon hombro con hombro mientras caminaban hacia el oeste a

través de la ciudad. JungHo y su pandilla se unieron, recorriendo toda la longitud de Legation Street, desde el Consulado Americano en el número 10 hasta la Legación Francesa en el número 28. Una estudiante delgada caminó hacia las puertas delanteras ornamentadas talladas de la Legación y llamó a la puerta. mientras la gente gritaba: “¡Francia! ¡Francia! ¡Amigo de la libertad! ¡Libertad, igualdad, fraternidad! ¡Ayúdanos!" Pero permaneció cerrada, y no se percibía ningún sonido ni movimiento desde las ventanas con cortinas de la mansión de piedra caliza.

Pasó un minuto entero con cantos entusiastas de manseh antes de que JungHo se diera cuenta de que los franceses no abrían sus puertas. El extraño susurro volvió a su oído, un sonido tan suave como nieve cayendo sobre nieve. Giró a su derecha e izquierda, y vio a Loach, YoungGu y todos sus hermanos de sangre gritando con la multitud, y sintió cómo el tiempo se dilataba y se ralentizaba.

"¡Tipo! Debemos irnos. ¡Ahora!" el grito. Los chicos lo miraron boquiabiertos.

Agarró a Loach y YoungGu por el brazo y corrió tan rápido como pudo. El perro ladraba como un loco, como si hubiera visto un fantasma.

Cuando JungHo se deslizó hacia un callejón, los cánticos cesaron y se convirtieron en gritos en un extremo de la avenida. Había llegado un escuadrón japonés, dirigido por oficiales de caballería. En cuestión de segundos, los manifestantes comenzaron a correr desde ese extremo, empujando a los demás hacia la avenida. Fuertes crujidos estallaron justo antes de los gritos desgarradores; las tropas disparaban contra la espalda de la gente que huía.

* * *

A CABALLO, YAMADA GENZO ESTABA examinando esta escena tan fríamente como había considerado cualquier batalla con los rebeldes coreanos. Yamada prestó poca atención a su ira, pero no podía tolerar su abyecta ignorancia. ¿Qué pensaban lograr con esto? ¿Realmente creían que podrían sobrevivir el siglo XX bajo su propio monarca débil mental y su hijo bizco y estéril? Su colonización por una potencia mundial era inevitable, y mejor Japón con su herencia asiática compartida que Estados Unidos, Inglaterra o Francia. Japón era el sol que brillaría en todo el continente y lo conduciría a la nueva era de la iluminación.

Su corcel castaño se abría paso entre la multitud como si caminara

por el barro, mientras los coreanos se dispersaban por todos lados, empujando y gritando. No sentía nada, acostumbrado a la indistinguibilidad de las personas en combate. Cada batalla era igual: estaba tu lado y estaban tus enemigos, y nada más. Yamada observó con indiferencia cómo varios jóvenes estudiantes de secundaria recibían disparos en la espalda. Fue solo cuando cayeron hacia adelante sobre la nieve y la sangre se extendió por sus cuerpos que de repente sintió algo así como una fuerte sacudida. Se dio cuenta de que le recordaba al viejo mercader que yacía boca abajo en la nieve, con la sangre caliente empapando el paquete de seda. Yamada había sabido visceralmente incluso entonces que la ejecución del hombre por parte de Hayashi estaba mal hecha. Un escalofrío recorrió su columna vertebral. Giró a la izquierda y vio al mayor Ito montado en su semental negro. A la orden de Ito, entregada con vivacidad, las tropas apuntaron sus armas y dispararon.

Los ojos de Yamada se encontraron con un hombre que se mantenía firme mientras los otros manifestantes huían de la lluvia de balas. Levantando la bandera coreana en lo alto de su mano derecha, comenzó a correr hacia las tropas. Su rostro era moreno, curtido y común como el de un jornalero; hacía un marcado contraste con su cabello negro cuidadosamente peinado y la túnica de caballero blanca como la nieve, que tenía la apariencia de una conciencia extra, como si hubiera sabido que este sería su último día. A pesar de sí mismo, Yamada fue detenido por esta vista. Mientras tanto, Ito pasó sin esfuerzo sus piernas sobre su caballo y desmontó. Los pasos del joven oficial eran tranquilos y confiados mientras sacaba su espada y en un movimiento rápido, derribó el brazo derecho del manifestante. Cortado por encima del codo, cayó al suelo como la rama de un árbol golpeada por un rayo, todavía envuelto en una manga blanca.

El hombre gritó de dolor, pero por una inexplicable fuerza de voluntad, se mantuvo de pie. Al momento siguiente, se inclinó y recogió la bandera con la mano que le quedaba. Ito volvió a girar sin dudarlo, y el brazo izquierdo también cayó al suelo. El hombre sin brazos trató de seguir corriendo, todavía gritando con voz ronca: “¡Manseh! ¡Manseh!” hasta que la espada de Ito se hundió limpiamente en el centro de su espalda.

Yamada seguía inmóvil sobre su caballo mientras Ito limpiaba su espada ensangrentada en la túnica blanca del muerto. Mientras tanto, los manifestantes que vieron esta escena comenzaron a reunirse nuevamente. De alguna manera, parecían haber recuperado el coraje

después de presenciar la voluntad inquebrantable del hombre.

Otra granizada cayó sobre los manifestantes, y esta vez recibieron las balas de frente. Gritos desgarradores y humo llenaron la avenida. Incluso Ito, ahora de vuelta en su semental, se limpiaba el sudor de la frente y maldecía. Cuando el humo se disipó, Yamada vio que un grupo de mujeres se dirigía al frente con las manos entrelazadas. Con sus elaboradas coronas trenzadas, trajes caros y maquillaje a la moda, estaba claro para él que eran cortesanas. Las tropas miraron interrogativamente a Ito, e incluso él se quedó momentáneamente sin habla. Yamada levantó la mano y gritó: "¡Espera!"

Al mismo tiempo, Ito ordenó: "¡Fuego!"

Las tropas dudaron, luego comenzaron a cargar sus armas nuevamente cuando Ito repitió su orden. Las cortesanas seguían de pie sin pestañear, solo apretándose más las unas a las otras. Con sus rostros manchados de lágrimas y polvorientos, sus voces roncas y sus labios hinchados, no se parecían en nada a seductoras ni exactamente a mujeres. Y, sin embargo, el mismo hecho de que estuvieran tan deshechos los hacía sentir tan femeninos para Yamada.

Les apuntaban con armas al pecho cuando, más adelante en la avenida frente al número 10, se escuchó una ovación ensordecedora.

"¡América! ¡América! ¡América!"

Los gritos llenaron el cielo blanco y helado, y debajo se estremeció el mar de banderas.

"¡Sostener!" Yamada volvió a gritar, y las tropas bajaron lentamente sus armas, sintiendo un cambio importante en la situación. Las puertas del Consulado Americano acababan de abrirse.

La multitud continuó cantando mientras el cónsul general salía por las puertas, flanqueado por un diputado pelirrojo y un traductor. Un estudiante varón se adelantó y recitó la Declaración de Independencia de Corea en inglés. "Ayúdanos. Por favor, dígale al presidente Wilson lo que está pasando aquí. Ayúdanos a hacer justicia", dijo al final, mirando directamente al cónsul general.

Yamada contuvo la respiración para ver qué haría el cónsul general. Si cerraba la puerta del consulado ahora, eso significaría que no habría consecuencias para Estados Unidos, así como para el resto de Occidente.

"Sí te ayudaré. Le diré al presidente Wilson lo que he visto", dijo el cónsul general en voz alta en inglés, y el traductor lo repitió en coreano. "El mundo escuchará tus gritos. ¡América no te abandonará! Te lo prometo."

Se elevó una ovación ensordecedora de la multitud. El joven diputado pelirrojo se secó los ojos con una mano y con la otra apretó la espalda del traductor. Con el cambio en la energía de la multitud, Yamada miró en dirección a Ito, quien lo miró a los ojos y frunció los labios con ira. Se quedaron momentáneamente congelados, ambos sabiendo que no podían atacar frente al consulado y arriesgarse a la participación estadounidense. Un silencio los envolvió como ceniza volcánica. En el silencio, Yamada escuchó sus arterias latir sin ira militar, solo con una vergonzosa esperanza de que la carnicería hubiera terminado.

Pero después de inclinarse y saludar a la multitud varias veces, el cónsul general volvió a cruzar las puertas con su séquito.

Tan pronto como desaparecieron, Ito recuperó la compostura. Sin embargo, ya no era optimista: los disturbios tenían un alcance mucho mayor de lo que había pensado al principio, y la resistencia desarmada de los Josenjings fue inesperadamente agotadora. Sus tropas todavía estaban asombradas de las cortesanas con los brazos cruzados. Ito suspiró, balanceando su cuerpo para desmontar de su caballo en un movimiento rápido. No tenía la costumbre de matar mujeres, pero siempre había aceptado el hecho de que esto podría tener que cambiar. Sosteniendo su rifle, caminó hacia el líder de las cortesanas.

“¿Sabes quién soy? Soy la consorte del juez __”, gritó la mujer en japonés. Su rostro blanco como el plomo estaba distorsionado por el miedo, e Ito solo sintió repulsión.

"¡Puta!" Ito le golpeó la cabeza con la parte posterior de su rifle y ella cayó hacia adelante, golpeándose las rodillas contra el suelo. Un soldado se apresuró a atarle las manos a la espalda y detenerla, y ante esta señal, estalló un caos impresionante por todas partes. Ito dio un paso atrás para ver a los manifestantes huir entre gritos y disparos. Las puertas de los estadounidenses permanecieron cerradas. Su muestra de solidaridad parecía haber sido solo eso: un espectáculo.

Pasó una hora, o tal vez dos; Ito ya no podía estar seguro. Estaba acostumbrado a tener el control de su situación, incluida y sobre todo su mente, pero se le había escapado como un caballo descarriado. Cuando recuperó todos sus sentidos, vio que las tropas estaban caminando, empalando a cualquiera que todavía se retorciera debajo de sus botas. Ito también miró hacia abajo y vio un montón destrozado de un hombre, más partes del cuerpo que un ser humano completo, cuya única señal de vida era un aliento salpicado de sangre.

Ambos brazos habían desaparecido de sus hombros, lo que lo hacía parecer un pez, e Ito se dio cuenta de que este era el mismo hombre vestido de blanco que había derribado antes. En los ojos inyectados en sangre del hombre casi muerto, todavía había una esperanza pianissimo de que de alguna manera sobreviviría. Era como quitarle las alas a una abeja y verla gatear; según la experiencia de Ito, cada ser hizo exactamente lo mismo. Siempre se aferró, siempre eligió el sufrimiento sobre la muerte. Ito remató al hombre con una estocada de su espada y luego pasó la empuñadura a su mano izquierda. Su mano derecha estaba acalambrada dolorosamente; de lo contrario, no sintió nada.

El sol se hundió detrás de pesadas nubes negras, que parecían haber sido quemadas. En la semioscuridad, Ito vio un destello rojo a unos cincuenta metros de distancia y reconoció al joven oficial con cabeza de fuego de antes ese día. Estaba encorvado sobre un cadáver; junto a él había otro hombre blanco, más bajo, también encorvado por la cintura y que sostenía algo pequeño y rectangular en la mano. Cuando Ito comenzó a caminar hacia ellos con una pistola desenfundada, levantaron las manos por encima de la cabeza y gritaron en japonés: “¡No disparen! ¡Americanos!”

Más de cerca, Ito vio que el pequeño rectángulo en la mano del hombre más bajo era una cámara de bolsillo. "Associated Press. No dispares”, repitió el hombre lentamente. Era divertido cómo, incluso hasta el momento en que una bala entraba en su piel, las personas se negaban a creer que podían morir, a pesar de que la muerte era lo único que todos podían estar seguros de obtener, tarde o temprano. En eso consistía la vida: una incredulidad absurda, suspiró Ito para sí mismo. Levantó su pistola, apuntó a la frente del fotógrafo y apretó el gatillo.

El arma hizo clic y los párpados del hombre revolotearon como una polilla moribunda. Todavía estaba de pie, ileso, pero con una mancha que se extendía rápidamente en su entrepierna. El olor de su orina atacó de nuevo las fosas nasales de Ito. Ito se había quedado sin balas.

Enfundó su pistola y sacó su espada en su lugar. Los dos hombres blancos temblaban como hojas, el sudor les corría por la cara. El diputado pelirrojo susurraba algo por lo bajo con los ojos cerrados. Cuando finalmente parecieron estar listos para morir, Ito suspiró y deslizó su espada de nuevo en su vaina. Su mano derecha estaba acalambrada ferozmente, y él no era un carnicero que simplemente

cortaría con su mano izquierda.

"Ve," dijo Ito. Realmente había sido un día largo y estaba cansado hasta la punta de las pestañas. Había hecho bien su parte y necesitaba descansar. Antes de que pudiera cambiar de opinión, hizo un gesto como si espantara una molesta mosca. Y los dos americanos, bañados en sudor, lágrimas y orina, huyeron tras los muros de su santuario.

10

El tono más oscuro de azul

1919

UNA VEZ QUE CONDUJO A LA BANDA DE REGRESO A SUS TIENDAS DESPUÉS DE LA MARCHA, JungHo se fue de nuevo solo. Sabía que algo grave le estaba pasando a Jade por la forma en que lo empujaban hacia su casa, como si estuvieran conectados por una línea invisible que ahora estaba tirando para pedirle ayuda. Pero cuando llegó, la puerta estaba firmemente cerrada. Llamó a la puerta, nervioso por ser recibido por sus sirvientes, o peor aún, por su familia.

La puerta se abrió una pulgada y se escuchó un jadeo. "¡Oh, eres tú!" Jade dijo, quitando el cerrojo. "Entra rápidamente".

"¿Estás bien? ¿Qué pasa?" JungHo entró y Jade volvió a cerrar la puerta. Su rostro estaba sonrojado y húmedo con lo que podría haber sido sudor o lágrimas.

“La tía Dani y nuestra criada Hesoon fueron a la protesta hoy. No han regresado y Luna está realmente enferma”, dijo Jade. “Ella va a tener su bebé. No sé qué hacer."

JungHo no sabía nada sobre el parto excepto el hecho de que su madre había muerto al dar a luz a su hermana menor. Se guardó esto para sí mismo y preguntó: “¿Quién más está aquí? ¿Y cómo puedo ayudar?”

“Lotus está al lado de Luna. Está incluso más asustada que yo. Jade se secó la cara. “No sé dónde podríamos encontrar una partera y las calles siguen siendo peligrosas”.

“Está bien, traeré ayuda. Quédate aquí." JungHo trató de recordar todo lo que había escuchado de la partera de su madre. Gritó por encima del hombro mientras salía corriendo: "¡Asegúrate de que Luna se mantenga caliente y dale agua!"

Era el momento de la quietud justo antes de que la noche se convirtiera en el amanecer. El cielo estaba pintado en el tono más

oscuro de azul; los pájaros comenzaban a cantar exactamente una hora después. JungHo voló por el vecindario, donde conocía cada tienda, edificio e incluso la casa del árbol de azufaifo que atraía a visitantes embarazadas durante todo el día. Allí fue donde encontró a la vieja partera en su cama. De todos en Seúl, ella sola no pareció sorprendida por la apariencia de JungHo. Todos los bebés de la zona habían nacido hacía mucho tiempo en sus manos arrugadas, ya fuera en el suelo de tierra de las chozas de barro o en los catres de seda de las mansiones.

Cuando llegó la partera, miró a Luna y ordenó a las niñas que le trajeran un par de tijeras, un poco de hilo, sábanas limpias, agua caliente y agua fría. Pasaron algunas horas sin mucho progreso. A pesar del pánico de las niñas, la partera salió a tomar un descanso y se sentó junto a JungHo frente al jardín. No entendía por qué ella parecía tan relajada. Justo antes del amanecer, ella volvió a desaparecer en el interior y lo dejó contemplar solo el gradual encanecimiento del mundo.

JungHo se quedó dormido durante media hora, tal vez más. Se despertó sobresaltado cuando Jade salió y dijo con una sonrisa: "Es una niña".

"¿Como están? ¿Y te sientes bien?" preguntó Jung Ho.

Ambos están durmiendo. La abuela dijo que el bebé es el recién nacido más hermoso que jamás haya dado a luz, e incluso ha sido partera de una princesa real", dijo Jade, haciéndole señas para que la siguiera a la cocina. "Toma, puedes tomar lo que quieras".

"No hice esto para conseguir comida", dijo JungHo, confundido y decepcionado. "Quería ayudarte."

"Lo sé, Jung Ho. Gracias." Jade se acercó y agarró su mano. Las yemas de sus dedos enviaban estrellas en flor arriba y abajo a lo largo de su brazo. Deseaba poder quedarse allí de pie para siempre, tomados de la mano con ella. Pero luego lo soltó y comenzó a envolver comida en un pañuelo grande.

"Lamento que no puedas quedarte. . . Ahora tengo que volver con Luna. Ella lo condujo nuevamente de la mano a través del patio hacia las puertas, y de repente se detuvo. "Si no hubieras venido, Luna podría haber muerto. Es extraño cómo apareciste en ese momento, porque estaba pensando en ti. Ni siquiera sabía cómo podrías ayudar, pero simplemente se me vino a la cabeza".

Quería decirle que ella estaba dentro de su cabeza todo el tiempo, que muy bien podría estar viviendo allí como si fuera su casa, pero

una repentina ola de timidez lo detuvo. El sol de la mañana brillaba en las puntas de sus pestañas; su cabello ralo se escapó de la trenza de la noche anterior y se encrespó alrededor de su rostro como una nube. Brillaba con la promesa de algo mucho más grande que los once años de su vida, y JungHo pensó que podía ver y amar incluso a su yo futuro.

"Le voy a contar a la tía Dani cómo ayudaste y ella te va a recompensar. Incluso podría dejar que te quedes con nosotros, en una habitación libre de la casa. Entonces no tendrías que dormir afuera con el frío. Siempre tendrías mucho para comer aquí, y tal vez incluso podrías ir a la escuela. ¡JungHo, estoy tan feliz!". Ella sonrió y lo dejó pasar por las puertas.

* * *

EN SU TERCERA MAÑANA EN LA CÁRCEL, Dani se despertó con una humedad nauseabunda en la parte inferior del cuerpo y se dio cuenta de que había orinado mientras dormía. Desde que la arrestaron en la Marcha, se había sostenido sola en lugar de orinar directamente en el suelo como los demás. No había orinal en la celda de las mujeres. Tampoco estaban recibiendo agua, pero aun así sintió que el veneno aumentaba la presión y se extendía por todo su cuerpo, volviendo su piel amarilla. Antes de quedarse dormida la noche anterior, ella, una mujer inteligente y valiente, no podía pensar en un deseo o placer mayor que mear como una cascada, completamente sola.

Cuando Dani recuperó la conciencia, el puro y mudo alivio corporal se convirtió en vergüenza y lloró por primera vez desde su arresto. Ninguna otra reclusa comentó sobre su accidente o sus sollozos, pero tampoco la consolaron. En la destrucción prolongada, no hubo espíritu de unidad como el que habían compartido frente a una muerte rápida y heroica.

La puerta al final del pasillo se abrió y un soldado se acercó con un balde. Dani se preparó para que arrojara el agua a la celda, como lo había hecho los últimos dos días para amortiguar los olores a putrefacción. Pero dejó el balde y gritó.

"¿Kokoni Kimu Dani iru?"

Se puso de pie, tambaleándose sobre sus piernas debilitadas. "Watashiga Kimu Dani desu".

El soldado arrugó la nariz y se llevó un dedo gordo a la nariz, como si pudiera sentir que el hedor de ella se hacía más fuerte con su movimiento. Su bigote ralo, encerado y rizado como el agujero en f de

un violín, se sacudió ligeramente cuando él le hizo señas con la otra mano.

"Fuera", dijo, abriendo la puerta.

No se dio otra explicación, pero Dani sabía quién la había salvado. Salió de la celda antes de que el guardia pudiera cambiar de opinión. Cuando él cerró la puerta una vez más, ella no miró a los demás que aún estaban dentro.

TODO LO QUE DANI PUDO HACER en las primeras horas de su liberación se lavó y bebió agua. Luego se dejó caer sobre el calor limpio de su cama y durmió durante un tiempo incalculable. Sentía que nunca más quería salir de su habitación ni hablar con nadie. Deseaba esconderse en su capullo y proteger celosamente su cuerpo, energía y cordura. Le tomó días llamar al bebé de Luna, e incluso entonces apenas la abrazó o les dijo a las niñas que todas habían hecho un buen trabajo. Jade trató de contarle sobre su amiga que trajo a la partera, pero Dani simplemente se encogió de hombros.

"Pero sin él, Luna nunca lo habría logrado", insistió Jade en voz baja. "Ella podría haber muerto".

"Ya es suficiente", espetó Dani. Luna no murió, ¿verdad? Mucha, mucha gente murió y casi yo también. Ahora déjame en paz, necesito descansar.

Mientras se recuperaba, Dani estaba absorta únicamente en esperar al Juez. Una semana más tarde, cuando finalmente llegó a su casa, ella vestía su atuendo más favorecedor, un vestido de París decorado con cuentas de azabache. Un collar de diamantes brillaba en su garganta, y una sola magnolia estaba clavada en su pecho. Su piel brillaba como mármol bajo el terciopelo negro; sus labios rojos tenían el aspecto del ante.

“Te ves pálida”, dijo el juez en japonés al verla. Dani sonrió con su sonrisa más respetuosa, extendiendo la mano y tomando su mano moteada. Se lo llevó a los labios para besarlo y luego lo presionó contra su escote.

“No he sido yo misma últimamente, como sabes. . .” ella respondió. "Aun así, no estaría aquí si no fuera por ti".

El juez se limitó a mirarla y Dani llenó el vacío sirviéndole sake. Junto a la mesa de servicio lacada, había puesto el resto de las primeras magnolias en un jarrón de finales del siglo XVIII, sabiendo que complacería a su patrón. Con sus ojos nublados, el Juez vio y notó todo y formó sus conclusiones tranquila y precisamente.

Un olor débil pero voluptuoso de las magnolias llenó la habitación.

Pero más que la belleza y la fragancia de las flores, el juez apreció que el árbol fuera despojado de sus primeros capullos por su bien, y que Dani sabía exactamente cómo funcionaba su mente. Eso era lo que siempre había encontrado más atractivo en Dani: admiraba su apariencia y su aplomo, pero estaba seducido por su singular habilidad para comunicarse bajo la superficie. Era una elegancia de la mente.

“Verá, tengo dos amigos que todavía están bajo custodia. Son tan inocentes como yo”, Dani comenzó a hablar de nuevo.

“Una es mi doncella, Hesoon, que me ha servido fielmente a lo largo de los años. Ella solo me acompañaba en los recados cuando nos atrapó la multitud. La pusieron en una celda diferente con todos los plebeyos, así que no sé cómo estará la pobre. Ella no sabe nada, no entiende nada y no puede ser culpable de nada”, explicó Dani.

“El otro es un primo mío. No sé toda su historia, por qué fue arrestado. . . Pero estoy seguro de que también es inocente, ya que no es político en lo más mínimo. En lo que respecta a su entorno familiar, es de los mejores: su padre es un rico terrateniente en el campo y su tío abuelo es un ex ministro de finanzas con una famosa mansión Jongno que tiene noventa y nueve habitaciones. También fue a la universidad en Tokio. Su nombre es Lee MyungBo”.

“¿Lee Myung Bo? ¿Tu primo?" preguntó el juez con los ojos bajos sobre su sake.

"Sí."

“No sabía que tenías primos Lee. ¿Por parte de tu madre, supongo?

Dani se sonrojó un poco antes de responder: “Sí. Por parte de mi madre.

El juez suspiró. “Lee MyungBo es uno de los treinta y tres firmantes que fueron arrestados en MyungWol. Incluso yo no puedo simplemente liberarlo. Pero puedo tratar de mitigar su sentencia y, mientras tanto, hacer que se sienta un poco más cómodo en la cárcel. En cuanto a tu doncella, eso no debería ser difícil.

Dani lanzó sus brazos desnudos alrededor del juez y presionó su suave cuerpo contra su viejo y huesudo pecho.

"Gracias . . . Nunca olvidaré tu generosidad”, susurró.

“Ah, y una cosa más, Dani”, dijo el juez. “Me gusta ese collar de diamantes que llevas. Cuando lo vi, supe que serías la mujer adecuada para él. Hay tanta satisfacción al ver que algo valioso encuentra a su legítimo dueño. Por eso te lo compré. Y cuando te vi por primera vez, pensé lo mismo acerca de que me perteneces. Me gustaría pensar que

usarías ese collar solo para mí. No lo pongas para otras personas. . . incluso primos.

"Por supuesto, nunca haría nada para desagradarte", dijo Dani, sonriendo luminosamente y fingiendo no entender. Ella envolvió ambas manos alrededor de las de él y con reverencia se las llevó a los labios.

* * *

CADA VEZ QUE MYUNGBO PERDÍA LA CONCIENCIA, la oscuridad se apoderó de él más completamente que antes. Esta vez, lo habían azotado con un látigo tachonado y luego lo habían confinado en un nicho apretado al cuerpo excavado en una pared durante tres días. Cuando se despertó, estaba en una celda diferente con una ventana con barrotes en lo alto de la pared. Sin girar la cabeza, escudriñó la habitación y notó un orinal en la esquina. Todavía moviendo solo sus ojos, miró su cuerpo, que había sido vendado y vestido con ropa limpia. Incluso estaba acostado sobre una estera delgada, aunque cualquier consuelo que pudiera haber brindado fue borrado por el dolor insoportable que explotó en cada parte de su cuerpo. Ni siquiera tenía la claridad mental para procesar su situación mejorada antes de desmayarse una vez más.

* * *

ABRÍA A MENUDO LOS OJOS para ver un cuenco de agua y un poco de papilla ligera a su lado. Luego, sin preguntarse cuántos días habían pasado, o qué hora del día era, primero tragó el agua y se metió la papilla en la boca. Después de eso, hizo sus necesidades y volvió a dormir.

El tiempo era una niebla invernal, gris, sin forma, indiferente a su existencia. Pasó solo como un barco que navega sin pasajeros. O tal vez era un barco que transportaba a todos los demás excepto a MyungBo. Quedarse fuera del mundo del tiempo era un tipo especial de tortura que decía: No significas nada. Se acordó de que todavía estaba vivo solo al sentir cuánto le había crecido la barba.

En algún momento, MyungBo fue lo suficientemente fuerte como para permanecer despierto hasta la llegada de su cuidador y preguntar si podía conseguir papel y lápiz. Para su sorpresa, el guardia trajo esas cosas al día siguiente con el agua y la comida. Después de beber un poco de agua y dejar las gachas sin tocar, MyungBo se arrastró hasta

su tapete y comenzó a trabajar en una carta.

En los destellos de conciencia que se le permitieron durante su encarcelamiento, los pensamientos de MyungBo se habían vuelto hacia sus dos errores. La primera fue que se equivocó al resentir el pragmatismo de su esposa mientras se enamoraba de Dani. Durante los meses previos a la protesta, anhelaba ver a Dani y hablar con ella sobre casi cualquier cosa que se le ocurriera. Al principio, lo había atribuido a la simple admiración por una mujer hermosa e inteligente, pero sus celos al ver a SungSoo a su lado lo obligaron a admitir que estaba enamorado de ella. Como hacía tiempo que no veía con buenos ojos que su amigo fuera mujeriego, se sentía aún más confuso por la atracción que sentía por Dani. Pero todo se sentía tan desvanecido y empañado ahora. Al pensar en ella por primera vez desde su arresto, sólo sintió vergüenza. El amor se definía por lo que uno podía sufrir por otro, por lo que uno estaba dispuesto a hacer para proteger a esa persona. Era cuestión de elegir a la persona con la que te gustaría ir de la mano en tu último viaje en tren. Ahora sabía a quién amaba de verdad.

"Para mi amado hijo HyunWoo", comenzó a escribir.

¿Cómo has estado? ¿Cómo está tu madre? Espero que ustedes dos se mantuvieran abrigados y saludables durante el invierno. Aquí hace más frío, pero pensar en ti y en tu madre me hace sentir mejor.

Acabas de cumplir cuatro años, así que debes estar creciendo ahora. Ojalá pudiera verte crecer. Pienso a menudo en los días en que eras muy pequeño y los tres estábamos juntos todas las noches. Probablemente no puedas recordar nada, pero éramos muy felices en ese entonces. HyunWoo, escucha lo que te dice tu madre. Y cuando seas mayor, sé el tipo de persona valiente frente a los poderosos y generosa con los débiles. Eso es todo lo que deseo para ti.

Los extraño mucho a los dos. Siempre estoy pendiente de ti.

-Tu padre

MyungBo había comenzado a escribir en letras pequeñas, pensando que llenaría toda la página. Al final, sin embargo, no pudo llenar más de un tercio del papel; era demasiado difícil decir todo lo que había en su corazón. El guardia, que había recibido nuevas órdenes para atender las necesidades del recluso, envió la carta a la casa del padre de MyungBo, donde su hermano menor la envió a Shanghái.

El segundo y peor error de la vida de MyungBo fue que había puesto su fe en la resistencia desarmada. Al igual que los otros

firmantes, creía que morirían con gusto si eso los acercaba a la independencia. Pero ahora vio que la muerte de tanta gente fue en vano. Con la aniquilación tanto de los líderes como de los civiles, el progreso no solo se había estancado sino que incluso había dado varios pasos hacia atrás. Nada podría cambiar sin fuerza ante tal inhumanidad. MyungBo no sabía si podría salir vivo de la cárcel; además de sus heridas, que seguían reabriendo y supurando, había contraído tuberculosis. Pero si se le da otra oportunidad, MyungBo juró que recuperaría su libertad a toda costa: vida por vida, sangre por sangre.

Cuando las condiciones de MyungBo se estabilizaron contra viento y marea, fue llamado a juicio por traición y recibió una sentencia leve de dos años. En prisión, MyungBo a veces era favorecido con un cálido edredón o mejor comida. Incluso se le permitió leer algunos libros. Ajeno a la verdadera razón de su trato especial, MyungBo ahora recordó a Dani como lo hizo con SungSoo y sus otros compañeros de escuela, con poca frecuencia y con una vaga sensación de vergüenza.

SUNGSOO TAMPOCO GASTO MUCHO tiempo suspirando por su viejo amigo después de la Marcha. Había sido arrestado a última hora de la tarde de ese día mientras tomaba un café en su oficina con su editor. Había sido procesado por los cargos de asociación con MyungBo, pero la redada en su editorial no arrojó evidencia. De hecho, cuanto más buscaban los investigadores, más pruebas encontraban de su duradera amistad con los japoneses. Al día siguiente, su padre pagó diez mil wones en efectivo por su fianza y SungSoo fue liberado, cansado y con necesidad de un baño, pero ileso.

Ni SungSoo ni Dani se acercaron al otro después, y ambos entendieron que su silencio mutuo era el final de su relación. SungSoo era consciente de que su intenso deseo por Dani se había cumplido; después de todo, hubo algo limpio y profundamente satisfactorio en su finalización. Además de su espléndida belleza, había una pasión y un misterio en ella que siempre lo seducirían. Pensó que incluso podría extrañarla en el futuro. Pero por ahora, solo se alegraba del final natural de su aventura, lo que le ahorraba el enorme dolor de cabeza de desenredar las emociones femeninas. (Y de disculparse cuando no tenía ganas, solo para parecer un caballero: las mujeres estaban tan desesperadas por disculparse). Después de todo el caos y las incertidumbres del invierno, se sentía tan alegre como los padres de Gregor en el final de su cuento favorito. Su anhelo de una mujer fue reemplazado por el de la industria y el progreso, y se felicitó por esta

nueva dirección positiva. Decidió que en la primavera buscaría expandir su tienda de bicicletas y luego daría un largo paseo por el campo.

* * *

EN UN ABRIL INUSUALMENTE FRÍO, un día, mientras Dani limpiaba la última nieve que quedaba en el jardín, el conductor del juez devolvió a Hesoon a la casa en un pequeño relicario de madera. El juez no la había encontrado a tiempo. Las dos niñas más jóvenes lloraron sin cesar durante tres días y tres noches. Luna, que siempre se había sentido aliviada por la fuerte presencia de Hesoon, nombró a su hija Hesook en su memoria.

Dani, que menospreciaba las lágrimas del público, no se afligió delante de las chicas. Era aún más importante para ella que se mantuviera resuelta, porque creía que ella era la razón por la que Hesoon estaba muerto. Había llevado a su doncella a la Marcha y no había pedido ayuda inmediatamente al juez. En lugar de entregarse a su dolor, Dani hizo dos cosas: sin saber cómo comunicarse con la familia de Hesoon en Jejudo, prometió ir algún día al Mar del Sur para esparcir las cenizas ella misma. Luego se dedicó con energías renovadas a varios proyectos de la casa y parecía ansiosa por olvidar todo lo que había sucedido. Siempre había sido animada, pero ahora parecía creer que algo terrible la alcanzaría si disminuía la velocidad aunque fuera por un minuto. Se vistió tan impecablemente como siempre, y probó nuevas cremas para ocultar el hecho de que nunca dormía toda la noche. Compró ropa y juguetes para Hesook y preparó sopas posparto nutritivas para Luna. Cuando hizo suficiente calor, Dani se lanzó a la limpieza de primavera, limpiando todos los rincones de la casa, guardando la ropa de invierno, abriendo los cajones y ventilando las sábanas.

“Es extraño”, dijo, levantando las manos frente al cofre de paulownia. “No puedo encontrar mi edredón favorito, el que tiene peonías. Mi costurera tardó dos meses en bordar a mano las flores con hilo de oro auténtico”.

Dani interrogó al ama de llaves, quien juró que no sabía nada. Implacable, Dani ordenó que se abrieran todos los armarios de la casa y se dispusiera su contenido. En ese momento, Jade dio un paso adelante.

"Fui yo, lo siento mucho", dijo Jade, mirándose los pies. “Debería habértelo dicho, pero mi amigo JungHo estaba durmiendo afuera en el

frío. . . Solo quería ayudarlo". Ella comenzó a llorar.

"¿Que amigo?" preguntó Dani confundido.

"El mismo amigo que buscó a la partera para Luna".

"¿Y este amigo duerme afuera en la calle?" Dani cerró el cofre y caminó hacia Jade.

"Sí. Él no tiene un hogar", dijo Jade. Apenas había terminado de responder cuando algo explotó en su rostro. Dani la había abofeteado.

"¿Te das cuenta de lo que has hecho? Me robaste. Ese edredón valía más de lo que Silver pagó para comprarte a tu madre. ¿Entiendes eso?" Dani miró sin pestañear a Jade, cuyo rostro estaba bañado en lágrimas calientes. Ella asintió.

"Tu valor depende de cómo te ven los hombres. Cuando se den cuenta de que pasaste tiempo con un mendigo, ¿crees que pagarían un centavo por tu compañía? Dani resopló. "¿Dejaste que te tocara?"

"¡No!" Dijo Jade, indignada.

"Nunca jamás volverás a hablar con ese chico. Si robas algo más o hablas con él, te echarán de esta casa y comprobarás por ti mismo el frío que hace para dormir en la calle.

DESDE LA NOCHE EN QUE LUNA DIO A LUZ, JungHo había venido todas las tardes con la esperanza de encontrarse con Jade fuera de casa. Traía al perro para animarla y, de vez en cuando, unas piedras bonitas que había encontrado paseando por el canal. Pero ahora nunca salía de casa.

Un día finalmente se armó de valor para llamar a la puerta. Escuchó pasos ligeros cruzando el patio y estaba lleno de emoción porque era la misma Jade como la última vez. Se sobresaltó cuando una hermosa mujer mayor abrió la puerta y lo miró con severidad.

"¿Tú eres el niño mendigo que ronda a mi Jade?" ella dijo. Sin esperar respuesta, desapareció por un momento y luego regresó con un sobre. Ella lo presionó en su mano.

"Eso es por ayudar a Luna la última vez. Es más dinero del que gana un hombre adulto en una semana: tendrías suficiente comida para al menos un mes. Tómalo y no vuelvas a molestarnos a nosotros ni a Jade.

"No necesito esto," logró decir JungHo, empujando el sobre hacia atrás. "Solo quería ser su amiga".

Eres una cosita atrevida, ¿verdad? Dani resopló. "No puedes mezclarte con alguien como Jade. Va a ser una cortesana, posiblemente la mejor que he entrenado. Y tú, no eres más que un huérfano sin nombre.

JungHo quería decirle su nombre, pero lo pensó mejor y se dio la vuelta. Ya podía oír a Dani retrocediendo y cerrando la puerta detrás de él. Todavía no podía creer que Jade ni siquiera se despidiera de él, que este fuera el final. Pensó que si ella sabía cuánto deseaba hablar con ella, encontraría la manera de conocerlo. Así que venía todos los días y tiraba una piedra por encima de la pared hacia el patio. Una vez, arrojó un vaso de mar verde y suave que le recordó su nombre. Ese fue el mensaje más claro que pudo enviar. Pero Jade nunca salió a su encuentro, y después de mucho tiempo, dejó de ir a su casa para siempre.

Parte II

1925-1937

11

Jungho habla

1925

MI NOMBRE ES NAM JUNGHO. NO SE PUEDE EMPEZAR UNA HISTORIA SIN DECIR TU NOMBRE. Cuando llegué a Seúl eso fue lo primero que me preguntaron. "¿Cómo te llamas, pueblerino?" Por cierto, ese era Loach, que sigue siendo un fastidio, pero no puedo olvidar el hecho de que es el amigo más antiguo que tengo.

Les dije a mis subordinados que me pusieron el nombre de un tigre legendario en mi pueblo en las montañas. Es una historia que mi hermana mayor solía contarme a mí ya mi hermana menor antes de quedarse dormida. Había una vez un pobre leñador que vivía solo con su madre. Una noche, cuando regresaba a casa después de cortar leña en las montañas todo el día, un tigre gigante apareció frente a él. Justo cuando el tigre estaba a punto de saltar, el leñador comenzó a llorar y dijo: “¡Oh, mi hermano mayor! ¡Eres tú! ¡He estado esperando conocerte durante años y años!”

El tigre se confundió, se detuvo en seco y preguntó: “Um, ¿qué? ¿De qué estás hablando, humano?

"¿No puedes recordar, hermano mayor?" El leñador lloró aún más fuerte. “Hace veinte años, te levantaste en medio de la noche y te fuiste de nuestra casa. Me desperté de mi sueño y te seguí. Luego, en las montañas, de repente te convertiste en un tigre como si fuera una maldición oscura. Esa misma maldición también debe haber borrado tu memoria humana. Desde entonces, hemos estado esperando verte de nuevo. Ven, vámonos a casa, nuestra madre te ha estado esperando todos estos años.

En caso de que te lo estés preguntando, el leñador estaba mintiendo para salir vivo de esto. Pero el tigre comenzó a pensar y realmente no podía recordar cómo solía ser antes de ser un tigre joven. Luego dijo: "¡Oh, Dios mío, realmente debo haber sido un

humano antes!" Y se puso a llorar y a abrazar al leñador con sus patas gigantes.

"Estoy tan contento de que finalmente nos hayamos conocido, hermano menor". El tigre lloró. “No puedo ir a casa luciendo así. No quiero asustar a nuestra madre. Pero siempre te cuidaré”.

El leñador abrazó al tigre por última vez y volvió a casa. A la mañana siguiente encontró un conejo muerto en su patio. Así que dijo: “¡Ese tigre realmente cree que somos su familia!”. Después de eso hubo un ciervo. Y así el tigre siguió llevándoles comida y el leñador y su madre nunca pasaron hambre.

Pasaron un par de años así y la madre murió de vejez. El tigre dejó de pasar con comida después de eso. Un rato después, el leñador bajaba de la montaña cuando se encontró con tres cachorros de tigre. Cada cachorro llevaba una cinta de cáñamo blanco alrededor de la cola. El leñador preguntó: “¿Por qué llevan esas cintas, tigres?”. Entonces uno de ellos respondió:

“Nuestra abuela era una humana que vivía en el pueblo de la montaña. Ella falleció y nuestro padre se afligió durante meses y no pudo comer ni dormir. Murió de tristeza en nuestra cueva y ahora estamos de luto”.

El leñador lloró lágrimas de verdad y se arrepintió de haber engañado al leal tigre. Así que construyó un monumento al tigre que era solo una piedra enorme con algunas tallas en la plaza de nuestro pueblo. No pude leerlo, pero esto realmente existía al lado del árbol de ginkgo junto al pozo. Por eso me llamo JungHo, Jung que significa justo, Ho que significa tigre, les diría a mis subordinados. E incluso los que habían escuchado historias similares en sus propios pueblos me creyeron.

No estoy mintiendo sobre el monumento del tigre, pero la verdad es que cuando nací, mi padre estaba encantado de tener finalmente un hijo, así que fue al astrólogo local y consiguió que hiciera mi nombre. Mi padre pagó un conejo por un nombre real de caracteres chinos cuando muchas personas simplemente nombraron a sus hijos por el primer animal o flor que les llamó la atención, como Loach, por ejemplo, quien afirma que su madre tenía antojos locos de sopa de loach mientras estaba embarazada de él de ahí su nombre. Mis hermanas también se llamaban May y June después de sus meses de nacimiento, así que mi padre me amaba especialmente. La razón por la que no cuento esta versión es que cada año recuerdo menos a mi padre y cada vez que hablo de él es como abrir la tapa de un guiso

hirviendo y dejar que salga el vapor para que al final quede menos de las cosas buenas.

INCLUSO MUCHO DESPUÉS DE QUE SALIÉRAMOS de debajo del puente, todavía solía volver allí de vez en cuando. No me hizo sentir feliz: la vista del agua fangosa, los bancos pedregosos donde solíamos dormir sobre nada más que esteras de paja blanda. Pero no pude evitar sentirme atraído por él. ¿Alguna vez regresas al lugar donde solías vivir y sientes que has estado bebiendo soju con el estómago vacío? Tu cabeza da vueltas de repente y extrañas cosas como si no supieras qué. No lo llamaría feliz, pero a veces estaría de humor para ese tipo de sentimiento.

Durante mucho tiempo, por supuesto, no tenía suficientes cosas para comer y mucho menos una gota de licor y nuestro objetivo era mantener un ritmo constante de comer una vez cada dos días. Todos nos moríamos de hambre cada segundo que estábamos despiertos e incluso en nuestros sueños. A menudo era el más hambriento de todos nosotros porque le daba mi porción a cualquiera que pareciera estar al borde de la cuerda. A veces, cuando le entregaba mi trozo de bola de masa a algún niño, me sudaba la espalda porque tenía mucha hambre. No hice eso para comprar la lealtad de nadie, pero finalmente así fue como todos estos tipos se volvieron más cercanos a mí que verdaderos hermanos. Se corrió la voz de que Nam JungHo debajo del puente era el jefe de todos los niños de la calle Jongno y que alimenta a todos los que le son leales. Cuando cumplí dieciséis años, tenía más de cuarenta niños bajo mi mando.

Estaba claro entonces que no podíamos seguir viviendo bajo el puente por mucho más tiempo. Era un lugar espantoso para vivir incluso para los mendigos y en verano los mosquitos atacaban cada centímetro de ti y en invierno te morías de frío casi todas las noches y déjame decirte que eso pasa de moda después de un tiempo. Siempre que había algún tipo de motín nuestras tiendas de sacos y petates eran destrozadas y destruidas. Nos escondimos en las grietas del dique que nadie más podía encontrar y observamos cómo la policía quemaba todo lo que teníamos hasta el último cuenco y cuchara de madera. Fue entonces cuando Loach me convenció de cambiarnos de mendigos a "protectores". Tenga en cuenta que no fue fácil irrumpir en un pequeño restaurante chino y exigir tarifas para proteger el negocio de otras pandillas. Cada vecindario en cada distrito de Seúl fue reclamado por una de varias pandillas, tanto japonesas como coreanas, y esas fronteras se respetaron estrictamente para evitar una

guerra total. Estaba empezando desde cero sin haber reclamado ninguna calle como propia y solo con un grupo heterogéneo de niños mendigos que no sabían nada sobre peleas. De hecho, si no estuviéramos en una situación tan desesperada, no habría tenido el coraje de exigirle dinero a un anciano que no nos había hecho nada malo a ninguno de nosotros. Pero fue sorprendentemente fácil al final del día. Me miró flanqueado por Loach y YoungGu y me entregó el dinero con los ojos bajos. Conté el dinero y calculé la tasa actual de estas "tarifas de protección" en el vecindario y pedí el doble en el café de al lado. Aquí, la dueña era una dama con una blusa con estampado floral y mucho maquillaje blanco y me recordó a una luna llena con ojos dibujados a carboncillo. Había visto suficientes mujeres y niñas en Seúl para saber que no era hermosa con o sin maquillaje, pero el simple hecho de que fuera mujer hizo que mi demanda fuera aún más incómoda y vergonzosa. Pero esta señora me escuchó y me entregó el dinero incluso con una ligera inclinación de cabeza.

Una vez que se corrió la voz de que habíamos estado reclamando nuestro territorio, sucedió lo inevitable, es decir, las otras pandillas comenzaron a atacarnos. Según todas las probabilidades, deberíamos haber sido destruidos por completo por estos matones que eran mayores y tenían más experiencia que nosotros, pero sorprendimos a todos, incluidos nosotros mismos, al ganar y reclamar nuestros derechos. Esto puede sonar como fanfarronear, pero pelear me resulta muy fácil. Una vez peleé contra seis tipos simultáneamente solo y tenían largas espadas japonesas, pero terminé clavando mi cuchillo directamente en la palma izquierda de su líder. Dejó caer la espada de su mano derecha y antes de que golpeara el suelo la agarré y le corté la oreja con ella y dije que la próxima vez le cortaré la cabeza. Nadie me desafió después de eso e incluso la policía se mantuvo alejada de amenazar a mi grupo.

Algunas personas no pueden ocultar su sorpresa al ver que yo, el flaco y bajito, soy el jefe y el mejor luchador de todo el distrito. Empezaron a decir que eso era porque yo era hijo de un cazador de tigres que solía matar bestias con sus propias manos, lo cual por supuesto no era cierto pero no lo negué exactamente. Lo que soy es más rápido que nadie y sé cómo usar el poder y el peso de mi oponente contra él y, lo que es más importante, no tengo miedo de clavar cosas en las personas si se interponen en mi camino. Pero no tuve que recurrir a medidas tan extremas para que el dueño de ese restaurante chino nos “alquilara” su trastienda gratis y coloqué varios

grupos pequeños en lugares similares cercanos.

Casi de la noche a la mañana, habíamos pasado de dormir afuera a tener un piso y un techo sobre nuestras cabezas. En realidad, esto no fue fácil al principio. Era difícil conciliar el sueño por la noche con las paredes que parecían cerrarse sobre mí. Hacía tanto calor que echaba de menos dormir debajo del puente e incluso esas noches en las que tenías que levantarte cada hora y sacudir la nieve de la tienda para que no se derrumbara. Los otros también sintieron lo mismo y algunos niños se escaparon. YoungGu se sorprendió cuando le dije que no podía llevar al perro a la habitación y que tendrían que dormir separados por primera vez en años. El perro fue atado al castaño en el patio trasero junto a la letrina y durante un buen rato aulló durante noches enteras. YoungGu pensó que estaba durmiendo, pero sé que se escapó en medio de la noche para acurrucarse con el perro y calmarlo. Siempre ha sido y sigue siendo una completa papilla. Ni siquiera puedo creer que él fuera el jefe antes de que lo reemplazara porque a pesar de ser casi una cabeza más alto y más ancho que yo, el tipo no tiene ninguna mezquindad por dentro. No es malo peleando, pero sé que preferiría hacer otra cosa, tal vez convertirse él mismo en dueño de un restaurante chino.

En los últimos tres años he estado expandiendo nuestro territorio tanto como sea posible sin trastornar los cuidadosos controles y equilibrios del inframundo Jongno. Todos los días envío a mis muchachos en grupos de tres o cuatro. Van al mismo porro una vez a la semana y tenemos cuidado de no desangrar a nadie porque ahí es cuando se instala el verdadero resentimiento y hay que saber cómo no desesperar a la gente. Esa es otra cosa que me hace un gran peleador y si estás interesado en aprender mis secretos para ganar cada pelea, olvídate de todo lo demás y recuerda que las personas desesperadas son las más peligrosas.

De vez en cuando algún dueño de un bar o de una botica se niega a pagar y ahí es cuando me llaman para ponerlo en su lugar. Hubo un caso desafortunado de un viejo y rico herbolario que de alguna manera creyó que en realidad no me atrevería a hacerle daño y después de que a mis muchachos no les pagaran repetidamente, tuve que presentarme en su antro. El anciano tenía una barba blanca como la nieve y vestía una chaqueta blanca tradicional casi como un caballero. Me miró directamente a los ojos y gritó algo acerca de que tenía la edad suficiente para ser mi abuelo y que no tenía miedo de los hooligans como nosotros. Detrás de él estaba su hijo con su joven y

hermosa esposa y su pequeño hijo. Una familia hermosa y próspera. Pero si no lo convertía en un ejemplo, todos los antros del barrio me desafiarían y volveríamos a vivir debajo del puente o algo peor. Con un movimiento de mi mano, todos mis muchachos levantaron y rompieron los frascos de hierbas y medicinas en el suelo y la linda nuera y su bebé comenzaron a gritar a la vez. El hijo se tiró frente a la pared de cajoncitos de madera, lo que entendí significaba que contenían los ingredientes más caros. Lo tiré al suelo con un solo puñetazo en la nariz que se rompió con un crujido satisfactoriamente fuerte. Luego comencé a sacar los cajones y tirar su contenido en el suelo mientras el viejo herbolario miraba con la boca abierta. Incluso yo sabía que algunas de estas hojas y polvo de hueso de tigre y vesícula biliar de oso y ginseng silvestre valían su peso en oro. En poco tiempo, el anciano estaba de rodillas rogándome que me detuviera mientras la nuera se apresuraba a conseguirnos el dinero.

Así es como he podido mantenernos a todos alimentados y vestidos. Hemos ahorrado bastante dinero ya que podemos ir a cualquiera de “nuestros” restaurantes y comer bien. Es lo mismo con la ropa y los zapatos y el alcohol. Pero nuevamente les advierto a mis muchachos que no se excedan al apretar demasiado los negocios. Desde hace aproximadamente un año, incluso he estado pagando el alquiler del restaurante chino, aunque ocasionalmente todavía comemos fideos de frijoles negros y cerdo agridulce gratis. Sin embargo, me he dado cuenta de que cada vez que pedimos comida allí, YoungGu se ve muy incómodo y probablemente tenga que ver con la hija pequeña del dueño, que le lleva huesos y sobras al perro de YoungGu y luego se escapa tímidamente.

Esto me lleva de vuelta a por qué vine al puente esta noche. Mis pies me llevan aquí inconscientemente cada vez que necesito algo de tiempo para pensar. Apoyé los antebrazos en la barandilla de piedra y miré la superficie negra mate del canal. Ondulaba como el lomo de un monstruo marino. Las luces amarillas de los bares y tiendas cercanas no llegaban al agua y tuve la extraña sensación de que era el único que lo había visto así. Me sentía muy solo, pero no ansiaba la compañía de mis muchachos o incluso de Loach, quien al final del día es mi mejor amigo. Realmente no puedo hablar con él sobre lo que me ha estado molestando. Todos bromeábamos con YoungGu sobre esa chica y hacíamos bromas sucias y le preguntábamos cuándo finalmente perdería su virginidad y noté que solo Loach no estaba lleno de la misma mezcla de envidia y fascinación que los demás. Lo

aceptó con esa sonrisa astuta, todavía sonríe de la misma manera, pero como si no fuera a mantener esa conversación por su cuenta. Loach nunca grita a las mujeres ni se muestra tímido con ellas, que en realidad son las únicas dos formas en que sabemos cómo actuar con las mujeres. Tengo la sensación de que mi confesión sobre una chica obtendrá el mismo tipo de reacción fría de él, así que prefiero guardármelo para mí.

Esto es lo que sucedió. La semana pasada estaba dando un paseo solo cerca de la Gran Puerta Este y mirando las diferentes tiendas y establecimientos de la zona. Desde que vine aquí por primera vez, Seúl se ha convertido en un lugar completamente diferente. Donde antes había casitas con techo de paja, ahora hay bares, cafés, salones de baile, restaurantes, bancos, oficinas y tiendas de hasta cuatro o cinco pisos. Antes había muchos hombres con traje pero casi ninguna mujer con ropa occidental. Ahora las calles iluminadas con lámparas de gas están llenas de las llamadas Chicas Modernas con el pelo corto y ondulado, labios rojos y faldas cortas. Por supuesto, tratamos de llamar su atención, pero se alejan rápidamente como si no pudieran vernos o como si nos tuvieran miedo. Sobre todo la gente que camina o anda en bicicleta o sale desbordada de los tranvías, hay cables eléctricos entrecruzándose peligrosamente cerca de los techos de tejas. El aire en Seúl huele a lluvia, aceite de cocina, basura, pinos, caqui, perfume, pasta de frijol rojo, metal caliente y nieve. Cambia según la temporada y la hora del día y el vecindario.

Así caminaba un día absorbiendo los olores y tomando nota de las calles. Era un hermoso día de otoño con un cielo perfectamente azul y estaba a punto de cruzar la avenida cuando un tranvía se detuvo justo frente a mí. Una chica se apresuró a subirse a él, y un momento antes de abordar sin razón aparente, se dio la vuelta y me miró directamente. Esa fracción de segundo me dejó sin aliento. No se parecía en nada a la última vez que la vi, pero sabía que tenía que ser Jade. Me apresuré, hice cola detrás de los otros pasajeros y subí al tranvía. Estaba lleno como siempre y estaba ansioso por no poder encontrarla, pero después de algunos empujones vi que estaba sentada con una amiga cerca de la parte de atrás. Mientras seguían susurrándose y sonriendo, me di cuenta de que ambas llevaban el pelo recogido con trenzas como las mujeres casadas. Pero basándome en sus blusas y faldas bordadas en oro y en sus polvos blancos y su colorete, sumé dos y dos y deduje que se había convertido en cortesana. Inmediatamente me llevó a una especie de sensación de

hundimiento que dejé de lado.

Las chicas pronto se bajaron del tranvía y las seguí. Resultó que iban al Grand Oriental Cinema y gasté el último dinero que me quedaba en comprar un boleto mientras me preocupaba que los perdería dentro del cine oscuro. ¿Cómo iba a encontrarla en una multitud de mil personas? Pero lo loco es que a pesar de que estaba repleto encontré un asiento unas pocas filas delante de ellos. Cada pocos minutos giraba la cabeza para mirar su rostro, que estaba iluminado por la luz de la proyección en blanco y negro en la pantalla. Esa mirada de concentración mientras seguía la película era tan linda, tan familiar. Me hizo extrañarla de nuevo. Después de que su tía me dijo que me mantuviera alejado, nunca me había encontrado con ella sin importar cuánto lo intentara. Ahora era mayor y su maquillaje la hacía parecer aún mayor, pero sus ojos aún se veían exactamente iguales.

Después de que terminó la película, me inquietó que tomaran el tranvía y desaparecieran en la ciudad, pero logré alcanzarla justo afuera de las puertas delanteras del cine y le di un golpecito en el hombro. Se dio la vuelta y clavó sus ojos brillantes en mí y fue como cuando en las noches de verano me acostaba junto al canal y miraba hacia el cielo. El vértigo de las estrellas. No sabía que mirar a los ojos de otra persona podía sentirse así.

“Jade, soy yo. Es JungHo,” dije finalmente.

Parecía confundida y disculpándose y estaba empezando a pensar que me había equivocado de chica, pero luego su rostro se iluminó y fue como cuando los pájaros empiezan a cantar por la mañana.

“¡Jung Ho! ¡Eres tú!" Ella se rió y agarró mis dos manos con las suyas y saltó arriba y abajo como una niña pequeña. “Han pasado tantos años. Te ves tan bien. Te he extrañado mucho."

Ahora era mi turno de estar confundido porque se veía tan feliz de verme y no podía soportar el hecho de que la chica más hermosa de Seúl estaba agarrando mis manos a plena luz del día frente a cientos de personas.

“Tenemos que ponernos al día, JungHo. Recuerdas a Lotus, ¿verdad? Le hizo una seña a su amiga. Susurraron un poco y Lotus me lanzó una mirada divertida antes de irse sola y me hizo consciente de lo que estaba usando. Eran algunas cosas que compré en uno de los sastres de nuestro territorio, bastante nuevas pero no limpias y un poco demasiado grandes para mí.

"Vamos a caminar." Enlazó su brazo con el mío, algo que nunca

había hecho cuando éramos pequeños. Estaba tan cerca que podía oler su cabello peinado con un poco de aceite perfumado. Traté de mantener la calma mientras salíamos del centro de la ciudad y subíamos una pequeña colina. Las tiendas se convirtieron en casas y huertas y, finalmente, en un trozo de terreno baldío de pinos y maleza. Se sentó en una roca y palmeó el lugar a su lado.

No nos dijimos nada durante un tiempo y solo miramos a Seúl bañada en rosa por el sol poniente. Me preguntaba cómo podría siquiera comenzar a decirle cuánto la extrañaba. Ella abrió la boca primero.

"Te ves bien. Puedo ver que las cosas te salieron bien.

No era como si pareciera rico o incluso como una persona normal, sino que ya no parecía alguien que dormía afuera. Me sonrojé.

“Lo hicimos funcionar, de alguna manera. Hago esto y aquello —dije y luego cambié de tema. “Y te has convertido. . . deslumbrantemente hermoso.”

Ella rió con su risa de pájaro mañanero. Me he convertido en una cortesana. Todos nos vemos así”.

"No. No todo. Definitivamente no todos —dije. Quería tomar su mano de nuevo pero ella no parecía querer hacer eso. En cambio, miró hacia abajo a Seúl como si estuviera pensando en otra cosa.

“Siento mucho cómo te trató mi tía Dani. Y por nunca decir adiós.”

"Está bien. Está en el pasado —dije porque no quería que ella se sintiera mal por mí. Prefiero que me apuñalen el corazón mil veces que verla infeliz por mi culpa.

“La tía Dani me prohibió salir de casa durante tres meses. Si me atraparan hablando contigo, me habrían echado. Ahora que soy mayor, puedo ver que ella estaba tratando de protegerme. Pero todavía estaba. . .” Dudó y me di cuenta de que no le gustaba decir nada malo de su tía. “Es una mujer talentosa, deslumbrante y formidable. No puedes evitar admirarla pase lo que pase”.

“Entiendo,” dije. Daba igual lo que hiciera la tía Dani porque ahora estábamos juntas. Ya lo perdoné todo.

“Pero incluso cuando estaba bajo arresto domiciliario, sabía que venías. ¿No tiraste guijarros al jardín?

"¿Así que los viste?" Estaba tan feliz que todo mi cuerpo se sentía nervioso y ligero.

"Sí, e incluso había uno verde realmente bonito, ¿no?"

Por eso Jade no solo era hermosa. Ella era especial como nadie más en el mundo. Si tan solo pudiera, arrancaría las estrellas del cielo

nocturno y las arrojaría todas a su jardín y eso ni siquiera sería suficiente. Este fue un pensamiento que me vino a la cabeza mucho después, pero en el calor del momento realmente quería abrazarla.

"Sí, quise decir ese especialmente para ti. Verde como tu nombre —alcancé a decir y ella sonrió.

"Tengo una idea para presentarte a la tía Dani y hacerle ver que ahora eres diferente", dijo. "Mañana por la noche, Lotus, Luna y yo actuaremos en un espectáculo benéfico en el Teatro Joseon. Deberías venir. Y después del espectáculo, cuando salgamos, puedes actuar como si me hubieras visto y venir a saludarme. Frente a toda la gente, la tía Dani no podría decir nada. Además, verá que te has convertido en un joven perfectamente presentable.

Esta es la razón por la que estoy tan preocupada y no puedo dormir. Sí, ya no uso harapos, pero incluso yo sé que no soy un joven perfectamente presentable en la forma en que ella lo dijo. Definitivamente no es alguien que normalmente anda con cortesanas. Las cortesanas de clase alta como ella solo tendrían aventuras amorosas con hombres ricos. Estoy seguro de que tiene docenas de amantes que la llenan de regalos y dinero incluso mientras yo sueño con ella.

Por primera vez en mi vida, estoy nerviosamente feliz. Por lo general, no estoy nervioso ni feliz porque no tengo expectativas sobre nada. Ahora tengo algo que quiero y de repente todas mis decisiones importan más.

De mi bolsillo interior saco la pitillera y el anillo. Me gusta mirarlos a veces cuando estoy solo y con un estado de ánimo perdido. Se sienten frescos en mi palma como guijarros en la orilla del río. Mi padre se había aferrado a ellos a pesar de que podría haber comprado medicinas o caldo de pollo que le hubieran prolongado la vida. Nunca explicó por qué.

Cuando era niño, solía creer que estas dos cosas eran amuletos de buena suerte que de alguna manera podrían evitar que me hiciera daño. La pitillera de mi padre y el anillo de plata de mi madre son las únicas cosas que me quedan de ellos además de mi nombre y mi propio cuerpo, supongo. Mis talismanes son la razón por la que no tengo miedo a la muerte, por eso sobreviví todos estos años. Ahora que soy mayor sé que la vida no se trata de lo que te mantiene a salvo, sino de lo que tú mantienes a salvo, y eso es lo más importante. Cuando vea a Jade mañana, quiero explicarle todo esto y decirle que es a ella a quien quiero mantener a salvo más que a cualquier otra

cosa.

12

Una propuesta de matrimonio

1925

A LAS ONCE DE LA MAÑANA, JADE SE LEVANTÓ DE LA CAMA y comenzó a prepararse para su día. Su doncella le trajo una taza de té de cebada caliente, luego se lavó la cara y se acomodó frente a su tocador con incrustaciones de nácar. Se acarició la piel con conchas marinas finamente molidas y el exceso de polvo floreció en nubes sedosas contra el sol de la mañana. Se pasó un lápiz kohl sobre las cejas finas y redondas —depiladas según el modo actual— y se corrió el mismo lápiz alrededor de los ojos. Finalmente, se pintó cuidadosamente el colorete sobre los labios. Cuando esto terminó, su doncella peinó y retorció su cabello en un moño que estaba ondulado y suelto alrededor del cuero cabelludo al estilo occidental, asegurándolo con un binyuh de coral.

Una vez que Jade se miró en el espejo para estudiar todo el efecto, no pudo evitar esbozar una sonrisa feliz al confirmar su sospecha de que en verdad era bastante bonita. Incluso sus dientes se habían comportado bien cuando sus rasgos se asentaron; ahora solo estaban ligeramente torcidos. Estaba en ese punto de la vida en el que una chica se pregunta constantemente cómo se ve ante los demás, y si es atractiva y en qué medida.

Desde que Jade debutó oficialmente a los quince años, había tenido un flujo constante de admiradores que la solicitaban en las fiestas e incluso la buscaban en casa. Estos hombres gastaron una fortuna en pasar una noche con ella y le dieron regalos periódicos de dinero sin que ella siquiera se lo pidiera, como solían hacer las cortesanas mayores y más astutas. Mientras esto sucedía, imaginaba que estos hombres tenían verdaderos sentimientos por ella y que ella misma se sentía atraída por ellos. En los últimos años, hubo cortesanas que se casaron con hombres de clase alta, intelectuales y artistas, y

vivieron el resto de sus vidas como amadas esposas y madres en familias respetables. Cada vez que esto sucedía, toda la sociedad comenzaba a chismear sobre los amantes de espíritu libre en cada reunión, y en periódicos y revistas. Jade esperaba que ella también se enamorara de un caballero tan amable y preferiblemente guapo. Pero hasta ahora, todos los hombres dejaron de visitarla después de unos pocos meses. Ciertamente, nadie le escribió cartas ni le dio nada que pudiera considerarse una señal. Pronto supo que cuanto más ansiosos estaban los hombres por terminar la relación, mayores eran sus regalos en efectivo. También se avergonzó al recordar cómo, de niña, había pensado que sería tan fácil enamorarse y recibir anillos y diamantes como lo habían hecho sus dos madres adoptivas. Jade estaba cada vez más agobiada por la duda de que no era lo suficientemente hermosa o, lo que es más crítico, de que no era buena para dar placer, a pesar de los libros ilustrados que Dani solía enseñarle a ella y a Lotus. Si no conseguía un patrón de toda la vida como lo había hecho Dani, Jade no estaba segura de cómo podría pagar sus propios gastos más allá de los treinta años. Muchas cortesanas anteriormente acomodadas cayeron en posiciones desesperadas porque no eran lo suficientemente inteligentes o porque simplemente tuvieron mala suerte. Pero este punto se sentía lo suficientemente lejano en el futuro como para que el miedo fuera fácil de dejar de lado.

Una vez que terminó de vestirse, Jade fue a almorzar con Dani, Lotus, Luna y Hesook. Dani ya estaba jubilado; a los treinta y nueve, incluso las grandes cortesanas más buscadas dejaron de ir a fiestas y de tener nuevos amantes. El juez había fallecido en 1922 y Dani pasaba las noches sola. Todavía estaba tan elegante como siempre, siempre inmaculadamente maquillada y perfumada, ya fuera que saliera o se quedara en casa. Se ocupaba de tomar café, leer, hacer jardinería, jugar con Hesook y tejer suéteres (un nuevo pasatiempo) y nunca mostró nada. signos de extrañar su vida anterior. Cuando Jade entró, estaba leyendo el periódico en el sofá nuevo, con un suéter azul marino que ella misma había hecho y una falda delgada color carbón que le llegaba justo debajo de las rodillas; un cigarrillo encendido colgaba precariamente entre sus dedos.

Luna estaba sentada frente a Dani, viendo a Hesook jugar con un juguete en el suelo. Algunas chicas que son extraordinariamente bonitas a los quince o dieciséis años se convierten en mujeres simplemente normales o incluso poco atractivas. Ese no fue el caso de

Luna, cuya impactante belleza cuando era una niña había madurado hasta convertirse en un resplandor suave y pleno. Jade pensó que era menos cruelmente perfecta y más seductora, con cabello negro azabache y mejillas redondeadas de marfil como conchas marinas. Los hombres pagaban caro el privilegio de sentarse junto a Luna en los banquetes y estudiar de cerca su célebre figura.

Cuando las tres mujeres y Hesook estuvieron sentados a la mesa, finalmente llegó Lotus, sonriendo con confianza y oliendo a perfume. Lotus siempre fue solicitada para fiestas debido a su espléndida voz. No solo conocía el repertorio tradicional completo, sino que también cantaba las canciones de jazz y las baladas que brotaban de los salones de baile cada atardecer y se filtraban en los callejones oscuros por la noche. Siempre comenzaba con una canción de amor alegre y conocida. Luego, mientras la conversación languidecía, las velas se quemaban y los invitados miraban las botellas medio vacías con una mirada perdida, ella terminó con un vals lento en tres cuartos. Para entonces, incluso los hombres que no la notaron al comienzo de la fiesta estarían embelesados por su voz. Muchos de ellos lucharon contra las lágrimas en sus ojos mientras escuchaban, y se apresuraron a ofrecerle bebidas y hacer que se sentara junto a ellos.

* * *

CUANDO JADE LLEGÓ POR PRIMERA VEZ A SEÚL, la ciudad se había llenado de miles de conductores de rickshaw que corrían por los bulevares y calles estrechas tirando de hombres robustos y bien alimentados con cuellos almidonados y trajes de lana. Ahora, los tranvías y los taxis eran comunes, y los únicos clientes que aún contrataban fielmente a los conductores de rickshaw eran las cortesanas. Daban mejores propinas que los caballeros adinerados, y muchos se negaban a tomar taxis y tranvías por principio.

En primavera, el gremio de conductores de rickshaw había comenzado a juntar dinero para establecer una escuela privada para sus hijos, y las cortesanas decidieron ayudar a recaudar fondos con una actuación benéfica. Se esperaba que todo Seúl estuviera allí, desde hombres de ocio hasta intelectuales, artistas, amas de casa ricas, estudiantes, comerciantes e incluso trabajadores. Alrededor de setecientas cortesanas de los cinco gremios se habían ofrecido como voluntarias para actuar, y de ellas, tanto Jade como Lotus habían sido seleccionadas para solos.

Esperando entre bastidores, ocultaron su nerviosismo mirando a

las cortesanas en el escenario brillantemente iluminado. Las mujeres estaban inundadas de luz dorada mientras realizaban una danza tradicional con abanicos, colocándose en un círculo como un nenúfar en flor. Brillaban y se agitaban al unísono, y mirar uno individualmente era tan inútil como enfocarse en un solo pétalo de rosa. Incluso Luna no se destacaba del resto, razón por la cual el jefe de su gremio la había puesto en este baile. Ella sonrió, se deslizó y giró obedientemente y sin alegría, y salió del escenario aliviada de escapar de las luces brillantes.

Cuando el teatro quedó en silencio, Lotus salió para encontrarse con la cegadora luz amarilla. Habían instalado un piano en el centro, donde la esperaba su acompañante con el pelo peinado hacia atrás y un traje de etiqueta con cola. Se volvió hacia la audiencia y comenzó a cantar su característico vals. Su voz llegó hasta el fondo del teatro, acariciando a cada oyente con la inquietante melodía; los recuerdos de las más profundas angustias y pérdidas quedaron al descubierto, tanto las cosas que uno había olvidado como las que deseaba olvidar pero no pudo. Bajo el manto de la oscuridad y su voz, era posible dejar que sus lágrimas salieran. Nadie podía dejar de quedar hipnotizado por ella o enamorarse un poco de ella. Recibió una ovación de pie y los aplausos la llamaron de regreso al escenario. Una vez que Lotus volvió a las alas por segunda vez,

"Fue increíble, incluso para ti", susurró Jade. "Nadie podrá pensar en nada más a partir de esta noche".

“¡Bueno, veremos si recuerdan mi canción después de que te vean!” Lotus dijo, radiante no obstante.

“¡Estoy aterrorizado de ir tras de ti! Menos mal que hay un intermedio entre nosotros. Jade rió nerviosamente. Ya estaba vestida con una túnica negra y una chaqueta roja, que estaba ceñida debajo de su pecho con una faja carmesí antes de llegar hasta el suelo. Un sombrero militar negro tradicional, de ala ancha y adornado con una borla de pelo de caballo rojo, estaba asegurado sobre su moño trenzado; esta yuxtaposición de un adorno masculino contra su rostro y peinado femeninos la hacía lucir aún más encantadora que de costumbre. En cada mano, Jade agarraba una media espada delgada que tenía aproximadamente la longitud de su antebrazo. Cuando terminó el intermedio y la multitud se acomodó más allá de las cortinas, Jade se guardó las espadas en cada una de sus mangas, le hizo un gesto de asentimiento a su mejor amiga y salió al escenario.

Las cortinas se abrieron y revelaron a Jade, sentada

tranquilamente bajo una suave luz amarilla. Comenzaron los golpes de tambor y ella fue despertada lentamente con suaves movimientos de manos y hombros, con la cabeza aún inclinada. Se puso de pie con el mismo ritmo lento y giró alrededor del escenario de modo que sus faldas se hincharon hacia arriba. Por un tiempo flotó tan suavemente y sin esfuerzo como lo habían hecho los bailarines. Luego, el sonido penetrante de una flauta se agregó a los tambores, que aceleraron el ritmo a una velocidad de marcha. En el momento justo, Jade recogió los dobladillos colgantes de su abrigo rojo y los ató alrededor de su cintura como una faja. Cuando se volvió para mirar a la audiencia, vieron espadas que habían aparecido mágicamente en cada mano, brillando bajo el foco. Un trozo de cadena conectaba la hoja a la empuñadura, de modo que con cada giro de sus muñecas, las hojas giraban en círculo. Empezó simplemente haciendo girar las cuchillas, con los codos cerca de su cuerpo. Luego, cuando los redobles del tambor aumentaron y la flauta se elevó con ellos, ella giró más rápido y con más audacia, las hojas se balancearon cerca unas de otras y de su cuerpo y, sin embargo, nunca chocaron. A diferencia de los bailarines, Jade no sonreía. Aunque las espadas ornamentales no tenían filo, parecía tan letal como una asesina. Los hombres de la audiencia deseaban estar a su merced, y las mujeres deseaban saber cómo era moverse tan salvajemente y sin embargo con tanta gracia. Los que estaban en las primeras filas podían ver las gotas de sudor en su frente empolvada, la respiración entrecortada a medida que la danza la agotaba y los ojos solemnes que la hacían parecer mucho mayor de lo que era. No envejecido, pero sin edad. Se veía magnífica. Luego, cuando los redobles del tambor aumentaron y la flauta se elevó con ellos, ella giró más rápido y con más audacia, las hojas se balancearon cerca unas de otras y de su cuerpo y, sin embargo, nunca chocaron. A diferencia de los bailarines, Jade no sonreía. Aunque las espadas ornamentales no tenían filo, parecía tan letal como una asesina. Los hombres de la audiencia deseaban estar a su merced, y las mujeres deseaban saber cómo era moverse tan salvajemente y sin embargo con tanta gracia. Los que estaban en las primeras filas podían ver las gotas de sudor en su frente empolvada, la respiración entrecortada a medida que la danza la agotaba y los ojos solemnes que la hacían parecer mucho mayor de lo que era. No envejecido, pero sin edad. Se veía magnífica. Luego, cuando los redobles del tambor aumentaron y la flauta se elevó con ellos, ella giró más rápido y con más audacia, las hojas se balancearon cerca unas de otras y de su

cuerpo y, sin embargo, nunca chocaron. A diferencia de los bailarines, Jade no sonreía. Aunque las espadas ornamentales no tenían filo, parecía tan letal como una asesina. Los hombres de la audiencia deseaban estar a su merced, y las mujeres deseaban saber cómo era moverse tan salvajemente y sin embargo con tanta gracia. Los que estaban en las primeras filas podían ver las gotas de sudor en su frente empolvada, la respiración entrecortada a medida que la danza la agotaba y los ojos solemnes que la hacían parecer mucho mayor de lo que era. No envejecido, pero sin edad. Se veía magnífica. Aunque las espadas ornamentales no tenían filo, parecía tan letal como una asesina. Los hombres de la audiencia deseaban estar a su merced, y las mujeres deseaban saber cómo era moverse tan salvajemente y sin embargo con tanta gracia. Los que estaban en las primeras filas podían ver las gotas de sudor en su frente empolvada, la respiración entrecortada a medida que la danza la agotaba y los ojos solemnes que la hacían parecer mucho mayor de lo que era. No envejecido, pero sin edad. Se veía magnífica. Aunque las espadas ornamentales no tenían filo, parecía tan letal como una asesina. Los hombres de la audiencia deseaban estar a su merced, y las mujeres deseaban saber cómo era moverse tan salvajemente y sin embargo con tanta gracia. Los que estaban en las primeras filas podían ver las gotas de sudor en su frente empolvada, la respiración entrecortada a medida que la danza la agotaba y los ojos solemnes que la hacían parecer mucho mayor de lo que era. No envejecido, pero sin edad. Se veía magnífica. No envejecido, pero sin edad. Se veía magnífica. No envejecido, pero sin edad. Se veía magnífica.

Los tambores tocaron un crescendo hasta detenerse repentinamente y ella se hundió en el suelo, clavando las afiladas puntas de las espadas en el escenario. La audiencia estaba en completo silencio. Las luces se apagaron y, en la oscuridad, Jade volvió a levantarse y corrió hacia los bastidores. Mientras se quitaba el sombrero de la frente sudorosa, un aplauso disperso comenzó en los asientos. En cuestión de segundos, se convirtió en una ovación rugiente, y las luces iluminaron el escenario una vez más.

"¡Ir! ¡Sal al escenario!" Lotus susurró con urgencia, presionando el sombrero sobre la cabeza húmeda de Jade. Jade corrió hacia el centro de atención, sosteniendo su sombrero en su lugar con una mano y recogiendo su falda con la otra. Cuando volvió a aparecer, el rugido de aplausos y silbidos se hizo aún más fuerte. Filas enteras de invitados comenzaron a ponerse de pie. Ella se inclinó, y volvió a

inclinarse, con lágrimas formándose en las comisuras de sus ojos.

Cuando terminó el acto final, Jade, Lotus y Luna salieron por una de las puertas traseras que conducían al callejón tranquilo detrás del teatro, cansados y todavía con sus disfraces. Dani ya los estaba esperando allí, envuelta en su abrigo de piel a pesar de que, a principios de octubre, no hacía demasiado frío. De hecho, era una hermosa y clara tarde de otoño con un frescor vigorizante y el conmovedor sonido de los grillos.

“Ustedes chicas fueron maravillosas, todas ustedes. . . Me hiciste sentir tan orgullosa”, dijo Dani, abrazando tiernamente a cada niña por turno. Todos estaban sonriendo, interrumpiendo la charla de los demás para señalar con impaciencia otro detalle de la actuación.

Bajo el amparo del buen ánimo general, Jade miró a su alrededor furtivamente, vio la silueta de JungHo y le hizo un pequeño gesto con la mano. Aunque visiblemente rojo incluso bajo el manto de la oscuridad, JungHo marchó valientemente hacia el círculo de mujeres.

“Jade, soy JungHo. Ha pasado tanto tiempo. . .” abordó. “Me sorprendió verte en la actuación. La gente no podía quitarte los ojos de encima”.

“¡Jung Ho! Qué maravilloso verte después de tantos años. No te reconocí al principio. Jade se rió. "¡Has crecido tanto!"

Dani entrecerró los ojos hacia JungHo y lo miró de arriba abajo. Tenía dos modos de conducta, extremadamente sutil y completamente directo, dependiendo de cómo veía la situación y la persona en cuestión. Era imposible decir cuál elegiría para JungHo.

“Es genial verte de nuevo, tía Dani”. JungHo se dirigió a ella con audacia, como si ella no lo hubiera expulsado groseramente años antes.

“Sí, has crecido. Supongo." Dani sonrió. Pero ese fue el alcance de su golpe porque otro extraño la tomó de inmediato.

“¡Ah, entonces estás aquí! Cuanto me alegro de encontrarte. No te vi entre los artistas preparándose para la recepción, y me preocupaba haberte extrañado”, dijo el extraño. Era un hombre de mediana edad que llevaba gafas de montura redonda, cuello con alfileres y una corbata negra delgada. Tenía una forma de hablar distraída y excitable, y no estaba claro a quién se dirigía.

“¿Cómo podemos ser de servicio?” Dani preguntó en un tono cortés que usaba solo cuando tenía frío.

"Ah, sí. Aquí está mi tarjeta de negocios." Sacó una tarjeta de su bolsillo interior y se la dio a Dani con ambas manos. Habiendo hecho

eso, se volvió hacia Jade.

"Soy el dueño y director del Teatro Joseon. ¡Causó una gran impresión hoy, señorita Jade! Vi tu nombre en el programa. Nunca me había conmovido tanto, disculpe, el baile de una cortesana como esta noche. Nunca he pensado mucho en los bailes tradicionales, estilo palacio o de otro tipo, pero me has hecho cambiar de opinión. ¡La gente se conmovió al patriotismo por su actuación!" El director hizo una pausa y se subió las gafas por la nariz.

"Y pensé, debo convencerte de que te unas a nuestra compañía interna. Actuamos siete noches a la semana aquí: tragedias, comedias, espectáculos de variedades, narración de cuentos. . . Tu dilo. Tenemos los mejores actores y actrices de Seúl. Cualquiera que se convierte en alguien en la ciudad lo hace en nuestro escenario". Sonrió gratuitamente, agarrando las dos pequeñas manos blancas de Jade con las suyas grandes y marrones. Luego, mirando a su alrededor, notó a Lotus y volvió su atención hacia ella.

"Y tú eres ese cantante brillante que cantó ese vals. ¡Que voz! No podía creer lo que escuchaba. Eres mucho mejor que los cantantes populares en estos días. Tocan las notas pero no tienen alma. . . Me gustaría mucho hablar contigo también", dijo el director emocionado. "Bueno, ¿qué estamos esperando? ¿Por qué no vamos a la recepción a hablar de todo esto? No, eso sería demasiado ruidoso y molesto, pensándolo bien. Permíteme llevarte a un buen restaurante en algún lugar para discutir esto durante la cena y algunas bebidas", dijo, mirando a Dani, porque notó que las chicas la miraban inquisitivamente.

"Son cumplidos desbordantes, aunque creo que todos estamos bastante cansados después de una noche tan larga", dijo Dani con altivez. Estaba irritada porque apenas se dirigían a ella, al igual que todas esas mujeres encantadoras son menospreciadas en secreto por no ser el centro de atención de un grupo. "Pero si desea llamarnos mañana por la tarde para discutir estas cosas, sería un honor", dijo, y recitó su dirección.

"No, el honor es todo mío. Mañana entonces, mañana", dijo, inclinando cortésmente la cabeza varias veces antes de despedirse.

En la ráfaga de intercambio con el director, JungHo casi había sido olvidado. Jade ahora se volvió hacia él y sonrió, porque después de una conversación tan emocionante, incluso Dani no podía oscurecer el estado de ánimo. De hecho, parecía haber decidido que pasar por alto el pasado era la mejor política. Incluso asintió

brevemente a JungHo antes de barrer a las chicas como una gallina digna.

“Adiós, Jung Ho. Puedes venir a verme cuando quieras. Siempre estoy en casa al mediodía —susurró Jade, dándole una palmadita en el hombro—. JungHo parecía alguien ahogándose en un mar de felicidad. ¡Qué hermoso, fácil y natural fue reunirme con él! Jade pensó para sí misma antes de correr para alcanzar a los demás. Dani y Luna ya se habían ido en un rickshaw; Lotus la estaba llamando desde otro, conducido por un joven con un desgastado abrigo negro. Ayudó a Jade a subir al carruaje y luego se pusieron en camino, con un suave viento rozando sus oídos y las estrellas brillando adelante.

“¡Esta es la noche más increíble de mi vida! ¡Jade, nos uniremos al Teatro Joseon! ¿A quién le importa servir bebidas a ricos playboys? ¡Viviremos como verdaderos artistas!”. Lotus gritó, agarrando la mano de su amiga y sacudiéndola de arriba abajo.

“Es como un sueño, ¿no? Vinimos aquí solo con algo de ropa pequeña en nuestros brazos. . . ¿Recuerdas cómo éramos tan pequeños, los cuatro cabíamos en un rickshaw? Jade se rió. Su amiga estaba a punto de ser conocida como la mejor cantante de Seúl. Y sin ninguna ambición o promesa temprana, ella misma había tenido éxito mucho más allá de las expectativas de cualquiera. A los diecisiete años, era imposible imaginar que a partir de esa noche le esperara algo más que triunfos y alegrías.

Pronto llegaron frente a su casa y el conductor los ayudó a bajar del rickshaw. Lo hizo rápida y atentamente, y sin ninguna servidumbre o rudeza secreta que a veces caracterizaba a estos trabajadores. Mientras que en el lado más alto y de hombros anchos, el resto de su cuerpo se estrechaba rápidamente incluso debajo de su abrigo de gran tamaño, que estaba remendado en los codos con tela de pana marrón. Al darse cuenta de esto, Jade sintió simpatía, como sucede a menudo con las personas que se sienten particularmente e injustamente bendecidas.

"Pobrecito, pareces un estudiante", dijo, mirando su rostro serio. "¿Vas a la escuela?"

Los ojos del conductor del rickshaw, no muy grandes pero atractivos, se iluminaron ante su pregunta. “Sí, voy a la escuela nocturna, señorita”, respondió.

“Así que trabajas todo el día y la noche, y vas a la escuela por la noche. ¿Alguna vez duermes?" Jade murmuró con una sonrisa. "Pobre cosa. Acabamos de hacer un espectáculo benéfico para recaudar

fondos para una escuela para los hijos de los conductores de rickshaw. Y mi amigo y yo tuvimos una muy buena noche. Toma, usa esto para comprarte un abrigo nuevo," dijo Jade, entregándole suficiente para un día entero de trabajo. Se tomó del brazo de Lotus y pasó por la puerta principal, que la doncella sostenía abierta para ellos, saltando en el lugar para mantenerse calientes. Jade era consciente de que el conductor del rickshaw la observaba, lo que la hizo reír más fuerte y se inclinó aún más cariñosamente sobre Lotus.

"Si te gustaba ese apuesto conductor, deberías haberlo invitado a pasar". Lotus se rió mientras cruzaban el patio.

"Él es un mal estudiante y yo solo estaba siendo amable," protestó Jade. No podía actuar amistosamente con nadie, ni siquiera con un conductor de rickshaw, sin que Lotus se burlara de ella. Incluso un niño que apenas tenía la edad suficiente para estar en la escuela secundaria.

"¿Entonces puedo tenerlo?" preguntó Lotus, y Jade se encogió de hombros. "Bien, compartiremos. Parece lo suficientemente fuerte como para manejarnos a los dos. Oh, apuesto a que ambos podemos andar en su rickshaw toda la noche. . ." Entonces se echaron a reír.

* * *

"ME ALEGRO MUCHO DE QUE HAYAS VENIDO. ¿Qué le gustaría beber? Tengo un sake muy bueno. Además, un excelente coñac. Desarrollé un gusto por él cuando estaba haciendo mi gira europea, y ahora confieso que se ha convertido en una de mis cosas favoritas", dijo Ito Atsuo, soltando la mano de su amigo y acomodándose en el sofá con evidente placer. Mientras hablaba, hizo un gesto hacia la silla de respaldo alto frente a él, y Yamada Genzo se deslizó en ella con la manera cuidadosa de un invitado que visita la casa de un amigo por primera vez.

"Si es una de tus cosas favoritas, vamos a consentirte un poco". Yamada sonrió.

"¡Coñac entonces!" Ito exclamó alegremente y le hizo una seña a su sirviente, quien regresó sin decir palabra con la botella y los vasos de cristal en una bandeja. Los dos hombres saborearon las bebidas en silencio, para apreciar mejor su fragancia mezclándose con el fresco aroma de un tranquilo atardecer otoñal.

"Es muy bueno," dijo Yamada apreciativamente. Ito asintió, sonriendo. Tener un gusto excelente en todas las cosas (vino, comida, arte, muebles) era la principal fuente de su orgullo. Él, como todas

esas personas, creía que esa era la esencia de la sensibilidad y la comprensión. Esa era también la razón ostensible por la que Ito había invitado a Yamada a su casa, por primera vez en los años que habían estado trabajando juntos: iban a hablar sobre arte y admirar algunos artículos invaluables que Ito había comprado en los últimos meses. Desde que el padre de Ito murió, dejándole vastas propiedades que había adquirido en Corea, Ito había comenzado a coleccionar antigüedades en serio. Ahora, estaba sacando un celadón Koryo de alrededor del siglo XI, con la mirada astuta de quien hace una pregunta sabiendo la respuesta correcta.

"Es maravilloso", dijo Yamada honestamente. “Es verdaderamente uno de los mejores ejemplos de su tipo. Pero, ¿qué pasó aquí? Señaló la larga línea que iba desde el fondo hasta el hombro de la urna.

“Ah, esa grieta. Es imposible conseguir una antigüedad de esta época sin uno. Eso es de la pala del sepulturero, pero ¿quién puede culparlos? No es como si pudieran usar plumeros para perforar el suelo, solo para evitar golpear la porcelana. Ha sido reparado maravillosamente. Él sonrió, lleno de comprensión. “En realidad lo encuentro bastante emocionante. Mucho más emocionante que coleccionar algo que se ha guardado en un estudio de algún antiguo aristócrata. Imagina esto siendo enterrado con el rey de Koryo; y ahora puedo recuperarlo, mil años después”.

“Sí, eso es emocionante”, dijo Yamada, fingiendo aprobación. Solo el parpadeo de sus ojos y la forma deliberadamente cuidadosa en que dejó su vaso lo traicionaron.

“Y te encantará esto”, dijo Ito, guiando el camino hacia la siguiente habitación. En el suelo había un tigre gigante amarillo y negro que, de un vistazo, parecía un animal vivo. Tras una inspección más cercana, resultó ser solo una piel.

"¿Sabes cuánto pagué por esto?" Ito dijo con una franqueza inusual, y reveló una suma que excedía sus salarios anuales como coroneles. “Se están volviendo absurdamente caros hoy en día. Pero precisamente por eso compré uno. Una vez que las bestias estén realmente bien y se hayan ido, podría vender esto por veinte veces lo que pagué”.

“Fui a cazar tigres una vez”, dijo Yamada con una mirada distante en sus ojos. “Son las bestias más fuertes y más inteligentes que jamás hayas visto”.

“¡No digas! Se están volviendo tan raros estos días en la naturaleza. No he oído que nadie haya sido atrapado en los últimos

tres o cuatro años. En los próximos años, solo los veremos en el Zoológico del Palacio ChangGyeong".

En ese momento, Ito volvió la cabeza hacia la puerta, donde su hermana estaba parada y lanzando miradas tímidas.

"Adelante, Mineko," dijo Ito cálidamente, y la joven entró en silencio. Yamada se levantó y los dos intercambiaron reverencias. A diferencia de su apuesto hermano, ella era sencilla e incluso poco atractiva. Pero sus ojos eran bonitos y amables, mientras que los hermosos ojos de su hermano eran fríos y egoístas. Al igual que los dos hombres y otros miembros de la más alta nobleza japonesa, vestía ropa occidental, un vestido holgado de satén rosa pálido que la hacía parecer aún más blanca. Se paró al lado de Yamada, sonriendo tímidamente.

"¿Así que estabas diciendo?" Ito se volvió hacia Yamada, quien estaba registrando que la reunión estaba diseñada para que él conociera a esta joven. "¿Lo mataste?"

"No, apunté y le disparé, junto con todos los demás. Estaba herido en la pierna, pero huyó", dijo Yamada, notando por primera vez que esperaba que el tigre hubiera sobrevivido.

"Ah, lástima. No te sientas mal. Probablemente murió en el bosque de todos modos, y eso es lo mismo que matarlo. Lo cual es más valioso que simplemente comprar una piel con dinero", le aseguró Ito. Mineko asintió con la cabeza y luego salió cortésmente de la habitación.

VINO UN SIRVIENTE para guardar las antigüedades una por una, y los hombres sirvieron y bebieron más coñac.

"Yo era, con mucho, el hijo favorito de mi padre", dijo Ito, tomando un sorbo de su bebida. "Siempre me compadecí de Mineko porque ella no recibió ninguno de sus afectos. Me sentí muy protector con ella".

"Ella parece agradable".

"¿En realidad? Me alegra saber que te causó una buena impresión". Ito sonrió. "¿Qué otra cosa?"

Yamada se encogió de hombros. "No la conozco muy bien, la acabo de conocer."

"Genzo, sabes que no me importan mucho las mujeres", dijo Ito, cambiando a un tono muy sincero y sincero. "Me gustan los bonitos, sí. Aprecio su apariencia, incluso sus cualidades individuales. Son como antigüedades, ¿sabes? Pero a diferencia de las antigüedades, su valor disminuye con el tiempo, al menos desde mi punto de vista. Sucede sin falta. Y, sin embargo, ves cómo me estoy sometiendo a los

caminos del mundo". Ito se recostó en su silla y tomó otro trago de su vaso. "Me voy a casar con la hija del Conde H. La he visto solo dos veces".

"¿Te felicito?" Yamada preguntó irónicamente, e Ito se rió.

"Sí, supongo. Es una gran alianza. Padre habría estado muy contento. Pero esto se trata de ti, Genzo. ¿Qué piensas de mi hermana? Tienes que casarte en algún momento. Tu padre probablemente te lo dijo. Y Mineko, ella es educada y agradable, sin mencionar rica. Va a ser una esposa buena y obediente, y me gustaría verla casarse con alguien como tú.

Yamada no respondió, eligiendo observar el interior de su taza en su lugar. De hecho, Ito Mineko fue al menos tan bueno como los otros partidos que su padre había mencionado, si no mejor. En los últimos años, el coronel Yamada había descubierto que cómo debería sentirse a menudo difería de cómo se sentía. Le preocupaba que esto lo estuviera reteniendo y debilitándolo. Como prueba de su fuerza de voluntad, se acostumbró a hacer lo que no le atraía en lo más mínimo. Se aplicó en las celdas de la cárcel, administrando personalmente latigazos a los más insidiosos rebeldes, con la convicción de un atleta que se ejercita vigorosamente, creyendo que con el tiempo se hará más fácil y dejará su cuerpo más fuerte. Por lo tanto, a pesar de no estar para nada interesado en Mineko como mujer o incluso como persona, Yamada respondió sin emoción: "Bien, me casaré con ella".

"¡Excelente! Un brindis entonces. A nuestras familias", dijo Ito y chocaron sus vasos. Sin embargo, Yamada no estaba sonriendo.

"Genzo, no te veas tan tenso. ¿Sabes cómo es el matrimonio? Ito bajó su vaso y chasqueó los labios. "El matrimonio es una casa. Lo construyes para poder criar a tus hijos. Pero un hombre no está encerrado dentro. Puede ir y venir cuando le plazca. Es tan imposible para un hombre estar confinado en su matrimonio como lo es para él no salir nunca de su casa". Se reclinó en su silla, disfrutando de su suavidad y el brillo brumoso del licor.

13

Izquierda y derecha

1925

JUNGHO COMENZÓ A VISITAR A JADE EN CASA CASI TODOS LOS DÍAS, AUNQUE por solo diez minutos. No quería que ella se cansara de él y trató varias veces de mantenerse alejado por un tiempo. Sin embargo, cuando regresaba, Jade siempre le preguntaba dónde había estado con tanto entusiasmo como cuando eran pequeños compañeros de juegos. Con alivio, JungHo se sentiría autorizado a visitarlo regularmente una vez más.

De vez en cuando se quedaban en casa y conversaban mientras tomaban una taza de té de crisantemo en la sala de estar. Otras veces, salieron a caminar, yendo hacia el norte a lo largo del Zoológico del Palacio ChangGyeong y continuando casi hasta la Gran Puerta Este antes de dar la vuelta. Fue en uno de estos paseos que Jade reveló algo aterrador. Llevaba un conjunto nuevo de chaqueta y falda a juego con ribetes de hilo dorado y piel de conejo gris. Cuando JungHo comentó al respecto, ella dijo con indiferencia: “Oh, fue un regalo”.

JungHo sabía que estaba siendo horrible, pero no podía dejar de preguntar: "¿De la tía Dani?"

"Ah, no". Jade se rió. “De este hombre. Es un hijo de millonario en Gyeongju”. Le tocó el brazo suavemente y agregó: "Es bastante aburrido y ronca".

JungHo no sabía qué decir a eso. El resto de la caminata transcurrió casi en silencio. Por primera vez, él la dejó sin querer prolongar su encuentro. ¿Cómo pudo haber sido tan tonto como para creer que era algo más que un amigo, un viejo compañero de juegos de aquellos tiempos?

Se dio cuenta de que por eso se sentía tan libre con él, porque nunca pensó en él como un hombre. Incluso su costumbre de rozarle el brazo para demostrar algo era solo una muestra de afecto; no estaba

realizando un acto de seducción como lo hacía con otros hombres. Para ser visto como uno de ellos, era necesario que él se hiciera rico, no para comprarla, sino para ganarse su respeto. Esta idea fue una revelación: hasta este punto, JungHo solo se había centrado en la supervivencia y la comodidad mínima. Ahora entendía por qué la gente que tenía suficiente para comer estaba tan obsesionada con el dinero. No era tanto lo que podían comprar con él, sino la validación que anhelaban.

Una vez que se decidió, JungHo llevó a Loach a dar un paseo. Por costumbre, se dirigieron al puente sobre el canal. El sol teñía de rosa las nubes del oeste y las luces comenzaban a iluminar las ventanas de los edificios azulados. Los coches pasaban detrás de ellos por el puente. Frente a ellos, una bandada de gorriones saltó de una línea eléctrica y se fue a casa al cielo de la tarde, hablando de su día.

"¿Cómo podemos hacernos ricos, Loach?" JungHo preguntó a quemarropa. Incluso cuando las palabras salieron de su boca, se dio cuenta de que sonaba desesperado e ignorante, pero se tragó su orgullo.

"¿Quieres hacerte rico?" Loach sonrió con su sonrisa astuta.

“Bueno, ¿quién dice que tenemos que seguir así por el resto de nuestras vidas?” JungHo hizo bolas con sus manos y las golpeó contra la vieja barandilla de piedra. “Estafar negocios por comida gratis y algo de dinero, ¿eso es todo lo que hay? Esto no puede seguir así”.

"Sabes, hay una manera", dijo Loach con repentina seriedad. "Sabes que todo Seúl está dividido en izquierdistas y derechistas".

JungHo había escuchado la charla enojada en las calles, pero no tenía idea de qué significaba o cómo lo afectaría. Los titulares de los periódicos de toda la ciudad no significaban nada para él, ya que no sabía leer.

“Los comunistas, eso es de izquierda. Y los Nacionalistas, eso es a la derecha. No es realmente importante quién cree qué. . . Pero ambos grupos necesitarán hombres para la protección y otros trabajos en los que no pueden participar directamente. ¿Sabes que estoy diciendo?"

“Sí”, dijo JungHo, aunque solo estaba vagamente consciente de toda la situación.

“Entonces, lo que debemos hacer es simplemente averiguar qué partido está dispuesto a pagarnos más, jurar lealtad y ayudarlos a hacer su trabajo”.

“¿Con quién podemos hablar? No conozco a ninguna de estas personas”, dijo JungHo tímidamente.

"No te preocupes por eso". Loach sonrió. “Da la casualidad de que ya he estado en contacto con un pez gordo entre los comunistas. Fue uno de los miembros fundadores del Partido Comunista de Koryo que comenzó en Shanghai. Este tipo es increíblemente rico y también está conectado, así que si trabajamos para él, todos encontraremos una mina de oro, ¿me oyes? Te llevaré a conocerlo, su nombre es Lee MyungBo”.

* * *

LA CASA DE MYUNGBO EN PYEONGCHANG-DONG era una villa tradicional envuelta en viejos muros de piedra, sobre los cuales se divisaban desde el exterior las partes superiores de un par de árboles. Sus ramas eran conmovedoramente delgadas y sin hojas, pero cargadas de caquis que brillaban como rubíes a la luz de la luna. Las puertas exteriores rematadas con baldosas de cerámica se elevaban doce pies de altura, lo suficientemente altas y anchas como para que el dueño de la casa pudiera permanecer en su carruaje al entrar a su hogar, un privilegio solo para la nobleza más alta. Esta era solo una de las casas ancestrales de la familia que MyungBo había heredado tras la muerte de su padre en 1925. Cuando el padre sin amor se atragantó con una espina de pescado en el desayuno, MyungBo de repente pasó de tener que importunar a sus amigos a ser el dueño de vastas propiedades con un ingreso anual de trescientos mil wones.

Cuando JungHo atravesó esas imponentes puertas exteriores, se dio cuenta de que estaba tan fuera de su elemento que bien podría estar en el mismo Palacio Imperial. Estaba asombrado por los detalles que MyungBo consideraría más modestos y sin pretensiones, como el agradable olor a humedad de los libros antiguos que cubrían las estanterías, los aparadores con incrustaciones de nácar y las porcelanas antiguas sin adornos pero claramente invaluables. Sobre las urnas había una fotografía enmarcada de un extranjero calvo con bigote y perilla puntiaguda. En todas partes, había moderación de buen gusto y elegancia caballerosa que hizo que JungHo se sintiera avergonzado de estar pisando el piso impecable con sus calcetines gastados.

“No te pongas nervioso,” susurró Loach mientras esperaban a MyungBo en la biblioteca.

“Estoy bien”, dijo JungHo, apretando los puños por reflejo. “¿Por qué estaría nervioso? Puede que sea rico, pero no es más que un ser humano que come y caga, igual que tú o yo. Como siempre, sus

palabras salieron mucho más ásperas que sus pensamientos. No podía hablar suavemente, al igual que no sabía cómo golpear suavemente.

Se oyó un crujido al otro lado de la puerta, seguido de un carraspeo. "¿Puedo pasar?" MyungBo preguntó, justo antes de abrir la puerta y entrar a la biblioteca, sonriendo tranquilamente.

“Lamento mucho haberte hecho esperar. Estaba en mi cámara reuniéndome con algunos de nuestros camaradas. Y he traído té y algo de fruta, ya que mi mujer no se encuentra bien —dijo, poniendo una bandeja sobre una mesita. "Todavía tenemos sirvientas y un ama de llaves, aunque trato de dejarlos descansar cuando es tan tarde como ahora". Una vez que dejó la bandeja con sus tazas de té y un plato de caquis, le hizo una reverencia a JungHo. “Mi nombre es Lee MyungBo, pero por favor, llámame camarada Lee”, dijo. JungHo fue tomado por sorpresa, ya que ningún caballero lo había mirado directamente a los ojos, y mucho menos le había ofrecido un saludo tan cortés, como si fuera un igual. Cuando JungHo devolvió la reverencia con torpeza, MyungBo saludó a Loach con un cálido apretón de manos y dijo: “Es genial verlo de nuevo, Sr. Loach”.

Antes de la reunión, Loach le había explicado a JungHo cómo conoció a MyungBo. Un día, Loach y algunos de los otros estaban dando vueltas por sus establecimientos y entraron en una pequeña tienda de fideos donde MyungBo estaba almorzando. Cuando Loach estaba exigiendo la tarifa de protección del comerciante, MyungBo se acercó a ellos y les dijo que pagaría lo que pidiera Loach, y también compraría el almuerzo del grupo si se sentaban con él.

En este punto, Loach y el resto de los seguidores de JungHo estaban acostumbrados a golpear a cualquiera que se resistiera a su "recaudación de impuestos" o intentara amonestarlos. Pero algo en la sonrisa tranquila de MyungBo y su comportamiento modesto pero digno evitó que incluso el más grosero de ellos atacara. Se sentaron a comer y MyungBo les preguntó si sus padres vivían y dónde estaban sus lugares de origen. Obtuvo historias de los más brutales. Para cuando terminaron con su sopa de fideos, MyungBo les estaba contando sobre una sociedad que cuidaría de sus huérfanos y los pobres, y nunca dejaría que nadie muriera de hambre.

“Es el hambre lo que es malo, nunca la persona”, había dicho MyungBo, mirando a su alrededor con ojos tan puros y bondadosos que todos cayeron en un silencio al que no estaban acostumbrados. Después, Loach había asistido a algunas reuniones en la casa de MyungBo, donde una docena de hombres e incluso algunas mujeres se

sentaron juntos y hablaron sobre esta cosa llamada comunismo.

Esa noche, MyungBo nuevamente comenzó preguntando sobre la ciudad natal de JungHo y si sus padres aún vivían. JungHo se moría por resistirse a responder las preguntas de este caballero, pero descubrió que no podía: MyungBo era simplemente demasiado genuino y amable para rechazarlo de manera tan grosera.

"¿Cuántos años tiene, Sr. JungHo?" preguntó Myung Bo.

“Tengo diecinueve años,” respondió JungHo, sonrojándose bajo su bronceado. Era consciente de lo joven y verde que le parecía a MyungBo, quien de otra manera no habría hecho esa pregunta.

“Recuerdo bien esa época. Se siente como ayer. . .” MyungBo cerró los ojos y suspiró. Había un tinte de tristeza en su sonrisa, pensó JungHo. “Los jóvenes deben tener sueños, Sr. JungHo. ¿Qué es lo que quieres en la vida?”

"Deseo . . .” Jung Ho vaciló. En lo que inmediatamente pensó fue en Jade, cómo se veía ese día en la colina mientras contaba la historia del guijarro. Pero no iba a compartir su debilidad secreta con este extraño, especialmente frente a Loach. En cambio, dijo: “Quiero ser rico”.

En el momento en que se pronunciaron las palabras, JungHo se dio cuenta de que había dicho algo incorrecto. El rostro dulce y confiado de MyungBo se tornó melancólico, y para ocultarlo levantó su taza de té de crisantemo a sus labios. La mano delgada y llena de cicatrices temblaba como si perteneciera a un hombre mucho mayor. Después de unos momentos de silencio, MyungBo reanudó.

"Señor. JungHo, ¿qué hizo tu padre?”

“Era un soldado en el Ejército Imperial, antes de que se disolviera. Después de eso, fue arrendatario. . . Y cuando ya no pudimos pagar el alquiler de la finca, se fue a cazar”. JungHo no había pensado en su padre durante mucho tiempo. Metió la mano en el bolsillo interior de su chaqueta y discretamente buscó la bolsa con la pitillera y el anillo, como era su costumbre cuando deseaba sentirse reconfortado.

“Tu padre tenía la profesión más noble del mundo. Ya sea de la agricultura o de la caza, vivía de la tierra a través del trabajo duro y honesto”. MyungBo ya se veía menos melancólico. “Y eso es lo mismo con estos dueños de restaurantes y comerciantes también. ¿Qué diría tu padre si supiera que estás amenazando y robando dinero de estas personas sencillas, que solo están tratando de sobrevivir? Perdóname si sueno presuntuoso, pero yo también tengo la edad suficiente para ser tu padre.

JungHo fulminó con la mirada a su anfitrión, repentinamente la crueldad se elevó en sus ojos. “Mi padre era tan honesto que se murió de hambre. Cuando murió, no había comido nada en tres días, excepto un poco de agua tibia con salsa de soya. Esa era la 'sopa' de nuestra familia, Sr. Rich Man. ¿Cómo te atreves a sermonearme sobre la honestidad y la sencillez? No tienes derecho." Aunque JungHo sabía que en realidad no atacaría a este amable y bien hablado caballero, instintivamente apretó los puños. Loach alargó la mano y le tocó la manga, como para calmarlo.

“Lo siento, Sr. JungHo”, concedió MyungBo gentilmente, sorprendiendo al joven. “Es verdad, no tengo ningún derecho. Has hecho lo que tenías que hacer para sobrevivir. Pero si tuvieras la oportunidad de vivir honestamente y prosperar, ¿no preferirías eso?

“Te pregunté sobre tu deseo en la vida. Te diré la mía”, continuó. “Mi primer sueño es la independencia de nuestro país. Mi segundo sueño es que todo nuestro pueblo tenga suficiente para comer y prosperar y vivir como debe ser un ser humano. Una sociedad justa y justa donde nadie sea desamparado. Y un sueño no es posible sin el otro. . .”

MyungBo volvió a cerrar los ojos; esta fue la revelación que lo había transformado y ocupado desde que fue liberado de prisión en el verano de 1921. Había tomado el primer barco a Shanghái, el bastión de activistas expatriados de todas las facciones políticas.

Aunque todos habían arriesgado sus vidas por la misma causa, MyungBo descubrió rápidamente que desconfiaba de muchos de sus compañeros activistas. Antes de su tiempo en prisión, había reservado su desprecio para aquellos que eran codiciosos de dinero o de prestigio. (SungSoo había pertenecido a este campamento, aunque en memoria de su amistad temprana, MyungBo no pensaba esto, excepto en el rincón más oculto de su mente). En Shanghái, se sorprendió al descubrir que para algunas personas, una motivación aún más fuerte era poder. También notó que estos activistas hablaban de Warren G. Harding como si fuera un pariente rico y querido que algún día podría legar una herencia escandalosa, con una deferencia impropia y una expectativa ansiosa. Un grupo de ellos fue a Washington, DC, para suplicar directamente al presidente y le pidió a MyungBo que los acompañara; pero nunca pudo olvidar cómo el consulado estadounidense prometió ayuda y no entregó nada. En cambio, se unió a un grupo de socialistas y tomó el tren Transiberiano a Moscú para suplicar a Rusia.

Aunque había pasado los quince años anteriores atravesando tierras extranjeras, MyungBo no era un viajero nato. Pero como todos aquellos que tienen poesía en sus corazones, estaba hipnotizado por los tramos salvajes de las estepas mongolas, salpicadas de ponis peludos que pastaban en la hierba helada. Las flores púrpuras y amarillas sin nombre se mecían en los páramos barridos por el viento, levantando sus caritas sencillas hacia el cielo abierto, y nada podría haber sido más glorioso. Mientras el tren serpenteaba por las orillas del lago Baikal, sus aguas insondablemente antiguas y azules lamían los acantilados, y las montañas se elevaban con el amanecer rosado y se inclinaban hacia la oscuridad al caer la tarde, MyungBo apartó los ojos de la ventana e incluso se quedó dormido con la cabeza. cabeza balanceándose contra el cristal. Al darse cuenta de su entusiasmo, uno de los socialistas le dijo: "Rusia es verdaderamente un gran país. Tiene más belleza que China, que es muy grande, y más grandeza que Corea, que es muy hermosa. Si este paisaje es una indicación de su espíritu, seguramente nos ayudarán".

Rusia era, sobre todo, un país enorme, y el tren se mantuvo en movimiento durante diez días y diez noches. MyungBo, todavía muy frágil, ocultó a los demás la frecuencia con la que no podía retener la comida o se sentía débil por el agotamiento. Pero en Moscú fueron ampliamente recompensados con una reunión privada con Lenin, quien les dio una calurosa bienvenida y les prometió una generosa financiación de seiscientos mil rublos.

Exactamente al mismo tiempo, los delegados a Washington se encontraron con un tipo de recepción completamente diferente. Harding estaba entonces ocupado dividiendo Asia y el Pacífico con los japoneses: Estados Unidos colonizaría Filipinas y, a cambio, dejaría que Japón tomara Mongolia de China y Siberia de Rusia. Washington no iba a enojar a su nuevo aliado alentando a algunos rebeldes que exigían la independencia. Los delegados coreanos regresaron a Shanghái sin ni siquiera una reunión de cortesía con un funcionario de bajo rango.

Así fue como MyungBo se convenció de que Rusia era la única solución a los dos males de su mundo. Corea se independizaría con la ayuda de Rusia y crearía una sociedad justa y próspera para todos basada en el comunismo. Eso erradicaría tanto al gobierno colonial japonés como a la avariciosa clase terrateniente, que eran las dos causas principales del sufrimiento del pueblo. Y en cuanto a Estados Unidos, algunos de sus habitantes eran buenos y honorables. Pero a

pesar de toda la cháchara sobre la paz y la justicia mundiales, Estados Unidos era una potencia colonial codiciosa no mejor que Japón.

MyungBo no podía explicarle todo esto a JungHo, sin educación como era. Pero estaba claro que era inteligente a su manera, habiendo sobrevivido a lo impensable mientras dirigía a sus subordinados, que le eran tan leales como una manada de lobos. MyungBo siempre había confiado en las primeras impresiones, y vio algo muy raro en el rostro sencillo y anodino de JungHo. Era la cualidad exacta que MyungBo buscaba más en las personas: honestidad.

MyungBo había estado fascinado durante mucho tiempo por cómo casi todos se consideraban honestos. Las personas eran maravillosamente inteligentes y sutiles cuando necesitaban racionalizar sus acciones, y tan ingeniosas que ni siquiera se daban cuenta de que se estaban engañando a sí mismas. Pero JungHo de alguna manera era diferente. El joven obviamente era capaz de lastimar a la gente sin siquiera detenerse a respirar. Había muy poco en el camino de controles y equilibrios en él. Pero nunca traicionaría a la gente, y esa era la razón principal por la que parecía tan diferente a casi todos los demás. Esta franqueza, combinada con su energía cruda y compulsiva, fue la razón por la cual los seguidores acudieron en masa a JungHo y le confiaron sus vidas.

MyungBo se enderezó, respirando profundamente. “¿Ha oído hablar de Rusia, Sr. JungHo? Aunque se siente muy lejos, nuestro país comparte una frontera con él en el norte”.

“Soy del norte, por supuesto que lo sé”, dijo JungHo. “He conocido a algunos yanquis y chinos, pero nunca a nadie de Rusia. ¿Se parecen a nosotros o a los yanquis?

"Eso depende. Cuando fui a Rusia, vi muchas personas que parecían orientales y tenían la piel dorada y el cabello negro, no muy diferente de nosotros, y otras que parecían europeas, con grandes ojos azules y cabello claro”.

“Ese tipo barbudo allá arriba.” JungHo señaló la fotografía enmarcada en la pared. “Se ve un poco extraño, casi mitad oriental y mitad europeo. ¿Es ruso?

"Ah, sí." MyungBo sonrió con tristeza. “Él es ruso, y tuve el honor de conocerlo en Moscú antes de que falleciera. Su nombre era Vladimir Lenin. Tendré que contarte más sobre él la próxima vez que lo visites. Pronto espero."

“Maestro Lee, puedo ver que es una buena persona, realmente lo veo”, dijo JungHo, sacudiendo la cabeza. “Pero no estoy tratando de

salvar al país, ni a nadie más, en realidad. ¿Qué tiene eso que ver conmigo? Es la nobleza como tú la que nos ha traído hasta este punto, así que puedes descubrir cómo sacarnos de este lío. Solo me importa cómo mis hermanos y yo podemos ganar algo de dinero".

MyungBo suspiró, descansando sus ojos en el aparador y ordenando sus pensamientos. "La gente piensa que quiere dinero, pero en general encuentro que en realidad quieren algo más", dijo lentamente, pensando en SungSoo y otros hombres ricos en sus círculos. "Dicen que ser ricos es su objetivo, porque les parece más seguro admitirlo que lo que realmente desean. . . ¿Entiendes lo que quiero decir?"

Con asombro, JungHo miró el rostro curtido pero atractivo de su anfitrión. El joven se sonrojó de nuevo, esta vez al descubrir su más profundo secreto.

"También puedo ver que usted es una buena persona, Sr. JungHo", continuó MyungBo. "Si tú y tus amigos trabajaran para mí y mi causa, no puedo garantizar que te harás rico, pero es probable que obtengas todo lo que realmente necesitas para ser feliz. Y eso no es algo que el dinero pueda comprar".

Con la última palabra de MyungBo, la imagen de Jade volvió a brillar ante los ojos de JungHo. Estaba sorprendido de cómo todo lo que decía MyungBo tenía tanto sentido. No el comunismo, Rusia, Japón o Corea, ideas y mapas que no tenían nada que ver con él, sino alcanzar la verdadera felicidad. En el fondo de su corazón, JungHo solo deseaba compartir su vida con alguien que lo amaba. Sin haberlo explicado, sintió que MyungBo apreciaría e incluso respetaría este deseo. Nunca se había sentido tan comprendido por nadie, y mucho menos por un extraño al que acababa de conocer por primera vez. Si alguien tan genuino, inteligente y poderoso como MyungBo no pudo llevarlo a lo que él quería, nadie más podría hacerlo.

"Entonces, ¿qué es lo que tienes que hacer para convertirte en comunista?" preguntó Jung Ho.

14

Algunos hombres son buenos y otros son malos

1925

DESPUÉS DE QUE CAYÓ EL TELÓN, JADE REGRESÓ A SU VESTIDOR y se sentó en el sofá acolchado, rodeada de flores. Se sentó muy quieta y pesada durante unos minutos, languideciendo en la fatiga que la alcanzaba al final de cada actuación. Reuniendo un poco de energía, tiró de la cinta de su ceñida blusa tradicional y se la quitó de los hombros. Desatar la chima que presionaba su pecho le permitió inhalar profundamente y, sintiéndose más relajada, arrancó una rosa del ramo más cercano y aspiró su fragancia.

Era la primera semana de La historia de ChunHyang. Jade interpretó a la heroína, una cortesana del siglo XVII que se enamora del hijo de un magistrado local. Después de mucho sufrimiento, terminan casándose a pesar de la diferencia de clase. Aparentemente, todo Seúl estaba hablando de la obra, y los periódicos prodigaron elogios por su actuación. La primera vez que vio su fotografía junto a una reseña casi gritó de alegría; nunca había soñado con tanto éxito, tal vez para Lotus, pero nunca para sí misma. Todas las noches, su camerino se llenaba de flores frescas que contenían mensajes ocultos de sus admiradores. Jade notó que había una pequeña nota doblada metida en el ramo de rosas rojas. Todavía sosteniendo la única flor en su nariz con la mano izquierda, sacó la nota con la derecha y comenzó a leerla rápidamente.

"A la mejor actriz de Seúl, junto a la cual estas rosas se sonrojarían aún más carmesí. . . Porque eres más hermosa que cualquier flor. . . Oh, es del Sr. Yoo. ¡Qué terrible y divertido! Jade se rió para sí misma, recordando al dueño de la fábrica de acero con sus trajes de ventana y anteojos redondos. Su cabello siempre estaba engomado y peinado hacia atrás, aún mostrando las crestas de la peineta, y tanto su aliento

como sus dientes tenían el desagradable olor a tabaco. Él le había estado enviando regalos durante meses, como muñecas de porcelana francesa pintada, una caja de trufas de chocolate y un peine de oro muy bonito con joyas. Debido a que era tan rico, Jade había asumido que las piedras preciosas en el peine eran reales. Pero Dani, que solo guardaba y lucía las joyas más finas, solo necesitó una mirada para saber que eran pasta. "Esto es solo vidrio coloreado", había dicho secamente, sin darse cuenta de la vergüenza de Jade y sus sentimientos extrañamente heridos. Posteriormente, Jade devolvió cada uno de los regalos del Sr. Yoo y nunca respondió ninguna de sus cartas.

"¡Casada y treinta años mayor que yo, por supuesto!" murmuró para sí misma, doblando la nota sin pensar y tirándola a un lado. Junto a las rosas había otro ramo mucho más pequeño de cosmos morado y blanco.

“Sin nota. Me pregunto—” pensó Jade, sonriendo felizmente a las flores. Ninguno de sus mayores admiradores de la calaña del Sr. Yoo habría enviado algo sin nombre. Sintió que podía adivinar quién tenía que ser, este joven tímido que la adoraba desde lejos. Mientras se sumía en un sueño, la puerta se abrió con un crujido y entró un hombre. Llevaba un uniforme de oficial de color caqui.

“Te ves muy bien esta noche,” dijo el coronel Ito, sonriendo como si Jade se sintiera agradecida por tal cumplido. “No, ¿por qué te pones la ropa? Me gustas más sin ellos. Se rió cuando Jade se enrolló la falda sobre el pecho con una mirada altiva.

“Puedes venir a ver mi actuación en el teatro, pero te ruego que no me visites en ningún otro lugar, especialmente en mi camerino. Ya te lo he dicho muchas veces —respondió Jade en japonés, pasando los brazos por las mangas de su blusa y atando las cintas.

“Al contrario, no planeo ver la obra nunca. Me aburriría, y puedo verte mucho mejor aquí”, dijo, desabrochando el botón superior de su uniforme con la mano derecha. Cruzó el pequeño vestidor en sólo dos zancadas y se sentó en el sofá, abriendo cómodamente los muslos. Jade se levantó en el mismo momento, pero Ito la agarró del brazo y tiró de ella a la fuerza para que quedara de pie frente a él.

"Y puedo tocarte aquí", dijo en voz baja, quitándole la blusa y tirando hacia abajo de su falda, revelando sus pechos de color marfil. El olor floral y acre de la piel femenina llenó su nariz, y deseó enterrarse en él. Extendió una palma bronceada sobre cada pecho y apretó, moviendo las manos en un movimiento circular y sintiendo

que se ponía duro. Justo cuando sus labios cayeron hambrientos sobre su piel desnuda, Jade se apartó con fuerza animal.

Una sonrisa indulgente brilló de nuevo en el rostro egoísta de Ito. “Me encanta la pelea que tienen las chicas de Joseon. . . Es mucho más divertido”. Envolvió su brazo izquierdo alrededor de su cintura y la encerró. Su mano derecha alcanzó debajo de su falda, viajó entre sus muslos y presionó con urgencia el cálido y húmedo montículo triangular, cubierto solo por la ropa interior de muselina.

"¡No me toques!" Jade gritó y balanceó su brazo, abofeteándolo en la cara con un fuerte golpe. Apenas pareció darse cuenta, solo apretó su agarre sobre ella. Golpeó su espalda frenéticamente con sus manos y finalmente lo mordió en la musculosa parte superior de su hombro derecho.

"¡Perra!" gritó mientras la soltaba. Giró hacia el extremo opuesto del vestidor, juntando las manos sobre la falda desabrochada. Parecía asustada por lo que había hecho.

“Podría hacer que te arresten por esto”, comenzó Ito, recostándose en el sofá y respirando con dificultad. Pero no lo haré, mientras pases una noche conmigo. Incluso podrías divertirte.

"Nunca", dijo Jade en voz baja, con los brazos aún cruzados sobre su cuerpo. No te tengo miedo —añadió, aunque le temblaba la voz.

"Bien. ¿Qué es lo que quieres? ¿Quieres flores como estas? Ito señaló sarcásticamente los ramos de flores. ¿O es dinero o joyas? Nadie ha acusado aún a Ito Atsuo de avaricia. Estoy dispuesto a pagar un precio justo”.

“No hay cantidad de dinero que puedas pagar para acostarte conmigo,” dijo Jade, lo cual era cierto a medias. Le había pagado el costo de su entrenamiento y pensión a Dani y la tarifa de baja al gremio, y no tenía el tiempo ni la necesidad de entretener en las fiestas. Ganó mucho dinero actuando, pero también aceptó obsequios de hombres que pueden o no eventualmente intimar con ella. Pero al igual que otras actrices y cortesanas célebres, nunca estuvo a la venta para cualquiera con dinero.

Ito, frustrado por su obstinación y todavía en ese estado desesperado de excitación, se desabrochó los pantalones. "Solo mírame, entonces". Empezó a acariciarse, con la otra mano agarrando el reposabrazos. Jade se quedó mirando y luego desvió la mirada cuando él agarró su blusa de seda, la hizo una bola como un trapo y llegó al clímax en ella.

Ito se recostó en el asiento durante unos minutos, con los ojos en

blanco en un momento y cerrándose al siguiente, respirando con dificultad como si acabara de correr. Cuando se recobró y se abrochó los pantalones, se oyó un sonido de pasos fuera de la puerta.

"¿Que te está tomando tanto tiempo? ¿Puedo entrar?" Lotus dijo mientras entraba, vistiendo su ropa de calle. Al encontrar a Ito y Jade en su estado de desorden, se sonrojó y desvió la mirada. Sin preocuparse por las mujeres, Ito se levantó con calma, se sacudió el largo de las mangas y salió sin decir una palabra.

"¿A qué se debió todo eso? ¿Estás bien?" preguntó Lotus, poniendo su brazo alrededor de Jade.

"Estoy bien. Solo necesito irme a casa", respondió Jade, temblando. Se vistió con su ropa de calle y salieron juntos por la salida lateral, donde los esperaba HanChol con su rickshaw. Desde la noche de su actuación benéfica, se había convertido en su conductor favorito; Jade se aseguró de hacerle saber a dónde tenía que ir a continuación, se dirigió a él cortésmente como si fuera su igual y siempre pagó al menos tiempo y medio, si no más. Pero ahora deseaba que la dejaran sola, incluso él. Podía sentir las huellas de las manos de Ito convirtiéndose en moretones en su piel como uvas trituradas.

"¿Se encuentra ella bien? ¿La señorita Jade está enferma? preguntó HanChol, y ella giró la cabeza y no dijo nada.

"Simplemente se asustó un poco, eso es todo", dijo Lotus. "¿Puedes llevarnos a casa rápidamente?"

HanChol asintió y ayudó a las jóvenes a subir al carruaje. Cuando estuvo frente a ellos, echó un vistazo atrás y vio que Jade estaba llorando. Trotó rápidamente a su villa, aunque era tarde en la noche y había tenido un largo día. Cuando llegaron a casa, las mujeres salieron sin sus bromas habituales y desaparecieron por las puertas.

Era tan diferente de cómo HanChol había imaginado que sería la noche, y estaba exhausto por la decepción. Había pensado que ella le preguntaría si le había enviado las flores cosmos, para las que había ahorrado centavos aquí y allá durante una semana. Había planeado finalmente decirle lo que sentía por ella. En cambio, estaba enfermo por la preocupación por ella y, al mismo tiempo, extrañamente regocijado por su propia preocupación, porque lo hacía sentir más profundamente como un humano. En el resto del tiempo, solo estaba pensando en qué hacer a continuación para sobrevivir y salir, insensible a cualquier emoción. Preocuparse por Jade fue la única vez que sintió tanta dulzura junto con el dolor.

JADE Y LOTUS CRUZARON el jardín y entraron en su pabellón. En

lugar de ir a su propia habitación, Lotus siguió a Jade y comenzó a prepararle la colcha.

"Aquí, túmbate debajo de las sábanas", dijo Lotus, acariciando la almohada. "¿Quieres que duerma aquí esta noche?"

Jade se metió en el catre y asintió. Lotus fue al baúl de la ropa blanca y sacó otro catre. Lo puso junto al de Jade, se desnudó, se quitó las horquillas del moño y peinó su larga y lustrosa melena negra, todo ello con la misma energía robusta y tranquilizadora que siempre irradiaba. Luego desabrochó las horquillas de Jade y le cepilló el cabello, sintiéndose tan tierna y protectora como cuando eran niñas peinándose cada noche.

Una vez que terminó, Lotus se deslizó en su cubrecama y murmuró: "¿Deberíamos quitarnos el maquillaje? Estoy tan cansado . . ."

"Yo también," dijo Jade, con los ojos cerrados. Ya estaba sedada por la influencia de su mejor amiga.

"¿Qué hizo ese bastardo japonés? Él no te obligó, ¿verdad?

"El intentó . . . y lo mordí", dijo Jade, y Lotus se echó a reír.

"Esa técnica no estaba en el libro de jugadas de cortesana de la tía Dani. Pero tal vez debería haber sido", dijo.

Entonces Jade también sonrió en la oscuridad, como si fuera una historia divertida, después de todo. Observándola, Lotus se sintió orgullosa de su habilidad para convertir incluso los eventos más horribles en cosas de las que reírse. La gente pensaba que era naturalmente graciosa, tal vez un poco vulgar, pero en verdad, lo hizo por sus amigos. ¿Quién los hizo reír cuando había violaciones, asesinatos y miseria en todos los rincones de este mundo oscuro? Solo ella lo hizo.

"Era bastante guapo, ¿por qué no dejaste que sucediera?" Loto continuó. "No tienes que ser un dechado de virtudes, como una dama de alta cuna. Al final del día, cuando se apagan las luces, todos los hombres son iguales. Japoneses, coreanos, todos son viles". Aunque nunca lo diría en voz alta, no pensó que ella misma se habría negado a hacerlo.

"Lo odio," dijo Jade apasionadamente. "Él cree que puede tener a cualquier mujer y hacerle cualquier cosa a las mujeres, y ellas lo aceptan como algo natural porque es poderoso y rico y no es desagradable a la vista. Bueno, yo no soy uno de ellos. Despertada por completo, giró la cabeza para mirar a Lotus. El blanco brillante de sus ojos parecía azulado en la oscuridad.

“Lotus, ¿cómo puedes olvidar lo que le hicieron a tu hermana? ¿Qué pasa con Hesoon? Nunca dejaré que un bastardo japonés me toque mientras tenga la fuerza para luchar.” Lotus se preguntó cuándo exactamente su amiga se volvió tan obstinada: cuando eran niñas, Jade siempre había querido seguir su ejemplo. Solo mientras crecía se volvió tan terca con sus gustos y aversiones.

“Está bien, pero la tía Dani tenía al juez, ¿recuerdas? ¿Por qué crees que ella estaba de acuerdo con eso? A veces el mundo no es tan blanco y negro”, respondió Lotus. "De todos modos, deberíamos dormir un poco".

ANTES DE LA PRIMERA LUZ del alba entró en la habitación, Lotus se arrastró fuera del catre y volvió a su habitación. Lo primero que hizo fue quitarse el maquillaje de la noche anterior con agua espumosa de frijol mungo. Para otros, parecía que Lotus odiaba ir a cualquier parte sin pintarse la cara, pero en realidad, la sensación de los polvos y el colorete derretidos y revelando su piel fresca siempre le producía una gran satisfacción. Cada vez que se sentaba con las piernas cruzadas frente a su tocador y se masajeaba el rostro limpio con agua de flor de durazno, se sentía más tranquila y honesta consigo misma que en cualquier otro momento del día.

Con cuidado, Lotus estudió su piel suave y sin poros que brillaba en el puente de la nariz y la parte superior de las mejillas. Cuando se miraba a sí misma de esta manera, creía que era hermosa, lo que le daba confianza para expresar pensamientos que de otro modo ocultaba.

La ira que sentía, por ejemplo, pensó ahora, mientras se peinaba el cabello negro con aceite de camelia. En La historia de ChunHyang, Lotus interpretó a HyangDan, la criada de la heroína. Era un papel cómico, obsceno y nada más, ni siquiera cantaba. Cuando firmó el contrato con el teatro, el director le había prometido que conseguiría un papel protagonista. Luego se anunció el reparto y Lotus se dirigió a la oficina del director para exigir una explicación. Él solo la miró y dijo a la defensiva: “Por supuesto que sé que eres la mejor cantante. ¡Pero la cámara ama a Jade!”. Lo que realmente la enfurecía era el hecho de que Jade, que era una cantante mediocre en el mejor de los casos, podía cantar en el escenario, noche tras noche. ¿Por qué Jade debería obtener el papel y aparecer en The Ladies' Journal? ¿Y por qué los hombres deberían mirarla de esa manera, como un sediento mira una cascada? Incluso su conductor de rickshaw, HanChol, estaba enamorado de Jade. Ver a esos dos coquetear discretamente, como

para proteger los sentimientos de Lotus, le dio un reflujo ácido ardiente.

Por mucho que Lotus amaba a su amiga, todavía se enfurecía todas las noches. Fue diferente con Luna: después de dar a luz a Hesook, Luna había asumido el papel de madre tan completamente que parecía físicamente avergonzada por cualquier atención. A diferencia de las dos mujeres más jóvenes, Luna era solo una cortesana ligada a su gremio. A menudo la llamaban a fiestas, pero mantenía a todos a distancia, incluso a otras cortesanas. Cada vez que un hombre se enamoraba de ella, Luna serena y fríamente se hacía inaccesible a través de varias excusas hasta que él perdía el interés. Aunque Luna había filmado algunos anuncios de una crema de belleza y un jabón para el cabello, y su rostro aparecía en todas partes en periódicos y revistas, esencialmente estaba sola, y Lotus no envidiaba la soledad de su propia hermana.

Ella había terminado con su aseo. Su rostro estaba nuevamente oculto bajo una nueva capa de conchas marinas trituradas, polvo de arroz y plomo. Llevaba el pelo recogido en un moño, pero con raya a un lado y sujeto con horquillas en lugar de un binyuh. Este peinado iba mejor con su blusa de seda de estilo occidental, más suelta y mucho más larga sobre la cintura, y la falda de lana roja a juego. Cuando Lotus salió de su habitación, su criada estaba cruzando el patio hacia la cocina para preparar el desayuno y el agua para lavar a todos.

Dile a Jade que estaré fuera toda la mañana. Me reuniré con ella en el teatro a las cinco —dijo, saliendo por las puertas. No había ningún rickshaw esperándola afuera, no le había pedido a HanChol que la llevara esta mañana, porque no quería que Jade lo supiera. Caminó dos cuadras hasta el bulevar y tuvo la suerte de detener un rickshaw, aunque ya no quedaban muchos conductores.

El Gran Cine Oriental, por favor. Lotus se inclinó hacia adelante para decírselo al conductor, luego se hundió en el asiento dividido, escondiéndose del viento cortante. Era una fría mañana de noviembre, justo en ese punto donde el azul claro y el amarillo del otoño dan paso al gris, plateado y rosa del invierno. La gente bullía de un lado a otro, arrastrando carros y pregonando caquis, boniatos asados al fuego, carbón, pescado, hierbas y champiñones. Mientras tanto, los autos seguían adelantando al rickshaw, aunque el conductor trotaba a una velocidad admirable. Había un olor ahumado, fresco y dulce en el aire. Mientras Lotus notaba estas cosas con asombro infantil, el

rickshaw llegó frente al palacio de cine de dos pisos.

Pagó al conductor y entró en el vestíbulo, que estaba desierto a esa hora del día. Apenas entró, apareció una secretaria y la saludó. “Eres la señorita Lotus, ¿verdad? La presidenta Ma te está esperando”, dijo la secretaria con dulzura, pero sin hacer una reverencia. Por aquí, por favor. Abrió el camino a través de un corredor oscuro y abrió la puerta de una oficina, donde el presidente Ma estaba revisando algunos papeles en su escritorio.

“Ah, señorita Lotus, es un honor recibirla aquí”, dijo, levantándose e inclinándose cortésmente hacia ella. Tenía una cabeza grande, ojos brillantes anclados en una nariz bien pronunciada y una frente abierta. El vigor ronco de la vejez temprana emanaba de su rostro y cuerpo, que todavía era erguido y varonil. Lotus se sintió nerviosa sin motivo alguno.

“No, me honra con su invitación”, murmuró cuando el presidente salió de su escritorio y la condujo a las sillas del club en el centro de la sala, tocándole ligeramente la espalda para hacerlo. Ordenó a la secretaria que les trajera café, y Lotus notó con placer el resentimiento en el rostro de la joven.

“Entonces, señorita Lotus, debe saber por qué le pedí que viniera aquí”, comenzó el presidente. “Eres una de nuestras mejores actrices y cantantes. Te escuché cantar por primera vez en MyungWol, hace dos años. ¿Recuerdas cuando vine a un banquete una noche?

Loto negó con la cabeza.

“Cantaste un vals, y tu voz tenía tanta profundidad que no podía creer que solo tuvieras quince años”. Él sonrió. “Desde entonces, siempre soñé que algún día podrías actuar en el Grand Oriental Cinema. El otro día, escuché que tenías un contrato con el Teatro Joseon para un papel que está muy por debajo de ti. Así que decidí acercarme y ver si te gustaría ser una estrella en el Grand Oriental”.

Lotus se sonrojó, olvidando su deseo de parecer altiva como Dani. El Grand Oriental era, con mucho, el teatro más grande de Seúl: un palacio de cine de dos mil asientos que mostraba películas, espectáculos de variedades, espectáculos de danza y obras de teatro. Era incluso más prestigioso que el Teatro Joseon, y le estaban ofreciendo una actuación estelar.

“Talento como el tuyo, uno lo ve solo una o dos veces en una generación. Me gustaría asegurarme de que recibas la atención que mereces. Comenzaremos con un nuevo espectáculo, contigo en un papel de cantante. Tal vez La historia de ShimChung. El público no se

cansa de las adaptaciones de las novelas medievales: despiertan sus simpatías y les permiten expresar sus sentimientos. Por supuesto, también tienen la ventaja de pasar la censura japonesa sin dificultad". El presidente Ma hizo una pausa y juntó las manos de modo que solo se tocaran las yemas de los dedos. "Al mismo tiempo, estarías haciendo un nuevo disco. Canciones originales de jazz y vals, escritas por un compositor que conozco que estudió en Tokio. ¿Como suena eso?"

"Estoy asombrado de que pienses tan bien de mí". Loto se sonrojó.

"Bueno, señorita Lotus. Tienes una voz excepcional. El presidente Ma sonrió. "He oído que eres la sobrina de la célebre cortesana Kim Dani. Todo Seúl solía estar bajo su dominio, hace unos quince años. La recuerdo bien. . . Es una mujer impresionante con una mente brillante y un coraje como el de un hombre. Pero tu fama superará la de ella, estoy seguro.

15

Aves Nocturnas

1928

LA PRIMAVERA EN QUE LOTUS Y JADE CUMPLIERON LOS VEINTE AÑOS, SU CASA siempre estuvo impregnado de un aire timorato y delicado. La doncella menor estaba ocupada entregando cartas secretas a una amante y luego a la otra. Eran propensos a mirar soñadoramente al espacio, o de repente a sonreír sin motivo alguno.

Ya no eran niñas bajo ningún concepto. La mayoría de las campesinas tenían uno o dos hijos para su edad, y las cortesanas más codiciadas estaban más cerca de los quince que de los veinte. Pero recién comenzaban a verse a sí mismas como mujeres. Cada una sintió como si hubiera obtenido una contraseña secreta que cambiaría todas las reglas de vida previamente conocidas.

Aunque nunca habló de él, todos en la casa sabían que el amante de Lotus era el presidente Ma. Ella había estado protagonizando La historia de ShimChung durante solo un mes cuando él envió una nota a su camerino durante el intermedio, ofreciéndose a llevarla a cenar. Cuando salió al final de la noche, había un auto negro esperando afuera de la entrada trasera del Grand Oriental. Estaba en el asiento del conductor, vestido con un elegante sombrero de fieltro y un traje negro con un pañuelo de bolsillo blanco inmaculado.

“Vamos a brindar por tu éxito, donde quieras”, dijo mientras Lotus se deslizaba en el asiento del pasajero. Su nariz se inundó con su aroma: la frescura de la colonia mezclada con la calidez del tabaco.

“Es divertido salir a dar una vuelta, ¿no? En verano, te quitaré la parte de arriba y sentirás el viento en tu cabello. No hay nada en el mundo que sea más refrescante —dijo, y ella absorbió cada palabra. Estaba insinuando que continuarían pasando tiempo juntos en el futuro y pensando en lo que le gustaría a ella mientras compartía lo que le gusta a él. Esto es lo que significa ser amado, pensó Lotus.

Nadie más había mostrado tanto interés en ella, por lo que se enamoró de él incluso antes de que él le pidiera que fuera su amante.

Desde entonces, el coche negro, que le había comprado al propietario de una mina de oro francesa, siempre la esperaba al final de la noche. La mayor parte del tiempo, hacían el amor apresuradamente en el auto antes de que él regresara a casa con su esposa y sus tres hijos. Cuando esto sucedió por primera vez, Lotus se mortificó; estaban estacionados en una calle lateral, había la luz suave de un atardecer primaveral, y cualquiera podría haber mirado adentro. Pero finalmente se dio cuenta de que esta impropiedad le producía una emoción especial, muy parecida a cómo le encantaba conducir rápido con la capota abierta. Era el tipo de cosas que no pediría ni querría de su esposa; ella lo sabía instintivamente y estaba orgullosa de ser la única mujer que podía darle lo que necesitaba. Pero cada vez que Lotus lograba convencerlo de que pasara la noche en su habitación, y él dormía profundamente con su brazo alrededor de ella para tranquilizarlo,

ERA LAS DIEZ DE LA NOCHE y JungHo estaba de pie ante la puerta de su mentor, medio escuchando las voces del interior y medio dejándose llevar por el sueño.

“. . . Enviar apoyo a los arrendatarios que se levantan contra la Compañía de Colonización Oriental. . .”

“. . . ¿Pero nos estamos rindiendo con Primorski? Nunca deberíamos haber confiado en el Ejército Rojo. . .”

Cuando se mudó por primera vez a la casa de huéspedes de MyungBo, estas frases no tenían sentido para él como si estuvieran en una lengua extranjera. Ni siquiera estaba interesado en conocer estas palabras ventosas e ideas nubladas; le gustaba reservar su pensamiento para Jade, sus amigos, la comida y el techo, y otras cosas tangibles que le calentaban el corazón, llenaban el estómago y ponían los pies firmes y pesados en el suelo. Entonces MyungBo comenzó a explicarle las cosas una por una, usando las palabras que podía entender. Primorski era solo la palabra rusa para Yeonhaejoo, una tierra helada del norte que los coreanos a caballo conquistaron hace dos mil años. Eran cazadores, montañeses, guerreros, y su capital era PyongYang, que estaba cerca del pueblo de JungHo. Cuando JungHo escuchó estos cuentos, sintió un extraño anhelo y dolor.

La puerta se abrió; Salieron varios hombres vestidos de traje, junto con algunas mujeres en hanbok. Apenas asintieron con la cabeza a JungHo mientras pasaban y susurraban entre ellos. JungHo se sonrojó

un poco, recordando cuán profundamente MyungBo se inclinó ante él en su primer encuentro. Todos estos revolucionarios hablaron sobre la abolición de las clases, pero MyungBo fue el único que trató a todos, incluido JungHo, con el mismo respeto.

“Camarada JungHo, lamento que la reunión se haya retrasado”, llamó MyungBo, y JungHo entró.

Su mentor no se levantó; ese fue el único gesto de informalidad que se permitió a sí mismo a medida que pasaban los meses. En cambio, se ocupó de extender un libro, hojas de papel y un lápiz sobre una mesa baja. JungHo se sentó frente a él y miró el libro. Instantáneamente, perdió todo recuerdo de las formas de los caracteres que había aprendido. En cambio, su mente dejó que las marcas negras se convirtieran en grullas que volaban por la página, luego tiras de carbón esparcidas por la nieve, y sacudió la cabeza con firmeza para deshacerse de estas asociaciones inútiles.

“Empecemos desde arriba”, MyungBo empujó suavemente. “Recuerdas esta sílaba. . .”

JungHo buscó en lo más profundo de su ser la respuesta. Sus ojos se sentían llorosos por el esfuerzo, pero salió a la superficie con el nombre correcto: "It's dae".

"¡Muy bien hecho! ¡Excelente! ¿Y luego el siguiente? Dijo MyungBo, rebosante de emoción. JungHo siguió adelante para no decepcionar a su mentor, sumergiéndose en su mente y trayendo respuestas una por una.

Después de una hora insoportable, MyungBo cerró el libro. “Creo que es suficiente lectura por hoy”, dijo, y luego sonrió, como para tranquilizar a JungHo. “Sé que es muy difícil, camarada JungHo. Pero mi instinto me dice que jugarás un papel importante en nuestra independencia, y eso es para lo que te estoy preparando. Ahora intentemos escribir”.

Durante los últimos meses, MyungBo le había pedido a JungHo que copiara todas las docenas de consonantes y vocales de su libro de trabajo. En cambio, MyungBo ahora escribió solo tres sílabas en la hoja de papel y le pidió a JungHo que las leyera en voz alta.

“Nam. . . Joong. . . jung . .” JungHo miró a su mentor, que estaba radiante. "Es mi nombre."

“No te he estado enseñando de la manera correcta, eso estaba obstaculizando tu progreso. Primero aprendamos la palabra más importante. Todo lo que escriba en adelante bajo su nombre deberá hacerlo con honestidad y buena fe. Eso es lo que significa tener un

buen nombre, no quién es tu familia o cuán rico o famoso eres".

JungHo copió el ejemplo de MyungBo, escribiendo la primera sílaba una y otra vez, luego la segunda, luego la tercera, hasta llenar la página. Luego puso la hoja boca abajo, tomó una hoja de papel en blanco y, temblorosamente, escribió juntas las tres sílabas de su nombre por primera vez. Cuando terminó, levantó la vista ansiosamente como un colegial y vio que MyungBo tenía lágrimas en los ojos.

"Bien hecho, amigo mío", dijo MyungBo, tratando de ocultar el quebrantamiento de su voz. "Tienes mucha fuerza en tu caligrafía, es como tu personalidad".

Las letras infantiles eran demasiado grandes y desiguales, pero JungHo sabía que era un cumplido genuino y no una burla.

Esa noche, JungHo internamente se prometió a sí mismo vivir su vida para enorgullecer a MyungBo; antes, solo quería una forma de mejorarse a sí mismo para ganar a Jade. MyungBo no estaba conectado a él ni por sangre ni por amor; era el honor lo que los unía irrevocablemente. Al darse cuenta de esto, agregó a MyungBo a su lista de personas para mantenerse a salvo, sin importar qué.

A pesar de ser uno de los cuarenta hombres más ricos de Corea e increíblemente influyente, su mentor vivía en constante peligro de muerte. Su vida corría un riesgo aún mayor desde que renunció al pacifismo y al compromiso. MyungBo le dijo a JungHo que marchar pacíficamente por la independencia había sacrificado demasiadas vidas por poca ganancia, y que para obtener su libertad tenían que contraatacar. (JungHo no tuvo problemas para entender esta parte de sus lecciones. Más bien sintió ganas de decir: "Por supuesto, ¿qué esperaban, gente rica?", pero se mordió la lengua por deferencia). Desafortunadamente, las alas de las fuerzas armadas coreanas habían sido recortadas en gran parte. El ejército independentista con base en Vladivostok había ganado victoria tras victoria durante una década, a veces uniendo fuerzas con el Ejército Rojo contra Japón. Pero después, los bolcheviques exigieron que los coreanos se desarmaran y disolvieran, o serían absorbidos bajo el mando ruso. Los que se negaron fueron asesinados o encarcelados.

Al ejército independentista en Manchuria le había ido un poco mejor, severamente debilitado después de que el ejército japonés masacrara a decenas de miles de coreanos que vivían allí, civiles o no. Eso dejó a Shanghái como el único centro viable de resistencia armada, aunque era imposible formar un ejército allí, en el corazón de

China. MyungBo, por lo tanto, creía que el único curso efectivo era atacar individualmente aquellos lugares que Japón más valoraba: sus estaciones de policía, bancos, oficinas gubernamentales, armerías y similares, en Corea, Japón y China. MyungBo estaba tratando de establecer un grupo de francotiradores excepcionales en Shanghai para estos objetivos de alto perfil.

"Estamos en guerra, camarada JungHo. Y a veces, a pesar de tus mejores intenciones y esfuerzos, la guerra es inevitable", dijo MyungBo una vez, casi como una disculpa. JungHo no había necesitado esa explicación, pero asintió e hizo una mueca para demostrar que no tomaba nada de esto a la ligera. Creía que su mentor nunca lo descarriaría ni le pediría que hiciera algo vergonzoso o injusto. Él estaría a la altura de las expectativas de MyungBo, cuando llegara el momento. Hasta entonces, fue llamado a cien tareas diferentes que MyungBo no podía hacer por sí mismo: entregar manifiestos prohibidos a los socialistas en el Sur, esconder fugitivos en casas seguras y entregarles comida, intercambiar discretamente una maleta con un extraño en la estación de tren bajo la mirada llana de los gendarmes. JungHo lo dio todo en estas asignaciones y MyungBo lo recompensó, no con dinero o promociones,

Cuanto más se acercaba a MyungBo, menos intenso se volvía el anhelo de JungHo por Jade. La ocupación de su mente y cuerpo en todo lo que necesitaba hacer para ser digno de ella lo dejaba con muy poco tiempo o energía para pasar con ella. Iba a su casa una vez a la semana durante un tiempo, luego una vez cada quince días, luego solo una vez al mes. Lo peor de esto era que a Jade ya no parecía importarle que él se hubiera mantenido alejado; parecía preocupada por los ensayos, las actuaciones, las citas en el salón, las sesiones de fotos, las entrevistas, las compras, el cine y un centenar de otras obligaciones y diversiones. Ella siempre lo saludaba calurosamente, se veía cada vez más hermosa cada vez que se encontraban y hablaba sin aliento sobre algún artista o una nueva novela de la que él no tenía ningún conocimiento. Parecía que siempre tenía algo que hacer después de diez o quince minutos.

Así que JungHo se prometió a sí mismo que dejaría de llamarla hasta que fuera tan importante para ella como ella lo era para él. Si estaba siendo honesto, no sabía si alguna vez podría tomar el lugar de su trabajo, su arte. Solo con verla bailar una vez, había visto que este era un lugar en su alma que los hombres no podían tocar. Pero él ni siquiera desearía eso, solo desearía ser el primero entre las personas

que ella amaba. Eso parecía posible mientras pudiera probar su valía como hombre, aunque cómo podría hacerlo estaba completamente más allá de su imaginación. Estos pensamientos le vinieron a la mente de repente mientras realizaba su día haciendo cosas no relacionadas, comiendo con sus amigos, entregando mensajes para MyungBo, levantándose por la mañana y afeitándose. Más a menudo, fue cuando sintió la caricia de la brisa primaveral o vislumbró los cristales de la blanca luz de la luna que salaban el río Han. Luego se preguntaría cómo había cambiado ella desde la última vez que se vieron, y si ahora él era lo suficientemente bueno para ella.

FUE UNA CÁLIDA TARDE DE PRIMAVERA cuando la atmósfera brillaba bajo el sol que se secaba rápidamente y todo, desde los árboles hasta la hierba y las casas, tenía un aire secreto de movimiento, de crecimiento. HanChol entrecerró los ojos contra la luz blanca, apoyándose contra una pared y resistiendo el impulso de poner su mano sobre su estómago. Verse doblado por el hambre no ayudaría exactamente a atraer clientes. Sólo había hecho una ganada desde el amanecer, cuando rompió su ayuno con papa al vapor y cebada. Había decidido no ir a casa a almorzar hasta que llegara a la marca de cincuenta centavos de un ganado, y ahora eran más de las cuatro.

Una mujer con kimono caminaba hacia él y él se enderezó. Era difícil saber cuántos años tenía debajo de su maquillaje blanco, pero su modo de andar coqueto y sus gestos parecían jóvenes.

"¿Koko kara Honmachi hizo ikura kakarimasuka?" dijo, sonriendo. ¿Cuánto cuesta ir a Honmachi?

“Ni ju-sen desu”, respondió HanChol: veinte centavos. Ella asintió y él la ayudó a subir al carruaje. Casi nunca tenía clientes japoneses, que se concentraban principalmente en MyungDong y Honmachi y no se aventuraban a salir, ni siquiera en algún lugar tan cercano como Jongno. Pero el dinero era dinero. Y la mujer parecía complacida, tal vez por la novedad de montar en un rickshaw de Josenjing. Rompió el silencio un par de veces para murmurar sobre el clima, que podría haber estado dirigido igualmente hacia él o ella. La manga colgante de su kimono aleteaba rítmicamente contra el costado del rickshaw a medida que ganaban velocidad. HanChol permaneció en silencio hasta que ella se bajó en Honmachi y le puso un billete de un won en la palma de la mano, negándose a dar cambio. Observó cómo su obi bordado desaparecía entre la multitud. Ella no lo movió; sin embargo,

HanChol solo tenía diecinueve años. Sin embargo, hacía tiempo

que había dejado de considerarse joven o de ceder a fantasías juveniles. Estaba orgulloso de la actitud empresarial que tenía hacia todo, que era necesaria para hacer cualquier progreso. En lo que pensaba, día y noche, era primero en el éxito y luego, mucho después, en el deber. En cuanto al amor, nunca lo consideró como algo valioso para sí mismo. El amor lo sentía como una montaña distante y misteriosa, que era potencialmente real solo porque otros hablaban de ella con reverencia y convicción. Simplemente no tenía un impulso particular de ver la montaña él mismo; tenía tan poca relación con su realidad como la idea del cielo y el infierno. La única vez que pensó en mujeres con anhelo fue cuando se masturbaba tranquilamente en su habitación, sin siquiera atreverse a respirar libremente, ya que su madre y sus dos hermanas dormían en la habitación de al lado. Entonces,

Y todavía. Cuando salió del distrito japonés hacia el oeste, sus pensamientos se dirigieron a la única mujer cuya imagen no se limitaba a estas indulgencias nocturnas, que lo sorprendió con su extraña relevancia para su ser. Cuando vio por primera vez a Jade fuera del teatro, también tuvo una sensación que nunca había tenido con los demás: el impulso más fuerte de hablar con ella. Al mismo tiempo, HanChol había tenido la clara sensación de que ella también deseaba hablar con él íntimamente, aunque la presencia de su amiga impedía demasiada franqueza. Habían intercambiado un oculto, sutil y precioso entendimiento mutuo con miradas fugaces y ojos centelleantes, como se comunican los jóvenes sólo en los primeros amores de su vida. En casa esa noche, se tocó a sí mismo y se corrió con más fuerza que nunca.

Sí, al principio sólo había sido un deseo físico y una curiosidad, y nada más, estaba seguro. Sin embargo, a medida que se convirtió en su conductor favorito y la veía varias veces a la semana, su respeto por ella comenzó a adquirir una especificidad que nunca antes había sentido. Para HanChol, todas las personas pertenecían a ciertas categorías: familia, compañeros de escuela, amigos cercanos, otros conductores de rickshaw, clientes, personas de las que podría beneficiarse, etc. Se comportó con cualquiera de acuerdo a su categoría sin ninguna parcialidad. Pero la forma en que pensaba en Jade desafiaba sus actitudes normales hacia las cortesanas, los clientes o las mujeres en general. Ella era todas esas cosas, pero no se parecía ni actuaba como los demás y él solo pensaba en ella como Jade.

HanChol se sorprendió a sí mismo a la deriva en un ensueño y

sacudió la cabeza con fuerza. Eran cerca de las cinco; pasaría por su casa y comería una comida, que sería tanto su almuerzo como su cena. Cuando entró al patio delantero de su cabaña con techo de paja, su madre salió corriendo de la habitación donde estaba cosiendo con una de sus hermanas menores. El otro estaba lavando ropa en un arroyo; las tres mujeres juntas obtenían un escaso ingreso limpiando y remendando la ropa de los trabajadores, una suma que ascendía a solo la mitad de la de HanChol.

"Date prisa y prepara la comida de tu hermano". Su madre se volvió bruscamente hacia su hermana, que seguía sentada junto a la puerta abierta. La niña estaba acostumbrada a los abusos de su madre, pero ahora parecía asustada. No hubo más cebada después de la comida de la mañana; como la hija mayor, se le pedía continuamente que hiciera comida de casi nada, pero ni siquiera ella podía hacer que sucedieran milagros. Antes de que reprimendas más agudas pudieran caer sobre su hermana por su bien, HanChol intervino.

“Madre, no te preocupes. Ya tomé un plato de sopa en una taberna. Toma, eso es para la cena —dijo, entregándole los dos ganados. Ella se arrugó en una sonrisa. “Aigoo, hijo mío. mi primogénito”.

Ella lo instó a quedarse y descansar, pero él negó con la cabeza y volvió a salir con su rickshaw. Su madre lo adoraba como nunca lo hizo con sus hermanas; ella lo respetaba y hasta lo temía como cabeza de familia desde los catorce años, cuando falleció su padre. No obstante, su constante fijación por su linaje, que era una oscura rama de cadetes de la poderosa Casa de Andong-Kim, lo inquietaba a su alrededor. Su estribillo común era “Si tu padre todavía estuviera vivo, sus primos nos habrían acogido. . .” y “Debes restaurar el nombre de nuestra familia, debes estar a la altura de nuestro honor. . .” El clan todavía vivía en la prosperidad del rico enclave de Andong, pero su familia vivía separada desde la época del abuelo de HanChol. Ahora no eran mejores que campesinos,

El sol seguía brillando sobre los edificios, pero su calor estaba siendo reemplazado por un frescor terroso, como sucede en las hermosas tardes de primavera.

El siguiente cliente de HanChol fue un caballero bien vestido con anteojos redondos, que leyó tranquilamente su periódico todo el tiempo en el nuevo estadio de béisbol en EuljiRo. Cuando HanChol se detuvo frente a su destino, se asomó soñadoramente por detrás del periódico, saltó del rickshaw, rebuscó en sus bolsillos y dijo: “Oh, no

me di cuenta de que solo tengo diez centavos. Lo siento, mi compañero. Antes de que HanChol pudiera decir algo, el caballero le dio un billete de diez centavos y desapareció entre la multitud. HanChol arrugó el dinero en su mano y lo metió en su bolsillo, disgustado. ¡Gente!

Pasaron las horas más o menos en la misma línea. A las diez y media, Jade salió por la entrada lateral, donde HanChol la esperaba como siempre. Cuando sus ojos la encontraron, su estado de ánimo mejoró de inmediato. Era la primera semana de la nueva obra de Jade, sobre una niña de una familia que alguna vez fue elegante y que se convierte en cortesana para pagar el tratamiento de su padre inválido y su hermano gravemente enfermo. Esta noche vestía un traje de falda azul pálido con zapatos de tacón alto. Un sombrero azul marino de ala media, con una banda de raso de seda del mismo tono que el traje, estaba presionado sobre su cabeza. Sostuvo la correa de su bolso con ambas manos y miró alrededor buscando, casi exactamente como su personaje cuando llegó al puerto. El resplandor de las farolas se reunía en dorados charcos de luz a sus pies. HanChol se sintió asombrado por su belleza.

Jade se quedó en silencio mientras la ayudaba a subir al rickshaw y comenzó a dirigirse automáticamente hacia su casa. Parecía estar perdida en pensamientos que no tenían nada que ver con HanChol, y eso lo molestaba en secreto. En las raras noches en que Jade se sentaba en silencio con un aire triste y pensativo, se encontró deseando saber qué estaba mal y hacer que se sintiera mejor. En el pasado, Jade había chismorreado alegremente con Lotus a menudo, sabiendo que el conductor podía escucharlos y, sin embargo, sin escatimar detalles de amantes ricos que les estaban cortejando. Pero dado que Lotus se había mudado a un teatro diferente, Jade cabalgaba en silencio y, a menudo, en un estado de ánimo más apagado, contemplando los escaparates empapados de jazz y la gente que caminaba bajo la luz de la luna blanca y fresca.

Cuando llegaron al bulevar, ella rompió el silencio.

"Señor. HanChol, te conozco desde hace mucho tiempo, pero nunca hablas de ti mismo".

Tuvo el impulso de dejar de tirar, lo resistió y siguió trotando. Sin embargo, la aceleración de los latidos de su corazón no tenía nada que ver con correr.

“No sé qué te puede interesar de mi vida”, dijo HanChol con su profunda voz de bronce, sin mirar atrás.

"Cualquier cosa. Todo." Los ojos de Jade estaban llenos de sonrisas, imaginó. “Por ejemplo, cuántos años tienes”.

HanChol le dijo que tenía diecinueve años y ella suspiró.

“Más joven que yo, entonces. Ya tengo veinte. ¿Y sigues estudiando en la escuela nocturna?

"Sí señorita."

Estoy seguro de que eres brillante. Puedo decir cuán inteligente es un tipo con solo mirarlo a los ojos”.

HanChol estaba tratando de procesar que ella pensaba que él era inteligente y que había estudiado sus ojos. ¿Cuándo había siquiera mirado directamente a su cara?

Puedo seguir a los demás. Hago lo mejor que puedo”, dijo HanChol con modestia, aunque de hecho, su maestro, un cristiano que había estudiado en Hiroshima, lo había felicitado más de una vez por su asombrosa brillantez y memoria exhaustiva.

Estás siendo humilde. Estoy segura de que si hubieras podido ir a la escuela a tiempo completo, ya habrías aprobado los exámenes de ingreso a la universidad”, insistió.

HanChol mismo había pensado esto cientos de veces. Después de pagar los gastos de manutención del hogar, apenas le quedaba nada de matrícula, ni siquiera para la escuela nocturna. Era imposible saber cuándo podría tomar los exámenes de ingreso, y mucho menos cómo podría pagar la universidad. ¿Sería capaz de matricularse a los veinticinco o veintiséis años? No tenía forma de saberlo. En lugar de hablar de sus abyectas circunstancias, le dio la vuelta al tema.

"Tú también eres inteligente", dijo. No supo lo que estaba diciendo hasta después de pronunciar las palabras, y se dio cuenta de que siempre había pensado eso.

"¿A mí?" Jade sonaba llena de sorpresa. "¿Por qué piensas eso?"

“Siempre me doy cuenta cuando miro a alguien a los ojos”, dijo HanChol en broma, y sintiéndose envalentonado, giró la cabeza sobre su hombro derecho para echar un vistazo. Ella lo miraba con los ojos muy abiertos bajo su sombrero azul marino, sus labios rosados en una sonrisa de medialuna.

"Nadie me había dicho que soy inteligente antes", murmuró Jade tímidamente mientras se daba la vuelta para mirar hacia la carretera.

“Siempre dices las cosas correctas. Cuando tú y la señorita Lotus habláis, por ejemplo.

"Oh, ¿así que nos estabas espiando?" Ella fingió estar escandalizada. Siguieron hablando de manera cuidadosa pero excitada

hasta que llegaron a su casa. Él la ayudó a bajar como de costumbre; pero esta vez, en lugar de mantener la cabeza baja mientras sostenía su mano firmemente, la miró a los ojos y sonrió. Ninguno podía decir cuál sujetaba al otro, pero por un segundo imperceptible, no lo soltaron. Fue desmedidamente, irracionalmente dulce, ese breve momento en el que ambos supieron lo reacios que estaban a separarse. Y cuando sus manos finalmente se separaron, cada uno ya extrañaba el toque del otro. Jade ocultó su confusión ocupándose de la tarifa.

“Esto te dará algo de cambio para comprar libros”, dijo ella, presionando billetes doblados en su mano.

“No quiero aceptar tu dinero”. Él negó con la cabeza, sin dejar de mirarla con valentía. Pero ella miró por encima de su oreja derecha, como alguien que de repente se enfrenta al sol blanco cegador. De una chica tan encantadora, que normalmente actuaba como si pudiera conseguir cualquier hombre que quisiera, esto era un síntoma inesperado de timidez. Lo encontró irresistible.

“Si das este viaje gratis, nunca te volveré a contratar por temor a que nunca me dejes pagar. Así que tómalo. Jade presionó el dinero en su palma con más firmeza, y esta vez cedió. Se quedó allí de pie, observando su forma esbelta deslizarse dentro de las puertas y, al regresar, sintió que todo —automóviles, bicicletas, cantos de borrachos, la frescura del aire nocturno, la luz líquida que se derramaba sobre el camino oscuro— era más vívido que nunca. A medida que se acercaba a su casa, el canto se desvaneció y la quietud se sintió más pura por el canto inocente y rítmico de la lechuza. Ese canto de pájaro primaveral nunca lo había conmovido tanto. Parecía decir todo lo que hay en la vida.

DESPUÉS DE LA ACTUACIÓN a la noche siguiente, Jade se sentó remilgadamente en el rickshaw sin iniciar una conversación. Parecía decidida a fingir que no había pasado nada entre ellos. HanChol estaba decepcionado, pero no herido. En todo caso, su reticencia solo le confirmó que había ocurrido algo importante. Se preguntaba cómo podría romper el silencio cuando el sonido de un pájaro tanchuck se escuchó en la distancia.

"¿Escuchó eso, señorita?" preguntó, reduciendo la velocidad a un paso.

"¿Escuchar qué? ¿Ese pájaro? Jade se inclinó un poco hacia adelante, más cerca de él.

"Sí señorita. Es un pájaro asqueroso.

“Siempre escuché esa canción y nunca supe de qué pájaro

provenía", confesó Jade.

"Es un búho marrón con grandes ojos redondos. Cuando era pequeño, mi padre y yo fuimos un día a South Mountain y encontramos un búho bebé que se había caído de su nido. Era solo una cosa diminuta que cabía en mi palma, como una patata pequeña y esponjosa".

"¡Oh mi!" Jade ya no podía fingir indiferencia. "¿Entonces qué pasó?"

"Tenía una pata rota, así que lo trajimos a casa. Mi padre envolvió su pierna en un trozo de tela para ayudarla a sanar. Mis hermanas y yo nos turnábamos para alimentarlo con cigarras. Lo llamamos patata".

"¡Que hermoso!" Ella exclamo. "¿Su pierna se curó?"

"Lo hizo. Caminó, siguiéndome a todas partes. Cuando se cansaba lloraba pidiendo que lo pusieran en mi hombro. Y cuando yo estaba fuera de la casa, él también lloraba, esperándome junto a las puertas durante horas. Pero luego, se hizo más grande, y llegó el otoño. . . Y no siempre podíamos seguir buscando insectos para alimentar a nuestro búho mascota, incluso si todavía éramos niños. Nuestros padres nos dijeron que nos deshiciésemos de Potato.

"Así que lo traje al bosque donde lo encontré. Al principio, seguía llorando y corriendo detrás de mí. Así que finalmente lo recogí, lo puse en un árbol y me despedí".

"Eso es horrible. ¿Qué pasaría si simplemente se quedara allí en el árbol y se muriera de hambre? Jade sonaba al borde de las lágrimas.

"Él había estado batiendo sus alas durante mucho tiempo. Creo que lo logró", dijo HanChol. Solo más tarde se enteró de que los búhos sochuck tienen que migrar a través del Mar del Sur en el otoño. Él no le dijo esto porque le habría causado dolor.

Jade estaba tratando de contener la misteriosa agitación dentro de ella, que comenzó en su pecho y se irradió hacia afuera por todo su cuerpo, similar a la intoxicación. El amor sucede todo a la vez, y también en etapas. Habiéndose ya enamorado de él a simple vista, ahora estaba experimentando ese momento revelador cuando una mujer se da cuenta de qué tipo de alma tiene su amante. Sintió que él tenía un alma especial y tierna, y que solo podía compartir este yo oculto con ella, tal vez incluso que ella lo sacaba de él. Al ver su cuerpo larguirucho y de hombros anchos con su espalda fuerte, cintura y caderas estrechas, sintió lástima por el joven en el que se había convertido: guapo, inteligente y capaz, pero también agobiado

por su familia y sus circunstancias. Ya deseaba poder disminuir ese prematuro sentido de la responsabilidad y ver su rostro relajarse e iluminarse. como lo había hecho mientras hablaban la noche anterior. Con la misma naturalidad con que algunas personas se dedican a los libros, a las sumas oa ganar dinero, el corazón de Jade estaba predispuesto a dar amor. Ya se había adelantado para hacer feliz a esta persona.

“Debe estar exhausto, Sr. HanChol”, le dijo. “Quiero bajarme aquí”.

"¿Aquí, señorita?" Todavía estaban a varias cuadras de su casa.

"Sí. Me bajo aquí —dijo con firmeza. "Puedes caminar a mi lado si quieres".

Él la ayudó a bajar y ella se emocionó al notar el leve apretón de la mano que le dio antes de soltarla. Caminaron uno al lado del otro sin más conversación, y eso también fue dulce a su manera, siendo capaces de concentrarse en la presencia del otro. ¿Había sido alguna vez más placentero caminar? Jade se preguntó. Ella no podía dejar de sonreír. No se decían mucho y, sin embargo, se entendían muy bien. Tantas palabras podrían intercambiarse entre personas sin ningún deseo real de conocerse. Pero con la persona adecuada, uno puede hablar mucho o nada y sentirse completamente conectado. Esto fue lo que Jade se dio cuenta mientras caminaban juntos hacia sus puertas.

Cuando Jade trató de pagarle, él presionó preventivamente algo en su palma: una carta. Mientras ella se sonrojaba y recobraba la compostura, él le dedicó una hermosa sonrisa (no tan relajada como antes) y se fue. Entró en la casa y, en la seguridad de su propia habitación, encendió una vela y comenzó a leer con el corazón desbocado. La había admirado durante años, desde que la vio por primera vez. No tenía motivos para esperar que ella correspondiera a sus sentimientos, pero estaba feliz ahora que se había quitado la carga del secreto. Él entendería si ella se negaba a volver a verlo, ya que él no tenía nada que ofrecerle. Pero él solo deseaba que ella fuera muy, muy feliz, porque eso era lo que se merecía.

“¡Pero eso es exactamente lo que siento por él! Solo deseo su felicidad”, se dijo a sí misma, acurrucándose en su cubrecama, eufórica y adolorida al mismo tiempo.

La noche siguiente, HanChol esperó ansiosamente afuera del teatro, sin saber si ella estaría allí. Meses antes, Jade había aludido una vez al amante de Lotus, que o bien hizo que su chófer la recogiera o bien él mismo la llevó a casa en un coche negro. No había razón

para pensar que Jade no sería capaz de conseguir un amante así. Algún hombre rico tenía que quererla como amante o como segunda esposa, tal vez incluso como primera esposa legal. Todo Seúl la había admirado en La historia de ChunHyang, y sus fotografías habían aparecido en periódicos y revistas. E incluso si la había halagado e intrigado, no estaba en condiciones de empezar nada con una mujer, ni siquiera con una chica inocente y trabajadora, y mucho menos con una actriz.

Mientras reflexionaba, la salida lateral se abrió y salió Jade, todo su cuerpo aparentemente buscándolo solo a él. La farola proyectaba su luz desde su izquierda, brillando sobre su frente pequeña pero bien formada, la parte superior de sus párpados brillantes, el puente de su nariz y su pómulo izquierdo, dejando el lado derecho de su cara bajo una sombra. Cuando lo encontró, se iluminó con una sonrisa, y fue como cuando el cielo se ponía rosa antes de que saliera el sol. No solo se veía hermosa, sino vitalmente significativa, llena de un significado misterioso como los cantos de los pájaros nocturnos. Olvidó todos sus argumentos internos; en cambio, solo podía pensar en abrazarla.

16

Porque eras tú, parado allí

1928

A LO LARGO DE LOS MESES, LOTUS HABÍA APRENDIDO QUE EL PRESIDENTE MA NO actuaba de la misma manera que lo hacía la gente normal. Dejó saber sus sentimientos: una vez en un restaurante, había obligado al chef a rehacer toda la tirada de doce platos porque en uno de ellos había probado cebolla, a la que era alérgico. Por esta razón, Lotus había estado ansiosa por contarle sus noticias. Ella esperó hasta que estuvo de buen humor una noche después de la firma de un trato: la compra de una lucrativa fábrica en KaeSong.

“Es una gran victoria. Uno de los pocos fabricantes de productos químicos en el país. Voy a subir allí el viernes”, dijo, con las manos en el volante. La había recogido después de su actuación y estaban estacionados cerca de su casa. "Deberías venir conmigo. Sería un buen paseo por el campo. Hizo una pausa, notando su silencio. "¿Por qué, qué pasa?"

"Estoy embarazada", soltó Lotus, escondiendo su rostro entre sus manos. Durante un rato, ninguno de los dos dijo nada. Luego sintió que él tomaba su muñeca izquierda y la bajaba lentamente.

"Mírame", dijo con naturalidad. "¿Está seguro?"

Lotus asintió a través de las lágrimas calientes que caían por su rostro, agarrando su abdomen aún plano.

No puedes seguir viviendo en casa de tu tía. Tendré que encontrarte tu propia casa. Y una criada y un ama de llaves. Estarás cómodo. Pero ¿por qué estás llorando? él dijo.

"Pensé que te enfadarías conmigo". Ella sollozó, las fosas nasales dilatadas. Ante eso, el presidente Ma se rió a carcajadas.

"¿Enojado? Nunca he estado menos enojado en mi vida —dijo, besando la parte superior de su cabeza—. “Finalmente podría tener un hijo”.

A la mañana siguiente, Lotus le dijo a la familia durante el desayuno que pronto se mudaría. Pero ella no les contó la noticia, disfrutando del poder de ocultar un secreto. Si estaba siendo honesta consigo misma, podría admitir que principalmente se lo estaba ocultando a Jade. Una incomodidad irreconciliable había entrado en su relación desde que Lotus se unió al Grand Oriental Cinema, y aunque todavía se sonreían e intercambiaban cumplidos, ambos sentían agudamente la imposibilidad de ser francos el uno con el otro. Lotus creía que su frialdad actual era causada por los celos de Jade. Ahora que Lotus era la estrella del teatro más prestigioso de Seúl y la amante de uno de sus hombres de negocios más ricos, Jade no era sincera ni fría, y no estaba genuinamente feliz como debería ser. Por otro lado, Jade creía que su relación estaba tensa porque Lotus había ocultado su decisión de mudarse a un teatro diferente, ni siquiera se lo dijo casi hasta el último día. ¿Cómo podría Lotus creer que Jade, su mejor amiga, se interpondría en el camino de su éxito y felicidad?

El día de la mudanza, Dani, Luna y Jade ayudaron a Lotus a llevar los baúles de ropa al auto.

"Esto es mucho más de lo que trajiste aquí, hace diez años", bromeó Dani, fingiendo hacer una mueca bajo el peso del paquete. "Siento que mis brazos se van a caer". Aun así, fue ella quien insistió en ayudar en lugar de dejárselo a las criadas. Cuando todo estuvo metido dentro del maletero y el asiento trasero, Dani tomó la cara de Lotus entre sus manos como si todavía fuera una niña.

"Eres la hija de mi prima, así que estamos a cinco grados de distancia. Pero siempre te he tratado como si fueras mi propia hija. Éramos una familia, juntos en esta casa durante diez años, ¿eh? No tenía rastro de lágrimas en los ojos, pero su voz temblaba.

"Siempre seremos una familia, tía Dani", dijo Lotus suavemente mientras la abrazaba. Fue hacia Luna, Jade y Hesook y abrazó a cada uno. El coche ya estaba en marcha, retumbando y emitiendo una corriente de humo tibio y tiznado. El chófer le abrió la puerta del asiento del pasajero y partieron.

* * *

LA PARTIDA DE LOTUS una sutil penumbra sobre la casa de Dani. El desayuno era el momento en que más se notaba su ausencia, ya que esa había sido la comida que habían compartido todos juntos. Como de costumbre, Dani vaciló entre experimentar emociones apasionadamente y abstenerse del sentimentalismo; la primera era su

naturaleza y la segunda era su principio. Nunca admitió sentirse triste o vacía, y solo el observador más agudo podría percibir un cambio en su confianza en sí misma. Pero Luna, que estaba familiarizada con el funcionamiento interno de Dani, sabía que extrañaba mucho a la niña.

La propia Luna sintió la pérdida, pero no la devastó. Había llegado a amar a su hermana menor a medida que ambas crecían. Pero eso también había coincidido con la formación de su individualidad, y cada año que pasaba se necesitaban menos el uno al otro. Simplemente estaba contenta de que Lotus hubiera florecido y encontrado lo que quería. Luna sabía que su hermana menor solo necesitaba dos cosas para ser feliz: el amor de un hombre y la música.

En cuanto a lo que ella misma necesitaba para ser feliz, Luna no estaba tan segura. Más bien, nunca se detuvo a pensar en esto, ya que para ella incluso la idea misma de la felicidad parecía ajena e inalcanzable. No era más sensato que si te preguntaran: “¿Te gustaría vivir en la luna? ¿Como suena eso?" Lo más parecido a la felicidad era cómo se sentía cuando su hija se acurrucaba junto a ella por la noche, rogándole que usara su brazo como almohada. "¿Qué hay de tu almohada?" Luna preguntaría, señalando el cilindro de seda suave lleno de pétalos de crisantemo secos y frijol mungo. "No, no. Quiero dormir en el brazo de mamá”, protestaba Hesook, acurrucando su cabeza hacia Luna. Luna suspiraba, como exasperada, haciendo reír al niño. Jugaban juegos tontos que solo ellos entendían; Hesook gritaba: "Nariz, frente, mentón, mejilla, ceja", etc. y Luna besaba rápidamente cada parte que se nombraba. Echar a perder y besarse en el lugar equivocado hizo que ambos se echaran a reír sin sentido y alegremente. Mirando la adoración pura en la carita dulce de su hija, Luna se llenó de la convicción de que nada ni nadie más importaba.

Esa, quizás, era la felicidad de Luna, aunque llamarlo así la hacía sentir egoísta e indigna. Luna no lo deseaba particularmente, y solo esperaba ahorrar suficiente dinero para asegurar su futuro y el de su hija. Ella tuvo la idea de criar a Hesook como una chica normal y moderna. Esta era la razón por la que Luna había tenido cuidado de no involucrarse en ninguna aventura, para que Hesook pudiera tener la libertad de educarse y casarse con un hombre adecuado. Las niñas de familias de clase alta a menudo estudiaban en el extranjero en Japón o incluso en Europa, y Hesook también obtenía la mejor educación que el dinero podía comprar. Luna ahorró cuidadosamente casi todo lo que hizo en fiestas y modelaje, menos que Jade o Lotus, pero aún sustancial, para que a Hesook no le faltara nada en términos

de educación o ropa. Estaba orgullosa de que Hesook fuera un buen estudiante,

Por eso Luna estaba aún más devastada cuando Hesook llegó a casa una tarde y le dio a Luna una carta del director, pidiéndole que visitara la escuela al día siguiente. Interrogó a su hija y amenazó con usar el interruptor. Hesook, que nunca había sido golpeada en su vida, rompió en ríos de lágrimas y corrió a su habitación. Luna inmediatamente se arrepintió de su dureza, acarició el cabello de su hija y le prometió que no se volvería a enojar. Entre sollozos e hipo, Hesook explicó que se había metido en una pelea en la escuela pero no dijo nada más.

A la mañana siguiente, Luna se vistió con especial cuidado. Escogió su atuendo de verano más elegante: una blusa corta de seda blanca y una falda lavanda hasta el suelo. A diferencia de Jade y Lotus, que cada vez más preferían usar ropa occidental, Luna casi siempre usaba ropa tradicional. Era la única de la casa que todavía se peinaba con un moño trenzado. En este día eligió un binyuh de jade verde para mantenerlo en su lugar.

Alrededor del mediodía, Luna se bajó del taxi frente a la escuela cristiana de niñas a la que también había asistido Dani. El implacable sol de julio se reflejaba en la arena rosa claro del patio. Por el momento, estaba lleno de un espeluznante silencio peculiar de un patio de recreo vacío en medio de las clases, al acecho de los alegres niños. Un portero canoso la detuvo en las puertas y le indicó que pasara cuando dijo que era la madre de Hesook, sin saber ni importarle que fuera una cortesana famosa. “Oh, sí, ¿recibiste una carta del director? Querrás ir a su oficina en el segundo piso”, dijo el portero con buen humor. Ella le dio las gracias y comenzó a cruzar el patio bañado por el sol, tratando de ocultar cómo ella misma se sentía como una niña pequeña en problemas.

* * *

ARRIBA EN SU OFICINA, el director estaba tomando café con un visitante, el cónsul adjunto Curtice. Ella originalmente provenía de Rochester y él creció en Ithaca; y en virtud de sus ciudades natales vecinas, habían confiado el uno en el otro más que en cualquier otro estadounidense entre los estadounidenses en Seúl.

“Creo que encontrará que nuestros estudiantes son muy bien educados, educados y devotos. Tengo algunos en mente a los que recomendaré —dijo, dejando la taza en el plato con un tintineo alegre

y nítido. “Unas chicas muy inteligentes de familias más pobres, que seguramente se verían obligadas a casarse lo antes posible. Esto les daría la oportunidad de usar su educación y ganar su independencia, tal vez”.

El cónsul adjunto Curtice asintió pensativo. Había venido a pedirle ayuda para encontrar un nuevo traductor y secretario en el consulado. El viejo traductor había fallecido de tuberculosis el invierno anterior y era imperativo encontrar pronto un sustituto. También hubo hombres jóvenes que se graduaron de las escuelas de misioneros, pero el nuevo cónsul general tenía la idea de que las traductoras y mecanógrafas eran más baratas y obedientes que sus contrapartes masculinas. Era más probable que los hombres se involucraran en el activismo político, ya fuera el comunismo, el movimiento independentista o ambos. Su predecesor, el ex cónsul general, se había mostrado más comprensivo; había enviado las fotografías del reportero de AP al secretario de Estado e instó a la administración de Wilson a adoptar una postura contra tales atrocidades. Esa integridad tuvo un costo,

El nuevo cónsul general se apegó al programa oficial de que el régimen aquí era un aliado estadounidense. A Curtice le resultó difícil estar de acuerdo con su supervisor en muchos temas; pero en lo que respecta al traductor, no vio ningún daño en traer al redil a una mujer coreana con educación moderna.

“Sí, eso sería tremendamente útil, gracias”, dijo con una sonrisa en sus brillantes ojos azules, que se habían mantenido jóvenes incluso cuando su cabello rojo se elevaba más sobre su frente y su cuerpo tomaba las oscilantes insinuaciones de la mediana edad. Mientras buscaba una manera de terminar su reunión, alguien llamó silenciosamente a la puerta.

“Adelante”, dijo el director en inglés. Pero su rostro mostró sorpresa cuando una hermosa joven coreana entró, sonrojándose intensamente por los nervios.

"¿Puedo preguntar de qué se trata esto?" La directora cambió a un coreano inesperadamente firme y flexible que había adquirido en las últimas dos décadas. La joven se sorprendió al escuchar su lenguaje salir de la boca de una persona blanca.

“Soy la madre de Hesook”, dijo la mujer en coreano, y luego agregó en inglés: “Estoy aquí para hablar de ella”.

"¡Oh si por supuesto! Lo siento, ahora lo recuerdo”, dijo el director en una mezcla de coreano e inglés. Se levantó de la silla a modo de saludo y Curtice la siguió, asintiendo ligeramente con la cabeza en

dirección a la mujer. "Debería irme", indicó con los ojos a su anfitrión. Pero ella le indicó que se sentara y esperara a que terminara esta breve reunión sin importancia, y él obedeció.

“Por favor, siéntese”, le dijo la directora a la nueva invitada, quien tímidamente se deslizó entre una silla y la mesa de café y se acomodó, descansando sus manos blancas sobre su falda color lavanda. Como sucede a veces cuando se encuentra con un extraño que es incuestionablemente guapo o feo, el director y Curtice se sorprendieron al ver a la mujer, que era notablemente bonita. Sin embargo, debido a su buena educación, ambos se comportaron como si no se hubieran dado cuenta. Curtice miró por la ventana para demostrar que no deseaba entrometerse en su reunión. Una brisa cálida entraba desde el patio, haciendo que las cortinas de lino blanco ondearan.

“Solo enseño a las niñas mayores, así que no conozco bien a Hesook”, dijo el director en inglés. “Pero por lo que me dice su maestra, Hesook es una chica muy inteligente”.

"Gracias", dijo la mujer en voz baja con una reverencia.

“Ella nunca había causado ningún problema antes, así que nos sorprendimos cuando se peleó con algunas de las otras chicas. Parece que esas chicas se burlaban de Hesook, pero fue ella quien comenzó a patear y golpear. ¿Lo entiendes?" dijo la directora con una voz severa que usó indiscriminadamente con estudiantes, profesores y visitantes problemáticos por igual.

"Sí, lo hago", dijo la mujer dócilmente, estudiando su regazo.

“Esas chicas se burlaban de Hesook por no tener un padre, lo cual es algo terrible, pero no puedo tener a nadie que actúe con violencia en la escuela”.

"¿Quieres decir que vas a expulsar a Hesook?" La mujer se agitó y miró directamente a los ojos del director. “No, ella es solo una niña. Ella cometió un error. . .” Cambió a coreano y pareció pedir perdón. Todavía sentado torpemente en la mesa, Curtice resistió el impulso de intervenir y decirle al director: ¿Por qué no dejar pasar a este?

“Sé que Hesook es joven, por eso esta vez es solo una advertencia”, dijo el director. “Pero por favor, habla con ella sobre no pelear. No seré tan indulgente la próxima vez.

“Gracias, muchas gracias”, dijo la mujer en inglés, inclinándose profundamente por la cintura.

Habiendo escuchado fragmentos de la conversación, Curtice se preguntó quién podría ser este extraño. Parecía lo suficientemente

joven como para ser estudiante en la escuela, y también era curioso que hablara inglés. Pronto, su curiosidad quedó parcialmente satisfecha: cuando el director le preguntó dónde había aprendido el idioma, la mujer le explicó que le había enseñado su tía, que había sido alumna de esta escuela.

Después de que el visitante se fue, el director se volvió hacia Curtice y le dijo: “Lo siento. Podría haber esperado a que termináramos, pero. . .”

“No, no fue ningún problema, no me importó en absoluto”, dijo Curtice. "¿Quién es ella?"

“Solo la madre de uno de nuestros estudiantes”, respondió el director.

“Parece demasiado joven para ser madre”. El cónsul adjunto levantó las cejas, sin molestarse en ocultar sus pensamientos. "Ella habla inglés. ¿No crees que una mujer casada podría querer trabajar en el consulado...?

"Ella no está casada, Sr. Curtice, aunque dudo mucho que quiera ser traductora o secretaria", dijo el director con aspereza. Curtice se sonrojó, preguntándose cómo la había ofendido. El director era al menos diez años mayor que él, y siempre habían tenido una dinámica asexuada de respeto mutuo. Sin embargo, estaba claro que su interés en este extraño la hizo sentir indignada e insultada.

“Ella es… lo que se conoce como una giseng. Una muy exitosa, escuché. Su hija no tiene padre”, pronunció la directora, juntando las manos sobre el regazo, como si ese fuera el final de la discusión.

Curtice volvió a mirar por la ventana para no traicionar su asombro. Un pensamiento repentino vino a su mente que si pudiera ver al extraño cruzando el patio, lo tomaría como una señal. ¿Una señal de qué? Él aún no lo sabía. Una ligera brisa levantó un velo de polvo y lo llevó hasta el cielo azul. Cuando Curtice comenzaba a temer que había estado mirando hacia otro lado demasiado tiempo, que el director se ofendería por su falta de atención, la mujer de la falda lavanda apareció en el marco de la ventana. En medio de la arena rosada que se levantaba, se parecía un poco a un viajero cruzando el desierto.

* * *

HANCHOL YA NO TRAE el rickshaw al teatro después de las actuaciones de Jade. En cambio, caminaban juntos a casa lentamente todas las noches. La caminata duró casi una hora, pero ninguno de los

dos sintió fatiga, incluso después de un largo día de correr por la ciudad, ensayar y subir al escenario. Ambos se sentían profundamente vivos simplemente por deambular y tomarse de la mano. Se señalaron el uno al otro las cosas que vieron: “Oh, mira esas ventanas arqueadas de esa tienda por departamentos. . .” "¿Alguna vez notaste esa estatua allí?" Aunque ninguna de esas cosas era particularmente profunda, todo parecía significativo, encantador y memorable. Cuando llegaron a su casa, suavemente, casi con reverencia, la envolvió en sus brazos y se besaron.

Una noche, cuando el clima era particularmente hermoso y la luna brillaba, Jade dejó de besarlo y dijo: "¿No te gustaría entrar?". Sabía que él había estado pensando en esto durante mucho tiempo, pero que nunca tendría el coraje de preguntarle primero. Lo llevó de la mano a su pabellón, orgullosa de mostrarle dónde vivía.

Sabía que era su primera vez y que tenía que estar nervioso. Pero a pesar de ser inexperto y más joven que ella, la tomó como si supiera qué hacer. Su toque era urgente, pero suave. Incluso cuando ambos estaban desnudos, él la besó desde la coronilla hasta la punta de los dedos y luego hasta los dedos de los pies. Sus labios viajaron a lo largo de su cuerpo como un cartógrafo, haciendo un mapa de sus sensaciones. Pequeños suspiros escaparon de su boca, no como con los demás, para mostrar que lo que estaban haciendo era adecuadamente agradable, sino porque no podía evitarlo. Ella miró hacia arriba hipnotizada por su cuerpo delgado pero musculoso sobre el suyo, acariciándola tan pacientemente mientras retrasaba su propia gratificación. Ella dijo: “No quiero esperar más”, y se acercó a él, pero él siguió tocándola por todas partes. "Podría besarte para siempre", susurró. Cuando finalmente se presionó contra su cuerpo, se miraron a los ojos con asombro. La sensación de estar tan cerca era dolorosamente exquisita. Se mantuvieron inmóviles durante un rato, antes de moverse y disolverse el uno en el otro. Él se corrió primero, y ella esperaba que él rodara fuera de ella y se durmiera como lo habían hecho los demás. Pero él se quedó dentro de ella y volvió a ponerse duro hasta que ella también llegó al clímax.

Se tumbó encima de ella, jadeando y apoyando su cansada cabeza en su pecho mientras ella le acariciaba el cabello húmedo. Él tomó su mano y se la llevó a los labios, y ella lo vio sonriendo inconscientemente, como si no pudiera creer su buena suerte.

"Tu piel . . .” dijo, derritiéndose en besos más suaves y revoloteantes sobre su pecho. Y ella sabía exactamente lo que él

quería decir; la sensación de su piel desnuda contra la de ella era tan cómoda pero intensa que sintió hambre incluso en ese momento. Sin hablar, cambiaron de posición para tocarse tanto como fuera posible, y luego se rieron de su tontería.

“Puedo oír los latidos de tu corazón”, murmuró. También podía sentir su corazón latiendo con fuerza sobre su estómago. Nadie más le había dicho esto, pero nadie más había hecho que valiera la pena notarlo. Sentir los latidos de su corazón era algo que sabía que atesoraría por el resto de su vida.

"¿Me amas?" ella preguntó.

“Sí, te amo”, dijo HanChol simplemente. "Realmente lo hago".

"¿Por qué? ¿Desde cuándo?"

“Desde que te vi por primera vez fuera del teatro. ¿Por qué? Porque tú eras tú, parado allí, y yo también estaba parado allí. . . Es así de simple y así de complicado. Pero no podría haber sido de otra manera”. Él suspiró y giró su rostro para que su mejilla derecha presionara contra su pecho.

Desde entonces, nada más le importaba a Jade más que amar y ser amada por HanChol. Rara vez dedicaba tiempo a reflexionar sobre su distanciamiento con Lotus o su éxito en el teatro. Sabía que tenía lo más importante, algo tan puro y raro. Cuando llegó a la casa de Silver, todo lo que había imaginado para sí misma era convertirse en sirvienta. Luego, más tarde, se preguntó si su destino sería estar con hombres hacia los que no sentía más que repugnancia, hasta dejarlos de lado por mujeres más jóvenes y diversiones más nuevas. Pero por algún milagro, su realidad ahora era mejor que cualquier cosa que jamás hubiera soñado. En un período de tiempo relativamente corto, la convirtió en una persona diferente. El cambio fue mayormente interno, aunque como sucede cuando hay un cambio sísmico interno, su físico también cambió. Se sentaba frente a su espejo y se sorprendía de que sus ojos o su nariz se vieran extrañamente diferentes a los de hace solo medio año. Ahora se sentía tan bien adorada que su alma misma se había transformado, y sus rasgos se habían moldeado para reflejar eso. Jade siempre había sido encantadora pero imperfecta, con una frente estrecha y ojos regulares y anodinos entrelazados con finas pestañas, pero ahora esos defectos eran imperceptibles. Estaba acostumbrada a llamar la atención, pero nunca tanto como ahora: sentía que los ojos de la gente la seguían mientras caminaba por la calle o subía al escenario. Sin embargo, nada de eso le importaba. A ella solo le importaba ser hermosa a sus ojos. Jade siempre había sido

encantadora pero imperfecta, con una frente estrecha y ojos regulares y anodinos entrelazados con finas pestañas, pero ahora esos defectos eran imperceptibles. Estaba acostumbrada a llamar la atención, pero nunca tanto como ahora: sentía que los ojos de la gente la seguían mientras caminaba por la calle o subía al escenario. Sin embargo, nada de eso le importaba. A ella solo le importaba ser hermosa a sus ojos. Jade siempre había sido encantadora pero imperfecta, con una frente estrecha y ojos regulares y anodinos entrelazados con finas pestañas, pero ahora esos defectos eran imperceptibles. Estaba acostumbrada a llamar la atención, pero nunca tanto como ahora: sentía que los ojos de la gente la seguían mientras caminaba por la calle o subía al escenario. Sin embargo, nada de eso le importaba. A ella solo le importaba ser hermosa a sus ojos.

Las mujeres, más que los hombres, tienden a polarizar el amor como dar o recibir. Existe una extensión más amplia entre aquellas mujeres que entienden el amor como un cuidado desinteresado y otras que no pueden soportar una relación a través de la cual no se benefician de alguna manera. Para Jade, incluso la idea de obtener algo a través de HanChol habría contaminado su amor. Ninguno de los regalos y el dinero que Jade había recibido de sus patrocinadores la habían hecho tan feliz como cuando pensaba en formas de ayudar a HanChol. Ella tenía dinero más que suficiente para mantenerlo mientras terminaba la escuela. Después de perder a su principal cliente, Jade, HanChol tenía problemas para ganar suficiente dinero. Pero Jade sabía que le sería difícil aceptar su ayuda. Cuando lo mencionó, HanChol pareció ofendido por primera vez en su presencia.

"Nunca podría tomar tu dinero", dijo tenso. “Soy un hombre que sabe cómo hacer su propio dinero, no tomarlo de una mujer”.

"No lo pienses de esa manera", suplicó. "Soy mayor que tú. Piénselo de esta manera: en la vida, hay momentos en los que debe aceptar la ayuda de personas que quizás sean mayores y estén en una mejor posición. Y luego, cuando tienes éxito, devuelves el favor y ayudas a quienes lo necesitan. ¡No pueden seguir así, ruedas giratorias! Tiene que haber algo que te levante del lodo, y ahora digo que quiero ser ese algo”.

Ella lo miraba con ojos tan amorosos e inocentes. Ella fue completamente desinteresada en su oferta y no buscaba nada a cambio. Le besó las manos y dijo: "No te merezco".

Había estado considerando abandonar la escuela nocturna por completo en lugar de luchar durante otros seis o siete años, solo para

tener una oportunidad en la universidad. Había estado pensando en toda una vida de conducir rickshaws o, cuando se volvieron obsoletos, convertirse en un duro trabajador cargando ladrillos en su espalda los siete días de la semana hasta su muerte.

Jade no solo pagó la matrícula escolar, sino que también cubrió el costo de vida para él y su familia. Incapaz de explicar que una actriz y cortesana era su benefactora, le dijo a su madre que había ganado una beca. Ella respondió: “Por fin estás empezando a vivir a la altura de tu potencial. Pero no se vuelva arrogante y holgazanee. No debes descansar hasta que te admitan; nuestra familia depende de tu éxito.

HanChol iba a la escuela nueve horas al día y estudiaba en casa incluso más tiempo, a menudo hasta que los pájaros nocturnos se callaban. A veces se encontraba leyendo hasta el amanecer. Pero después de correr por la ciudad todos los días durante años, simplemente aprender en su asiento era algo que podía hacer con gusto. Se puso al día con varios años de educación en solo un año y finalmente tomó el examen de ingreso a la universidad.

Los resultados se anunciaron en los periódicos, y cuando vio su nombre entre los primeros de todos los estudiantes del país, se emocionó hasta las lágrimas por dos cosas: primero, que su vida podría haber ido por el camino del abismo. o el del éxito, y que había dado un giro decisivo e irrevocable hacia este último; segundo, que lo había hecho todo solo.

17

Café Cuerno de Mar

1933

CUANDO YOUNGGU FINALMENTE HABÍA TENIDO EL VALOR DE PEDIRLE AL PROPIETARIO DEL RESTAURANTE la mano de su hija, JungHo se ofreció a casarlo. Pero YoungGu se había negado.

"JungHo, sabes que te confiaría mi vida", había dicho. Pero me preocupa que vuelvas a hablar con el puño. Eso no servirá para el padre de mi futura novia.

También había descartado fugarse, aunque robar una novia era una práctica tradicional entre los hombres que no podían pagar la dote. En cambio, fue al padre, se arrodilló en su piso y le pidió su bendición. Pidió perdón por entrar a su casa y aprovecharse de su restaurante, y prometió trabajar para pagar la deuda.

"¿Ustedes, hooligans, han arruinado mi vida durante años y ahora también me roban a mi hija? ¿Es esto algún tipo de broma enfermiza? gritó el padre. "Bien, si realmente no puedes vivir sin ella, como dices, sal y arrodíllate en el patio. Si te levantas antes de que te diga que puedes, no le pondrás un dedo encima a mi hija. ¡Y confía en mí, lo sabré si te levantas por un segundo!"

YoungGu salió obedientemente de la habitación y se arrodilló en el centro del concurrido patio, mientras los trabajadores del restaurante miraban y chismeaban, los vecinos se asomaban por encima de las paredes para reír, la niña lloraba miserablemente en su propia habitación y su leal perro atado al castaño. ladró su corazón, sintiendo que algo grave había caído sobre su maestro. La conmoción fue extraordinaria. Pero YoungGu permaneció en su lugar, con las espinillas hundidas en la tierra, la cabeza inclinada en penitencia y no se levantó en toda la noche. A la mañana siguiente, un sirviente estaba tratando de convencerlo de que simplemente se rindiera cuando colapsó y se tumbó en el suelo.

Finalmente, el padre salió de su habitación, lo sacudió por los hombros y dijo: “Si juras romper todos los lazos con tu pandilla de hooligans, especialmente con ese comunista rojo JungHo, y trabajar duro como un hombre honesto a partir de este punto. adelante . . .” No pudo terminar sus palabras, porque la idea de entregar a su hija más adorada a este desdichado todavía era tan espantosa. Entonces recordó el viejo dicho de que no hay padre que pueda ganarle a su propio hijo.

"Gracias, padre", susurró YoungGu débilmente. "Cuidaré bien de ella".

A partir de ese momento, YoungGu aparentemente se había retirado del grupo. Dejó de ir a las reuniones y de hacer el trabajo de JungHo y empezó a ayudar en el restaurante. Pronto, él estaba administrando el lugar en lugar de su anciano suegro, quien se había ablandado con el tiempo y el nacimiento de su amada nieta.

JungHo tenía todo el derecho de estar enojado por la deserción de YoungGu, pero sintió que estaba bien dejar ir a su amigo. Loach también había dejado la organización, diciendo que no podía hacer el juramento que se requería. En realidad, el juramento fue difícil incluso para JungHo. Renunciar a sus posesiones mundanas no era insuperable, ya que, para empezar, poseía muy poco. (MyungBo mismo había cedido la mitad de su patrimonio para distribuirlo entre los pobres y usarlo para misiones, y eso requería verdadera fortaleza, creía JungHo). La segunda parte del juramento, estar dispuesto a dar su vida por la independencia, era otro asunto. Por observación, JungHo sabía que había dos tipos de activistas: los que estaban destinados a morir jóvenes en acción y otros que vivirían para gobernar, negociar, escribir manifiestos, etc. Era obvio que MyungBo era el último: era demasiado esencial y su mano de erudito era más útil para escribir cartas y declaraciones que para disparar armas. Por otro lado, ya habían pasado varios años desde que JungHo (y MyungBo) se dieron cuenta en silencio de que nunca leería ni escribiría bien. Esta era una debilidad que lo descalificaba, lo sabía. JungHo dejó que estos pensamientos pasaran por su mente en oleadas; a veces rugían y chocaban, y otras veces se calmaban en una narración que tenía sentido. Cuando se sentía más tranquilo, creía que MyungBo le pediría que hiciera algo que solo él podía hacer, precisamente en el momento adecuado. Ya habían pasado varios años desde que JungHo (y MyungBo) se dieron cuenta en silencio de que nunca leería ni escribiría bien. Esta era una debilidad que lo descalificaba, lo sabía.

JungHo dejó que estos pensamientos pasaran por su mente en oleadas; a veces rugían y chocaban, y otras veces se calmaban en una narración que tenía sentido. Cuando se sentía más tranquilo, creía que MyungBo le pediría que hiciera algo que solo él podía hacer, precisamente en el momento adecuado. Ya habían pasado varios años desde que JungHo (y MyungBo) se dieron cuenta en silencio de que nunca leería ni escribiría bien. Esta era una debilidad que lo descalificaba, lo sabía. JungHo dejó que estos pensamientos pasaran por su mente en oleadas; a veces rugían y chocaban, y otras veces se calmaban en una narración que tenía sentido. Cuando se sentía más tranquilo, creía que MyungBo le pediría que hiciera algo que solo él podía hacer, precisamente en el momento adecuado.

Una noche, después de que YoungGu y Loach se fueran, JungHo los vio para cenar en el restaurante chino. Estaban en un buen estado de ánimo borracho familiar para viejos amigos reunidos en un lugar de buenos recuerdos, una sensación como estar sentados en la hierba en el crepúsculo de verano. Fue dichoso al principio y, a medida que avanzaba la noche, tomó una forma de tristeza indistinta. A pesar de que todavía eran jóvenes, JungHo sintió fuertemente que algo ya estaba completamente detrás de ellos. YoungGu era padre de una hija con otra en camino. Loach mismo había ahorrado suficiente dinero para abrir una tienda general cerca del restaurante de YoungGu. JungHo no había buscado hacer ninguna de esas cosas. Pero si hubiera sido capaz de construir algo pequeño y real con Jade a su lado, eso habría sido todo para él. Se sorprendió al darse cuenta de que no la había visto en casi tres meses. La última vez que fue, él había tenido la sensación de que ella tenía un hombre nuevo, y se había ido sintiéndose peor que antes de verla. Era una forma única de autotortura que ya no se administraría a sí mismo.

Después de despedirse de sus amigos, JungHo fue solo al puente de piedra sobre el canal para fumar y pensar. Apoyando los codos en la barandilla, sacó la pitillera plateada de su bolsillo interior. Estaba empañado en algunos lugares, y el grabado era difícil de distinguir. Pero, pasó el dedo por los surcos ligeros, por supuesto que todavía estaba allí. El tiempo tuvo el efecto de silenciarlo todo, pero nunca pudo borrar algo real.

De vez en cuando, JungHo iba a ciertos restaurantes de bajo nivel donde había mujeres que se ocupaban de sus necesidades en la trastienda. No eran cortesanas, sólo prostitutas que se acostaban con cualquiera por un precio, pero a él le gustaban y las anhelaba. Con

una chica muy joven, que no podía tener más de dieciocho años, había sentido una especie de afecto fraternal junto con el deseo físico. Esto no le pareció una infidelidad a Jade porque lo ayudó a conservar las mejores partes de él para ella durante tanto tiempo, y tal vez fue un acto de fe. Consideró ir a ver a esta chica. Sería bueno yacer en los brazos de alguien por un tiempo. Luego, sacudiendo la cabeza, decidió no hacerlo.

Se le ocurrió ahora que nunca le había dicho a Jade sus verdaderos sentimientos. Tal vez ella lo sabía y se negaba a reconocerlo. Tal vez ella no lo había visto de esa manera, pero ahora se daría cuenta de lo que siempre ha estado frente a ella. Cuando llegó a su casa, la criada le dijo que estaba fuera y le preguntó si la esperaría adentro. Optó por quedarse afuera para respirar un poco mejor el aire fresco.

Llevaba puesto su único traje de invierno, una de dos camisas y un abrigo viejo, pero todo estaba limpio, planchado y almidonado por el ama de llaves de MyungBo. Nadie podría decir que parecía un pilluelo sucio de la calle o un paria. Algunas mujeres pasaron y lo miraron con amistosa curiosidad, lo que reforzó su confianza. Finalmente estaba listo para decírselo.

* * *

JADE HABÍA SALIDO esa mañana al plató de su nueva película cerca del río Han. Hacía frío y viento junto al agua, y ella no se sentía bien. Entre tomas, su coprotagonista le preguntó si estaba bien.

"Solo estoy un poco cansada, pero estaré bien", respondió ella.

"Hace demasiado frío hoy. Lamento que tengas que estar con esa blusa delgada y pequeña", dijo con una sonrisa. Era el tipo de sonrisa que dan los hombres para mostrar, Sí, me preocupo por ti. Jade sabía que le agradaba a su coprotagonista y, aunque nunca planeó corresponder sus sentimientos, su constante disponibilidad la hizo sentir mejor de inmediato.

Sufría porque HanChol se había graduado de la universidad y, en lugar de permitirles comenzar su nueva vida juntos, solo les había traído nuevas ansiedades. Al principio, a ambos les sorprendió que no pudiera encontrar trabajo de inmediato. Muchas empresas habían despedido trabajadores desde la caída del mercado y solo unas pocas estaban contratando nuevos empleados. Había miles de solicitantes para unas cinco o diez vacantes en una empresa, que primero se otorgaron a las élites japonesas y luego a las projaponesas. Sin conexiones familiares o riqueza, un título no valía nada. Por orgullo,

HanChol se negó a escribir cartas a sus parientes Andong separados o a codearse con jóvenes burgueses de la universidad, aunque evitar a estos últimos, estrictamente hablando, se debió menos a su integridad que a un entendimiento instintivo de que no lo recibirían. Cuanto más trataba Jade de calmarlo, más HanChol actuaba distante y frío, porque se encontraba aislado en el amor de una mujer cuando debería estar liberado en compañía de otros hombres. Jade sabía que él se sentía así. Así que trató de exigirle lo menos posible, aunque eso la hundiera en la infelicidad.

Jade había creído que todo lo que necesitaba era cierta distancia y un trabajo, y se regocijó cuando HanChol finalmente encontró un puesto como mecánico en una tienda de bicicletas. Ni siquiera requería un título universitario, pero ya había pasado meses enviando currículos a docenas de diferentes empresas y bancos sin ningún resultado. Si HanChol estaba decepcionado, lo ocultó bien. Años de reparar su propio rickshaw pronto le dieron la capacidad de descubrir cualquier problema que pudiera tener una bicicleta con solo mirar y retocar durante unos minutos. La noche anterior, HanChol había venido y le contó que incluso había arreglado la bicicleta de su jefe.

“Este trabajo no era exactamente lo que tenía en mente, pero al menos es consistente. Y mi jefe paga mejor que la mayoría. Dijo que estaba muy impresionado por lo rápido que arreglé sus frenos y hablamos un poco sobre lo que había estudiado en la universidad”, dijo HanChol en la cama. Su brazo derecho estaba envuelto alrededor de Jade, cuya cabeza con su pelo corto y ondulado descansaba cómodamente sobre su hombro.

"¿Ver? Él reconoce tu talento. En poco tiempo, te dará tareas más importantes y te ascenderá. Y entonces estarás listo. Jade le sonrió. Aunque se abstuvo incluso de pensar esto directamente en su cabeza, tenía una anticipación cada vez mayor con respecto a su futuro y pensó que HanChol lo mencionaría una vez que se sintiera estabilizado. Mientras estudiaba, solía decir de vez en cuando que no la defraudaría y que la haría feliz. Más de una vez, había dicho que deseaba que pudieran estar juntos para siempre. Escuchar estas palabras en sus brazos le había dado una sensación de pura luminiscencia, como una luciérnaga que acumula los rayos del sol durante el día y brilla por la noche, humilde pero milagrosamente viva. Era esa conciencia de haber saboreado la vida, de ser besado por la vida.

HanChol había dejado de decir que deseaba que pudieran estar

juntos para siempre. Desde cuándo exactamente, Jade no podía saberlo.

En lugar de esas palabras tiernas, sin pensarlo le apretó el hombro y dijo: “Sí, espero ascender en este trabajo. Quiero mostrarle lo que puedo hacer. Es bastante distraído y el negocio está muy mal dirigido por un socio. . .”

Lo que ella quería oír era que una vez que él estuviera establecido, le hablaría a su madre sobre ella y que se harían los arreglos necesarios. Con decepción, Jade sintió que hablaba más de sí mismo que de ella o de ellos juntos. Así que ella se aferró a él con más cariño. —Bésame —susurró ella, guiando sus estrechas caderas sobre ella. Cayó en el placer familiar cuando él besó sus pechos y se hundió en ella con el mismo anhelo y urgencia. Su rostro se iluminó cuando se dio cuenta de que él todavía la deseaba tanto como al principio. Los ojos de un hombre revelaron todo mientras hacían el amor. Pero después de terminar, ya no la besó ni rompió en esa sonrisa inconsciente.

Toda la tarde, Jade repasó sus escenas sin pensar, preocupada por HanChol. Cuando la filmación terminó temprano en la noche, su coprotagonista preguntó: “¿No estás de humor para algo caliente después de todo esto? ¿Te gustaría venir conmigo a buscar un poco de udon?

Tenía un brillo maravilloso y ansioso en sus atractivos ojos. Su elegante traje de lana estaba impecablemente cortado y planchado, y ella se había reído una vez imaginando que podría sostenerse por sí solo sin quien lo usara. Pero realmente era un hombre muy agradable.

"Oh, gracias, pero hoy no puedo", respondió Jade, sonrojándose. “Ya tengo planes. Algún otro día, tal vez. Se puso su abrigo azul pálido con cuello de piel de conejo, notando cómo su coprotagonista estaba tratando de ocultar su decepción y sintiendo lástima y euforia. Ella le hizo una reverencia y se subió a un taxi que la llevó a la villa de Lotus.

Ha pasado tanto tiempo. ¡Oh, pareces frío! Date prisa y entra. Lotus la saludó en la puerta principal, colocando una mano en la espalda de su amiga. Raramente pasaban tiempo juntos, y habían pasado varios meses desde la última vez que Lotus había ido a la casa de Dani. Pero Lotus la había llamado, pidiéndole que la visitara, y ella había aceptado. Ambos se sintieron un poco falsos en presencia del otro, pero trataron sinceramente, como hacen los viejos amigos, de ocultar esa artificialidad.

“¿Dónde está Sunmi? ¿Cómo está el pequeño amor? preguntó Jade, mirando a su alrededor en busca de la hija de Lotus, que había cumplido tres años. Sunmi había salido a caminar con su criada, y su madre tenía la mirada feliz de una madre aliviada de un niño pequeño.

“Eres tan afortunada de no tener un hijo, Jade,” dijo Lotus en su antiguo tono familiar, una vez que se instalaron en su habitación. “No es que no la ame, porque por supuesto que haría cualquier cosa por mi hija, pero. . . Extraño mi antigua vida. El escenario, las representaciones. . .”

“¿Seguro que puedes volver? Todavía ponen tu disco en todos los cafés, ¿sabes? Antes de que naciera Sunmi, Lotus había grabado algunas canciones que la habían convertido en un nombre familiar. Le había dado una pequeña fortuna y al presidente Ma una mayor.

“¿De verdad? Difícilmente soy yo quien lo sabe, no he salido de noche en mucho tiempo. Loto suspiró. “A veces realmente extraño los viejos tiempos, ¿no es así, Jade? ¿Cuándo todo lo maravilloso parecía posible? Ahora no estoy tan seguro. Solo trato de—” Ella vaciló. “Solo trato de mantener la cabeza en alto”.

“Echo de menos los viejos tiempos. Todos éramos tan inocentes”. Jade luchó contra las lágrimas en sus ojos. Estaba pensando en Lotus y HanChol y en todas las demás personas que alguna vez había amado con absoluta certeza y pureza, sin temor a salir lastimada. Incluso JungHo se había alejado silenciosamente de su lado y lamentaba no haber sido una mejor amiga para él. Lotus se acercó y le dio unas palmaditas en el brazo, y ella se rió. El calor de las lágrimas era de alguna manera muy sanador.

“Tengo una idea,” dijo Jade entre sollozos. ¿Por qué no salimos esta noche? Para ser honesto, realmente me vendría bien un trago”.

Lotus se resistió a la sugerencia solo por un momento; ella estaba realmente emocionada de tener una salida. Tarareando suavemente, se sentó frente a su tocador con sus polvos y coloretes. Aunque nunca fue hermosa, todavía se veía joven. Su nuevo peinado era similar al de Jade, cortado a la altura de los hombros y rizado con tenazas, y se adaptaba a sus facciones.

La sirvienta y Sunmi regresaron mientras ella elegía su atuendo. Jade notó que la hija de Lotus no era una niña bonita, se sintió culpable por tener este pensamiento y, por lo tanto, actuó demasiado asombrada por ella. La niñera incitó a Sunmi a saludar. Solo puso un pequeño dedo en sus labios, mirando alrededor de la habitación con

una lenta vigilancia que a Jade le pareció poco atractiva.

Lotus dijo distraídamente: “Ella es tan tranquila, tan educada. Ella nunca llora delante de mí. Una vez se cayó mientras la niñera no estaba y se torció toda la cara tratando de no llorar”. Al escuchar esto, Jade decidió mostrarle a Sunmi una calidez genuina y la besó en la parte superior de la cabeza. Lotus acarició suavemente el cabello nuevo del niño, sin cortar y translúcido como la seda de una araña cubierta de rocío. "Ahí ahí . . . Y ahora es hora de ir a la cama”, dijo, enviando a la niña y su niñera a toda prisa.

La tarde estaba tempestuosa y nublada. Lotus seleccionó un vestido de seda granate, una campana y un abrigo verde oscuro, otoñales y ricos contra el gris que los esperaba afuera. La animaba el voluptuoso placer de estar perfectamente vestida para un cierto tipo de clima. Jade ya se estaba poniendo los zapatos cuando Lotus se detuvo en su tocador para liarse un cigarrillo. Se fumó la mitad antes de notar la impaciencia de Jade.

Es sobre todo tabaco y un poco de opio. Solo para quitarle el filo”, dijo. "¿Quieres probarlo?"

"No estoy bien. A este ritmo, seguiremos aquí a medianoche —dijo Jade, y Lotus apagó el cigarrillo con cuidado y lo dejó en el cenicero.

Cuando finalmente se pusieron en marcha, un viento ronco se llevaba los cubos vacíos junto al pozo y las doncellas patinaban, arrancando la ropa sucia de los tendederos.

Había innumerables cafés en Seúl, y cada uno tenía sus propios seguidores. Los empresarios y los ricos projaponeses acudían al Café Vienna; los nacionalistas fueron al Café Terrace; los comunistas fueron al Caballo Amarillo; los estudiantes y los artistas fueron al Café Gitane; y los japoneses fueron a sus propios cafés, dirigidos por los japoneses. Pero todos los que eran conocidos en la sociedad iban al Café Seahorn, que era propiedad de un joven poeta burgués. De alguna manera el hecho de que fuera hijo de un terrateniente projaponés con la mejor educación, pero también un izquierdista y un artista que creía en el amor libre, le permitía atraer a las personas más interesantes de todos los rincones de la sociedad. Jade lo conocía, y allí era donde llevaría a su amiga.

“¿No es esto encantador? Puedes verlos a todos desde este lugar”, dijo Jade a Lotus mientras se deslizaban en la cabina de cuero carmesí. Se volvió hacia la bonita camarera y pidió dos tazas de moka.

“¿Por qué es esto mucho más delicioso que el café normal?” Loto susurró.

"Tiene chocolate, ¿no es increíble?" Jade se rió. “Comenzamos con esto, luego tomaremos un poco de alcohol. Ves cómo la gente está hablando ahora. Más tarde, todos estarán bailando. ¡Oh, están tocando 'La Paloma'!”. Jade saltó de un pensamiento al siguiente. Señaló a una mujer pintora muy conocida que se había casado con un diplomático y había viajado por el mundo con él; pero mientras estaba en el extranjero, tuvo una aventura con el mejor amigo de su esposo, y él se divorció de ella tan pronto como regresaron. Ahora luchaba por ganarse la vida vendiendo pinturas y haciendo ilustraciones para revistas. También había un novelista que estaba sentado solo, aparentemente leyendo una revista estadounidense que había en el café, pero en realidad estaba allí para una de las camareras, que era su amante.

“Todos van por las chicas del café en estos días. Me han dicho que son más modernas que las cortesanas —dijo Jade, mirando a la camarera, cuyo delantal resaltaba su diminuta cintura—. No parecía tener más de veinte años. "Y no tan exigente como Modern Girls de alta cuna".

“A veces se siente extraño pensar que comenzamos a aprender poesía clásica y canciones tradicionales en ese pabellón bajo el sauce llorón. Y mi madre con sus regias sedas y joyas, y su devoción de por vida al único hombre que le dio ese anillo de plata. . . Eso se siente como hace cien años”.

“¿No la extrañas? ¿Por qué no llevas a Sunmi a visitarla a PyongYang?”.

“La presidenta Ma no lo permitiría”, dijo Lotus en voz baja a su taza de moka. La música cambió. Un joven caballero se dirigía hacia ellos y ambos sonrieron preparándose para su llegada.

“Señorita Jade, qué placer. ¿Por qué has estado fuera tanto tiempo? Te hemos extrañado aquí”, dijo el señor, quien era el poeta-propietario del café. Tenía entre veinticinco y treinta años, de estatura y complexión promedio. Su camisero sin chaqueta, las gafas con montura de carey y sus modales amables eran prueba de su estatus bohemio. Tomó la mano izquierda de Jade y la besó apasionadamente, como si dijera, "esto es solo una broma a medias". Cuando Jade presentó a su amigo, él estaba igualmente encantado de conocer al famoso cantante y ordenó que trajeran una ronda de whisky americano. Tenía el don de hablar con dos mujeres con igual atención y coquetear sin implicación.

“Entonces, ¿qué significa el nombre? Cuerno de mar —le preguntó

Lotus, sumergida en su primer trago de whisky.

“Oh, es algo que inventé. Sabes, todos tenemos esas cosas que simplemente amamos sin racionalidad. En realidad, si es racional, entonces no es realmente amor. Así que lo que más amo en el mundo. . .” El caballero se demoró en sus palabras, lamiendo el whisky de sus labios.

“Es el sonido de los barcos. Cuando era estudiante, una vez viajé solo a Busan. Viví en una pensión cerca del puerto durante un mes, leyendo y escribiendo desde la mañana hasta el anochecer. Después del anochecer, encendía una vela para seguir adelante, y era posible creer que no había nada en el mundo excepto yo y mis libros. Se sentía como si mi habitación fuera la cabina de un barco, en algún lugar en medio del océano. Y todas las tardes, entre las tres y las cuatro de la tarde, se oía el sonido de los barcos en el muelle. Los grandes barcos harían, BOO-BOOOO. . . y los más pequeños respondían, Doo—doooo. . . Esos cuernos de barco me hicieron más feliz de lo que jamás me había sentido en mi vida. Si pudiera embotellar ese sonido, lo serviría poco a poco cuando estoy triste y lo bebería como whisky”. Él sonrió. "¿Ha estado alguna vez en el mar, señorita Lotus?"

Ni Lotus ni Jade habían estado nunca en el mar. Ni siquiera a InCheon, que estaba tan cerca.

“Así es, ambos son norteños. . . Por supuesto, es por eso que ustedes dos son tan bonitos. No en vano, las cortesanas de PyongYang son las más célebres de todas. Oh, la canción acaba de terminar. Si me disculpan, voy a poner otro disco”. Hizo una reverencia y se alejó.

"Qué encantador es", dijo Lotus, una vez que estuvo fuera del alcance del oído.

"Sí, pero ¿no te das cuenta también de que él no está del todo contigo?" Jade tomó otro sorbo de su whisky. Su historia, por ejemplo. Es como si no lo estuviera diciendo por nosotros, no realmente. Él le cuenta esa historia a cualquiera que pregunte. A él realmente no le importa que lo sepamos, en última instancia. ¿Por qué sonríes? ¿Soy demasiado cínico?

“Estoy sonriendo porque te quiero mucho. Mi más viejo amigo." Lotus abrazó a Jade con un brazo.

“¿Pero estás de acuerdo? ¿No crees que tengo razón? Jade estaba pensando en la historia de la lechuza que le había contado HanChol. Siempre le había hecho sentir que estaba contando esa historia sólo para ella. Él había querido ser entendido por ella. Lo extrañaba

terriblemente.

"Sí, tiene usted razón. Pero siempre fuiste más exigente con los hombres. ¡Oh, escucha, Jade! Ambos dejaron de hablar; fue el disco de Lotus el que se puso en el gramófono. El poeta-propietario los saludó desde el otro lado de la habitación. Las parejas empezaban a levantarse ya bailar, como si la música los despertara del sueño como a los encantados de un cuento de hadas. La luz líquida de las lámparas se derramaba sobre ellos y sus sombras se arremolinaban alrededor de las paredes.

"Estoy tan contenta de que me hayas traído aquí". Lotus apoyó la cabeza en el hombro de Jade. “Sabes, el presidente Ma no me ama y no lo ha hecho durante mucho tiempo. Ni siquiera finge amar a Sunmi, una cuarta hija y bastarda, cuando en realidad quería un hijo. Estoy bastante seguro también de que se ha estado acostando con esa puta secretaria. Lotus en realidad no había pensado en la última parte, pero una vez que lo dijo en voz alta, supo que tenía que ser verdad.

“Tengo miedo de que me deje. O pienso en dejarlo. Suena como dos cosas completamente diferentes, pero el resultado final es el mismo: él estaría bien, mejor que bien, y yo sería destruida. Así que temo ambas opciones. . . pero soy tan infeliz ahora. ¿Qué tengo que hacer?"

"No tienes que quedarte con él para siempre", dijo Jade, tomando la mano de su amiga.

“Pero nadie más me amará nunca más. Seré una mujer vieja y abandonada, una amante desechada.

“Ves ese pintor, el que estaba casado con el diplomático”. Jade señaló con su mirada a la mujer con un vestido de terciopelo carmesí, que ahora bailaba con el poeta-propietario. “Tenía treinta años y cuatro hijos cuando tenía aventuras en París y Berlín. Solo tienes veinticinco años y un hijo. La pintora le susurró algo al oído a su pareja y luego echaron la cabeza hacia atrás a carcajadas. Era posible creer que a ella no le importaba su exmarido, ni su mejor amigo, su amante, que también la había abandonado.

“Y ahora nadie en su familia la reconoce y la gente se burla de ella a sus espaldas. No, eso no es para mí. Loto suspiró. "La más afortunada entre nosotros es mi hermana, ¿verdad?"

"Bien."

Luna tenía treinta años y seguía tan hermosa como siempre. Se había comprado a sí misma en el registro del gremio de cortesanas y trabajaba como secretaria en el consulado estadounidense. Le pagaba

decentemente y le permitía ser independiente. Su supervisor estaba enamorado de ella, pero fingió no darse cuenta. A diferencia de las dos mujeres más jóvenes, Luna parecía contenta de que la dejaran sola. La soledad se convirtió en ella como un hermoso abrigo.

La linda camarera regresó con dos copas de licor dorado. —Coñac, cortesía del caballero del reservado de la esquina —dijo, señalando con la mirada—. “No el oficial. El de la pajarita —añadió. Jade se congeló cuando reconoció su rostro. Ya no vestía uniforme, pero aún tenía la misma sonrisa arrogante mientras la estudiaba desde el otro lado de la habitación. Le dijo algo a su amigo, tomó su propio vaso y comenzó a dirigirse a su mesa con sus pasos rápidos y confiados.

18

Noche lluviosa

1933

“¿POR QUÉ NO VIENES CONMIGO? NO SEAS ABURRIDO”, dijo el conde ITO al coronel Yamada, apagando su cigarrillo en el cenicero de cristal.

"¿De qué se trata esto? No puedo seguir el ritmo de tus caprichos.

“¿No tienes ojos? Puedes ver que hay dos mujeres en esa mesa. Uno de ellos es bastante hermoso, tal vez incluso extraordinario. De hecho, la conocí hace años”.

"No entiendo tu fascinación por estas chicas de café y prostitutas". El coronel Yamada sonrió con frialdad, sacudiendo la cabeza. Estaba de permiso de la guerra en Manchuria y se encontraba con su cuñado por primera vez en tres años. Después de la dureza en el frente luchando contra los ejércitos chino y coreano, las formas despreocupadas e ignorantes de Ito y la sociedad en general lo irritaban.

“Ella no es una chica de café. Es una actriz de cine”, replicó Ito, saliendo ya de la cabina.

Ito era uno de esos hombres que se obsesionan con una mujer y luego la olvidan por completo y de repente. Desde que salió del vestidor de Jade hace ocho años, Ito no había pensado ni una vez en ella. Ese encuentro había satisfecho su apetito y había encontrado otros antojos. Algo de eso era para otras mujeres, pero él nunca estuvo realmente interesado en las mujeres o incluso en las personas en general. Siempre había un elemento de rebajarse a sí mismo cuando se acercaba demasiado a otra persona; esta, de hecho, era la razón por la que prefería a Yamada, en cuya compañía sentía menos la degradación. En lugar de personas, a Ito le gustaban los objetos hermosos, las ideas y el espacio vacío entre las cosas y las ideas. Hubiera sido perfectamente feliz deslizarse dentro de ese vacío blanco

y respirar el aire fresco y fresco por el resto de su vida.

De vez en cuando, sin embargo, Ito se interesaba por los demás casi a pesar de sí mismo. Jade había cambiado por completo desde la última vez que la había visto. No era sólo que llevara un vestido occidental o que se hubiera cortado el pelo y rizado con tenazas. Incluso sus rasgos se veían bastante diferentes y de alguna manera más cautivadores. Sin embargo, la había reconocido por su esencia inmutable, un cierto halo alrededor de su físico. Quería estudiarla de cerca.

“Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que nos vimos”, dijo mientras se sentaba junto a ella en la cabina. Ella lo miró con ojos que parecían aún más brillantes que antes. Su amiga, vestida a la moda pero sin duda hogareña, también pareció insultada por su propuesta. No le prestó más atención que a una pieza de antigüedad falsificada.

"¿Cómo has estado? He notado tus películas,” dijo Ito, su mirada fija en Jade.

“Coronel,” dijo Jade en japonés lento y mesurado. No tengo ninguna duda de que aquí hay muchas mujeres que estarían encantadas de hablar contigo. Yo no soy uno de ellos.

Pero no me interesan. Mira, ¿sabes lo que es cuando uno lo tiene todo?

“No puedo imaginarlo,” dijo Jade sarcásticamente; sin embargo, Ito sabía que la estaban atrayendo.

“Tengo riqueza, juventud, inteligencia, poder, mujeres. . . No hay nada que me falte. Nunca tengo que esforzarme mucho. Empieza a volverse muy aburrido, incluso la compañía de mujeres bonitas. Es muy raro ver algo que realmente despierte mi interés, como lo haces tú”.

"¿Por qué?"

Ito apoyó la barbilla en una mano y miró los hermosos ojos negros de Jade. Su piel era luminosa y aterciopelada, desde sus mejillas hasta el escote de mármol sobre su escote en forma de V. Ella estaba en su máximo esplendor como mujer y ni siquiera era consciente de ello. Casi le dio dolor.

“Te lo diré si bailas conmigo”, dijo al fin. No te niegues. Eres bailarín y este es un vals fantástico”.

Se puso de pie y extendió la mano. La gente los miraba con el rabillo del ojo: el apuesto millonario japonés, recién convertido en conde, que acababa de comprar minas de oro y hierro a un empresario

francés; y la famosa actriz en todas las películas. Ella tomó su mano.

Todos los vieron bailar. Las chicas del café, normalmente bien entrenadas, dejaron de atender a los invitados y se apartaron a un lado para susurrar entre sí. El conde y la actriz hacían una pareja brillante.

Yamada observó el cambio en su amigo con tranquila fascinación. Ito se movió con confianza, acercando la cintura de la mujer a su cuerpo con un brazo. Yamada nunca antes había bailado en su vida. Por un momento imaginó que era él mismo quien rodeaba con el brazo a la hermosa mujer en medio de la pista de baile. Ito había tenido razón sobre ella: era excepcional. No eran solo su rostro y su cuerpo, ambos imperfectos, sino la calidad de su presencia y movimiento lo que atraía la mirada.

La pareja se separó cuando terminó la canción e Ito se acercó a la mesa de Yamada.

“Ella quiere irse, y le dije que la llevaría de regreso. ¿Estarás bien tomando un taxi?

"Por supuesto."

"Te veré pronto. Dile a Mineko que dije hola.

LOTUS Y JADE SALIERON juntos e Ito los siguió, poniéndose el abrigo una manga tras otra; él mismo abrió la puerta del coche para ellos y entró por el otro lado. Para cuando el auto se detuvo frente a la casa de Lotus, los rayos de niebla se habían convertido en un aguacero pesado y helado. Jade se despidió de su amiga con un abrazo, pero sintió que la pared entre ellos había regresado, aún más impenetrable que antes. La hizo sentir inquieta y deprimida, y mantuvo su rostro vuelto con resolución hacia la ventana en el camino a su casa. El coche estaba en silencio excepto por el golpeteo metálico en el techo y las ruedas que se agitaban sobre el barro como los remos de un bote.

“Puedes parar aquí mismo”, dijo Jade frente a su casa, y el conductor se detuvo. "Gracias por el viaje".

"Esperar." Ito le agarró la mano. "¿Puedo entrar?"

Jade negó con la cabeza.

“Vamos, la pasamos muy bien esta noche. No puedes seguir enojada conmigo por comportarme rudamente hace tantos años.

“Puedes parecer más amable ahora, y ya no estás en el ejército, pero sigues siendo el mismo. Nunca me gustarás. Mientras Jade hablaba, la imagen de Ito en su vestidor pasó ante sus ojos y le recordó su verdadera esencia: su brutalidad casual.

“El gusto no tiene nada que ver con nada. Mi esposa y yo nunca

nos hemos gustado y tenemos el mejor matrimonio". Ito sonrió con desdén. "No hay amor como los que ves en las novelas y las películas. Entre un hombre y una mujer, lo único que importa es el intercambio de lo que cada uno necesita del otro. . . De hecho, creo que un poco de disgusto puede sumarse a la pasión". Tiró de su muñeca hacia él y se inclinó para besar su cuello.

"No necesito nada de ti", dijo ella, empujándolo lejos.

"Perseguir un poco está bien, pero no seas estúpido. Odio la estupidez —dijo salvajemente justo antes de que ella se liberara de su agarre, abriera la puerta y saliera corriendo.

Corrió hacia su casa antes de que Ito pudiera alcanzarla. Por encima del estruendo del aguacero, pensó que podía oír cómo se abría la puerta de su coche.

Había un hombre con una gorra de repartidor de periódicos y un abrigo limpio bajo el alero de las puertas delanteras, esperando a que pasara la lluvia. Se dio cuenta de que era JungHo y corrió directamente a sus brazos.

"Estoy tan contenta de que estés aquí", dijo, abrazándolo por primera vez.

"¡Jade!" JungHo dijo en voz baja, luego estiró su cuello alrededor de ella para mirar al auto negro. "¿Qué pasa? ¿De quién es ese coche?

Jade sabía que JungHo haría cualquier cosa para protegerla, o incluso para defender su honor. "No es nadie", dijo.

"Sabes, si alguien alguna vez intenta hacerte daño, todo lo que tienes que hacer es decir una palabra". JungHo apretó la mandíbula, lanzando miradas mortales al auto. Volvió a mirarla a los ojos como si rogara por la oportunidad de demostrar su lealtad. Jade comenzaba a temer que Ito saldría del auto y los dos hombres se encontrarían cara a cara, cuando la criada finalmente escuchó la campana sobre el aguacero y abrió las puertas.

Jade dijo con alivio: "Entra. Vamos a tener un poco de té."

* * *

EN LUGAR DE LA SALA DE ESTAR, Jade lo llevó a su dormitorio. JungHo tomó esto como una buena señal; y ella lo había abrazado tan intensamente en ese momento que tuvo que esforzarse mucho para mantener la compostura. Después de que la criada los dejara a solas con un poco de té, se sentaron uno frente al otro con sus manos ciruelas alrededor de las tazas humeantes.

"Entonces, ¿por qué viniste tan tarde en la noche?" Jade dijo, luego

hizo una pausa. “No, no lo dije bien. Estaba pensando antes en cómo no nos hemos hablado en mucho tiempo. Te extrañé."

“Yo también te extrañé, Jade”, dijo JungHo. "Siempre te echo de menos."

Ella se rió, dejando su taza. “¡Bueno, entonces ven a verme más a menudo! Ya sabes cómo encontrarme.

“Sí, pero a veces desearía que tú también quisieras encontrarme”, dijo JungHo con dificultad. "Siento que no soy tan importante para ti".

“Por supuesto que eres importante para mí. Eres uno de mis dos amigos más antiguos. ¡Incluso salvaste la vida de Luna!

JungHo comenzaba a sentirse un poco más animado y, de todos modos, estaba cansado de esconderse por más tiempo.

“Jade, lo que quiero decir es que te amo. Y me pregunto si tú también me amas.

Mientras decía esas palabras, Jade bajó la mirada a su regazo. Las yemas de sus dedos aún estaban rojas por estar bajo la lluvia.

“Yo también te amo, por supuesto, JungHo. Siempre te he admirado, incluso cuando éramos pequeños. ¿Sabes por qué? Porque no le tenías miedo a nada. Estaba asombrado de lo valiente que eras incluso cuando no tenías nada. Cuando éramos pequeños, Lotus solía bromear diciendo que yo era un cobarde. Me ayudaste a ser más valiente, como tú”. Jade se rió un poco. Pero estoy enamorado de otra persona. Lo siento de verdad.

A pesar de que de alguna manera había esperado esto todo el tiempo, interiormente se derrumbó ante esas palabras. "¿Quién es?" preguntó sin pensar. ¿Algún playboy rico?

“Su nombre es Kim Han Chol. Es solo un reparador en una tienda de bicicletas. Jade sonrió levemente.

JungHo tuvo dificultades para procesar que había pasado todos estos años tratando de mejorar para ella y que ella estaba enamorada de un mecánico. Él soltó una risa confusa y ella interpretó que la tensión había terminado, que podían volver a ser amigos.

“Supongo que los pobres son mi tipo”, bromeó. “Nunca tengo que hablar de HanChol contigo. Me mataría perderte por esto. A medida que avanza la vida, me doy cuenta cada vez más de que es imposible reemplazar a los viejos amigos. Espera, déjame mostrarte algo.

Jade se levantó, fue a su aparador y trajo algo en su mano. Lo dejó caer en la palma de JungHo.

“Mira, este es el vaso de mar que arrojaste sobre la pared hace tantos años. Lo guardé.

JungHo miró fijamente el suave guijarro verde y sintió todas las formas en que las personas se mantienen mutuamente en sus vidas a través de medios materiales e inmateriales: palabras, recuerdos, gestos, objetos sin sentido que se convierten en símbolos y luego vuelven a convertirse en objetos sin sentido, descansando cómodamente en la palma de su mano. Su mano. Era a la vez insondablemente pesado y ligero como una pluma. Se lo devolvió a Jade.

“No te preocupes, no voy a ir a ninguna parte”, le dijo.

19

Escarcha

1934

TODOS LOS HOMBRES DEL MUNDO SE ENCUENTRAN EN UNA DE DOS CATEGORÍAS. El primero, y mucho más numeroso, es el hombre que descubre en algún momento de su vida que no puede y no tendrá éxito más allá de su estado actual. Entonces debe encontrar alguna forma de racionalizar su suerte en la vida y aprender a contentarse con ella. Para los más pobres de los pobres, este punto se alcanza con notable rapidez, antes de los veinte años. Aquellos que han tenido el beneficio de la educación finalmente llegan a la misma realización entre los treinta y los cuarenta. Algunos, en virtud de nacimiento, ambición y talento, llegan a la cuenta alrededor de los cincuenta, momento en el que la liquidación no parece tan espantosa.

El segundo y extremadamente raro tipo de hombre es aquel que nunca tiene que dejar de crecer y expandirse hasta el final de su vida. Kim SungSoo pertenecía a este grupo no solo por su nacimiento, que ya le daba derecho a campos fértiles en cuatro condados de la provincia, sino también por su matrimonio con la única hija de un ministro. En lugar de adoptar a un pariente varón como hijo, su suegro le había dejado su patrimonio a su hija al fallecer. Además, el primo hermano de SungSoo, el único hijo de su tío, había muerto en un extraño accidente al año siguiente, cuando su corazón se detuvo a mitad del coito con su hermosa y joven amante. Aunque el tío aún vivía, SungSoo también era su heredero, combinando elegantemente la riqueza de las dos ramas de la familia.

SungSoo no era tan vulgar o ignorante como para ignorar su extraordinaria buena suerte. De vez en cuando sentía que la vida había sido injustamente generosa con él. A los cincuenta y un años, estaba en el apogeo del vigor de la mediana edad, todavía iba a la oficina, publicaba libros con regularidad y no era disipado ni perezoso

como muchos de sus compañeros. Otros que conocía habían vagado sin rumbo, incapaces de encontrar una ocupación adecuada mientras la economía se derrumbaba y las fortunas familiares disminuían, y algunos de ellos perdieron las ganas de vivir. Hace ya tres años, su amigo el dramaturgo había saltado de un puente al río Han. SungSoo había estado triste brevemente, pero a medida que envejecía era menos capaz de sentir lástima por los demás. Las desgracias de los demás solo cimentaron su creencia de que era bastante excepcional. Todo Seúl lo conocía y lo respetaba, excepto los comunistas clandestinos,

Solo una cosa le pesaba. Era que su riqueza, aunque astronómica, también parecía agotarse con bastante rapidez. A él siempre le había gustado gastar dinero y no tenía planes de reducir sus hábitos de restaurantes, ropa y mujeres. Pero no había esperado cuánto tomaría su único hijo después de él al despilfarrar la fortuna familiar. Hizo todo lo que hizo SungSoo, pero a mayor escala, y agregó sus propios vicios de juego y opio. SungSoo ya había pagado deudas por la venta de un par de pueblos prósperos y tierras de cultivo contiguas, y su paciencia había llegado a su límite.

Al estado inestable de sus asuntos se sumó el aumento de los impuestos a la propiedad, diseñado para exprimir a los terratenientes coreanos para que renunciaran voluntariamente a sus tierras. Cuando la nobleza finalmente decidiera vender sus propiedades, los japoneses rondarían cerca, esperando para apoderarse de la tierra. Esta mañana, SungSoo había recibido una carta de su padre en el país sobre este mismo tema. Se quejó de la policía local, que había estado mostrando a los nobles japoneses su propiedad, aparentemente para un recorrido, pero en realidad para presionarlo sutilmente.

Estas molestas preocupaciones se habían asentado en la mente de SungSoo durante su caminata y las ahuyentó cuando llegó a su tienda de bicicletas. La puerta estaba abierta, aunque era una helada tarde de otoño. En el interior, el gerente y el reparador principal conversaban sobre unos bollos al vapor y té, mientras que el reparador junior estaba agachado junto a una bicicleta. SungSoo frunció el ceño y se aclaró la garganta, y el gerente se puso firme.

“No te esperábamos”, dijo el gerente, sonriendo y retorciéndose las manos. Estaba molesto porque SungSoo, que estuvo ausente en gran medida, había elegido este día para hacer su registro de fin de año. “Déjanos traerte una taza de té. ¡Han Chol! ¡Un poco de té, inmediatamente! le ladró al reparador junior.

HanChol desplegó su cuerpo fuerte y alto, se levantó obedientemente de su puesto e hizo como si fuera a buscar el té a la trastienda. SungSoo frunció el ceño al gerente.

"Eso no es necesario. Me gustaría mirar el libro mayor contigo si no estás ocupado", dijo. "Además, mi hija quería arreglar su bicicleta. Ella vendrá.

SungSoo fue a la trastienda y el gerente lo siguió. Durante la siguiente hora, miraron juntos el libro mayor que, por primera vez en todos estos años, se había asentado uniformemente sin faltantes o sumas inexplicables.

"Excelente contabilidad este año", murmuró SungSoo. El gerente sonrió y se inclinó varias veces en rápida sucesión, protestando con modestia.

"Solo hago mi trabajo, señor".

"Pero el negocio apenas alcanza el punto de equilibrio. ¿Por qué es eso?" preguntó SungSoo.

"Bueno señor, estos son tiempos difíciles. . ." comenzó el gerente, pero SungSoo le indicó que silenciara.

"Está bien. Te puedes ir. Ah, y pídele al joven que entre.

"¿Te refieres a Kim HanChol?"

"Solo hay un chico junior, ¿no?" SungSoo preguntó sarcásticamente y el gerente se retiró.

Cuando HanChol entró en la habitación, SungSoo hizo un gesto hacia la silla frente a él.

"Entonces, has estado aquí durante un año", dijo SungSoo una vez que el joven se sentó. "Me di cuenta de que has estado haciendo la contabilidad en lugar del gerente. Se llevó todo el crédito, por supuesto, pero sé que fuiste tú.

HanChol permaneció en silencio. Era un joven apuesto, pensó SungSoo, notando su expresión inteligente y su postura atenta.

"Sí, señor, he estado ayudando con la contabilidad", admitió el joven.

"¿Cómo es el trabajo de reparación? ¿Demasiado, además de la contabilidad?

"En absoluto, señor. Quiero ayudar donde sea que me necesiten".

"Pero te graduaste de la universidad. No puedes ser feliz escuchando a esos imbéciles dándote órdenes. El gerente ni siquiera se graduó de la escuela secundaria; sus libros de contabilidad eran un horror, hasta que llegaste", dijo SungSoo, descruzando y volviendo a cruzar las piernas. "¿Qué quieres hacer realmente? Si pudieras

convertirte en el gerente de esta tienda, ¿te complacería?" SungSoo sonrió. Le gustaba el chico y había estado jugando con la idea de despedir al gerente durante algunos años.

HanChol respiró hondo. "No señor."

"¿Estás diciendo que quieres ser un reparador junior por el resto de tu vida?" SungSoo estaba decepcionado; por un momento, había pensado que este pobre chico podría tener algún potencial. Pero por mucha educación que uno recibiera, la pobreza estaba arraigada en la sangre.

“Señor, no quiero trabajar con bicicletas toda mi vida. . . Creo que me gustaría trabajar con autos algún día”.

"¿Te refieres a arreglar autos?"

"No, me refería a hacerlos".

“¿Hacer autos? Compañero, ¿qué sabes de eso? SungSoo frunció el ceño. Primero pensó que el niño era inteligente, luego poco ambicioso; ahora, pensó que el niño estaba delirando. “Hay doscientos autos en Seúl y todos son importados. Ningún coreano sabe cómo hacer autos”.

Sin embargo, HanChol no se inmutó ni bajó la vista. “Eso es cierto ahora, pero no siempre será así. No sabía cómo hacer una bicicleta, pero ahora puedo armarla con las partes correctas. Si aprendo a reparar autos, también aprenderé a hacer uno”.

SungSoo frunció el ceño, sacudiendo la cabeza. "Escuchar. Eres obviamente inteligente. Pude ver eso de inmediato, aunque no he estado mucho por aquí. Pero tú no entiendes el mundo como yo. . . ¿De dónde es tu familia?"

“Nací en Seúl, pero mi familia es originaria de Andong”.

"¿Quieres decir que eres un Andong-Kim?" soltó SungSoo, y HanChol inclinó levemente la cabeza. Después de todo, su intuición de que el niño era excepcional podría resultar cierta. Seguramente provenía de una rama de cadetes empobrecida, pero aún pertenecía a una de las familias más importantes del país, una que incluso los reyes han temido a lo largo de los siglos. SungSoo se aclaró la garganta.

“Si está tan interesado en aprender cómo funcionan los automóviles, puede ayudar a mi chofer a repararlo de vez en cuando. Le diré que te cuide”.

HanChol inclinó la cabeza agradecido y su jefe continuó.

“Además, quiero que supervises mi contabilidad. No solo sobre esta tienda, sino también sobre mi editorial. Allí, las cosas están en un orden aún peor: el gerente comercial es un contador terrible y siempre operamos con pérdidas”.

“¿Dónde estaría yo . . .”

“Trabajarías al lado de mi oficina en la editorial, reportándote directamente a mí. Empezando mañana." SungSoo se levantó y salió de la trastienda. En la sección principal de la tienda, el gerente atendía a una joven con uniforme escolar.

"¡Padre!" dijo cuando vio a SungSoo.

"¿Como estuvo la escuela hoy?" SungSoo dijo con indulgencia a su hijo favorito. Cuando SeoHee era más joven, la había encontrado aburrida y poco interesante, como todos los niños. Sin embargo, a medida que se convirtió en una linda adolescente, SungSoo comenzó a disfrutar pasar tiempo con ella y mimarla con regalos.

"¡Estuvo bien! Me fue bien en mi examen de álgebra”, dijo SeoHee en un brillante staccato. Su suave cabello negro estaba cortado y con raya a un lado. Iba bien con su uniforme de una blusa blanca, un jersey azul marino y una falda azul marino de longitud media.

"Bien bien. Entonces, ¿qué le pasa a la bicicleta?

SeoHee comenzó a explicar rápidamente cómo siempre que montaba en terreno llano, estaba bien, pero cuando iba cuesta abajo, la bicicleta comenzaba a torcerse por sí sola. Mientras lo hacía, notó que HanChol estaba de pie a un lado y comenzó a juguetear con su brillante cabello negro.

“HanChol, echa un vistazo a la bicicleta, ¿quieres? Tengo que volver a la oficina para una reunión”, dijo SungSoo. “¿Qué vas a hacer ahora, SeoHee? ¿Ir directamente a casa y estudiar?

“¡Padre, estudié tanto para mi examen! Hoy quiero pasar por la librería”. La chica sonrió cautivadora. Había heredado el encanto y la buena apariencia de SungSoo, pero no su egoísmo, lo que la hacía fácil de adorar.

“Oh, te refieres a la tienda de discos y la panadería. . .” SungSoo bromeó, pero de todos modos estaba sacando su billetera. "No le digas a tu madre". Le guiñó un ojo mientras le entregaba su asignación.

"¡Gracias Padre!" gritó y le hizo señas a su padre para que se alejara. Mientras tanto, HanChol ya estaba agachado junto a su bicicleta con su caja de herramientas. SeoHee se acercó a él.

"¿Cuánto tiempo llevará arreglarlo?" preguntó tímidamente, tanto queriendo como no queriendo mirarlo a los ojos.

“Esto no debería tomar más de una hora”, respondió HanChol, manteniendo los ojos en la bicicleta. Se había dado cuenta de que SeoHee era una chica muy bonita y que le estaba robando miradas. Le causó malestar.

“Podría volver en una hora. . . Pero entonces estaría oscuro y mi madre se preocuparía. ¿Debería volver mañana?

“Sí”, dijo HanChol, finalmente enderezándose y mirándola. Sería grosero de lo contrario. "Vuelva mañana, por favor".

* * *

EL INVIERNO LLEGÓ TEMPRANO ESE AÑO. Las aves acuáticas de Siberia se asentaron alrededor de las brillantes capas de hielo que cubrían el río Han. El aire olía a nieve y leña el día de la boda de Luna.

Después de años de rechazar cortésmente los avances del cónsul adjunto, finalmente cedió y aceptó su propuesta. Se había encariñado con los amables ojos azules de Curtice y su cabello rojo fuego que sorprendentemente brotaba no solo en su cabeza, sino también en la parte posterior de su cuello e incluso en la parte superior de sus manos. Aunque tenía una apariencia salvaje, tenía la disposición más gentil. Se puso de pie cuando ella entró en la habitación y siempre la dejó caminar delante de él. Cada solicitud venía con un Por favor y un Gracias. Sobre todo, le prometió que se mudarían a Estados Unidos, donde Hesook recibiría la mejor educación. Eso fue lo que cambió el rumbo a su favor.

Se iban a casar en una iglesia católica con vidrieras y un campanario que se elevaba por encima del horizonte de Seúl. La boda era por la tarde, pero toda la familia estaba levantada y preparándose antes del amanecer. La propia Dani estaba ayudando a Luna a bañarse y peinarse. Jade estaba preparando la ropa para la ceremonia y la recepción. Las mucamas estaban preparando el desayuno y la comida de la recepción.

A las nueve, Lotus trajo a su madre de la estación de tren.

“¡Unni!” Dani fue el primero en abrazar a Silver en las puertas. Se abrazaron y no se soltaron durante mucho tiempo, sin poder decir mucho más. Cada una estaba sorprendida de lo mucho más ligera y aireada que se había vuelto la otra a lo largo de los años, de esa cualidad blanqueada por el sol que adquiere el cuerpo de una mujer después de la mediana edad. Silver siempre fue esbelta, pero ahora estaba encogida. No se había teñido el pelo de negro, como hacían las mujeres de moda en estos días, y su cabello con mechas plateadas, con una raya severa en el medio y enrollado en un moño, la hacía parecer diez años mayor que Dani.

La prima más joven se había mantenido al día con las últimas

tendencias, y su cuidadoso mantenimiento le había dado a su apariencia un elegante orden que faltaba en la mayoría de las mujeres de mediana edad. Pero a los cuarenta y nueve ya había pasado el punto en que los hombres la miraban con deseo o admiración, como tantos en su día. Recientemente, había comenzado a tener sudores nocturnos, piel húmeda y mejillas sonrojadas. No importaba cuánto intentara mantener su peso, parecía que solo se volvía más ligera. Cada mujer estaba asombrada por el cambio en la apariencia de su amiga, trató de ocultarlo y se entristeció al darse cuenta de que si su amiga había cambiado tanto, ella también debía estarlo. Ambos habían sido las grandes bellezas de su tiempo.

"¿Dónde está mi hija?" Silver preguntó cuándo se habían adaptado a la presencia del otro.

Luna estaba terminando cuando escuchó los pasos de su madre en el pasillo. Salió corriendo y se arrojó a los brazos de Silver. Su madre la había visitado solo un puñado de veces en los últimos dieciséis años, cada vez quejándose de la extrañeza de Seúl y defendiendo la superioridad de PyongYang. Fue muy poco el tiempo que pasaron juntos, y ella era muy joven cuando se fue de casa, la misma edad que Hesook tenía ahora. Silver la palmeó, susurrando, “No llores, shhh...”, pero Luna no pudo evitar que las lágrimas fluyeran. En los brazos de su madre, volvía a parecerse a una niña de quince años parecida a un leopardo con una trenza larga y gruesa que nunca se había cortado.

En el desayuno, todos estaban de lo más alegres, hablando en todas direcciones y compartiendo platos como hacen las familias. Solo Lotus se veía mal, con ojos hinchados y sonrisas apenas estiradas. La envolvía un aire salvaje e inquieto, pero parecía decidida a comportarse lo mejor posible para la boda de su hermana.

Nadie pudo comer mucho debido a la emoción y la ansiedad. Después, todas las mujeres, incluso las criadas, se metieron dentro de la habitación de Luna para ayudarla a vestirse con su vestido de seda blanca. Solo Stoney, que había acompañado a Silver, esperaba en el pasillo con su acostumbrada atención tranquila. Silver fijó la diadema enjoyada alrededor de la frente de Luna y colocó el velo blanco largo hasta el suelo en la parte posterior. Dani volvió del jardín con las flores de Luna, espolvoreadas con nieve.

“Mira, cosmos. Se supone que mueren cuando llega la primera helada, pero este año se quedaron en flor para ti”, dijo Dani. “Siempre dije que esta era la flor de Luna. Tan dulce y más fuerte de lo que parece. ¿No te dije una vez que un ramo de cosmos es más hermoso

que cualquier otra flor? Ató los tallos con una cuerda y una faja y colocó el ramo en las suaves manos de Luna. "Es perfecto. Belleza perfecta", murmuró Dani, y las mujeres a su alrededor sollozaron y se secaron los ojos.

* * *

LOS CIEN PASOS DE PIEDRA QUE CONDUCEN hasta la catedral estaban cubiertos de nieve. JungHo mantuvo sus ojos en sus pies. La escalada, que lo habría fortalecido en circunstancias normales, ahora solo lo hacía sentir malhumorado que todo en la vida era a la vez agotador y peligroso. El día anterior, había sido severamente reprendido por su mentor por primera vez.

Bajo la soga cada vez más estrecha de la vigilancia, había sido imposible para MyungBo salir y conocer gente. Simplemente era demasiado prominente en la sociedad, incluso las personas que no lo espiaban intencionalmente podían notarlo y difundir chismes. Así que le había pedido a JungHo que asumiera el tipo de trabajo que solo se le da a los miembros más confiables y respetados de su organización.

"Necesito que vayas a hablar con el presidente Ma en nombre de nuestra misión y te lo ganes como uno de nuestros seguidores", había dicho MyungBo, mirándolo profundamente a los ojos.

"Además de su compañía de teatro y producción, también es uno de los tres propietarios coreanos de una fábrica química en todo el país. Como uno de nuestros mayores problemas es asegurar las armas, podría hacer mucho por nuestra causa. Pero no sé dónde radica su lealtad; por nuestro conocido hace años, solo sé que es extremadamente dueño de sí mismo, incluso orgulloso. Debes tener mucho cuidado cuando hables con él.

JungHo asintió y tranquilizó a su mentor de todo corazón. MyungBo lo había entrenado durante años, no solo en letras sino también en oratoria, modales, Marx y Lenin, el imperialismo, los derechos universales de los seres humanos e incluso un poco de japonés. Sintiéndose más que listo, se dirigió directamente a la mansión del presidente Ma.

Unos minutos después de que JungHo llamara al timbre, un sirviente abrió la puerta con solo un pie y se asomó.

"¡Largarse! No necesitamos gente como tú por aquí", dijo el sirviente, y luego cerró la puerta de inmediato. JungHo no había tenido tiempo de decir ni una palabra de su discurso cuidadosamente ensayado, y su confusión se convirtió en ira cuando comenzó a abusar

de la campana. Pasaron varios minutos más, y luego se escuchó el sonido metálico de la puerta que se abría una vez más.

“¿Qué diablos sigues haciendo aquí? No somos un asilo para pobres —dijo el sirviente, abriendo la puerta un poco más esta vez—.

"No soy un mendigo". JungHo sintió que le ardía la cara. “Estoy aquí como representante del Honorable Lee MyungBo sunsengnim”. La calma y la paz regresaron a él cuando dijo el nombre de su mentor, como si fuera un encantamiento.

“¿Lee Myung quién? No conocemos a un hombre con ese nombre en esta casa”. El sirviente se rió, abriendo su boca de labios finos y dejando al descubierto una dentadura grisácea. La vista de esta repugnante criatura faltándole el respeto a su mentor fue demasiado para JungHo. Todos los consejos y precauciones de MyungBo lo abandonaron en un instante, dejando solo una ira ciega. JungHo lo agarró por el cuello como si fuera un muñeco de trapo y lo tiró al suelo. Dejando al sirviente gimiendo en el lugar, JungHo caminó directamente al estudio del presidente Ma sin obstáculos. El hombre de negocios levantó la vista de su escritorio con una expresión de sorpresa, que se convirtió en desprecio total cuando JungHo recitó torpemente su discurso sobre contribuir a su heroica lucha por la libertad. Incluso mientras hablaba, era dolorosamente consciente de que había sonado mucho mejor en su cabeza. Las palabras que salieron de su boca se parecían poco a la elocuencia de MyungBo, e incluso sabiendo esto, se sintió incapaz de detenerse. El único recurso era superarlo.

"¿Terminaste de hablar?" El presidente Ma dijo al final de las divagaciones de JungHo. Por su rostro impasible, era difícil saber si estaba conmovido, asustado o enojado, y JungHo dudó en volver a hablar. Sin esperar una respuesta, el presidente Ma levantó su teléfono y dijo al auricular: “Operador, estación de policía de Jongno, por favor”.

JungHo entró en pánico y se abalanzó sobre el teléfono, pero el hombre mayor agarró el auricular con un agarre sorprendente. “¿Crees que puedes ponerme un dedo encima? Inténtalo, perro sucio. Pero la policía estará aquí antes de que puedas limpiarte la sangre de las manos.

JungHo no tuvo más remedio que salir corriendo de la mansión lo más rápido posible. Su corazón latía como si fuera a salirse de su cuerpo, no por miedo a la policía sino por la humillación y la decepción de fallar en su primera gran tarea. Desde entonces,

MyungBo había estado en alerta máxima: la policía aún no había llamado a su puerta, pero podría ser solo un retraso deliberado para reunir más evidencia. Lo único que le dio a JungHo un poco de esperanza fue el hecho de que había olvidado mencionar el nombre de MyungBo en su discurso al presidente Ma, y el sirviente probablemente era demasiado estúpido para recordarlo.

Las escaleras terminaron por fin, y JungHo se paró en la cima de la colina frente al edificio de ladrillos que se elevaba hacia el cielo plateado. Miró brevemente a su alrededor, a las montañas cubiertas de nieve a lo lejos, y debajo de las escaleras, los barrios del tamaño de una muñeca y los soñolientos campos de potager. Todo parecía pacífico tan cerca del cielo, pensó con el corazón más ligero. La gente se apiñaba en las dos entradas laterales de la catedral en un estado de ánimo locuaz y bullicioso. Sin que se lo dijeran, estaban reservando la entrada principal para la novia. JungHo tomó una última bocanada de aire fresco y se colocó detrás de ellos.

En el interior, los arcos ojivales discurrían a ambos lados de la nave central y sostenían ingrávidamente la corona de piedra de la iglesia. La gente se arremolinaba, saludándose, susurrando bajo la melodía errática del organista calentándose las manos. Como el novio era extranjero y la novia una de las cortesanas más conocidas de Seúl, la boda había causado sensación en las semanas anteriores. La mayoría de las personas apretujadas en los bancos no eran invitados ni feligreses, solo curiosos del pueblo. Después de unos minutos de intentar encontrar a Jade y fallar, JungHo se sentó en el lugar vacío más cercano. Con las manos apoyadas en las rodillas, observó la suave luz que entraba por las ventanas y cientos de pequeñas velas suspirando en los nichos.

JungHo nunca pensó en el ser eterno que los católicos llamaban Haneunim: Dear Sky. Pero en momentos como estos, casi podía entender por qué amaban y anhelaban tanto a su Dios. Los católicos también habían sacrificado sus vidas por su fe. En el mismo suelo de la catedral solía estar la casa del primer mártir de Corea, le dijo una vez a JungHo uno de sus camaradas. Había ciertas cosas por las que valía la pena sacrificarse, pensó JungHo, y los rostros de Jade y MyungBo brillaron en su mente.

Recordó a MyungBo diciendo con frialdad: “Has puesto en peligro no solo tu vida o la mía, sino el destino mismo de nuestra causa. Todo porque todavía no has aprendido a controlar tu ira. Me has decepcionado.

JungHo se sintió débil por el sufrimiento incluso en el recuerdo. ¿Sabía MyungBo cuán profundamente lo amaba y respetaba JungHo incluso en sus pensamientos tácitos? ¿Una noche de error de juicio borró todos los años de servirlo desinteresadamente? JungHo ahora se preguntaba si había sido un error tratar de ser lo que no era. Quizá todo lo que le sirvió fue una vida en las calles.

“¡Jung Ho!” Escuchó una voz, se dio la vuelta y vio a Jade sonriendo radiantemente.

"Te estaba buscando. Ven conmigo al banco de la familia.

Él la siguió hasta la primera fila. Se sentó a la derecha de Dani (quien le dio solo un leve y altivo asentimiento) y palmeó el espacio a su lado, haciendo que su delgado cuerpo fuera aún más pequeño. A unos veinte pies de distancia de JungHo, el novio estaba de pie junto al altar con las manos entrelazadas, sonriendo nerviosamente a la multitud y probablemente preguntándose: ¿Quiénes son todas estas personas?

"Es tan bueno de tu parte venir", susurró Jade.

"Por supuesto. Ella es como una hermana para ti”, dijo JungHo. Se dio cuenta en ese momento que el amante de Jade no estaba allí, y estuvo tentado de preguntarle "¿Entonces dónde está ese mecánico tuyo?" Pero cuando vio cuán valientemente Jade estaba enmascarando su tristeza con sonrisas, lo dejó pasar. Era tan lamentable la forma en que se daba la vuelta discretamente para ver si HanChol lograba llegar con los últimos rezagados. JungHo casi deseaba que apareciera, sabiendo que eso haría feliz a Jade. ¿Qué no soportaría él por ella? Ella fue la única testigo de su vida, alguien que lo vio y lo apreció.

Cuando el organista comenzó a tocar, JungHo se sintió tranquilo y digno una vez más. Después de la boda, decidió que volvería a MyungBo y humildemente pediría perdón. JungHo recuperaría su confianza y, con el tiempo, su amor.

La multitud se quedó en silencio y todos los ojos se volvieron hacia la entrada, donde de repente parecía haberse vuelto más brillante. Incluso a través de su velo, la novia estaba tan hermosa que parecía proyectar su propia luz mientras caminaba por la oscura nave iluminada por velas. Todos los invitados sintieron una punzada aguda en el corazón y muchos alcanzaron sus pañuelos. No sabían que la belleza de una mujer podía ser tan edificante.

“Ella es como la luna. . . Como su nombre —susurró Jade, con voz temblorosa.

JungHo en ese momento era el único que no estaba mirando a la

novia. Estaba tratando de memorizar la curva de la frente de Jade y sus ojos negros, dos pozos brillantes llenos de tristeza y alegría a partes iguales. Incluso podía estudiar el par de omóplatos delgados y simétricos que se veían a través de su suéter, lo que le hizo pensar en su piel debajo de las capas. Quizá se le detendría el corazón estirar el brazo a lo largo del banco para rodear esa hermosa espalda.

En lugar de envolver su brazo alrededor de ella, metió la mano en su bolsillo interior y trazó la bolsa con cordón con el anillo de plata. Todavía era demasiado pronto; ella lo amaba, pero no como él la amaba a ella. Estaba seguro de que lo haría algún día. El conocimiento de su propia paciencia fortaleció su amor y le dio una oleada de felicidad.

* * *

LA NATURALEZA DE TODAS LAS BODAS es poner en relieve las relaciones de sus invitados frente a la idílica felicidad de los novios. Una boda une a dos personas en el amor; pero ¿cuántas personas más discuten, se desesperan y se insultan unas a otras a su paso?

En la semana siguiente a la ceremonia de Luna, Jade sufrió sin entender por qué. Solo tenía la persistente sensación de que algo necesitaba cambiar. Le dijo a HanChol que se reuniera con ella en el Grill a las siete de la noche del sábado, llegó temprano y se sentó sola en un rincón. Media hora después, HanChol entró por la puerta y ella olvidó todo su mal humor.

"Llegas tarde", no pudo evitar protestar cuando él se sentó a su lado.

"Estaba en la oficina", dijo simplemente. Ella admiró su elegante fatiga, su traje de buen corte usado desde el día y la corbata de lana aflojándose alrededor de su cuello. Pensó en decirle que se veía guapo, pero decidió no hacerlo. Pasó una camarera y tomó nota de sus pedidos: una sopa de champán y crema para ella y una cerveza y arroz con curry para él.

"Te perdiste la boda de mi hermana", dijo Jade lentamente. No quería sonar irritable.

“Tenía que trabajar ese día”, dijo, dejando de lado que su jefe le había pedido que fuera el tutor de su hija. Acababa de dar otra lección en su mansión esa misma tarde. “Lamento no haber podido asistir. ¿Como le fue?"

“Era la novia más hermosa del mundo. Escuché a la gente jadear cuando ella entró por la puerta. ¡Por supuesto, también se quedaron

boquiabiertos cuando vieron a un yanqui alto y pelirrojo en el altar! Jade se rió.

“Ella estará bien cuidada. Es lo mejor que podría haber pasado”, dijo HanChol, hundiéndose en la cabina y anclado por el agotamiento.

"Sí . . . Ella lo había rechazado durante mucho tiempo, pero finalmente se dio cuenta de que era un buen hombre. Eso es más importante que si es extranjero o no, incluso su madre lo dijo, y ella es muy tradicional”. Jade tomó un sorbo de su champán. “¡Se irá a Estados Unidos y vivirá en esas casas que parecen iglesias!”.

"Genial. Es una persona encantadora y estoy muy feliz de escuchar eso”.

La camarera regresó con sus platos y trabajaron en silencio durante un rato. Sonó una canción, uno de los éxitos de Lotus que no habían escuchado en años.

"Oh cariño." Jade volvió la cabeza hacia el gramófono. "Me encanta esta canción. ¿Podemos bailar?"

HanChol dudó por un segundo. El Grill no era un lugar donde la gente bailara, por lo general. Había cuatro o cinco mesas de otros invitados, cenando tranquilamente. Entonces vio la emoción estrellada en el rostro de Jade, se puso de pie y extendió su mano. Cuando se levantó, se lo llevó a los labios y plantó un beso con un afecto tan natural y despreocupado. No querer ni esperar nada a cambio, ni siquiera un beso. Estos gestos fueron una de las innumerables formas en que ella era profundamente diferente de otras mujeres. La forma en que bailaba era otra. Bajo el manto de la música, la atrajo lo más cerca posible. Quería sentir los latidos de su corazón.

"Ojalá yo también pudiera ser feliz", susurró Jade.

“Pero eres feliz, ¿no? Lo tienes todo."

“No, no lo hago. No tengo tu amor.”

Se apartó de ella y la miró a la cara. "¿Por qué dirías eso? Claro que te amo."

“Si me quisieras, me habrías pedido que me casara contigo hace mucho tiempo”. Su voz temblaba.

“Por favor, no hables así. Aquí no”, imploró, mirando a los comensales a su alrededor.

“Si Luna puede casarse, ¿por qué yo no?”. espetó, no por enojo, sino por confusión y dolor. "¿Te avergüenzas de mí? ¿O solo soy tu juguete hasta que encuentres una novia adecuada?

El rostro de HanChol se cerró y se volvió inescrutable, negándose a mirarla a los ojos. “Hablemos afuera. Iré a buscar tu abrigo —dijo

rotundamente y fue a pagar la cuenta.

Era una noche fría y clara. La vista de las estrellas calmó a Jade y le hizo creer que esto realmente no podía ser el final. Lo hablarían y, en una o dos horas, se acostarían uno en brazos del otro en el calor de su cama. Después de que HanChol la ayudó a ponerse el abrigo, ella tomó su mano y dijo: “Acompáñame a casa”. Era el mismo camino que habían tomado para volver a casa después de sus actuaciones. Ambos habían sido apenas mayores que niños, una edad en la que enamorarse era tan natural como respirar.

Caminaron durante algún tiempo, sus pasos crujían sobre la escarcha. "¿Por qué no quieres casarte conmigo?" Jade preguntó finalmente.

“No es que no quiera.” Él suspiró. “Mi familia nunca me permitiría casarme con alguien, alguien que. . .”

"¿Una actriz? ¿Una ex cortesana? ¿Alguien que no sea una hija virgen de una familia elegante? dijo ella, soltando su mano. “Sabes, hay muchos herederos de grandes casas que eligen casarse por amor. En estos días no es tan insólito”.

Algo parecido a una risa sarcástica salió de la boca de HanChol, imaginando la reacción de su madre si trajera a casa a una mujer que una vez se había acostado con hombres por un precio. Lo que Jade estaba preguntando era completamente absurdo.

“Soy el único hijo y la esperanza de mi madre. No puedo ir en contra de su deseo —dijo tenso—.

"Si signifique lo suficiente para ti, podrías". Se secó los ojos. "¿Amas a alguien más?"

"No claro que no." Dejó de caminar y le tocó el brazo. Entonces se arrepintió.

“Quiero que sepas que nunca amaré a otra persona como te amo a ti, Jade. Eres irreemplazable. Me has cambiado, mis pensamientos, mis sentimientos, todo mi ser, me has hecho quien soy”.

“Tú también me has cambiado, cariño”, dijo, tratando de contener las lágrimas. "¿Entonces? Al menos sé lo suficientemente bueno para ayudarme a entender. Me escaparía contigo. Podríamos dejar todo atrás e ir a algún lado, solo nosotros dos. ¿Por qué no podemos? . . ?”

“Porque no estoy lista, Jade. Hay cosas que tengo que hacer todavía. . . Y no estoy listo —repitió, como si escucharlo de nuevo pudiera convencerla a ella ya él mismo—. Casarse con cualquier mujer era una decisión compleja, y para que él siquiera lo considerara en este punto, tendría que ser un matrimonio espectacular que lo elevaría

algunos peldaños. Solo tenías una oportunidad de mejorar tu posición a través del matrimonio, y él mismo no era lo suficientemente alto como para renunciar a esa oportunidad. Era mejor dejar todo esto sin decir, y él esperaba que ella simplemente lo entendiera, por el bien de ambos.

Pero Jade no entendió nada excepto que era hora de dejarlo ir. Para sacarlo, estudió su rostro en silencio. Que esta fuera la última vez que lo vería le causó un dolor agonizante.

“Este fue el camino que tomamos para caminar a casa desde el teatro. Cientos de veces. ¿Recuerdas esa primavera? Ya fue hace más de seis años. Hemos pasado tanto tiempo juntos”. Ella sonrió y una lágrima se deslizó de su ojo.

"Lo sé. Nunca podría olvidar nuestros paseos, mi primer recuerdo verdadero de felicidad. Cada minuto que he estado contigo, he sido tan feliz”.

—Yo también —dijo ella, y él tomó sus manos congeladas entre las suyas y las presionó contra sus labios.

“Te convertirás en el hombre más exitoso de Seúl, estoy seguro. Solo me traerá la mayor felicidad saber de tu buena fortuna. Cuando eso suceda, solo recuerda que creí en ti antes que nadie”, continuó. “Caminaré solo a casa el resto del camino. Adiós."

"Déjame al menos llevarte a casa a salvo".

“No, hemos tenido nuestra charla. Todo tiene que terminar en algún momento. Adiós”, dijo de nuevo, y comenzó a caminar resueltamente hacia el horizonte donde el cielo negro se encontraba con la tierra blanca.

20

Los soñadores

1937

TODOS SUEÑAN, PERO SÓLO ALGUNOS SON SOÑADORES. Los no soñadores**,** mucho más numerosos, son los que ven el mundo tal como es. Luego están los pocos soñadores, que ven el mundo tal como son. La luna, el río, la estación de tren, el sonido de la lluvia e incluso algo tan mundano como las gachas se convierten en algo más con muchas capas. El mundo se siente como una pintura al óleo en lugar de una fotografía, y los soñadores siempre ven colores ocultos donde otros solo ven la sombra superior. Los no soñadores miran a través de lentes y los soñadores a través de un prisma.

Esta no es una cualidad determinada por la inteligencia o la pasión, dos cosas que a menudo se combinan con los sueños. Dani, la persona más inteligente y apasionada que jamás había conocido Jade, tenía una visión tan nítida y definida como sus modales y principios. A Dani no le interesaba lo insondable cuando había errores que corregir, preferiblemente con la mayor gracia y aplomo. Cuando Jade dejó de bailar y actuar, sintió como si todos los colores se hubieran ido de su vida. Ahora estaba en el mundo de los no soñadores, un lugar extraño y sofocante, y se sentía más sola que nunca; pero Dani actuó como si tuviera que aceptar la realidad y seguir adelante.

“Es la depresión”, dijo Dani una mañana, leyendo su periódico a través de su lupa. “La gente no tiene dinero para gastar en cines. Muchos restaurantes también están cerrando ahora. No puedes ser demasiado duro contigo mismo”.

“Pero, tía, sabes que Hong GilDong acaba de salir y es un éxito. Y el otoño pasado, la nueva versión de One Lucky Day. Han pasado solo seis años desde el original, ¿ya tuvieron que hacer uno nuevo? Jade dijo, picoteando su desayuno de gachas de piñones. “Se agotó todas las noches durante casi seis meses”.

“Eso es porque es un cine sonoro. La gente está loca por cualquier cosa nueva. Tu estudio debería haberlo previsto. ¿No puedes hablar con ellos?

Dani dobló su periódico por la mitad y miró a Jade como si nada pudiera ser más simple. A pesar del trauma de su arresto y de sus desamores, Dani no entendía la derrota. Para ella, el fracaso era como medias agujereadas: le podía pasar a cualquiera, pero si permitías que se mostrara en público, eras culpable. Cuidar de contener y desechar los fracasos era tanto una cuestión de buenos modales como de altos principios. Era una especie de sensibilidad fría y aristocrática que hizo de Dani un mejor modelo a seguir que un amigo. Así que Jade no había sido capaz de hablar de la quiebra de su estudio o de sus ahorros cada vez más escasos a los treinta, la edad precisa en la que se suponía que era rica e independiente, porque su valor como mujer había llegado a su fin lógico.

La única persona que entendería su situación era Lotus. Aunque no se habían visto en meses, Jade estaba segura de que su amiga la haría sentir mejor. Se reirían de los viejos tiempos, de sus sueños de niñez de convertirse en cortesanas célebres, de los muchos amantes guapos y ricos que se suponía que tendrían a esta edad. Incluso sintió que podían aprovechar este momento de vulnerabilidad para renovar su amistad y planear el futuro, sea lo que sea. A pesar de todos sus defectos, Lotus siempre había tenido un apetito inspirador por la vida. Mientras que otros pensaban en el mundo como un vasto mar insidioso o un campo de batalla similar, Lotus adoptó el enfoque de que todo era solo un juego o una canasta de frutas, para jugar y probar. Esa era su virtud, ya menudo tenía el efecto de transferir su actitud a quienes la rodeaban.

Hacía un día precioso, caluroso al sol y fresco a la sombra, y paseaba por la calle medio moteada por las sombras de los escaparates. La gente deambulaba, los estudiantes acababan de salir de la escuela y acudían en tropel a la tienda de dulces. Los repartidores pasaron a toda velocidad en sus bicicletas. La luz bailaba en las ventanas de cristal de los grandes almacenes, y pegados en las paredes había carteles de nuevas películas sonoras y cantantes. Había mesas expuestas fuera de la librería y se detuvo aquí para hojear los títulos. En su mayoría eran novelas y publicaciones periódicas, y en una revista literaria encontró algunos nombres que conocía del Café Seahorn. Pasó a una página al azar y encontró una ilustración del pintor con el vestido de terciopelo carmesí. No era un dibujo de la

liberación de la mujer y el amor libre, por lo que era conocida, sino un cuadro de una niña con una diadema amarilla, titulado Hija. Jade cerró la revista y siguió caminando.

Cuando llegó a la casa de Lotus, un ama de llaves desconocida abrió la puerta.

"¿Está tu señora en casa?" preguntó Jade.

"Ella no ha estado en casa durante los últimos tres días", respondió la anciana a regañadientes, como si Jade hubiera hecho la pregunta más inconveniente.

"¿Qué quieres decir con que ella no ha estado en casa?" Jade frunció el ceño, entrando sin que se lo dijeran. Mirando a su alrededor y llamando a su amiga, abrió la puerta del dormitorio de Lotus. Un leve olor ambiguo que había detectado por primera vez en el pasillo la invadió como una ola. La habitación estaba vacía, pero ese olor, floral y almizclado como el de la ropa de una joven recién quitada, todavía caliente por el calor corporal, le recordó a Jade la última vez que había visitado Lotus. Había sido un cálido día de primavera, pero Lotus había insistido en quedarse bajo un grueso edredón de invierno mientras hablaban.

“Quiero salir a algún lugar divertido, como solíamos hacer en los viejos tiempos”, había dicho Lotus entonces. "Pero no hoy. Hoy me siento cansado”.

"Está bien, saldremos tan pronto como te sientas mejor, te lo prometo", había dicho Jade, y Lotus sonrió y tomó su mano. Más que nada, fue esa sonrisa torcida lo que rompió el corazón de Jade. Lotus había sonreído mucho cuando era niña, incluso cuando su madre y su hermana mayor la trataban con desdén. Había belleza en su inocencia, Jade solo podía reconocer eso ahora, como mujer.

El ama de llaves la esperaba en el pasillo con una mirada de molestia. Jade reprimió las ganas de gritar y dijo con la mayor calma posible: "¿Dijo adónde iba?"

"Ni idea, señorita". La anciana se encogió de hombros. "Ella no estaba en su sano juicio por un tiempo, como sabes".

Jade se sonrojó y ahogó la ira que estaba dirigida hacia el ama de llaves, pero en realidad estaba destinada a ella. ¿Realmente había estado tan ciega ante lo grave que su amiga se había vuelto adicta al opio? Era un vicio común, casi tan común como la bebida y el tabaco. Los hombres y mujeres más a la moda y los artistas más admirados hicieron un ritual de visitar el mundo de los sueños una o dos veces por semana. Pero la mayoría de ellos tampoco pasaban sus días tirados

en sus catres, consumiéndose hasta envejecer y debilitarse antes de tiempo. A Jade le enfermó haber inventado excusas para Lotus en lugar de confrontarla, simplemente porque ya había tenido suficientes problemas.

Jade regresó a la habitación de Lotus, con la esperanza de encontrar algún indicio de su paradero. Algunos de los muebles que Jade recordaba haber visto habían sido retirados, pero en la esquina sobre el aparador había un teléfono. Ella lo levantó, dudó por un segundo y dijo: "Operador, presidente Ma del Grand Oriental Cinema, por favor".

Hubo una pausa mientras el operador la pasaba, y Jade sintió que su corazón latía rápidamente. Nunca había hablado directamente con este hombre, a quien Lotus había descrito con tanto enamoramiento, luego posesividad y finalmente odio. Hubo un chasquido y una voz masculina respondió: "¿Hola?"

“Presidente Ma. Esta es Jade. Anh, la amiga de Lotus”, dijo. El silencio que siguió duró solo unos segundos, pero se sintió mucho más largo y más frío.

"Sí, por supuesto", dijo al fin. "¿Le puedo ayudar en algo?"

“Acabo de pasar por la casa de Lotus, y ella no está aquí. . . El ama de llaves me dice que no ha estado en casa en los últimos tres días”.

El presidente Ma se aclaró la garganta. “Sí, lo escuché,” dijo, y su indiferencia rompió el autocontrol de Jade.

¿No estás preocupado por ella? ¿Estás siquiera buscándola, y qué hay de Sunmi? dijo ella, notando mientras hablaba la ausencia del niño en la casa silenciosa.

“Sunmi está conmigo. Irá a la escuela en Japón en un par de semanas”. Su voz no estaba enojada, solo despectiva. “Si eres una amiga tan cercana como pretendes ser, sabrás que Lotus siempre ha sido una madre terrible. Incluso en el mejor de los casos, ella no estaba en condiciones de criar a mi hija. Ahora está medio loca”.

Un pensamiento nauseabundo vino a la cabeza de Jade. "¿Hiciste que Lotus se fuera?"

El presidente Ma se rió sin alegría. “¿Puede alguien realmente obligar a otra persona a irse o quedarse? Pero ella ciertamente no puede volver”.

Jade colgó, temblando. El ama de llaves estaba parada junto a la puerta, sin siquiera ocultar el hecho de que estaba escuchando a escondidas. Su rostro se iluminó con la sonrisa petulante de los sirvientes que descubren la vulgaridad de sus patrones.

“Justo ayer, me dijo que preparara la casa para una nueva amante. También ha pedido muebles nuevos para ella. Ella es joven y él cree que le dará un hijo. Es vergonzoso, incluso para un hombre así. El ama de llaves chasqueó la lengua.

No te preocupes por la mujer nueva. Ella no me concierne,” espetó Jade. La anciana la fulminó con la mirada y luego sacudió la cabeza, balanceando su papada suelta de lado a lado.

“A ustedes, cortesanas, les sirve el derecho de ser abandonadas—robando a los maridos de otras mujeres para ganarse la vida,” se burló sombríamente mientras Jade salía por las puertas.

JADE COMENZÓ SU BÚSQUEDA. En primer lugar, ella y Lotus habían estado en Seúl, la estación de tren, y recorrieron todos los puntos de referencia de sus vidas compartidas, desde MyungWol hasta el Teatro Joseon. Preguntó al personal de cada lugar, pero nadie recordaba haber visto a Lotus recientemente. De pie incómodamente fuera del teatro, vio a los asistentes a la matiné irse en grupos de tres y cuatro, y recordó cómo Lotus había suplicado salir y divertirse la última vez que se vieron. Corrió lo más rápido que pudo al Café Seahorn.

Ya eran más de las seis y media cuando llegó al café. Incluso dadas las circunstancias, la envolvía el consuelo de su familiar decadencia, el aire íntimo de todos conociendo a todos. Pero el café había cambiado desde que Japón comenzó a tomar medidas más drásticas en la península, estimulado por su conquista de la vasta Manchuria. Los invitados susurraban en voz baja, e incluso la música sonaba más suave. Jade recordó su primera visita al café, cuando se maravilló de los ceniceros de cristal en cada mesa. "¿No son demasiado buenos para dejarlos así?" le había preguntado al poeta-propietario. Él había respondido alegremente, dando golpecitos inteligentes a su cigarrillo en el borde de un cenicero: "Vaya, señorita Jade, eso es el verdadero lujo: usar las cosas finas de una manera informal". Esos ceniceros ya no estaban. Pero más cambiada que todas esas cosas fue la propia Jade,

Solo había unas pocas mujeres en el café, y no tardó mucho en darse cuenta de que Lotus no estaba entre ellas. Sintió que la energía salía de la parte posterior de sus rodillas; había caminado por todas partes en Seúl durante siete horas. Se derrumbó en la cabina más cercana y dobló la cabeza sobre los brazos. Cálidas lágrimas le escocían en los ojos, tanto por extrañar a su amiga como por el cansancio. No me voy a derrumbar. Aquí no, pensó, respirando hondo.

Levantando la cabeza, vio al poeta-propietario al otro lado de la habitación, zigzagueando a través del borrón de las velas parpadeantes. Ella lo saludó con la mano, pero él no la vio. Se deslizó en una cabina, lo cual era curioso, pensó Jade. Aunque a menudo charlaba y bailaba con sus invitados, nunca se sentaba con ellos. Su rostro estaba vuelto hacia Jade, y el único invitado en la cabina, un hombre, estaba mirando hacia el lado opuesto. El poeta-propietario se hundió profundamente en su asiento con las manos hacia abajo, y ella se dio cuenta de que le estaba pasando algo al hombre debajo de la mesa. Parecieron conversar durante unos minutos más, luego el invitado se levantó. Cuando se dio la vuelta para dirigirse a la salida, sus ojos se encontraron con los de Jade y ella se tambaleó por dentro al reconocerlo. Era Jung Ho.

"No esperaba verte aquí", dijo Jade mientras se sentaba a su lado y ella juntó sus manos alrededor de las de él.

“El dueño es un amigo mío... ¿Estás bien?" JungHo respondió, cambiando deliberadamente de tema.

“De hecho, no lo soy,” dijo Jade, su pánico finalmente se apoderó de él en su presencia. “Loto se ha ido. Lleva tres días desaparecida. Fui a todas partes buscándola”.

“Oye, cálmate. Todo va a estar bien”, dijo JungHo, levantándose. "Vamos a salir de aquí. Podemos hablar mientras la buscamos.

Jade explicó desde el principio: lo cruel e indiferente que había sido el ama de llaves, cómo el presidente Ma ya estaba preparando la casa para su nueva ama (JungHo se sonrojó un poco al escuchar el nombre de Ma, pero escuchó sin interrumpir). Lo más aterrador de todo fue el hecho de que Lotus estaba vagando por Seúl con poco dinero y aún menos presencia de ánimo, sin habérselo dicho a ninguno de sus amigos.

“Ella realmente se ha metido en una mala situación”, dijo JungHo cuando habían estado caminando en silencio por un rato.

“Lo sabía desde hace mucho tiempo, pero mucha gente lo hace”, respondió Jade, sintiéndose más tranquila en presencia de JungHo. El sol enviaba sus últimos rayos a través de las grietas de los edificios. Había una sensación de que todas las cosas visibles en el mundo eran las sombras de una verdad, que irradiaba solo a través de las grietas. “Sin alcohol u opio, ¿cómo se las arreglarían? Habría aún más suicidios que ahora”, dijo, pensando en las muertes que se habían vuelto tan comunes como un resfriado. “A veces parece que las personas se levantan una mañana, desayunan y deciden ahorcarse”.

JungHo dejó de caminar y se volvió hacia ella. "Oye, no hables así", dijo, un poco bruscamente. Ella se sintió ofendida hasta que él reanudó la marcha y añadió:

“He estado a una pulgada de la muerte innumerables veces en mi vida. ¿Sabes lo que pasa entonces? De hecho, puedes sentirlo físicamente. A veces es como una manta pesada, cuando te has estado muriendo de hambre y no te queda ni un gramo de fuerza. A veces es como un perro, acechando en la esquina y listo para atacar”. Entrecerró los ojos ante el último estallido del sol.

“Cada vez, sabía que sería más fácil y menos doloroso si simplemente dejaba que me llevara. Nadie está conteniendo la respiración deseándome una larga vida, ¿sabes? Y cada vez, en el último momento, ¿sabes lo que sucede? preguntó. Jade negó con la cabeza, asustada.

“Tienes una oportunidad clara de ceder o negarte. Y he dicho que no todas las veces. No sé por qué, pero cuantas más razones tengo para morir, menos quiero ceder”, dijo. “Incluso cuando el cielo se está cayendo, incluso cuando nadie te extrañará, la vida sigue siendo mejor que la muerte”.

Fue el turno de Jade de detenerse y mirarlo. “Desearía que dejaras de decir que a nadie le importa si mueres. ¿Qué soy, entonces?

“Si te importa, eso importa más que todos los demás en el mundo combinados. ¡Quizás nunca muera!” Él rió y ella rió con él, sintiéndose a gusto por primera vez en mucho tiempo.

“Oye, casi lo olvido,” dijo Jade, tocándose las costillas. "¿Qué estabas haciendo allí?"

"¿Qué quieres decir?" Se encogió de hombros. “De vez en cuando, me gusta tomar café”.

"Ni siquiera lo intentes, JungHo". Ella resopló. “¿Crees que puedes mentirme? ¿A mí?" Empujó juguetonamente su costado otra vez, luego dejó de caminar, viendo su expresión cambiante. JungHo miró a su alrededor; una vez que estuvo seguro de que no estaban siendo observados, abrió su chaqueta solo una pulgada para revelar el cañón de un revólver. Se sonrojó, dándose cuenta con un sobresalto de que había estado dándole un codazo al arma.

"¿Eso fue lo que te dio debajo de la mesa?" Jade susurró mientras comenzaban a caminar de nuevo. El asintió.

“Un oficial japonés se emborrachó demasiado una noche y lo dejó atrás. Ha sido cada vez más difícil obtener armas dentro del país, cada arma cuenta”, dijo JungHo en voz baja. Nunca había estado muy claro

para Jade lo que hacía; ella sabía que esto era para protegerlos a ambos. Pero justo entonces, bajo la fresca oscuridad de la puesta del sol, sintió la urgencia de él por compartir un poco de sus secretos antes de que fuera demasiado tarde.

“Con la represión cada vez peor, no sabemos cuánto tiempo más podremos mantener la resistencia, al menos en la propia península. Es frustrante. Ojalá pudiera ser de mayor servicio que ser el repartidor. . . Pero para eso tendría que leer y escribir mejor, y además hablar algo de chino. No importa cuánto lo intente, mi mentor no cree que esté listo”. Se mordió los labios con amarga decepción. Jade no sabía cómo consolarlo, así que extendió la mano y le dio unas palmaditas en el brazo. Eso pareció calmarlo, como siempre.

“Pensé que el dueño era solo un dandi”, dijo después de una larga pausa. “Manos suaves, cabello bonito”.

"La gente es valiente de diferentes maneras, Jade".

Debido a que había sido un día tan agradable y soleado, se mantuvo templado incluso cuando la oscuridad maduró. Muchos jóvenes amantes paseaban por el bulevar, y las tiendas ponían sus discos SP afuera para que los transeúntes pudieran unirse. Ruidos nocturnos, suaves y brumosos —risas, el motor de un automóvil, el ladrido de un perro— rompieron la tranquila superficie del silencio, como voces apagadas detrás de una cortina corrida en el escenario. Jade aspiró profundamente la mezcla de sonidos y el olor a lila. En todas partes a su alrededor, la vida estaba sucediendo sin que ellos lo supieran, y sus vidas también estaban sucediendo en presencia de todo lo demás. Todas las existencias se tocaban ligeramente como el aire y dejaban huellas dactilares invisibles.

"Está demasiado oscuro ahora", dijo en voz baja.

Vamos a llevarte a casa. Pero la encontraremos pronto, Jade. Voy a todas partes en la ciudad y conozco a mucha gente además. La encontraré por ti.

Doblaron una esquina y se dirigieron en dirección a la casa de Jade. En algún lugar cercano estaba sonando un disco y se hizo más fuerte a medida que se acercaban. Una multitud de unas pocas docenas de personas estaban de pie frente a la tienda de discos, cantando el último éxito. El SP tenía una calidad de vitela que acariciaba el ambiente. El punteo redondeado del contrabajo era como la lluvia golpeando el agua.

“Es 'Manchu Tango'”, le dijo Jade. “Sin embargo, no iba a pasar la censura con ese título, así que lo cambiaron a 'Mandu Tango'. Pero

todo el mundo sabe que en realidad se trata de mudarse a Manchuria y extrañar su hogar. Aparentemente, los activistas del norte lo tomaron como su himno". La multitud cambiaba de mandu a manchú en el estribillo, y las parejas jóvenes se balanceaban discretamente una al lado de la otra con las manos entrelazadas.

JungHo se volvió hacia ella y le tendió la mano. "¿Quieres bailar?" Tenía un brillo nervioso en los ojos. La raya almidonada de sus pantalones, el cabello cuidadosamente peinado, todo el esfuerzo que hacía, principalmente, por ella, la hizo desear que él le gustara de esa manera.

"No podemos, nos arrestarán". Ella sonrió a modo de disculpa. Los bailes de salón eran oficialmente ilegales, y aunque todo el mundo sabía que la gente bailaba en cafés y clubes secretos, hacerlo en las calles estaba fuera de discusión.

"Está tan oscuro que nadie se dará cuenta", dijo JungHo, con la mano aún extendida. Parecía decidido, pero bajo la superficie ella sabía que estaba aterrorizado de avergonzarse a sí mismo. Incluso la oscuridad de la noche y su propio bronceado permanente no pudieron ocultar el enrojecimiento que subía a sus mejillas. Ella tomó su mano derecha con la izquierda, luego ambos se pararon frente al gramófono y se balancearon de lado a lado.

Jade cerró los ojos. La mano de JungHo alrededor de la suya estaba caliente y húmeda. Trató de imaginar que era la mano de HanChol la que estaba sosteniendo, pero nada en sus manos era igual. HanChol tenía una buena forma con dedos largos y fuertes y le encantaban incluso las venas verdosas que se erguían bajo la piel. Pero más que su apariencia fue el tacto lo que reveló todas sus diferencias. Las cortesanas más viejas solían bromear diciendo que los hombres eran indistinguibles una vez que apagabas la vela. En realidad, cuando dejaste de mirar sus expresiones y de escuchar sus palabras y te enfocaste simplemente en cómo se sentían, percibiste su disparidad más agudamente. Si el amor era solo el tono más profundo de la amistad, tan profundo como para parecer un color distinto pero en realidad en el mismo espectro de lealtad, entonces ella amaba a JungHo. Mucho.

El tranquilo tejido de la noche fue desgarrado por un sonido como el de una tormenta que se acercaba. Pero la luna aún era visible en el cielo negro azulado: era el rugido de los motores lo que enterraba la música. La gente dejó de cantar y vio pasar camiones del ejército con la bandera japonesa en el capó y soldados en la parte trasera. De

repente, la gente murmuraba entre ellos: “Japón está atacando a Beijing. Finalmente está sucediendo”.

“China renunció a Manchuria, pero se despertará por su continente”.

“Han despertado al gigante dormido”.

“Shh, los pájaros y los ratones tienen orejas. Mira lo que dices."

“Ya era bastante malo como está... Una guerra total y probablemente nos maten a todos”.

"¿Qué está sucediendo?" preguntó Jade, siendo sacada rápidamente de su mundo de sueños por los ruidos que la rodeaban. JungHo estaba diciendo algo pero sus palabras estaban siendo ahogadas por las sirenas. Los faros amarillos de los camiones le dieron en la cara y cerró los ojos una vez más. De lo único que estaba segura era del firme agarre de la mano de JungHo, sin soltarla.

Parte III

1941-1948

21

Sombras moradas

1941

CUANDO JUNGHO LLEGÓ A LA PUERTA TRASERA DEL ANTIGUO RESTAURANTE CHINO, un guardia desconocido con la cabeza rapada estaba apostado afuera.

"Contraseña", dijo el guardia, cruzando los brazos sobre su enorme pecho. Jung Ho hizo una pausa; no había oído que había una nueva política de puertas.

“Nam JungHo,” dijo finalmente.

“¡Ah, oyabún!” El estúpido, como lo llamaba JungHo en su mente, se cuadró y se inclinó profundamente desde la cintura. "¡Por favor, perdone mi ignorancia!" Abrió la puerta tanto como se lo permitieron las bisagras, y el hombre más bajo pasó.

El patio estaba irreconocible desde su niñez. El castaño en el centro había sido cortado y el perro de YoungGu que estaba atado también había muerto hace mucho tiempo. La desaparición de sus aullidos y aullidos dejó un vacío extrañamente duradero en el aire, como un lugar en la pared donde se ha quitado un marco viejo.

JungHo sintió una punzada aguda por esto, más de lo que sintió por la muerte de muchos humanos, tanto los que no tenían nada que ver con él, como otros para quienes había jugado un papel crucial en acelerar el proceso mortal. No se convertiría, nunca se convertiría en un asesino habitual; pero durante mucho tiempo había creído que, con la excepción de muy pocos individuos, no había nadie que fuera verdaderamente bueno y honorable. Mintieron, engañaron, traicionaron a sus amigos, a su familia y a su país, luego se doblaron, luego se doblaron de nuevo, solo para salvar el pellejo. Cuando el gobierno general decretó que todos los coreanos tenían que cambiar sus nombres a japoneses, la mitad del país se había alineado de inmediato para dejar de lado lo que sus padres y sus antepasados

habían heredado. No creían en nada, pensó, si podían renunciar a sus propios nombres tan fácilmente. Su desprecio por la humanidad se fue acentuando con el paso de los años, e incluso le hizo valorar menos su propia vida. Respiró hondo para despejar este pensamiento; había un lado de él que todavía quería aferrarse a la poca inocencia que le quedaba.

El patio estaba lleno de gente que esperaba en silencio para cambiar su oro y sus joyas. En la parte superior de la fila, YoungGu estaba sentado en una cabina, flanqueado por un guardia a cada lado y recibiendo a los suplicantes uno a la vez. Había dejado de administrar el restaurante cuando estalló la guerra y comenzó a comprar productos de las provincias y venderlos a un precio indescriptible en Seúl. El ejército había confiscado hacía mucho tiempo todos los objetos de valor que podía, pero de alguna manera las reliquias familiares seguían saliendo a la superficie desde el interior de edredones rellenos de seda y frascos escondidos bajo pisos de madera. Una vez que se agotaron, la gente desesperada trajo títulos de propiedad y promesas de reembolso con un interés asombroso: JungHo conocía esta parte sin que se lo dijeran.

Con una mano sobre su corazón, YoungGu le insistió a JungHo que no hizo nada de esto por dinero. Era algo que había que hacer, y era mejor que lo hiciera él, un hombre del pueblo, ¿no? No obstante, se dedicó de todo corazón al negocio del mercado negro, la forma en que algunas personas se divierten y se vuelven más agudamente vivas durante las crisis, esos espacios ambiguos entre la vida clara y la muerte. Ante el caos, reaccionaban con una especie de sanguinidad sin sentido, a diferencia de aquellos intelectuales de muñeca fláccida que perdieron las ganas de seguir viviendo. JungHo no sabía qué otras alternativas había a estos dos modos. Notó que YoungGu se veía más feliz que en los primeros años de su matrimonio cuando los niños eran pequeños y el restaurante prosperaba.

Al ver a JungHo, YoungGu despidió a sus subordinados, se levantó y caminó rápidamente hacia él con los brazos abiertos. Había perdido algo de peso alrededor de su cintura desde el comienzo de la guerra, pero de una manera que lo hacía parecer más joven y saludable. Llevaba un chaleco de pana marrón sobre una camisa y un pantalón de algodón limpios, como un farmacéutico acomodado que recibe pacientes indefensos.

"¿Por qué ese idiota en la puerta me llamó oyabun?" Dijo JungHo, una vez que terminaron de intercambiar sus saludos habituales. "Esto

no es la yakuza". Él frunció el ceño.

“Lo siento, jefe, realmente es un estúpido”, dijo YoungGu, guiando el camino hacia un almacén trasero donde guardaba los bienes más preciados para sus amigos.

“Pero estarás feliz de ver lo que he reservado para ti. Un saco de cebada y patatas, dos coles y una bolsa de boquerones secos. No podrías comprar estos hoy en día incluso con dinero apilado desde el suelo hasta el techo. . . No, detente, guarda eso”, dijo, sacudiendo la cabeza con firmeza y desviando la mano de JungHo.

JungHo frunció el ceño, aunque esta vez no por disgusto. No puedo aceptar esto, incluso si somos viejos amigos. Cuando fui a ver a Loach por arroz hace quince días, terminó aceptando algo de plata de mí.

El hecho fue que cuando JungHo le ofreció algo de la plata de MyungBo a su amigo más cercano, esperaba que la rechazara. En cambio, Loach lo tomó, registró la transacción en su libro y luego se puso a hablar de algún otro tema no relacionado sin ningún tipo de vergüenza. Ambos sabían que Loach apenas estaba luchando: estaba obteniendo tantos objetos de valor y hechos como podía desear en su vida. JungHo había actuado como si nada estuviera mal y se fue con un amistoso apretón de manos, pero por dentro había decidido no volver a ver a Loach nunca más.

YoungGu resopló. “Por supuesto que Loach lo tomó, ese bastardo egoísta. Pero, ¿recuerdas cuántas veces, cuando cada uno de nosotros no tenía nada más que un par de bolas, nos diste tu comida? ¿Recuerdas cuántas veces me diste un poco más de tu tazón para que pudiera compartir con mi perro? YoungGu siguió sonriendo ampliamente pero sus ojos estaban bastante húmedos. "Nunca olvidaré eso."

JungHo se sintió aliviado al ver que la generosidad de su amigo era real. Envolvió su brazo alrededor del hombro de YoungGu y lo golpeó con fuerza varias veces. "Si, gracias. Por supuesto que lo recuerdo, lo recuerdo”, dijo, lamentando su pensamiento anterior sobre la inutilidad de la mayoría de las personas. No estaba en su naturaleza permanecer insensible durante mucho tiempo, incluso en una guerra.

“Te acompaño hasta la salida, jefe”, dijo YoungGu mientras volvían a atravesar el bullicioso patio. “Ya hace mucho calor, y el verano acaba de comenzar. . . ¿Por qué?, ¿qué pasa?

JungHo había dejado de caminar. En medio de la cola, sus ojos

habían encontrado a un hombre que conocía mejor de lo que le gustaría admitir. Con su camisa y pantalones de trabajador de fábrica, y una forma algo más llena, HanChol no tenía ni rastro de la intensidad bruta de un graduado sin un centavo. Incluso en medio de la guerra, tenía el aspecto fornido de un hombre idealmente equilibrado entre la juventud y la madurez, los logros pasados y la ambición futura. JungHo había oído que había abierto un taller de reparación de automóviles y que estaba expandiendo hábilmente el negocio incluso cuando todo el país estaba como un barco de papel en un huracán. Sin embargo, no tuvo tanto éxito como para evitar ir a pedir comida a YoungGu—JungHo pensó con cierta satisfacción. Se dio cuenta de que ese era su momento de venganza, una reivindicación fortuita que ocurre una sola vez en la vida de las personas. Eran alrededor de las tres de la tarde, una hora intermedia del día, y las hojas muertas susurraban en la arena donde el perro solía echarse al sol. JungHo inconscientemente tomó estos detalles para poder recordar más tarde el momento preciso en el que sintió la felicidad de humillar a alguien que lo había humillado profundamente en el pasado. Sus oídos tamborileaban con sangre y todas sus venas zumbaban, desde la punta de los dedos de las manos hasta los de los pies. Era una de las sensaciones más placenteras que jamás había experimentado. Sus oídos tamborileaban con sangre y todas sus venas zumbaban, desde la punta de los dedos de las manos hasta los de los pies. Era una de las sensaciones más placenteras que jamás había experimentado. Sus oídos tamborileaban con sangre y todas sus venas zumbaban, desde la punta de los dedos de las manos hasta los de los pies. Era una de las sensaciones más placenteras que jamás había experimentado.

"¿Conoces a ese tipo?" preguntó YoungGu.

“Es una larga historia pero él es un verdadero”—JungHo buscó la palabra correcta—“cobarde. Sí, eso es lo que es”, dijo, satisfecho de que incluso MyungBo no pudiera decir que no estaba siendo justo.

Haré que se vaya ahora mismo. O golpearlo hasta la muerte, lo que prefieras. Cuando las palabras salieron de los labios de YoungGu, cinco o seis de sus subordinados desfilaron detrás de ellos automáticamente, apretando los nudillos y rompiéndose el cuello.

“No, me ocuparé de él yo mismo”, dijo JungHo, caminando hacia la cola con los puños cerrados. La multitud instintivamente se calló y fijó su atención en los dos hombres. El reconocimiento de JungHo no fue devuelto; en un gesto de leve sospecha, HanChol entrecerró sus

ojos mudos que inexplicablemente gustaban tanto a las mujeres.

"¿Usted es el Sr. Kim HanChol?" preguntó JungHo, sin inclinarse ni ofrecer su mano. “Soy Nam JungHo. Puede que no me conozcas, pero ambos conocemos a Jade Ahn”.

El rostro de HanChol se transformó ante la mención de su nombre, como si fuera un antídoto que convertía la arrogancia en tristeza. He oído hablar de ti. Jade solía decirme que eras uno de sus amigos más cercanos —dijo, bajando la mirada.

"¿Hizo ella?" JungHo se preguntó, más para sí mismo. Se sonrojó un poco al imaginar lo que habían dicho sobre él, pero lo descartó.

“Ella también me habló de usted, Sr. Kim HanChol. No eras un buen amigo para ella.

JungHo vio con satisfacción cómo el rostro de su enemigo palidecía y perdía su ecuanimidad ensimismada. Así que esa era su debilidad: la necesidad de parecer tener razón. HanChol era el tipo de hombre que podía convencerse a sí mismo de que siempre había hecho lo mejor que podía. JungHo sabía que esta mirada de tristeza era solo una forma en que protegía su propia autoestima. La mejor venganza contra HanChol sería sacudir su presunción, y eso no sucedería simplemente golpeándolo con los puños.

“Las personas como tú no merecen respirar el mismo aire que ella respira. Nunca, nunca vuelvas a aparecer frente a ella, ¿me escuchas? JungHo gruñó, dando un paso más cerca de su rival y apenas resistiendo el impulso de escupir en el suelo. HanChol no se había movido ni un centímetro en todo el tiempo, como un lagarto que ha sentido un depredador y decide hacerse el muerto hasta que pasa el peligro. No se veía tan bien ahora, solo cobarde, tal como intuyó JungHo. ¡Si Jade lo supiera!

“Chicos, asegúrense de que el Sr. Kim HanChol obtenga todo lo que necesita”, dijo, dándose la vuelta. YoungGu se cuadró y envió a sus subordinados en todas direcciones en busca de comida.

"Y no acepte ningún pago de él".

Sabía sin mirar que HanChol, con sus tediosas reglas de nobleza, se sentía humillado al tener que aceptar la generosidad de alguien que claramente lo despreciaba. Y sin importar lo que sucedió en el pasado, en última instancia, era él, JungHo, quien iba a verla esta noche. Ella lo necesitaba. El placer de la venganza era tan grande que se sentía como si fuera una estrella furiosa, perfectamente alineada en una constelación.

* * *

JUNGHO LOGRÓ INTERCAMBIAR TRES patadas de YoungGu por un melón amarillo en el camino a la casa de Jade. Apenas había terminado de tocar cuando ella apareció y le abrió la puerta. Ella aceptó la pesada bolsa de lino con ambas manos, la abrió y jadeó.

“Cebada, patatas, anchoas. . . ¿Y qué es esto? ¡Un melón chameh! Me siento como si estuviera mirando un espejismo. JungHo, ¿qué haría sin ti?”. dijo ella, acompañándolo adentro.

“Solo deseo que haya algo más que pueda hacer. ¿Cómo está la tía Dani? preguntó, quitándose su sombrero de fieltro.

“Ella todavía está luchando con la fiebre. Creo que es el impacto de las redadas, y este clima húmedo tampoco está ayudando. No ha comido mucho en meses y ha perdido demasiado peso”. Jade se sonrojó. Ella misma se había vuelto demacrada, y había sombras oscuras debajo de sus pómulos que él no había visto antes.

“¿Se llevaron todo?” La policía había estado allanando las casas de las personas para recolectar no solo arroz y joyas, sino también ollas de metal, sartenes, planchas para ropa, hornos, atizadores de fuego y similares. Sin discriminación, todos fueron fundidos y reconstruidos en artillería, barcos y aviones.

"Casi. En el jardín, cavé un hoyo debajo del cerezo y enterré algunas de nuestras joyas más caras. Pero ¿de qué sirve un collar de diamantes o un peine de oro cuando el arroz está medio mezclado con arena y no hay nada para comer?

“¡Jade, ni siquiera me digas dónde está tu escondite secreto! Tenga cuidado con sus vecinos y amigos. Eso es solo para que tú y la tía Dani lo sepáis. JungHo la reprendió y una dulce sonrisa iluminó su rostro.

“Pero, JungHo, eres mi familia. Nos has estado trayendo buen arroz durante meses. Confío en ti." Ella sonrió y pequeñas arrugas aparecieron bajo sus ojos. La hacía parecer de su edad: tenía treinta y tres años y habían pasado más de veinte años desde que la vio por primera vez. Y, sin embargo, pensó que se veía hermosa ahora en su declive, tal vez incluso más que cuando era una joven cortesana en plena floración. Incluso las sombras de su rostro lo atrajeron.

“Solo aguanta ahí. Esto no puede durar para siempre. Japón subestimó en gran medida el tamaño de China como país. El mundo les ha dado la espalda después de lo ocurrido en Nanjing. Violaciones, incendios, asesinatos de mujeres embarazadas. . . Lo que nos hicieron a nosotros, ahora se lo hacen a los chinos. Nuestro Ejército de Independencia y las tropas chinas ya han unido sus fuerzas en Manchuria. Mi mentor dice que Japón no puede ganar esta guerra”,

dijo. Jade asintió con firmeza, como si su asentimiento ayudara a que la predicción se cumpliera.

"En realidad, eso es lo que vine a decirte". Tomó su sombrero por el ala y lo hizo girar en círculos. El aire de la habitación era pesado, como un cuarto trago. El segundero del reloj marcaba el silencio al ritmo de los latidos de su corazón.

“Me eligieron para ir a Shanghái en una misión”, dijo, casi como una idea tardía. Pero era difícil, mucho más difícil de lo que había anticipado, fingir indiferencia.

Entre las muchas cosas que nunca había aprendido a hacer, soltar era la más difícil. Pero resolvió hacer lo que siempre había hecho: actuar primero y pensar después. Para ganar coraje, levantó las palmas de sus manos y las presionó contra sus ojos unas cuantas veces.

“No voy a volver por muchos meses”, dijo. Ambos escucharon con más claridad lo que no se decía: que probablemente no regresaría. Un entendimiento mutuo se apoderó de ellos. El tictac del reloj se hizo más lento y luego desapareció en el olvido, y JungHo se sintió satisfecho de que estar sentados juntos en el dolor era la compensación justa por todos sus años de espera. Hacía calor y humedad y la muerte persistía en los rincones oscuros de la habitación como las sombras púrpuras de un largo sol de verano.

“Había estado esperando durante años a que mi mentor me confiara una misión”, dijo con una leve sonrisa. “Pero ahora que ha llegado el momento, me siento un poco, un poco triste”.

“Oh, JungHo, estoy tan preocupada por ti”, dijo Jade, secándose discretamente los ojos con un dedo. Estaba decidida a parecer valiente, por lo que JungHo fingió no darse cuenta.

“Has sido mi único amigo estos últimos años, con Luna en América y Lotus desaparecido. . . No sé qué haré cuando te hayas ido. Ella suspiró, luego corrió a la cocina y gritó: “¿Al menos te quedarás a cenar? Cocinaré algo.

JungHo se quedó en la sala de estar mientras Jade se ocupaba de preparar la cebada que había traído. Dani estaba durmiendo, así que dejó un tazón de avena al lado de su catre antes de poner la mesa para JungHo y para ella. Los soldados se habían llevado los tazones, las cucharas y los palillos de bronce pulido de Dani, por lo que Jade tuvo que arreglárselas con tazones y utensilios de madera que ni siquiera sus criadas habrían usado antes de la guerra. Al verla preocuparse por los platos, JungHo imaginó que estaban casados y que esta era solo

una de sus comidas ordinarias en sus vidas ordinarias. La fantasía era tan placentera que no pudo evitar decirla en voz alta.

“Jade, es como si fueras mi esposa preparándome la cena”. En el momento en que escuchó las palabras, estaba aterrorizado de rechazarla. Pero sorprendentemente, ella sonrió.

“Es difícil ser soltero. Un hombre necesita el toque de una mujer”. Ella arrugó los ojos, empujando un tazón de kimchi de rábano más cerca de él. "Comer."

Masticaron despacio para prolongar la cena ligera, hablando de la guerra y de la enfermedad de Dani.

“Uno de nuestros camaradas es médico. Antes de irme, me pasaré por su clínica y le pediré que visite a la tía Dani —dijo, dejando la cuchara.

“Todo lo que hago es causarte problemas y pedirte ayuda”. Jade frunció el ceño. "No he hecho nada por ti".

“Nunca hubo necesidad de que hicieras algo por mí”, dijo con una sonrisa tímida. Esa era la verdad. En algún momento imperceptible, hace ya años, JungHo había renunciado a la idea de que ella podía amarlo de la forma en que él la amaba. Había sucedido sin que él siquiera se diera cuenta, lo que probablemente fue lo mejor. Había hecho todos los giros más importantes de su vida basado en un deseo que se había ido, pero volver atrás era imposible. ¿Y de qué serviría negar su pasado? En algún lugar dentro de él parpadeó la intuición de que esto le sucedía a todas las personas en diversos grados, y eso lo ayudó a hacer las paces con su suerte. Pero lo que dijo a continuación hizo estallar esa paz con la fuerza de una tormenta de verano.

"¿Te gustaría pasar la noche?" ella preguntó.

* * *

ELLA SE DESPERTÓ CON sus brazos se envolvieron con fuerza alrededor de su cuerpo. Incluso en lo más profundo del sueño, no parecía querer dejarla ir. Había un rastro de una sonrisa en sus labios.

Si hubiera sido HanChol, ella le habría acariciado el cabello y lo habría besado mientras dormía. Con JungHo, solo tenía el profundo deseo de estar sola de nuevo. No se arrepintió de haberle pedido que pasara la noche. Era justo que ella le diera lo que significaba tanto para él, que le costaba tan poco. Y, sin embargo, se sentía tan incómoda en sus brazos que sus mejores esfuerzos por quedarse quieta fueron en vano.

“Ya estás despierto”, susurró JungHo con los párpados medio

cerrados.

"Sigue durmiendo. Prepararé un poco de desayuno. Ella empezó a levantarse, pero él tiró de ella hacia atrás.

Preferiría abrazarte un poco más. Y quiero hablar contigo.

Estaba aún más incómoda ahora que la habitación se estaba volviendo más luminosa y ella seguía desnuda junto a él, pero se quedó.

"Jade, sabes lo que siento por ti", comenzó, con los ojos ahora muy abiertos. “Te he amado durante mucho tiempo. Más de lo que sabes. ¿Recuerdas el día en que estabas en un desfile, todos disfrazados? Fue entonces cuando te vi por primera vez. Incluso entonces, tan joven como era, sentí que mi vida cambiaría”.

Jade recordaba el desfile, pero por supuesto no recordaba haber visto a JungHo entre los cientos de espectadores.

“Después de que Dani me dijera que me mantuviera alejado y perdimos el contacto, solía buscarte donde quiera que fuera. Cuando ibas al cine con Lotus, mis ojos te encontraron entre la multitud como si el sol solo brillara sobre ti”. El rostro de JungHo estaba bañado con esa luz imaginaria de hace tantos años.

“¡Qué extraño! Por qué, de todas las personas que ves en Seúl”.

"Lo sé . . .” Jung Ho sonrió. "Simplemente encontraría a la chica más hermosa y luego me daría cuenta un segundo después de que es la misma que antes". Él tomó su mejilla con ternura en la palma de su mano y ella hizo todo lo posible para disfrutarlo.

"Sabes, mi color favorito es el azul", dijo con una mirada distante en sus ojos, como si tratara de recuperar un recuerdo perdido hace mucho tiempo.

“Siempre me encantó mirar el cielo, desde que era pequeña. Así que las cosas azules me llaman la atención, ya sea una corbata o un vestido de mujer. La forma en que te seguía notando, amándote, es porque eres mi azul”. Él la miró con timidez, como si estuviera aliviado y orgulloso de haber compartido este pensamiento con ella.

Jade estaba conmovida, pero también preocupada por el inmencionable hecho de que él no era su azul. Solo había un hombre que era su azul, y ya no la amaba y no quería tener nada que ver con ella. Deseaba con todo su corazón que JungHo dejara de hablar.

“Tú eres la única razón de todo lo que he hecho en mi vida”, dijo, girándose sobre su lado derecho para mirarla. “Jade, escucha atentamente. Voy a decirle a mi mentor que no puedo ir a la misión. Antes no tenía por qué no ir. . . Pero ahora, quiero quedarme aquí y

tener una vida contigo". Él entrelazó su mano con la de ella y la apretó.

El corazón de Jade comenzó a acelerarse y sus mejillas hormiguearon con una corriente abrumadora. Pero ya se lo prometiste. ¿Cómo puedes retractarte de tu palabra? preguntó, alejándose imperceptiblemente de él.

JungHo abrió mucho los ojos y dijo con una voz ansiosa destinada a tranquilizarla: "El camarada Lee es la persona más compasiva y humana que conozco. Nunca ha impedido que nadie se vaya, por ningún motivo. Nunca ha actuado como si fuera mi dueño".

Respiró lentamente, luchando por contener la crueldad de sus propias palabras. Pero cuando relajó su agarre, salieron corriendo de su boca como sabuesos. "Pero la misión es más grande que cualquiera de nosotros".

No tuvo tiempo de reflexionar sobre sus palabras antes de que escaparan, por lo que al principio se sintieron como meros sonidos sin sentido. Pero se dio cuenta de todo su horror cuando el amoroso rostro de JungHo se convirtió en piedra. No era solo que estuviera muy quieto y frío: lo que había encontrado atractivo en él, reconocible y únicamente JungHo desde que eran pequeños, se extinguió de inmediato con su declaración.

"Después de todo lo que he hecho por ti", dijo con dificultad. Jade vio ante sus ojos su vida juntos: JungHo gritándole que saltara del árbol para poder atraparla; volando fuera de su casa para encontrar una partera para Luna; tomados de la mano con ella la noche que comenzó la guerra; de pie en las puertas con sacos de comida cuando toda esperanza parecía perdida, tanto que a veces sentía que todo lo que tenía que hacer para llamarlo era mirar hacia la puerta. Él también estaba viendo estos recuerdos en su mente, se dio cuenta, y cuanto más veía, más se desesperaba.

Y habría hecho aún más, renunciar a todo, para mantenerte a salvo. Sus ojos oscuros y ardientes la hicieron luchar para no estremecerse.

"Eso no es lo que quise decir. Por supuesto que quiero que te quedes —dijo, tan débilmente que incluso ella misma tuvo problemas para creerse a sí misma.

Él no dijo nada; parecía haberse dado cuenta finalmente de que había pasado su vida amando a alguien tan indigno. Se levantó y se vistió en silencio, con el rostro contraído por el odio. Luego, justo antes de llegar a su puerta, se dio la vuelta.

Lo que sucedió a continuación le hizo ver quién era él realmente por primera vez, alguien que solo había adivinado por su misteriosa ocupación. JungHo se abalanzó hacia ella. Demasiado aterrorizada para gritar, acunó la cabeza entre los brazos y se encogió, pero el cuerpo de él voló a su lado. Cayó sobre el catre, atacándolo como un loco. Cuando el catre pareció lo suficientemente muerto, agarró el objeto más cercano, un espejo de mano, y lo arrojó contra la pared, donde explotó en pedazos. Ignorando los fragmentos brillantes de vidrio que caían sobre ellos, enterró la cabeza en el edredón y gritó, solo un agudo monosílabo, un aullido inhumano. Así agotado, yacía postrado, jadeando, su espalda subiendo y bajando con su respiración.

Jade se sintió sollozar, porque su cuerpo le parecía tan familiar y, sin embargo, tan extraño para ella. Era como si algo invisible que los había constelado juntos desde la infancia se hubiera cortado, y ella ya no podía alcanzarlo incluso estando sentada a solo un brazo de distancia. Quería encontrar una forma de calmarlo, de hacerle entender cuánto significaba él para ella. Pero antes de que ella pudiera decir nada, él se presionó para arrodillarse y con la cabeza aún inclinada, exhaló profundamente. No quedaba rastro de furia violenta en él, solo motas estrelladas de espejo adheridas a su ropa y cabello. Pasaron unos minutos más en silencio. Cuando finalmente levantó la cabeza, vio que su expresión era fría y determinada. Solo sus ojos eran inusualmente brillantes y llenos como nieve derretida.

Se puso de pie y se puso el sombrero a la manera de alguien que sale del funeral de una conexión lejana: secamente sombrío con un aire de finalidad.

“Te dije una vez que a nadie le importaría si moría. ¿Recuerdas cómo dijiste que lo harías? Sin esperar a que ella respondiera, se bajó el sombrero y salió de su casa por última vez.

* * *

EN JULIO, EL MAYOR GENERAL YAMADA llegó a casa de permiso de la campaña en China. Su esposa, Mineko, lo saludó con frialdad. Aunque ella había comenzado su matrimonio con inocencia y buena fe, se sintió decepcionada, luego cansada y luego enfurecida por su completa falta de presencia. Apenas se conmovió al verlo envejecido considerablemente. Ahora había surcos profundos en su frente que alguna vez fue elegante. Había perdido dos dedos de la mano derecha, que mantuvo envueltos en un guante incluso en el calor sofocante. Ella podría haber sentido lástima por un extraño herido en la batalla,

pero no por su esposo, quien había dedicado toda su vida a la guerra y la conquista.

A la mañana siguiente de su llegada, Mineko se sentó a tomar el té con su esposo y le pidió el divorcio. Estaba embarazada de tres meses, explicó. Si él fuera lo suficientemente decente para liberarla, ella se casaría con su amante y regresaría a Japón.

Yamada no dijo nada, no porque estuviera enojado o indignado sino porque había perdido el deseo de hablar. Observó a Mineko, que vestía un vestido rosa similar al que había usado en su primer encuentro. Entonces se le ocurrió que habían estado casados dieciséis años y todavía eran extraños en el fondo. No habían tenido nada que decirse, hasta este momento.

"Tendré que hablar con tu hermano sobre esto", respondió Yamada, poniendo fin a su discusión.

Una hora más tarde, estaba sentado en la sala de recepción de Ito Atsuo. No era el mismo donde había mirado las porcelanas y la piel de tigre, tantos años atrás. Ito se había construido una elegante mansión de Bellas Artes al pie de South Mountain, que se decía que era una de las casas más hermosas de toda Corea. La habitación estaba decorada al estilo francés con sillas Louis Seize y cortinas doradas, y aunque había algunos celadones sobre una repisa de la chimenea, la piel de tigre no se encontraba por ninguna parte.

“Genzo, ¿cuántos años han pasado? ¿Cuándo llegaste y cuánto tiempo te quedarás? Ito entró en la habitación, luciendo apenas envejecido desde la última vez que se vieron.

“Casi ocho años. Te ves exactamente igual”, dijo Yamada, estrechando la mano de Ito.

“¿Yo? Aun así, no ha sido fácil para mí. Siéntate, siéntate. . . Aunque primero hablemos de ti. ¡Escuché sobre tu mano, héroe de guerra!”

Yamada se sentó en la silla profunda y se alisó los muslos, sonriendo torpemente. "Difícilmente. Hubo muchos otros que perdieron la vida. Muchachos granjeros, carniceros y herederos de viejas y respetables familias. Algunos eran realmente intrépidos, otros solo estaban preocupados por sobrevivir. Pero al final, todos murieron gritando. La muerte es un gran ecualizador”.

“Pero seguramente estabas en medio de la acción. ¡No jugar a las cartas ni beber en el campamento!”.

“No es porque sea valiente que perdí dos dedos. . . Fue solo una cuestión de suerte”.

“Tal vez tengas razón. Aun así, has hecho un sacrificio, como deberían hacer todos los hombres. Incluso yo tuve que donar todo el hierro y el oro extraídos de mis minerales en los últimos seis meses. Como se puede imaginar, ha sido una pérdida asombrosa. Pero como súbdito obediente de Su Majestad el Emperador, me complace desempeñar mi papel. Y, por supuesto, recibiré las recompensas por mi lealtad una vez que termine esta guerra. Indochina tiene muchos más minerales que Corea, y Birmania está llena de rubíes. Y dentro de un año, arrebataremos a India de las garras de Gran Bretaña. ¡Seré más rico que un rajá!”.

Ito sonrió triunfante, pero su cuñado permaneció en silencio. El ingenioso sirviente aprovechó la pausa para interponerse entre ellos y colocar el café y las galletas.

“El café es más raro que el oro en estos días. Bebe, amigo mío”, dijo Ito.

"Eso no va a suceder", murmuró Yamada, ignorando la taza humeante en el platillo. "La guerra. No podemos ganar.

"¿De qué estás hablando? Estuviste en China. Hemos conquistado a esa bestia gigante: el gran dragón desdentado y en descomposición. Le hemos quitado Indochina a Francia y...

“Hablas así porque solo sabes lo que los periódicos pueden imprimir. No has visto lo que yo he visto en el frente. No tenemos suficiente petróleo, hierro, caucho o alimentos para mantener esta guerra. Somos nosotros contra Gran Bretaña y Francia, y si Estados Unidos se involucra. . . Tienen cientos de aviones y barcos para cada uno de los nuestros, y miles de soldados para cada uno de los nuestros, ¿entiendes eso?

“Alemania e Italia pelearán con nosotros si Estados Unidos se involucra”.

“Alemania está ocupada luchando contra Rusia, e Italia no es nada sin Alemania. . . Está bien si no me crees.”

“Si no fueras mi cuñado, pensaría que tienes ideas sacrílegas en tu cabeza, Genzo. Esto es impropio de un general del Ejército Imperial de Su Majestad”, advirtió Ito.

"Que así sea. Ya no soy tu cuñado, así que haz que me arresten si lo deseas. Yamada sacudió la cabeza con ambigüedad, más desdeñoso que melancólico. “Mineko me pidió el divorcio. Está embarazada y quiere casarse con su padre y regresar a Japón”.

Fue el turno de Ito de negar con la cabeza. Dejó su taza y se reclinó en su silla como un médico a punto de anunciar un hecho

desafortunado pero esencial. No puedes divorciarte de ella. Lo siento, no es lo ideal, pero hay que pensar en nuestras familias. Podríamos hacer arreglos para que un pariente lejano adopte al niño, si lo desea.

"Me temo que ya no depende de ti, Atsuo. Ya he decidido divorciarme de ella aunque sea lo último que haga antes de volver a la guerra", replicó Yamada. Se sintió tan extrañamente animado al decir esto en voz alta, que casi quería decirlo de nuevo. "Sabes, Atsuo, nunca me he sentido realmente libre. Pero en mi juventud, pensaba que la constricción era buena, beneficiosa. Vi el mundo como un sistema diseñado por personas inteligentes e importantes, y yo iba a ser uno de ellos. Pero ahora me doy cuenta de lo tonto que he sido. Ese sistema no es más que aquello que trae destrucción".

Ito nunca había escuchado a Yamada hablar de esa manera y casi estaba preocupado de que comenzara a actuar violentamente. Pero Yamada se levantó con calma al momento siguiente, se bajó el dobladillo de la chaqueta de su uniforme y extendió una mano.

"Probablemente no nos volvamos a ver, así que esto es una despedida".

"Genzo, por supuesto que lo haremos. Solo por Mineko. . ." Ito comenzó a sentirse bastante triste a pesar de sí mismo. "Con cualquier otra persona no me importaría, pero no quiero que nos separemos de esta manera".

Yamada sonrió, y era una sonrisa despreocupada y genuina que Ito nunca antes había visto en su amigo. "Bien, Atsuo. Me van a trasladar a China. Ni idea de cuándo volveré. . . Pero que estés bien hasta que nos volvamos a ver.

22

Zoológico de animales

1941

A PESAR DE QUE JADE HIZO TODO LO POSIBLE POR SANEAR A DANI, sus condiciones empeoraron a medida que avanzaba el verano. Sin decírselo a la mujer mayor, Jade ya había excavado y vendido la mayoría de las joyas debajo del cerezo para pagar medicinas y comida. Unos cuantos médicos habían ido y venido sin mejorar la fiebre y tisis de Dani. Entre el puñado de baratijas que quedaban, Jade solo decidió quedarse con el collar de diamantes hasta el final. Su peine de oro fue suficiente para convencer a un médico entrenado en Occidente para que la visitara.

“Tiene llagas en la espalda”, susurró Jade mientras ayudaba a girar a Dani hacia el otro lado.

"Sí. Típico de la última etapa de la sífilis —pronunció el doctor, empujando hacia atrás sus anteojos. “Ella debe haber tenido una larga latencia. Es probable que lo haya contraído cuando aún ejercía como cortesana. . . La sífilis también causa infertilidad. Ella nunca ha quedado embarazada, ¿verdad?

Jade miró con miedo el rostro surcado por el sudor de Dani; sus ojos estaban cerrados, su mente estaba en sueños febriles.

"Los otros médicos no dijeron nada sobre la sífilis", protestó Jade en voz baja.

“Esta enfermedad puede parecerse a muchas otras cosas, hasta el final cuando salen las llagas. Tenga cuidado de no tocarlos, son muy contagiosos. En cuanto al pronóstico, es difícil decir cuánto tiempo le queda. Mañana enviaré a mi sirvienta con un poco de arsénico que pueda tomar para aliviar los síntomas.

Después de que el médico se fue, Jade fue a la cocina a preparar lo que pudiera para la cena. En la despensa sólo quedaba una taza de cebada y unas algas secas que podía aliñar con medio dedal de aceite

y vinagre. Sin pensar, sacó el cuchillo y la tabla de cortar y luego se dio cuenta de que no había nada que requiriera cortar. Aun así, agarró el mango del cuchillo con su mano huesuda, luchando contra las lágrimas que nublaban sus ojos. Estaba recordando cómo se cortó la mano hace tantos años en una calurosa noche de verano. Si el cuchillo cortaba solo unos centímetros por encima de esa cicatriz, todas sus penas terminarían.

Dejó el cuchillo y preparó las sencillas gachas de cebada.

Cuando volvió, Dani estaba en un estado de ánimo cada vez más raro, claro y tranquilo. "¿Cómo te las arreglaste para hacer la cena de nuevo?" preguntó Dani mientras Jade dejaba la bandeja a su lado.

“Todavía nos quedaba un poco de cebada de la visita de JungHo”, mintió Jade; ese suministro se había agotado hacía mucho tiempo, y la cebada era del mercado negro. “Además, no te preocupes por dónde consigo la comida. Solo te preocupas por mejorar”.

“Soy una carga para ti”, dijo Dani. Estaba tratando de tragar la papilla que Jade le estaba metiendo en la boca sin babear. Pero incluso el control de sus músculos faciales le costó un tremendo esfuerzo, y una gota reluciente se deslizó por un costado de su boca. “Soy como una anciana senil”, dijo Dani, sonriendo dolorosamente.

“Nunca serás una anciana senil”, dijo Jade. “Siempre serás hermosa. Ninguno de nosotros, ni siquiera Luna, podría compararse contigo.

Sólo estás siendo amable. Pero más que amable. . .” Dani parpadeó y una lágrima escapó de su ojo aún encantador. "¿Te acuerdas? En PyongYang, cuando mi hermana Silver me pidió que te acogiera, al principio me negué. Esta chica no tiene personalidad, es tan blanda y aburrida, le dije. Pero ella dijo que eras bueno. Ella tenía razón; Me equivoqué."

“Estaba feliz de estar de acuerdo con lo que Lotus sugiriera. Ella era la vivaracha. Yo era tímido”, dijo Jade.

“Pero en retrospectiva, eres el más fuerte de todos nosotros. . . Incluso después de que muera, y después de que termine la guerra, sobrevivirás y, con suerte, encontrarás un buen hombre y sentarás cabeza.

“¡No morirás! ¿Por qué dices esas cosas? —protestó Jade, aunque no pudo evitar que las lágrimas fluyeran.

"Escuché al doctor, no estaba dormida", susurró Dani con voz cada vez más débil, esforzándose por girar la cara. Jade se apresuró a bajar la cabeza sobre la almohada.

“Shh, debes descansar ahora. No te canses diciendo cosas tan inútiles.

“No finjas que no es verdad, porque no tengo mucho tiempo que perder. Escúchame con atención, Jade. Solo dos cosas. . .” Cerró los ojos. “Primero, quiero que tengas mi collar de diamantes. No importa qué, aguanta. No lo venda ahora, úselo cuando parezca que no hay otro recurso. Por supuesto, toda esta casa y todo lo que hay en ella también será tuyo cuando me haya ido. Pero ese collar en sí mismo es más valioso que todo lo demás combinado, recuérdalo.

“En segundo lugar, me gustaría ver a dos personas antes de morir. Son los únicos dos hombres por los que realmente me he preocupado en mi vida. ¿Ayudarás a traerlos aquí? Creo que ya ni siquiera puedo escribir una carta”.

Al día siguiente, Jade escribió y envió por correo dos cartas: una a la dirección de la casa de Lee MyungBo y la otra a Kim SungSoo en su editorial.

* * *

MYUNGBO REGRESÓ A CASA EL FIN DE SEMANA, tras reunirse con sus compañeros de la Coalición. Unió a grupos de todos los puntos del espectro político bajo la única bandera de la independencia: los anarquistas, los comunistas, los nacionalistas, los cristianos, los budistas y los cheondoístas. Era uno de los principales líderes de los comunistas, pero entre sus filas había quienes veían la lucha principalmente entre la burguesía y el proletariado, los ricos y los pobres, y no entre Japón y Corea, como siempre había creído MyungBo. El credo anarquista era que cualquier orden social era destructivo y opresivo. Los nacionalistas eran los conservadores y algunos de ellos pusieron más fe en Estados Unidos que en la propia Corea. También se opusieron a los comunistas casi con tanta frecuencia como lucharon contra los japoneses. Entonces algunos de los cristianos eran pacifistas, aunque algunos de ellos habían asesinado gustosamente a generales y gobernadores japoneses antes de apuntarse con un arma en la cabeza. Todos los grupos creían que Japón enviaría a todos los coreanos a las minas ya todas las coreanas a los burdeles militares antes que admitir la derrota; sus opiniones divergieron sobre lo que podrían hacer para hacer implosionar a Japón desde adentro antes de ese punto.

Cuando regresó a casa, MyungBo descubrió que había una carta de Dani y que su esposa la recibió del cartero. Estaba sin abrir encima de

su escritorio, pero se sonrojó hasta las raíces de las orejas al pensar que su esposa, una mujer perfectamente sensata, habría notado la letra prolija y femenina del sobre. Su esposa era una dama chapada a la antigua a la que le habían enseñado que los celos de una mujer eran un delito más grave que la infidelidad de un hombre. Si hubiera traído a casa una segunda esposa, como tantos hombres de su estatura, ella lo habría aceptado sin reparos. Sin embargo, MyungBo nunca la había engañado ni siquiera en secreto. Le molestaba haber sido fiel todos estos años solo para estar implicado en algo desagradable y por debajo de su naturaleza. Pero que en algún momento sintió verdadera pasión por Dani no se olvida. Abrió y leyó rápidamente la carta, que fue dictada a Jade y carente de cualquier mención de una enfermedad grave. No le tomó mucho tiempo decidir ignorarlo.

A diferencia de MyungBo, SungSoo leyó la carta de Dani con un sentimiento cálido. A pesar de que estaba embellecido, ya que su vida no había endurecido su exterior tanto como lo había sellado como una superficie reluciente y sin poros, SungSoo todavía podía ocasionalmente recordarse a sí mismo como un hombre joven y caer en un ensueño sobre su inocencia perdida. Agradables recuerdos con olor a primavera lo inundaron al ver la carta de Dani. No podía dejar de reconocer que algunos de los momentos más formativos de su vida la habían involucrado. De hecho, cada vez que escribía un cuento o una novela, algunos elementos de Dani siempre aparecían en las páginas. Ella era la tinta de sus pensamientos. Ella había sido extraordinaria en todos los sentidos.

Pero la idea de volver a verla no atrajo inmediatamente a SungSoo. Dani tenía cincuenta y seis años. Ahora buscó la compañía de cortesanas que fueran más jóvenes que su propia hija. Si volviera a ver a Dani, no tendría ninguna inclinación a reavivar su relación. Rechazarla heriría no solo sus sentimientos, sino también los suyos. Odiaba ver disminuida su deslumbrante belleza y roto su encanto atractivo. Entonces él respondió que solo tenía los mejores recuerdos y los mejores deseos para ella, pero que sus vidas se habían separado hace mucho tiempo. Por supuesto, si ella tuviera dificultades financieras, él intentaría ayudarla tanto como fuera posible. Todo esto expresado de la manera más elegante y cortés, y luego releyó su propia carta con la satisfacción característica de los escritores que se enorgullecen de su propia obra,

* * *

"POR FAVOR, ESPERE AQUÍ," le dijo un joven asistente a Jade, señalando la silla de respaldo duro afuera de la oficina. El taller de automóviles era un espacio enorme lleno de automóviles, camiones militares, montones de neumáticos, repuestos y técnicos que se movían rítmicamente entre la miscelánea. A un lado, un par de oficiales japoneses dejaban su camión blindado y le explicaban algo a un mecánico. Había una pequeña sección tapiada en un rincón que servía de oficina; al lado de su puerta, algunas sillas servían como una especie de sala de espera. Jade se sentó con cuidado y observó, hipnotizada por la velocidad con la que trabajaban los empleados de HanChol. Había al menos treinta en el suelo, en su mayoría hombres jóvenes, pero algunos con el pelo salado.

Habían pasado unos diez minutos cuando la puerta se abrió y Jade se puso de pie de un salto. Una mujer salió de la oficina, seguida por el mismo HanChol. Jade se abstuvo de gritar su nombre y se quedó clavada en su lugar, de repente deseando poder desaparecer. Pero el rostro de HanChol se iluminó al reconocerlo.

"¡Jade!" dijo en voz baja mientras la mujer a su lado miraba con curiosidad.

"¿Cómo has estado?" preguntó Jade, y la joven se aclaró la garganta.

“Señorita Jade, esta es la señorita SeoHee, la hija de SungSoo sunsengnim. Señorita SeoHee, la señorita Jade es una vieja amiga”.

Aunque un poco más baja que Jade, la joven tenía una constitución elegante con piernas esbeltas que parecían tallos debajo de una falda granate. Su nariz era imperfecta, pero sus ojos grandes y separados daban la impresión de una belleza fresca.

“Siento como si te reconociera. . .” SeoHee dijo. “¡Eres la actriz en One Lucky Day! Fui a verla al cine cuando estaba en la secundaria”.

Jade se inclinó levemente en reconocimiento. No había aparecido en ninguna película nueva desde 1936, pero mucha gente todavía la recordaba. Las únicas películas que se hacían en estos días eran películas de propaganda. Esos días pasados en el set y en los cafés estaban tan desvanecidos que a veces sentía como si hubiera soñado todo.

“Es un placer conocerte”, dijo Jade, y SeoHee se rió.

“Tu voz es muy diferente de lo que había imaginado. Sólo he visto tus películas mudas. . . Bueno, ¿cómo es que ustedes dos se conocen?”

“Cuando era estudiante, ganaba dinero conduciendo un rickshaw. La señorita Jade era una de mis mejores clientas”, intervino HanChol.

“Tendremos que ponernos al día”.

"Por supuesto. Me iré entonces. Fue un placer conocerla, señorita Jade”, dijo SeoHee, mirando con confianza con sus brillantes ojos negros antes de irse.

Respirando hondo, HanChol abrió la puerta de su oficina y ambos entraron. Una bombilla desnuda colgaba del techo, arrojando una luz naranja sobre el gran escritorio de madera lleno de libros y libros. HanChol se sentó detrás de este escritorio y extendió sus manos, con las palmas hacia abajo, sobre los papeles.

"¿Cómo has estado?" dijo al fin. “Ha pasado tanto tiempo. . .”

"Siete años", respondió Jade. Siempre tuvo conciencia en el fondo de su mente de cuánto tiempo había pasado desde la última vez que lo había visto. “Escuché acerca de sus empresas, son la comidilla de la ciudad. Me alegró saber que lo estás haciendo tan bien. ¿No te dije lo exitoso que serás?

“Esto no es mucho. Apenas estoy comenzando”, dijo HanChol, sonriendo.

“Ni siquiera sabías cómo funcionan los autos, y ahora mírate. Este taller de reparación, tantos empleados trabajando para ti. Nunca podría haber descubierto algo tan complicado.

“Los autos no son tan difíciles de entender si te tomas el tiempo de estudiar cada parte. Por eso me gustan, por su sencillez. La aritmética, la contabilidad, todos estos son asuntos simples. Lo que se complica es tratar con la gente”. Él lucía una sonrisa cansada que le recordaba esos primeros años cuando no tenía nada.

“No has cambiado en absoluto. Todavía te ves igual”, dijo Jade. En verdad, HanChol había envejecido. Líneas sutiles se bifurcaban a lo largo de su frente; los picos y valles de su rostro se habían vuelto más nítidos, poniendo sus hermosos rasgos en alto relieve. Había adquirido una apariencia más distinguida con el envejecimiento, como les sucede a menudo a los hombres entre la flor de su juventud y la verdadera mediana edad. No llevaba corbata y el cuello suelto revelaba la parte superior de su fuerte pecho.

“Tú tampoco”, respondió HanChol. “¿Pero por qué has venido hoy? ¿Es porque necesitas comida o dinero? Porque si ese es el caso, haré todo lo que pueda para ayudar. . .”

“No, no es por eso que estoy aquí”, protestó Jade, pensando que preferiría morirse de hambre antes que pedirle comida a HanChol. La devastó escucharlo decir eso en voz alta.

“Estoy aquí porque mi tía Dani está muy enferma. Ella está

muriendo."

"Oh, siento mucho escuchar eso". HanChol exhaló, sacudiendo la cabeza. "Sé que ella te crió".

“Antes de que sea demasiado tarde, quiere ver a alguien que significó mucho para ella en el pasado. Kim SungSoo sunsengnim. . .”

Cuando la noticia de los negocios prósperos de HanChol llegó por primera vez a Jade, se enteró de que Kim SungSoo fue su primer empleador y benefactor. Después de convertir a la editorial en su gerente comercial, HanChol abrió el garaje con una inversión inicial de SungSoo. Cuando Dani le contó sobre SungSoo, Jade finalmente se dio cuenta de que el mentor de HanChol era uno de los grandes amores de Dani.

“Ya le he enviado una carta dictada por la tía Dani. Y él respondió diciendo que si lo que necesita es dinero, intentará ayudarla, pero que no está dispuesto a verla cara a cara”.

"Eso es lamentable. Él no es una mala persona, ya sabes. . .”

"Entiendo. Probablemente no sabe cuánta paz le traería, cuánto significaría para una mujer moribunda. Por eso he venido a ti. Estás tan cerca de él, ¿hablarías con él sobre esto?

El primer impulso de HanChol fue decir que no, pero la expresión de luminosa tristeza de Jade lo hizo detenerse. Su rostro se había adelgazado y su piel de marfil, brillante por el sudor, estaba más cerca de sus huesos. Había un nuevo aspecto demacrado en su apariencia, y cuando levantó la barbilla con orgullo, él pudo ver las sutiles líneas horizontales que se deslizaban por su sensible garganta. Si tuviera que describir cómo se veía, habría dicho: como una canción que cantaba tu madre. O una carta sin abrir de alguien a quien amabas hace mucho tiempo, encontrada en el fondo de un cajón. O un viejo árbol que de repente cobra vida una primavera, sus ramas negras inflamadas de flores, como diciendo yo, yo, yo. Pero lo que lo conmovía no eran sólo los restos del pasado. ¿Qué estaba viendo ahora que no había visto antes? Era algo misterioso y cercano a su verdadero yo. No podía negar que todavía la encontraba atractiva, incluso embriagadora. Sus labios desnudos eran del color de las uñas de las jóvenes teñidas con pétalos de no me toques.

“No puedo prometer nada. Él tiene su propia opinión sobre las cosas y realmente no es mi posición decirle qué hacer”, dijo. "Pero yo haré todo lo posible."

"Gracias. Muchas gracias." Ella suspiró aliviada. "Bueno, no te mantendré alejado del trabajo por más tiempo".

"Déjame acompañarte".

Sin hablar, atravesaron el garaje y salieron por la entrada. HanChol tenía la intención de caminar un poco con ella y luego volver a entrar, pero el brillante crepúsculo lo obligó a quedarse. El cielo rojo sangre y las largas sombras moradas hicieron difícil decir adiós.

"¿Cómo vas a llegar a casa? Está lejos de aquí.

"No está tan mal . . . Y este tiempo es bueno. Ya no hace tanto calor y humedad".

"Quiero verte entrar a salvo", dijo, rozando protectoramente su mano en la parte superior de su espalda por un momento. Jade se sintió aliviada al descubrir que algo familiar había regresado al aire crepuscular entre ellos. ¿Todavía la amaba? Ella no se atrevió a decir. ¿Todavía lo amaba? Ella nunca se había detenido. La respuesta fue Siempre.

Comenzaron a caminar hacia el sur a lo largo del Palacio ChangGyeong, las ramas verde negruzcas de los árboles zelkova se inclinaban sobre las paredes.

"Esto me recuerda a cuando era joven. Mi amigo JungHo me llevó a ver al elefante Gigante. Nos subimos a la cima de un árbol para verlo gratis, luego un guardia nos persiguió". Jade sonrió. "¿Alguna vez has estado?"

HanChol no lo había hecho.

"Tienen tantos animales: leones, un hipopótamo y su bebé en una piscina, camellos, cebras y elefantes. Los animales coreanos también. Los osos de luna creciente y los tigres.

"Nunca he visto ninguno de esos excepto en fotografías. Ni siquiera los coreanos. Ya no quedan tantos osos o tigres en la naturaleza".

"Lo sé. Y escuché que no tienen casi nada para alimentar a los animales en el zoológico desde la guerra. Pobrecitos, sin saber nada de lo que está pasando, esperando en sus jaulas, preguntándose si alguien vendrá a ayudar", dijo, girándose para mirarlo. "¿Por qué nadie los ayuda?"

"Alguien lo hará, Jade. Los cuidadores del zoológico. . . encontrarán algo de comida para los animales. Solo enfócate en cuidarte a ti y a la tía Dani". HanChol tocó suavemente su cintura, reconociendo la curva debajo de la blusa de muselina. Tan pronto como estuvieron uno frente al otro, ya no pudieron fingir indiferencia. La envolvió en sus brazos y apretó el cuerpo huesudo tan fuerte como pudo. Una felicidad familiar los recorrió, y de repente el mundo

parecía menos aterrador.

“Si muero, ¿podrías recordarme?” preguntó Jade, su mejilla presionada contra su pecho.

No vas a morir. Me aseguraré de que estés a salvo. Vamos, vámonos a casa.

Esas últimas tres palabras, entre las palabras más dulces que uno puede escuchar de un amante. No había luces en la casa cuando llegaron, tomados de la mano. Sin ir a ver a Dani, Jade llevó a HanChol a su habitación. Le sorprendió su urgencia, lo mucho que querían sentirse el uno al otro después de todos los años de ausencia. Pero cuando estuvieron completamente desnudos, HanChol dejó de tocarla solo para poder mirar todo su cuerpo. No se sintió tímida porque sabía que él solo la vería hermosa, incluso ahora que sus costillas y su pelvis prominentes sostenían sombras de luna azul oscuro en sus huecos. Él tocó suavemente los huesos afilados sobre sus pechos, antes de entrelazar sus manos con las de ella y besarla en la boca.

Fue la parte más profunda de la noche cuando terminaron y yacieron uno en brazos del otro.

—Te he echado mucho de menos —dijo entonces.

"Te he extrañado también." Él le dio otro beso.

"¿Y ahora qué? ¿A dónde vamos desde aquí?"

"¿Qué quieres decir?" preguntó HanChol, frunciendo el ceño.

“Yo te hago feliz y tú me haces feliz. Cuando la vida es tan corta, ¿por qué seguimos perdiendo el tiempo de esta manera?

“Ah, Jade.” HanChol suspiró y Jade sintió que su brazo se aflojaba un poco alrededor de ella. “Me caso en dos semanas”, dijo.

El corazón de Jade comenzó a latir incontrolablemente. "¿Qué quieres decir? ¿A quién?"

"Señorita SeoHee".

“¡Ella es básicamente una niña! ¿Y me estás diciendo esto, cuando todavía estamos desnudos juntos en mi cama?

Tiene veintitrés años, que es mucho más que la edad en que la mayoría de las chicas como ella se casan. Y lo siento si te he ofendido… —dijo—. Jade se estaba empujando hacia arriba y lejos de él. “Pero no planeé verte hoy o ir a tu casa, ¿o sí? Fuiste tú quien apareció sin previo aviso. Y sí, me sentí atraído por ti y actué en consecuencia. ¿Eso estuvo mal de mi parte? Quizás para SeoHee, aunque en el gran esquema de las cosas, no creo que importe. Pero no te mentí. Si me hubieras preguntado antes, habría respondido de la

misma manera, no nos habríamos acostado juntos y ese habría sido el final".

"¿El fin? ¡El fin!" Jade estaba sentada, su cabello negro lamiendo sus hombros demacrados. La facilidad con la que pronunció esas palabras la destrozó por dentro.

"¿Acaso te preocupas por esta chica? ¿Te gusta su cara joven y bonita? ¿O se trata de su dinero? La prefieres a ella por su rico padre. . ." Hizo una bola con un trozo del edredón y lo apretó para que las venas se le salieran encima de las manos marchitas.

"No. Por favor, no", dijo HanChol en voz baja.

"Te amé y sufrí por ti todos los días, todos estos años. Sabes que esto es cierto porque lo sientes, esta calidez y luz constantes dentro de tu corazón, dondequiera que vayas. Pero haré todo lo posible para dejar de amarte ahora. Un día te vas a dar cuenta que el sol ya no brilla dentro de ti y sabrás que ya no pienso en ti." Se levantó y se puso la ropa raída. Encogiéndose de hombros en su blusa, se dio la vuelta.

"Cuando regrese, ya no estarás en mi habitación. Y solo una cosa más: por cada pizca de amor que me has dado, también me has causado la misma cantidad de sufrimiento. Así que no me queda nada, en todos los sentidos de esa palabra. Por favor, véanse afuera", dijo, y luego salió de su habitación.

Jade caminó rápidamente hacia el jardín y se sentó frente a la maleza por un rato. Cuando regresó, su catre estaba vacío pero todavía abollado en la forma del cuerpo de HanChol. Se acostó completamente vestida y rápidamente se quedó dormida, como si su cuerpo supiera que era lo único que podía ayudarla.

Aproximadamente una hora después, justo antes del amanecer, Jade se despertó e inmediatamente fue a la habitación de su tía. Dani no respondió cuando Jade la llamó por su nombre y se sentó a su lado.

"Despierta por un momento y bebe un poco de agua. El calor por fin ha cesado y es una hermosa mañana. . ."

Había algo en la forma en que sus palabras se dispersaron sin ser escuchadas que le recordó a Jade las semillas blancas de los plátanos. En el verano, cuando el sol brillaba de cierta manera, las partículas esponjosas brillaban como estrellas en el aire, cada semilla trazaba un camino decididamente diferente, aunque el viento soplaba solo en una dirección. Jade una vez observó durante mucho tiempo para ver si bajaban al suelo; y no lo hicieron, simplemente siguieron flotando entre la tierra y el cielo. Fue la forma en que sus palabras flotaron en

el aire como semillas lo que le hizo saber que su tía había muerto.

23

El principio del fin

1944

DESPUÉS DE LA REUNIÓN DE LA MAÑANA EN EL GOBIERNO PROVISIONAL, JungHo descendió las escaleras y salió al patio. Mientras parpadeaba un par de veces ante la luz de alabastro, uno de sus camaradas lo alcanzó.

"Hermano JungHo, ¿vienes con nosotros a jugar tenis?" El camarada era hijo de una familia académica, el final de una larga línea de eruditos y ministros de barba blanca. A diferencia de sus progenitores, era más del tipo físico, un atleta estrella en la escuela secundaria. Solo tenía veintidós años y estaba constantemente ansioso por hacer cosas, lo cual estaba en consonancia con la directiva de que pasaran mucho tiempo haciendo ejercicio. A veces incluso parecía decepcionado de tener que dormir por la noche. A los treinta y ocho, JungHo envidiaba y adoraba esa energía de cachorro.

“No puedo hoy. Tengo que arreglar las suelas de mis zapatos”, dijo JungHo con una sonrisa.

"La próxima vez entonces." El joven tenista le hizo una reverencia y salió corriendo del patio.

JungHo lo siguió un poco más despacio. El Gobierno Provisional estaba alojado en un edificio oscuro de tres pisos accesible a través de un callejón; una vez fuera del patio y en la calle principal, la luz y los sonidos inquietos de la Concesión Francesa se apoderaron de él con más fuerza. JungHo tuvo la impresión de que los edificios de ladrillo rojo aquí eran más rojos y los plátanos que bordeaban los bulevares más verdes. Las mujeres de piernas largas y caderas esbeltas paseaban en cheongsam ceñidos, diciendo algo ininteligible en shanghainés gutural. Había una especie de música en sus pasos y en el aire perfumado con aceite de cocina y té. A pesar de las banderas japonesas ondeando siniestramente en los edificios, la gente aquí

parecía mucho menos atormentada. MyungBo había dicho que los chinos estaban acostumbrados a la guerra y los cambios dinásticos, mucho más que los coreanos. Les había explicado que les preocupaba menos a qué amo servían. Al menos dentro de los límites de la Concesión Francesa, el impacto de la ocupación japonesa se sintió menos que en el resto de la ciudad.

El zapatero estaba ubicado a pocas cuadras al este, en un callejón aún más oscuro y lúgubre que su propia calle. El propietario chino saludó a JungHo en coreano y le quitó los zapatos de la parte de atrás para que los resolviera. JungHo se sentó en una silla y esperó en calcetines; ése era el único par de zapatos que había llevado a Shanghái. Incluso jugó tenis en ellos.

Después de un tiempo, el zapatero devolvió los zapatos, resueltos y lustrados.

"Estos lucen como nuevos", dijo JungHo, atando sus zapatos.

"Sí, sí. Nos vemos la próxima vez. El dueño sonrió y le hizo una reverencia. JungHo hizo una reverencia.

JungHo dejó que sus pies lo llevaran al muelle, pensando en esas palabras la próxima vez. Se le ocurrió que probablemente nunca más necesitaría volver a suelas. Su camisa, sus pantalones, su sombrero, todo lo que poseía era todo lo que necesitaba. Pero, ¿cuánto más tiernas fueron esas palabras, la próxima vez, sabiendo que no habrá una? ¿Cuánto más miraba los rostros de las personas con compasión y perdón? La furia que ardía lentamente que había sentido en Seúl se había desvanecido y todo lo que quedaba era una sensación de ser libre.

Pasó entre los autos alineados en el muelle y caminó solo por el muelle, observando las gaviotas flotar como hábiles marineros del cielo. Todos los días venía aquí y todos los días veía algo diferente en el color del cielo, en el canto de los pájaros, en cómo brillaba la luz sobre el Océano Pacífico. Era dolorosamente hermoso lo nuevo que era el mundo cada día, y solo deseaba haberse dado cuenta un poco antes.

JUNGHO HABÍA IDO A SHANGHAI con otros tres hombres. Uno de ellos disparó y mató a un general japonés en una estación de tren y luego fue torturado hasta la muerte en prisión. Otro entró en una estación de policía y arrojó una bomba escondida dentro de una lonchera, y recibió un disparo en el lugar cuando no estalló. En enero, el tercer camarada, el joven tenista, se disfrazó de cocinero en un banquete militar, abrió fuego en el salón de baile y gritó

"¡Independencia de Corea manseh!" en la azotea, antes de ser rodeado por decenas de soldados, con todo el cuerpo perforado por las balas. JungHo no había visto esto, ya que se adhirieron estrictamente a sus propias tareas; en cambio, lo había oído de otros que leían los periódicos chinos. JungHo trató de imaginarse a su camarada muerto, pero solo podía imaginárselo riéndose sin aliento después de anotar el punto de partido.

Ahora era el turno de JungHo.

Su misión era asesinar al vicegobernador general cuando hacía una parada en Harbin, mil millas al norte de Shanghái. El gobernador estaba de gira por Manchukuo, un estado títere gobernado de nombre por el último emperador de China, pero de facto una colonia japonesa. Tragarse un territorio tan grande estaba resultando espinoso: los chinos Han y los manchúes étnicos habían formado un ejército guerrillero en Harbin, y los coreanos, por su parte, habían estado atacando allí durante décadas.

La seguridad, por lo tanto, parecía impenetrable. En las semanas previas a la llegada del gobernador, había soldados japoneses estacionados en todos los lugares destacados, desde plazas, bancos y oficinas de correos, hasta grandes tiendas y restaurantes populares. JungHo iba a dispararle al gobernador mientras pronunciaba un discurso frente a miles de espectadores y cientos de oficiales. No había duda de si JungHo sobreviviría; la única pregunta era si tendría éxito en su misión antes de que lo mataran. En caso de que fallara, JungHo estaría acompañado por un francotirador de respaldo que se había unido recientemente a su grupo. Tenía veintiséis años y hablaba despacio con un mal tartamudeo. JungHo nunca lo había visto dar en el blanco durante la práctica de tiro.

La noche anterior a la misión, JungHo llevó a su respaldo a dar un paseo.

“Hace mucho frío afuera”, dijo el hombre más joven en voz baja.

“Aclarará nuestras mentes, camarada Cho. Es mejor que sentarse en esa pequeña y cargada habitación”, dijo JungHo, abrazando a Cho en la espalda para alentarlo. Cruzaron el centro de la ciudad y se dirigieron al pequeño claro junto al río Songhua, un lugar popular para los amantes que buscan esconderse de las miradas indiscretas. Sin embargo, ahora no había nadie allí. Los dientes de Cho castañeteaban mientras trataba de retraer su cuello en el cuello de su abrigo como una tortuga. JungHo también estaba temblando, pero el frío formidable de Harbin le recordaba su infancia en PyongAhn. Lo

vigorizó y calmó la inquietud de estar encerrado dentro de la habitación sobrecalentada. Incluso todos estos años después, no le gustaba estar en el interior por mucho tiempo.

“Ahora puedo respirar. Estaba ansioso por mañana”, dijo JungHo. Cho no respondió y se quedó allí, creando bocanadas blancas en la oscuridad. “Recuerda, no tienes que hacer nada si todo sale según lo planeado. Y si lo logro, y me llevan, no intentes ayudar ni nada. ¿Me entiendes?" JungHo miró fijamente a Cho y asintió.

“Eres un tipo tranquilo”, dijo JungHo con nostalgia. Extrañaba la cercanía cálida, musculosa y familiar que había tenido con sus subordinados que solían llamarlo jefe. No sentía eso con nadie en Shanghai o Harbin, no de la forma en que una vez lo hizo con sus hermanos de sangre YoungGu y Loach. "¿Tienes familia con quien volver?" preguntó.

“Nnn-no.”

“¿Qué tal un amor? ¿No tienes una chica en casa?

Cho negó con la cabeza. Parecía un poco demasiado simple o demasiado tranquilo para que alguien se preocupara por él, y JungHo suspiró.

Cuando JungHo era un niño y su padre aún vivía, hubo una extraña boda en su pueblo. Era como una boda normal, salvo que se celebraba de noche a la luz de las antorchas. Como de costumbre, todos los aldeanos fueron invitados, y él también se unió a los otros niños para seguir el caballo del novio hasta la casa de la novia. . . Pero no había ningún novio con una túnica azul y un sombrero de crin de caballo en la silla. Había muerto soltero cinco años antes de viruela. Para calmar su espíritu, los padres del soltero se acercaron a la familia de una virgen recién fallecida con una propuesta de matrimonio. En la casa de la novia, sus parientes y vecinos murmuraban alrededor de la mesa cargada de comida y vino. Todos actuaron como si pudieran ver a la novia fantasma y al novio fantasma, elogiando su belleza y burlándose de su entusiasmo. Escuchar sus susurros hizo que JungHo sintiera como si pudiera ver a la chica sonrojándose de placer y al joven tratando de no reírse de los abucheos de sus compañeros. Una vez finalizada la ceremonia, la pareja fue conducida a su lecho nupcial; y los aldeanos juraron que tan pronto como se cerró la puerta de la cámara, las antorchas del patio se apagaron. Se interpretó que esto significaba que los fantasmas realmente se gustaban y que finalmente podían descansar, ya que un alma que nunca se había casado no podía pasar al otro mundo.

Sin embargo, nadie celebraría una boda fantasma para el alma de soltero de JungHo. Empezó a preguntarse cómo estaba Jade y luego se detuvo abruptamente. Habían pasado tantas cosas en China que había tenido pocas posibilidades de meditar, y esto había sido bueno para su recuperación. Se dijo a sí mismo en términos muy claros que la odiaba y que esperaba no volver a verla nunca más, en esta vida o en la siguiente. El viento rugió en su oído en acuerdo.

"Ven, regresemos ahora", dijo JungHo, pero Cho sacudió la cabeza obstinadamente, clavado en el suelo helado.

"Mi familia estaba quemada después de la Marcha. Es-es-es por eso que estoy aquí", dijo Cho en un discurso que había estado componiendo en su cabeza durante algún tiempo.

JungHo lo miró y sintió pena por pensar que Cho era simple. O tal vez era simple, pero llamarlo así no era del todo honorable. MyungBo diría eso.

"Mañana, tendrás tu venganza. Luego volverás a casa, te casarás con una chica bonita y tendrás muchos hijos. Ahora vamos a comer la mejor comida de nuestras vidas", dijo JungHo, palmeando a su joven camarada en la espalda. A lo lejos, la torre del reloj sonó diez veces, y JungHo se aferró al brumoso halo de sonido después de cada golpe.

* * *

EL SOL SALIÓ SIN INSISTENCIA; era un visitante en el Norte, y como tal siempre se alejaba rápidamente hacia su verdadero hogar en el Sur. Bajo el cielo monocromático, cientos de banderas blancas que destellaban con sus puntos rojos se entrecruzaban entre los edificios. JungHo estaba de pie entre miles de espectadores que llenaban la Calle Central como árboles helados en un bosque de abedules. Todo estaba en silencio salvo por una banda militar que tocaba una marcha en el escenario, junto al podio donde hablaría más tarde el gobernador. JungHo encontró el rostro pálido de Cho a unos treinta metros a su derecha y asintió levemente.

La banda terminó la canción y la energía de la multitud se desplazó hacia el lado derecho del escenario. JungHo podía sentir su cabello erizado debajo de su sombrero, y su corazón latía tan fuerte que estaba seguro de que estaba traqueteando con la pistola en su bolsillo interior. Pero sus colegas ya habían completado sus misiones y le mostraron qué hacer. Él también se suicidaría limpiamente antes de que llegaran a él. Solo le preocupaba perderse y que su muerte no significara nada.

Mientras las imágenes de su inminente final se tambaleaban en su mente, un pájaro, una especie de garza, voló hacia su línea de visión sobre los techos de los edificios. Fue oscuro y fugaz, como los presagios de muerte que había visto y resistido en el pasado; pero supo instintivamente que era, de hecho, una fuerza opuesta. Le recordaba a su padre, el famoso tirador que podía disparar a una codorniz a cien metros de distancia. El padre de su padre una vez había disparado y matado a un tigre con nada más que un arco y una flecha. El mismo don del cazador corría por sus venas tan claramente como su nombre era Nam JungHo. La pitillera, también en su bolsillo interior, descansaba justo sobre su corazón.

Un anciano curtido cubierto de medallas caminó hacia el escenario, rodeado por su séquito. Era inequívocamente el gobernador, a juzgar por la marca de nacimiento violácea en su mejilla izquierda. JungHo había estudiado cuidadosamente sus fotografías, ya que los japoneses a veces usaban dobles de funcionarios importantes para aparecer en público. Un muro de oficiales rodeó al gobernador casi por completo cuando subió al podio. La única forma de conseguir una buena puntería era pararse directamente frente al podio, y para hacer eso, JungHo tendría que abrirse camino entre la multitud, atrayendo la atención sobre sí mismo. Al ver a los guardias escaneando a la multitud y listos para disparar, JungHo se quedó en su lugar.

El gobernador terminó su discurso y hubo un aplauso. JungHo esperaba que hubiera una apertura cuando el gobernador abandonó el escenario, pero la pared de oficiales mantuvo su formación alrededor del líder y comenzó a alejarse. Se le estaba acabando el tiempo, iban a salir ilesos del escenario.

JungHo sacó su pistola, apuntó y disparó.

Un oficial se desplomó con un grito y se abrió una brecha en la pared. Otros en el escenario se tiraron instintivamente al suelo, y uno de los guardias trató de proteger al gobernador con su propio cuerpo. JungHo apuntó a ese guardia y disparó; la bala le atravesó la frente y fue derribado como un árbol. La gente gritaba alrededor de JungHo, empujando para salir del peligro, pero con tantos cuerpos apretados, nadie sabía exactamente de dónde venían los disparos.

Se escuchó otro disparo, y no era del arma de JungHo. Nadie se cayó al escenario esa vez. Miró a la derecha y vislumbró a Cho, sujetando su pistola con ambas manos y temblando mucho. Otro guardia arrastraba al gobernador por el brazo, llevándolo fuera del

escenario. JungHo disparó de nuevo y vio al anciano caer, agarrándose el pecho.

"¡Ve, Cho, ve!" JungHo gritó a su derecha. La gente a su alrededor se había aplastado contra el suelo y él había perdido su cobertura. Corrió sin volverse atrás para ver si lo seguían. Podía escuchar gritos, gritos. . . Por encima de todo, alguien gritó "¡K-Corea manseh!" seguido de otro disparo. JungHo se detuvo en seco y volvió la cabeza hacia el sonido. Entonces ahí estaba: el susurro sin voz en su oído, instándolo a huir. Él obedeció, cambiando de dirección y corriendo hacia su derecha. Pronto fue protegido por cientos de espectadores por todos lados.

Cerca del borde de la multitud, había un espacio abierto de unos veinte metros frente a la entrada de una tienda por departamentos. Mientras dudaba, JungHo sintió una mano en su codo. En un instante, apuntó su pistola al hombre detrás de él. El hombre de ojos verdes dijo algo en su lenguaje plañidero, quitándose el sombrero de piel y presionándolo contra el pecho de JungHo. Un ruso. JungHo se agachó debajo de las cabezas de las personas y se quitó el sombrero. Lo tiró al suelo, guardó la pistola en el bolsillo interior y se puso el gorro de piel. Resistió el impulso de correr y cruzó la calle vacía con calma. A unos cincuenta metros de distancia, pudo ver un grupo de soldados corriendo hacia la multitud, gritando órdenes. Cuando empujó la puerta giratoria de vidrio de la tienda por departamentos, supo que lo había logrado. Salió por la entrada trasera a una calle lateral y se derrumbó en las escaleras de piedra helada. “Lo siento, Cho, lo siento mucho”, se dijo repetidamente a sí mismo, ahogándose en gritos secos y roncos como si incluso sus lágrimas se hubieran congelado.

* * *

A PRINCIPIOS DE VERANO, JungHo regresó a Seúl. Estaba más demacrado que nunca y la chaqueta de su viejo traje le quedaba suelta sobre los hombros. La Gran Puerta del Sur aún estaba en su lugar, pero todo lo demás había cambiado. Más banderas japonesas colgaban de cada edificio y mástil, pero las calles estaban inquietantemente desiertas y no había automóviles ni camiones a la vista. JungHo sabía que no había más petróleo en ninguna parte de la ciudad. Japón estaba invirtiendo todos sus recursos en la lucha contra Estados Unidos en el Pacífico, e hirviendo raíces y piñas de pino para crear combustible. Este líquido jugoso engomó el motor como un caramelo después de unas horas. Como estrategia para ahorrar gasolina, los

pilotos de combate estaban embistiendo sus aviones contra los buques de guerra estadounidenses en lugar de volar de regreso a la base. El rumor era que en selvas de color verde negruzco e islas insidiosas, las tropas japonesas luchaban hasta el último hombre con afiladas lanzas de bambú. Por la noche, los animales del bosque se daban un festín con su carne.

Tenía una hora y media de caminata desde la estación para llegar a la villa de MyungBo. Eran más de las ocho y media, y todavía quedaba una gasa de crepúsculo gris que dejaba el sol en el horizonte occidental. JungHo no había comido nada en todo el día y, a pesar de su capacidad para soportar una gran angustia física, sintió que la última fuerza que le quedaba se estaba agotando en su cuerpo.

Decidió tomar un descanso y se apoyó contra un árbol de ginkgo. Estaba más tranquilo que ventoso, pero el aire era fresco y fresco. La luna casi llena se elevaba en el cielo opalescente. Era particularmente brillante y hermoso sobre una ciudad sin luz. Por costumbre, JungHo tocó la pitillera plateada en su bolsillo interior. Le dio una sensación de comodidad, como siempre. Pero en ese momento, escuchó una voz detrás de él.

“Levanta las manos lentamente y aléjate del árbol”.

JungHo sacó la mano de su chaqueta y caminó de costado fuera de la sombra del árbol.

“Sin movimientos bruscos. No intentes nada estúpido,” dijo la voz, acercándose a él desde atrás.

JungHo no llevaba un arma con él. Si hubiera tenido uno, habría saltado hacia el árbol y le habría disparado a su interlocutor, luego habría huido a través de la red de callejones angostos sin ser tocado ni siquiera por la luz de la luna. Pero todo lo que tenía ahora era un cuchillo escondido en el interior de su cintura, y eso sería inútil contra un hombre detrás de él con un arma. Podía escuchar dos pares de pies acercándose a él; uno de ellos finalmente lo alcanzó y le azotó bruscamente los brazos detrás de la espalda antes de esposarle las muñecas. Cuando terminó, un oficial que llevaba un bigote delgado e inclinado apareció ante sus ojos.

"¿Para qué es esto?" JungHo preguntó e inmediatamente se arrepintió de su debilidad. Tenía la intención de mantener un silencio sepulcral.

“Huyendo en medio de la noche. . . Evitando el servicio militar obligatorio, ¿verdad? dijo el primer oficial en japonés, pero basado en sus características, JungHo supuso que el hombre era de hecho

coreano. El otro oficial, que en realidad había esposado a JungHo, no parecía tener más de dieciséis años y casi tenía miedo de su propio cautivo. JungHo mantuvo la boca cerrada esta vez.

Los tres caminaron casi en la oscuridad hasta la estación de policía de Jongno. Llegaron a las once, y JungHo fue quitado las esposas y arrojado a una celda llena de hombres, durmiendo de lado. Nadie le dijo una palabra a JungHo excepto para quejarse por la falta de espacio. Se deslizó hasta el único lugar vacío que quedaba en el suelo, junto a un orinal rebosante. La única postura que podía mantener era sentarse erguido y abrazar sus rodillas frente a su pecho, y en esta posición pasó la noche y la mayor parte de la mañana siguiente.

Al mediodía, algunos de sus compañeros de celda comenzaron a ser sacados, uno por uno, hasta que JungHo pudo sentarse con las piernas estiradas frente a él. Le dolía la cabeza y le ardía la garganta como si se hubiera tragado un puñado de arena. JungHo trató de recordar todos esos otros momentos de su vida en los que había pasado más tiempo sin agua ni comida o sin acostarse, pero entonces era más joven. En el pasado, también había tenido la convicción de que necesitaba vivir más, ver algo. Ahora, sin embargo, sentía como si ya lo hubiera superado, fuera lo que fuera. Terminar con su propio sufrimiento no parecía una mala elección.

Justo cuando sus pensamientos se dirigían al cuchillo que aún estaba escondido en su cintura, un oficial se acercó y lo recogió para interrogarlo. Pero en lugar de una habitación solitaria como había imaginado JungHo, lo llevaron a un gran patio donde tres oficiales del ejército estaban sentados en una mesa larga. Los prisioneros formaban una larga fila frente a ellos y luego los conducían al otro lado del patio. Cuando JungHo llegó a la mesa, el general condecorado en el centro lo miró con una expresión casi aburrida.

“Nombre y fecha de nacimiento”, dijo el general, señalando un papel con una mano a la que le faltaban los dos últimos dedos. JungHo anotó su nombre y fecha de nacimiento, se estampó el pulgar con tinta roja y se unió a los demás que estaban en el patio.

El sol trazó su arco en el cielo y las sombras del patio se movieron con él. Los hombres ardían en sus rayos como lanzas sin atreverse a seguir la sombra. La garganta de JungHo sabía a cenizas, pero cerró los ojos y se mantuvo libre de pensamientos, especialmente de agua. Cuando la luz se volvió roja como la sangre, había cientos de hombres en el patio, de pie en silencio.

Los tres oficiales se levantaron de la mesa y se acercaron a los

hombres. El general, con la mirada sombría de alguien que hace algo puramente formal, dio un paso adelante y habló en un japonés agudo y recortado.

“Cada uno de ustedes ha sido bendecido con la oportunidad de defender nuestro imperio de las garras del imperialismo occidental. Algunos de ustedes lucharán en el Pacífico contra la arrogante América, y algunos de ustedes lucharán en Manchuria contra la odiosa Rusia. Pase lo que pase, morir por Su Majestad el Emperador es la mayor gloria que pueden alcanzar sus humildes súbditos, un honor por el cual todos ustedes deben estar agradecidos”.

El general dio un paso atrás y dejó que sus adjuntos se hicieran cargo; ladraron órdenes de quitarse la ropa interior. Alrededor de JungHo, los hombres se quitaron la ropa rápidamente y la doblaron en un bulto a sus pies. La mayoría de ellos, que no entendían japonés, simplemente seguían lo que hacían los demás con una mirada aturdida e inquisitiva. No comprendieron completamente que estaban siendo enviados a las selvas o las estepas para luchar con nada más que lanzas de bambú, y sus ojos reflejaban absurdamente miedo y esperanza a partes iguales. Solo JungHo se quedó inmóvil con su chaqueta y pantalones empapados de sudor. De hecho, sintió un corazón ligero al darse cuenta de que todo esto terminaría pronto y que incluso podría matar a algunos oficiales de alto rango antes de cortarse la garganta.

“¡Ahí, hijo de puta!” Uno de los oficiales notó a JungHo en su ropa y le gritó. "¡Un paso adelante!"

JungHo se paró en su lugar, pero los hombres a su alrededor se apartaron de él, creando un bolsillo de espacio vacío. El oficial sacó su arma y apuntó a la cabeza de JungHo.

“Quítate toda la ropa de inmediato, o te volaré la cabeza como un melón”, dijo el oficial.

JungHo decidió quitarse la chaqueta y atraer al oficial. Cuando se la quitó de los hombros, algo pequeño y brillante cayó del bolsillo interior: su pitillera plateada. Por reflejo, JungHo se inclinó para recogerlo, y el oficial caminó hacia él, con el arma aun apuntando a su cabeza.

“¡Tonto hijo de puta! ¡Deja eso ahí!” el oficial gritó con rabia. JungHo todavía alcanzó la pitillera, como si no entendiera o no le importara. En el momento en que su mano se cerró sobre el estuche, el oficial pisó su muñeca y cavó en el suelo.

"¡Tú, cerdo apestoso y sucio!" gritó el oficial. Las venas estaban

saliendo en la parte de atrás del puño de JungHo mientras sostenía el estuche; pero después de unos segundos, soltó su agarre. El oficial se apartó de su muñeca y pateó el maletín hacia atrás, sonriendo con desdén. Había bajado su arma en su momento de satisfacción. Su voz también estaba ronca por la sed, y gruesas gotas de sudor rodaban por debajo de su visera y caían sobre el polvo. Después de limpiarse la frente, le dio a JungHo una patada tranquila en el estómago, al igual que los animales juegan con su presa antes de comer. JungHo se agachó y buscó el cuchillo dentro de su cintura.

"¡Detener!" una voz gritó desde la distancia. "Déjalo ser." Era el general. Caminaba hacia ellos con algo que brillaba rojo con los últimos rayos del sol: la pitillera.

"¿Dónde encontraste esto?" dijo, sosteniendo el estuche frente a su cara, parándose lo suficientemente cerca como para que JungHo pudiera matarlo fácilmente.

“Mi padre me lo dio”, se encontró respondiendo JungHo.

"¿Su padre?" repitió el general, frunciendo el ceño y aparentemente sumido en sus pensamientos. "¿De dónde eres? ¿Y cómo se llama tu padre?

“Soy de la provincia de PyongAhn. El nombre de mi padre era Nam KyungSoo”.

El general volteó el estuche en su mano al que le faltaban los dos últimos dígitos. El hombre era completamente vulnerable, pero cuando JungHo buscó el mango de su cuchillo con el pulgar, el general levantó la cabeza y fijó su mirada en él.

“Le di esto a tu padre. . . Nos conocimos por casualidad en las montañas, hace casi treinta años. Él me salvó la vida. Entonces le dije que puede mostrárselo a cualquiera si alguna vez se mete en problemas. Poco pensé que sería yo”, dijo. “Nunca pensé que volvería a ver esto”.

JungHo no podía entender nada excepto que, de alguna manera, este hombre había conocido a su padre e incluso le había regalado una ficha, la misma reliquia que él mismo había atesorado toda su vida. Todos los pensamientos de matar al hombre se desvanecieron.

"Mi primer instinto fue que de alguna manera has robado esto, pero estás diciendo la verdad".

"¿Por qué me creerías?" JungHo preguntó confundido.

“Porque te pareces exactamente a tu padre”, dijo el oficial, pasando el dedo por el grabado. "Mira allá. Mi nombre . . . Yamada Genzo.

Yamada se volvió hacia su adjunto, que de repente se había vuelto manso. “Este, lo manejaré yo mismo. Lleva a los demás al campamento”, dijo. “Trata de no matarlos a todos antes de que lleguen al frente. Necesitamos cuerpos. Los adjuntos asintieron y comenzaron a reunir a los hombres, y Yamada le hizo señas a JungHo.

"Sígueme", dijo, guiando el camino fuera del patio y hacia un corredor, luego una pequeña oficina con una ventana que daba a las calles. Una vez dentro, Yamada señaló una silla contra la pared. Sirvió una taza de agua de una jarra y se la entregó a JungHo.

“Bebe”, dijo, y se sentó detrás de un escritorio. JungHo se derrumbó en la silla y al mismo tiempo, tragó el agua de un solo trago. Él mismo volvió a llenar su taza y bebió mientras Yamada se ocupaba de escribir algo.

"¿Cómo conociste a mi padre?" JungHo preguntó una vez que terminó con su tercera taza.

“Estábamos cazando y nos perdimos. Encontré a tu padre en el bosque. Estaba demasiado débil para hacerlo solo, pero le di mi comida y se recuperó. Más tarde, cuando estábamos bajando. . . Un tigre trató de atacarnos, pero tu padre de alguna manera lo ahuyentó. No tenía nada, ni armas, solo sus manos desnudas. Todavía no entiendo cómo lo hizo”. Yamada levantó la vista de sus papeles y sacudió la cabeza. Era un hombre pequeño, como tú.

“Nos contó la historia del tigre varias veces, pero nunca mencionó haber conocido a ningún soldado. . .” JungHo se preguntó si su padre omitió esa parte porque estaba avergonzado de haber ayudado a los japoneses, incluso por coincidencia. "Entonces, ¿es por eso que le diste ese caso?" preguntó Jung Ho.

"Podrías decirlo." Yamada suspiró. “Ahora escucha con mucha atención. He escrito una carta diciendo que el portador de este papel está en una misión especial asignada por el general Yamada Genzo, el comandante del Quinto Ejército. Toma esto y ve a un lugar seguro. Si alguien de las fuerzas armadas lo interroga o trata de detenerlo, muestre la carta y lo liberarán. Es muy importante que no te pillen de nuevo, ¿entiendes? Si te despiden, no volverás. Los alemanes se han rendido hace mucho tiempo, estamos solos contra Estados Unidos en el sur y Rusia viene a por nosotros desde el norte. La guerra terminará pronto, pero no antes de que perdamos todas las tropas de nuestros ejércitos. Eso ya está decidido”.

Yamada puso su sello rojo en la parte inferior de la carta, la metió en un sobre y se la entregó a JungHo junto con la pitillera.

“Deberías quedarte con el caso”, dijo JungHo.

"No, es tuyo", dijo Yamada con el más leve rastro de una sonrisa. Por un momento pareció más completo, como quien recuerda un episodio divertido de la infancia; luego la luz de su rostro se desvaneció y asumió su habitual aire seco. “Deberías irte ahora. Buena suerte." Yamada abrió la puerta y se hizo a un lado. JungHo se puso de pie y salió de la oficina, sin siquiera conocer la salida del edificio pero encorvándose como un animal hacia la bocanada de aire fresco y el camino a la libertad.

* * *

JADE SE SENTÓ ATURDIDA, frente al jardín, preguntándose cómo seguían los árboles solos, indiferentes a todo. Finalmente había vendido todas sus joyas, ropa, muebles y ropa de cama, y no había nada en la casa que tuviera algún valor excepto el collar de diamantes. Todavía estaba enterrado bajo el cerezo aengdoo, que producía el único alimento confiable que tenía Jade durante un mes a principios del verano. Llegó un punto con el hambre en el que incluso respirar se volvió agotador. En todas partes, personas que solían estar perfectamente bien antes se morían de hambre en silencio, demasiado avergonzadas para llamar la atención sobre su calamidad. Jade también pensó en simplemente acostarse y nunca más levantarse, pero una energía oculta la sacó de su estupor. Escuchó una voz en su cabeza que decía: Quiero vivir. Que estuviera escuchando cosas no la desconcertaba, porque ya había pasado el punto de la sorpresa. Solo le recordó lo que JungHo dijo una vez sobre tener una opción clara de aferrarse a la vida o dejarla ir. Él le había dicho que había rechazado la muerte todas las veces.

Volvió a entrar en su habitación y se puso una blusa y una falda gastadas con manos temblorosas. El esfuerzo de vestirse la hizo tambalearse varias veces, arañando la pared para estabilizarse. Pero se recogió el cabello, que ahora volvió a crecer, en un moño, se colocó un sombrero azul en la cabeza y salió a la calle.

Deambuló por el bulevar de Jongno, buscando un cartel de alquiler en los escaparates. No había volantes en los escaparates, y no pudo reunir el coraje para entrar y preguntar si tenían una vacante. Después de una hora de búsqueda, juró que entraría en la próxima tienda, que era una modista de lujo para mujeres. La campana sonó cuando abrió la puerta, y la linda dueña de la tienda la saludó con una suave sonrisa. "Bienvenido. ¿Cómo puedo ayudarte hoy?"

Jade trató de decir por qué había entrado, pero descubrió que estaba más allá de su poder. Estaba claro que el dueño no necesitaba ayuda en la pequeña tienda; y ella ya parecía molesta de que esta mujer sin un centavo estuviera ocupando su tiempo.

"Estoy bien, gracias", murmuró Jade, dirigiéndose a la puerta.

Cuando estaba a punto de salir corriendo de la tienda, chocó con un hombre por accidente. Ella bajó la cabeza como disculpa; pero en lugar de deslizarse, el hombre la agarró de la muñeca y le sonrió.

“Nunca pensé que nos volveríamos a encontrar”, dijo. Era Ito Atsuo. Excepto por algunos hilos de plata en sus sienes, no había cambiado mucho desde su juventud, todavía guapo, inteligente y ágil en su traje de lino blanco. Jade no pudo encontrar ninguna palabra y sintió que rompería a llorar si lo intentaba. En cambio, ejerció toda su fuerza para mantener su mirada de acero.

“No tienes que llorar porque estás tan feliz de verme”, dijo Ito alegremente, notando todo el tiempo lo delgada y huesuda que se había vuelto. Mechones de cabello lacio escaparon impotentes de su moño y cayeron alrededor de su cuello. Una cáscara de la mujer que había sido. “Bueno, ¿qué estabas haciendo? ¿Te diriges a alguna parte?

Jade negó con la cabeza.

"Bien. Ven conmigo, estaba a punto de ir a cenar.

Era una tarde húmeda de verano. El crepúsculo nublado cubría los ojos del mundo en una neblina gris suave. Se dirigieron a un restaurante japonés cercano, donde las ventanas estaban empañadas por la condensación. Jade se sentó en silencio mientras Ito ordenaba comida más que suficiente para cuatro personas. No entendía cómo el restaurante todavía tenía algo para servir, aunque la gente como Ito evidentemente no tenía problemas para seguir como antes. Sentada frente a él, Jade trabajaba en su berenjena a la parrilla sin más pretensiones o vergüenza. Sin importar cuánto comiera, sentía que podía seguir adelante. Sólo la aparición de las náuseas la obligó a reducir la velocidad de mala gana; estaba aterrorizada de vomitar la preciada comida.

“¿Sabes? Han pasado veinte años desde que nos conocimos. Tenías diecisiete —dijo, dando mordiscos al pescado frito. Mantuvo el codo en alto, tensando con picardía el hombro de su chaqueta ajustada, emanando una indiferencia principesca hacia la comida incluso cuando comía con placer.

"Yo era un niño. No sabía nada —respondió ella, dejando sus

palillos.

"Eso es cierto. Una niña obstinada y arrogante. Pensabas que eras más inteligente de lo que realmente eras. Como la mayoría de las niñas bonitas. Él sonrió y Jade se sonrojó. “Pero tú eras un luchador. Por eso eras diferente. Me mordiste una vez, ¿recuerdas? Pero la vida te ha enseñado muchas cosas desde entonces, supongo.

“He perdido a todos los que una vez amé o me importaron”. La voz de Jade se estaba quebrando. “No me queda nada por lo que luchar”.

“Ah. Eso no importa. Luchas hasta que mueres, de eso se trata. Ito tomó un sorbo de su taza de sake. “La guerra va muy mal. La verdad no lo preveía, pero vamos a perder. Los estadounidenses casi nos han aniquilado en el Pacífico. Pero el ejército japonés seguirá luchando hasta que muera el último soldado que queda”.

"¿Y tú? ¿No tienes miedo?

"¿Asustado? No. ¿Para qué? Todo hombre tiene que morir en algún momento. He matado a suficientes personas para saber que un día llegará mi turno. Pero morir prematuramente es asunto de hombres pequeños. Y tengo un plan. Se inclinó más cerca y bajó la voz. “Cuando Japón pierda la guerra, Corea obtendrá su independencia. Y eso significaría cosas terribles para los japoneses que viven aquí. Voy a volver antes de que eso suceda. Se sirvió otra copa de sake.

“¿Vas a volver a Tokio? ¿Qué hay de tus minas?

“No, Nagasaki, de donde es originaria mi familia. Tenemos una hermosa mansión en la ladera de una montaña, con vista al mar. No he vuelto desde que mi padre falleció y ya era hora de que volviera. Y el gobierno tomó mis minas hace mucho tiempo para pagar la guerra. Afortunadamente, en ese momento ya había invertido la mayor parte de mi efectivo en arte y porcelanas de Koryo. He adquirido más de cien piezas, cada una con un valor de al menos diez mil wones, pero algunas son muchas, muchas veces más. Valen más que los minerales en este punto, que de todos modos habían comenzado a agotarse. Así que eso es lo que me llevo”.

Se recostó en su asiento, mirando satisfecho a Jade y no la vio a ella, sino a su colección inmaculada y su plan igualmente inmaculado. Entonces, como si recordara algo que había olvidado, consultó su reloj de esfera dorada.

Son las nueve y cuarto. Tengo que estar en algún lugar”, dijo, llamando al mesero y dándole instrucciones para que pusiera el resto de los platos que aún no habían sido tocados en la mesa. “Voy de

camino al Zoológico del Palacio ChangGyeong. Eso está cerca de tu casa, podría dejarte".

"¿El zoológico? ¿Por qué? Y tan tarde en la noche — preguntó Jade, agarrando con cuidado el paquete de comida en sus brazos.

"Te lo diré en el coche", dijo Ito. Su conductor, con guantes blancos prístinos, estaba esperando en el asiento delantero, e Ito mismo le abrió la puerta a Jade antes de subirse al otro lado.

"¿De dónde sacas todavía petróleo? Ni siquiera los militares pueden encontrarlo en estos días", se preguntó Jade en voz alta.

Ito se rió. "En cierto modo, todavía eres una niña", dijo, dándole palmaditas en el brazo juguetonamente. "Sé que no te gusto ni confías en mí, pero en nombre del tiempo, el tiempo que nos conocemos, solo escúchame. ¿Bueno?"

"Bueno."

"No confíes en nadie, no sufras innecesariamente, mira la verdad detrás de lo que dice la gente y siempre encuentra la manera de sobrevivir. Ese es mi consejo.

"¿Por qué tengo que sobrevivir?" preguntó Jade. "Siento que no tiene sentido. El mundo se está desmoronando, se está convirtiendo en un lugar más malvado y oscuro cada día, y no tengo a nadie". Hizo un gesto hacia la bochornosa escena fuera de la ventana, desprovista de farolas, música o luz de luna, el silencio roto solo por el susurro de las hojas húmedas.

"Le das demasiada importancia a otras personas", respondió Ito. Ambos permanecieron en silencio durante un rato, ninguno dispuesto a ceder ante el otro.

"Entonces, ¿qué estás haciendo en el zoológico?" ella preguntó. En los últimos años, muchos animales habían muerto de hambre. Los animales baratos como los conejos, los perros y los caballos de Jejudo se alimentaron de los leones y los tigres, y sus recintos se derritieron y se convirtieron en artillería. Algunas veces, Jade trajo una papa, una manzana o medio repollo para alimentar al elefante solitario o a los hermanos osos de medialuna. Temiendo acercarse demasiado, arrojó la comida en el recinto y los vio devorar la verdura mediocre. Ella pensó que la habían mirado con ojos sorprendentemente humanos. Sabiendo, suplicando, esperanzado.

"Ah. No quería decírtelo en el restaurante, en caso de que alguien lo escuchara y se alarmara", dijo Ito con su voz suave e inquebrantable. "Hubo órdenes de Tokio para prepararse para un ataque aéreo estadounidense en Seúl en un futuro próximo. Así que

los cuidadores del zoológico están eliminando a todos los animales grandes y peligrosos esta noche, para evitar que se escapen".

Pero los pobres no hicieron nada malo. ¿Así que vas a ir para ver cómo los matan? Jade estaba presa de la ira, que volvió con fuerza renovada ahora que se sentía más nutrida y llena.

Obsérvalos, sí, pero sobre todo para recuperar lo que es valioso después. Estoy particularmente interesado en una piel de tigre, dos pieles de oso y un juego de marfil. El tigre, especialmente. No tenemos bestias tan feroces en Japón, y somos un país mucho más grande. Es incomprensible cómo han florecido bestias tan enormes en esta pequeña tierra. Me hubiera encantado cazar uno en la naturaleza, pero es casi seguro que ahora están extintos".

Jade recordó las noches de antaño en su aldea. La oscuridad resonaba con los gritos de los animales hambrientos, y algunas mañanas nevadas se despertaba con huellas de patas que rodeaban su cabaña. Pero las bestias salvajes nunca la habían asustado: eran los humanos quienes la aterrorizaban con su salvajismo.

"¿Por qué te gusta tanto la muerte y matar?" Jade entrecerró los ojos; si no estuviera tan aturdida por el constante cansancio físico y espiritual, habría estallado en llanto.

"Oh no, no tengo ningún placer especial en ver a una magnífica bestia ser envenenada dentro de una jaula. Parece... injusto. Poco elegante. Pero si tiene que morir, al menos puedo recuperar su piel. El zoológico ha dicho que usará el dinero para alimentar a los animales restantes".

El coche se detuvo frente a la villa de Jade. A pesar de su viejo odio hacia Ito y sus noticias sobre el zoológico, se sintió obligada a agradecerle la comida. Se encogió de hombros.

"No me des las gracias y solo recuerda mi consejo. Me voy el viernes, así que esta es la última vez que nos vemos. . . A la mierda la guerra y a la mierda la soledad. Quedarse vivo."

Esperó a que él se apretara contra ella, pero él simplemente se sentó allí, sonriendo con frialdad. Se dio cuenta de que él no la deseaba, del mismo modo que no disfrutaba envenenando a un tigre enjaulado. No era una cuestión de principios, sino de gusto. Ella inclinó la cabeza para ocultar su rubor avergonzado.

Al día siguiente, Jade recibió un paquete del conductor de Ito. Dentro, había un sobre de billetes limpios, de mil wones, y un pequeño jarrón de celadón, apenas un poco más alto que el largo de su mano, con grullas danzantes incrustadas sobre un hermoso tono de

jade.

24

Arándanos rojos

1945

EL 6 DE AGOSTO EL MUNDO ENTERO CAMBIARÍA CON EL DESCUBRIMIENTO de que el hombre puede encender el fuego del sol sobre la superficie de la tierra. Pero Yamada Genzo no sabía esto en julio, cuando regresó a Manchuria para prepararse para lo inevitable. Las tropas estaban en las peores condiciones, mal vestidas, mal calzadas y apenas alimentadas. Se les dio un juego de municiones que les duraría un día de batalla, y no más. Sin embargo, sueltos en el campo de hierba en un día de verano, todavía bromeaban entre ellos, intercambiaban cigarrillos, lavaban la ropa, se metían en el lago helado y chapoteaban como niños. Aquí, en el pacífico bosque boreal, los soldados no se sintieron atraídos por el tipo de depravación que Yamada había visto en campañas anteriores. Estas tropas no eran inherentemente más inocentes que cualquier otra, ni sus soldados anteriores eran inherentemente bestiales. Las tropas anteriores también habrían tallado los nombres de sus amados en los troncos de estos árboles, si estuvieran aquí ahora. Estas tropas, dadas las mismas circunstancias que en el pasado, también degollarían a las mujeres mientras estaban dentro de ellas. En Nanjing, Yamada había visto a un teniente hacer exactamente eso y seguir follando con el cadáver aún caliente. Después de terminar, se dio la vuelta y le dijo a Yamada, casi tímidamente: "Está mejor". Yamada consideró matar al teniente en el acto, pero eso habría sido traición. La violación y el asesinato de los enemigos del Imperio eran solo una parte natural de la guerra. Después de terminar, se dio la vuelta y le dijo a Yamada, casi tímidamente: "Está mejor". Yamada consideró matar al teniente en el acto, pero eso habría sido traición. La violación y el asesinato de los enemigos del Imperio eran solo una parte natural de la guerra. Después de terminar, se dio la vuelta y le dijo a Yamada, casi

tímidamente: "Está mejor". Yamada consideró matar al teniente en el acto, pero eso habría sido traición. La violación y el asesinato de los enemigos del Imperio eran solo una parte natural de la guerra.

Mirando a su alrededor a sus alegres tropas, el general Yamada se preguntó si no sabían que se acercaba el final, o si lo sabían pero no les importaba.

* * *

A LAS OCHO EN PUNTO del 6 de agosto, Yamada tomó su desayuno frente a su propia tienda. Estuvo brillante desde las cinco hasta casi la medianoche, pero el sol era más suave en el norte. Esta luz más suave brillaba en la superficie de la hierba verde y, a lo lejos, los picos de las montañas Khingan se alzaban azules. No había nada que mostrara que había tenido lugar un evento tremendo: la muerte instantánea de una ciudad entera por una sola bomba. Recién a última hora de la tarde recibieron el mensaje de radio sobre Hiroshima, y Yamada seguía sin entenderlo. ¿Cómo fue posible tener estas flores de color púrpura claro meciéndose con el viento, las tortugas nadando perezosamente en el lago, los árboles extendiendo sus ramas y esforzándose por crecer tanto como sea posible durante este verano sin calor, y al mismo tiempo tener luz blanca cegadora, carne carbonizada y derretida, personas sin rostro en una ciudad de ceniza? Este mundo no tenía ningún sentido, y actuar como si tuviera sentido era el crimen más grande. Y, sin embargo, en la reunión de comandantes se tomó la decisión de seguir preparándose para el inminente ataque ruso, como si nada hubiera cambiado.

"¡Sentido!" El general Yamada murmuró para sí mismo en la mesa, sentado entre los comandantes de regimiento y los jefes de estado mayor. Los demás lo miraron con preocupación o sospecha, y él bajó la mirada hacia un diminuto punto negro sobre la mesa. Era una hormiga, en su eterna misión de conseguir y almacenar comida apresuradamente; mantuvo los ojos fijos en él hasta que terminó la reunión.

Durante los días siguientes, los regimientos dedicaron su tiempo a reparar su equipo y escribir cartas, para ser enviados cada vez que se movilizaran una vez más y pasaran por una ciudad. Se predijo que los rusos esperarían hasta el otoño para hacer avanzar sus ejércitos, para reponer las tropas desgastadas por la guerra en Europa. Pero el 9 de agosto, el campamento de Yamada recibió un mensaje de Japón, que otra bomba atómica arrasó Nagasaki hasta los cimientos, y otra de su

frente occidental, que Rusia había declarado la guerra a Japón en la hora veintitrés del 8 de agosto. Los tanques empezaron a rodar a medianoche, precisamente tres meses después de la rendición alemana.

El ejército de Yamada estaba listo para marchar hacia el noroeste para unirse al Cuarto Ejército. Los soldados, que se habían mostrado ingenuamente alegres mientras acampaban, adoptaron un aire solemne cuando la mañana se convirtió en una tarde melosa. Un silencio inquietante se apoderó de ellos. Era el tipo de tranquilidad que recuerda a uno los veranos de la infancia, los cantos de los pájaros, las madres cuando aún eran jóvenes y hermosas, y las hojas meciéndose y brillando con el viento. En medio de esta somnolencia, Yamada sintió el más leve temblor en la tierra negra. Los soldados intercambiaron miradas a medida que aumentaba el sonido, pero mantuvieron su marcha.

Yamada ordenó un alto. Estaban mirando al noroeste, ya su derecha estaban las suaves y oscuras faldas de las montañas Khingan, que ascendían suavemente para encontrarse con las nubes. Desde su izquierda, el temblor se intensificó y se convirtió en un estruendo. Sobre la suave y verde hierba del horizonte, ahora podían distinguir los tanques y la artillería del ejército ruso.

Estaban atrapados entre los rusos y las colinas. No había más remedio que enfrentarse a ellos de frente. Los comandantes y oficiales se apresuraron a poner sus tropas en formación. Yamada miró a los soldados que llevaban sus gastados rifles e intentaba no mostrar su miedo. Muchos de ellos, estaba seguro, estaban pensando en las cartas cerca de sus corazones que nunca llegarían a sus familias. Dependía de él despertar su coraje, como pudiera.

“Valientes hijos del Imperio, ahora es el momento de demostrar de qué estáis hechos. ¡Por el honor, por la patria, por el Emperador! Gritó las palabras que consideró apropiadas y los soldados estallaron en un grito ensordecedor, levantando los puños sobre sus cabezas. Pero no importaba las palabras que eligiera, era simplemente el hecho de que las dijo para alentarlos, y ellos sabían y aceptaban esa intención.

Los rusos respondieron con su propio grito de batalla, alcanzándolos débilmente al principio, y luego convirtiéndose en un maremoto de sonido. Pronto estuvieron dentro del rango de tiro el uno del otro, lo que ambos bandos parecieron darse cuenta al mismo tiempo. De inmediato, el suelo al lado de Yamada explotó por el primer fuego de artillería. Los rusos también fueron barridos por el

humo, pero aún avanzaban.

"¡Mantenga la línea! ¡Alto!" Yamada gritó, y los comandantes y oficiales del regimiento repitieron tras él. Parte de la tropa e incluso algunos oficiales cayeron al suelo. Los que estaban en las inmediaciones reprimieron el impulso de atender a sus heridos y mantuvieron sus posiciones estoicamente. Ambos bandos intercambiaron disparos de rifle y lanzaron granadas el uno al otro. Más explosiones, más hombres envueltos en llamas.

La marea cambió más rápido de lo que incluso un general experimentado como Yamada podría haber predicho. Los rusos tenían armas muy superiores; El ejército de Yamada no tenía ni un solo tanque ni una ametralladora. Incluso en la maraña de un campo de batalla, pronto quedó claro para Yamada que su ejército estaba siendo masacrado. La hierba que había sido tan suave y ligera se estaba cubriendo rápidamente de cuerpos y humo. En todas partes alrededor de Yamada, los muertos y los moribundos yacían en montones de carne y sangre. Los disparos se hacían más lentos, cada vez más espaciados; y a cierta distancia pudo ver a algunos de sus soldados y oficiales de rodillas, con las manos levantadas sobre la cabeza. Estaba solo, envuelto en humo de armas por el momento, pero era solo cuestión de tiempo antes de que los rusos lo capturaran o lo mataran. En tal situación, la única opción que le quedaba a un general del Ejército Imperial Japonés era acabar con su propia vida. En cambio, Yamada se sorprendió a sí mismo al darse la vuelta y correr con todas sus fuerzas hacia las colinas boscosas. Un minuto después, una repentina ráfaga de viento se llevó el humo que se había posado en el campo. Sin darse la vuelta, Yamada escuchó los gritos en ruso. Corrió hasta que sus pulmones se sintieron a punto de estallar, y los gritos se convirtieron en disparos.

¡Bang! ¡Bang! El sonido atravesó el campo y casi podía sentir las balas atravesándole la espalda. Sabía que habían fallado solo porque sus piernas seguían corriendo. El matorral en el borde del bosque estaba a unos cincuenta metros de distancia, luego a cuarenta, luego a treinta. . .

¡Bang! ¡Bang! ¡Bang! Escuchó los últimos tres disparos, más fuertes que antes, seguro de que al menos una bala lo había alcanzado justo antes de llegar al bosque. Pensó, así es como se siente morir. . .

* * *

ESTABA CLARO, por la pesada blancura del cielo y la humedad

del viento, que habría nieve.

Yamada estaba agazapado en su cala, una pequeña repisa triangular formada por una roca plana debajo de dos rocas que se inclinaban entre sí. Era lo suficientemente alto para que se sentara adentro con la espalda recta, y lo suficientemente largo para que pudiera acostarse completamente estirado. Se sentó frente a los árboles de ramas desnudas y el suelo del bosque cubierto de hojas amarillas y marrón rojizas. Pronto, esa capa suavizante desaparecería; ya había habido ligeras ráfagas en las últimas semanas. Hasta ahora, la nieve se estaba derritiendo al día siguiente de caer. Pero si comenzara a quedarse por más tiempo, Yamada no podría buscar bayas y hongos.

Ya estaba tan delgado que podía cerrar el pulgar y el dedo medio alrededor del codo. Su uniforme colgaba alrededor de su cuerpo como si estuviera en una percha. Le había impedido congelarse hasta ahora, pero cada día y cada noche hacía más frío en el bosque. Incluso en esta baja elevación, el invierno llegaría más rápido tan al norte. De hecho, ya estaba aquí. Los pájaros se habían ido hacía mucho tiempo, y los roedores y las liebres también estaban tranquilos.

Yamada se arrastró para salir de la cala y, tembloroso, se puso de pie en el suelo esponjoso. Aunque quería quedarse adentro y conservar su fuerza, su hambre seguía siendo la mayor fuerza dentro de él. No muy lejos del arroyo había un claro lleno de arbustos de arándanos rojos silvestres, rodeado por un anillo de abedules blancos. Cojeó su camino hacia el arroyo, temblando continuamente por el frío. En su camino hacia allí, la nieve comenzó a caer suavemente, como si alguien hubiera volcado un salero gigante en el cielo. Era ese tipo de nieve seca, fina y polvorienta.

En el arroyo, Yamada se arrodilló con cuidado sobre una roca, juntó las dos manos y bebió de ella. Había huellas de patas en la tierra marrón profunda cercana; los animales del bosque también venían aquí por agua. Yamada recordó aturdido los tiempos en que habría aprovechado la oportunidad de cazar esas bestias. Parecía imposible ahora que una vez había sido lo suficientemente fuerte para correr, perseguir, matar. Le había gustado cazar, no como a la gente como Hayashi o incluso Ito por placer sensual, sino porque era lo que tenía que hacer para convertirse en un gran hombre del mundo. Contempló la ironía de que ahora era un don nadie del rincón más abandonado del mundo, invisible y sin que nadie lo oyera. Nadie lo extrañaría, ciertamente ni Mineko y quizás ni siquiera Ito Atsuo. Se imaginó a Ito

presidiendo la corte de una compañía de hombres ricos, sosteniendo una copa de coñac y diciendo: “Mi amigo más antiguo, el general Yamada Genzo, murió en la guerra. Fue un verdadero héroe digno de Su Majestad. ¡A su memoria! E inmediatamente después, pasar a cualquier tema que realmente le interesara en ese momento, ya fuera una mujer, una obra de arte o una mina de oro. Esa sería la última vez que Ito habló sobre Yamada. Sabía qué clase de persona era Ito por dentro.

A Yamada le parecía claro que su vida era de la menor importancia imaginable.

La nieve fina y salada se estaba volviendo más grande y más feroz. Yamada se levantó y comenzó a cojear su camino hacia el claro. La idea de los arándanos rojos le humedeció la boca y le desgarró las entrañas, pero no tenía fuerzas para moverse más rápido. Le dolían todas las articulaciones de su desdichado cuerpo, como si las partes que no encajaban hubieran sido atascadas a la fuerza. La nieve comenzó a caer más espesa y a meterse en sus ojos, por lo que tuvo que detenerse cada diez pasos para limpiarlos.

Aun así, finalmente logró llegar al claro al mediodía. Pero una vez allí, Yamada se decepcionó al descubrir que gran parte de las bayas e incluso las hojas habían desaparecido desde la última vez. Ciervos, alces y otras bestias también habían visitado el claro en busca de comida. Yamada fue de arbusto en arbusto, examinando cuidadosamente cada tallo. En una o dos de las plantas, algunas bayas marchitas estaban escondidas debajo de una capa de nieve. Con avidez se los puso en la boca, y la dulzura agria se extendió desde su lengua e incluso invocó un poco de calor en su cuerpo.

Se comió dos puñados de bayas en aproximadamente una hora y se volvió hacia la cala. Pero solo había avanzado unos pocos pasos antes de darse cuenta de que todo se veía diferente bajo una gruesa capa de nieve. Todos los marcadores que había usado para encontrar su camino en el bosque estaban enterrados. Avanzó veinte pasos y luego retrocedió otros diez pasos, y repitió estos círculos mientras la nieve seguía cayendo. No podía dejar de temblar. Nunca había sentido tanto frío durante tanto tiempo en su vida.

Se agachó en el suelo, demasiado débil para seguir caminando. Una vez en esa postura, no pudo resistir la tentación de acostarse. Así que se estiró, el suelo del bosque como la cama y la nieve que caía como la manta encima de él. Era extraño cómo finalmente se sentía cálido y cómodo en esta posición. Fue entonces cuando pensó en esa

imagen, hace tantos años, cuando encontró a un hombre tirado así en la nieve, en las montañas a mil millas de distancia. El hombre cadavérico, imposiblemente demacrado y con ropa hecha jirones. No se había dado cuenta entonces de que su vida cambiaría a causa de ese momento, pero la inevitabilidad de todo lo que había sucedido desde entonces lo abrumó en oleadas de conciencia cristalina. Los eventos habían tenido lugar a la vez de manera racional e irracional, desafiando la lógica y llegando al destino correcto, no obstante.

"Todo tiene sentido", susurró para sí mismo, o tal vez simplemente pensó. Ya no estaba claro si las palabras podían salir de su garganta o simplemente flotaban dentro de su cabeza. No había nadie para escuchar si realmente había hecho un sonido. No importaba; Yamada finalmente estaba en paz.

25

República

1945

ERA LA LUZ COLORIDA QUE SE FILTRABA A TRAVÉS DE LAS VIDRIERAS del techo lo que despertó a JungHo. Se había estado escondiendo en una casa segura, una capilla abandonada que se evitó demoler simplemente por negligencia. Como se suponía que estaba vacío, JungHo había tenido cuidado de no hacer ruidos ni movimientos. Nunca salía, sobreviviendo solo con la comida que le dejaba el sirviente de MyungBo una vez a la semana.

Se paró junto a la ventana de vidrio transparente, que estaba cubierta por una grieta de telaraña alrededor de un agujero de bala. El cielo afuera era del cálido y enérgico azul de un caluroso día de verano. Metió un dedo a través del agujero de la bala, el borde dentado cortó su piel y extrajo pequeñas gotas de sangre. Inhaló profundamente; había algo diferente en el aire exterior. Su garganta se cerró con anhelo. Como alguien hipnotizado, JungHo se vistió y salió de la capilla.

Las calles, blanqueadas por el sol directamente sobre sus cabezas, estaban inquietantemente vacías de gente. JungHo caminó solo unas pocas cuadras antes de pasar junto a un par de trabajadores, que no estaban cavando ni sacando arena, sino en cuclillas en el suelo y charlando.

"Disculpe, ¿cuál es la fecha de hoy?" Jung Ho les preguntó. Su voz temblaba por el esfuerzo de hacer rodar su lengua, rígida por el desuso.

“Es el quince de agosto”, respondió uno de los hombres. JungHo asintió; estando solo durante tanto tiempo, había perdido la cuenta exacta de los días a principios del verano.

“¿Ocurre algo? ¿Dónde está todo el mundo?" JungHo preguntó de nuevo, protegiéndose los ojos del sol con la mano.

“Bueno, nos estamos preguntando lo mismo, jovencito. El oficial a cargo nunca apareció esta mañana y la mayoría de la gente se fue a casa. . .” dijo el hombre, mirando el dedo sangrante de JungHo e inclinándose hacia atrás con cautela. JungHo asintió con la cabeza en señal de agradecimiento y siguió caminando. Por primera vez en la memoria de JungHo, no había oficiales, gendarmes o policías en las calles.

Un joven salió de un callejón a la derecha de JungHo, gritando a todo pulmón y rompiendo el embriagador silencio.

"¡Japón se ha rendido!" su voz sonó. “¡Corea es independiente!”

"¡El emperador japonés se ha rendido!" Alguien más se hizo eco de sus palabras, sin ser visto. Las palabras tuvieron que hundirse en la mente de JungHo por un segundo antes de darse cuenta de que esto tenía que ser cierto.

Como un dique que se rompe con la última gota de lluvia, la gente salió a las calles a una velocidad vertiginosa. JungHo pronto estuvo rodeado por cientos, luego miles, luego decenas de miles de personas, abrazándose, cantando, llorando y gritando manseh. Los extraños ya no eran extraños, reconociendo almas en los rostros de los demás. Un sentimiento envolvente de amor tan agudo como para ser doloroso recorrió el ser de JungHo. Para quién o para qué era esta pasión, no estaba claro; tal vez esa era la naturaleza del amor más grande. Incapaz de reprimir el sentimiento, gritó. En ese momento, llorando de éxtasis, se dio cuenta de que nunca antes había conocido la verdadera felicidad. Su garganta se ahogó con sal y sus ojos se nublaron con lágrimas, y voluntariamente se perdió en esta alegría desesperada, esta libertad.

El sol candente se calentó a un naranja ardiente, luego las estrellas se elevaron como niebla sobre el calor de la tierra. Las celebraciones continuaron durante toda la noche mientras, uno a uno, los presos políticos eran liberados de las cárceles y prisiones. Cuando la multitud finalmente se dispersó, JungHo se dirigió a la casa de MyungBo, donde su mentor lo abrazó como a un hijo. Activistas de todos los ámbitos de la vida siguieron yendo y viniendo hasta el amanecer.

Por la mañana, el anuncio de rendición del emperador japonés había llegado incluso a las provincias más remotas, y todo el país sabía sin lugar a dudas que eran independientes. Los vítores y los gritos en las calles eran ensordecedores e hicieron imposible quedarse sentado en casa y no participar. JungHo salió de la casa de MyungBo sin miedo por primera vez en veinte años. No era un mendigo ni un

hombre buscado, solo un hombre como cualquier otro. Cada parte de la sociedad, desde los derechistas, los izquierdistas, los caballeros, los pobres, los estudiantes, hasta los carniceros y las prostitutas, se deleitaba libremente como iguales.

Entre la multitud vestida con sus mejores ropas y ondeando banderas caseras de taegukgi, vio a una mujer y miró dos veces. Parecía demacrada, hinchada y vieja más allá de su edad, mucho mayor incluso que JungHo, pero todavía había algo en su rostro que le recordaba a la aprendiz de cortesana de diez años que una vez conoció. Era Loto.

"¡JUNGHO! ¡ESTÁS DE VUELTA!" GRITO JADE, abriendo la puerta de par en par y saltando arriba y abajo. "Oh Dios, déjame echarte un vistazo. ¡Pensé que nunca te volvería a ver!"

Jade aún estaba acercándose a él cuando se dio cuenta de la frialdad con la que la miraba. Su sonrisa se desvaneció y dio paso a la consternación. Por un momento ella había creído que él había venido a perdonarla ya celebrar la independencia. La razón de sus consecuencias ya no existía; nunca más tendría que arriesgar su vida, por lo que no le pedirían su opinión al respecto. Pero con el silencio de JungHo, se dio cuenta de que nunca volverían a ser amigos. Le ardía la cara y era profundamente consciente de lo fea que se veía. Su cabello era opaco y más que un poco gris, y sus manos estaban llenas de venas. Tal vez JungHo podría haberse ganado si hubiera estado un poco menos desgastada.

"Solo he venido para llevarte a Lotus," dijo al fin. "Toma tu chaqueta".

Condujo a Jade a un lugar miserable en YongSan, donde burdeles repugnantes habían brotado como llagas a lo largo de la ladera de la colina. Allí, entre mujeres semidesnudas que se maldecían y lavaban la ropa interior, Lotus estaba sentada con desgana, con el pelo largo y despeinado, tarareando una canción de los años veinte. Cuando vio a Jade, ambos se echaron a llorar y corrieron a abrazarse.

Jade trató de traer a Lotus a casa en ese momento, pero la señora gorda con anillos en todos sus dedos se paró frente a ellos.

"De ninguna manera. Debe cinco años de alojamiento, comida y ropa. Y definitivamente no ha devuelto mucho. Mírala, solo un perro de verdad se acostaría con una perra tan fea. La madame lanzó una mirada horrible a Lotus, que estaba acurrucada junto a Jade.

"Si dices una palabra más, te mataré", dijo JungHo, no de manera amenazante, simplemente de manera simple y profesional como solía

hacer en los viejos tiempos. "A menos que quieras morir hoy, cállate y hazte a un lado".

“No, no, Jung Ho”. Jade lo tomó del brazo. “No hay necesidad de eso. Entonces, ¿cuánto debe?

“Ah, verá, la acogí justo cuando las cosas iban de mal a terrible, y la mantuve alimentada y con vida durante toda la guerra”, dijo la señora con un tono repentinamente halagador. “Y comer bien, ella lo hizo. Se habría muerto de hambre sin mí. . .”

“Dije, ¿cuánto debe?” Jade preguntó con frialdad.

—Quinientos wones —dijo la señora con la mirada esperanzada y codiciosa de un vendedor a punto de estafar a un idiota. En el campo, fácilmente podría comprar una virgen fresca de quince años por solo cien wones. “Verás, eso puede parecer mucho, pero el mantenimiento fue increíblemente costoso, y su deuda acumuló intereses. Tal vez pueda pagar doscientos cincuenta wones por adelantado y el resto con intereses. . .”

“Toma, esto son quinientos wones”, dijo Jade, sacando billetes nítidos de su bolso. Era la mitad del dinero que Ito le había dado. La señora abrió la boca por la sorpresa, luego se frunció de ira porque había bajado mucho el precio. Con su blusa y su falda de lino gastadas, Jade no parecía una mujer rica.

"Ven, Lotus, vámonos". Jade envolvió su brazo alrededor de su amiga y JungHo siguió protectoramente detrás de ellos, pero no sin antes lanzarle una última mirada mortal a la madame.

UNA VEZ QUE JUNGHO SE DESPIDIÓ frente a su casa, a Jade le resultó difícil decirle algo a su amiga. Lotus tampoco parecía dispuesto a hablar. Jade la ayudó a bañarse, sin decir mucho más que "¿está lo suficientemente caliente o debo verter más agua caliente?"

Después de que Lotus se pusiera ropa limpia, rompió el silencio. “¿Dónde está la tía Dani?”

Jade respiró hondo. El hecho de que alguien pensara que Dani todavía estaba aquí la hizo sentir, de hecho, extrañamente viva. Tal vez solo moriste realmente cuando nadie asumió que todavía estabas vivo. Tal vez no decírselo a Lotus era una forma de mantener a Dani en este mundo un poco más.

“Estuvo muy enferma durante mucho tiempo. Ella falleció, han pasado casi cuatro años”, dijo Jade, sus ojos cálidos y su nariz picante. Se levantó en silencio y sacó el relicario del armario. Lotus comenzó a llorar, en silencio al principio y luego como un niño, jadeando y estremeciéndose.

“Pensé que era invencible. ¿Cómo podría morir? ¿Cómo?" Lotus repitió, acariciando el relicario de madera con una mano y secándose la cara roja con la otra. Una vez que brotaron las lágrimas, no pareció capaz de contenerse, y Jade supo que no solo estaba llorando por Dani, sino también por todo lo que había sucedido. Lloró con abandono, con determinación. Lloró como una mujer que necesita disolverse para rehacerse.

Pero incluso a través de las lágrimas renovadas, el corazón de Jade estaba más ligero de lo que había estado en años. Esa noche durmieron en la misma habitación, como cuando eran niñas, y Lotus le confió todo lo que había pasado desde la última vez que se vieron. Lo bueno de la guerra, dijo Lotus, era que sin opio en el mercado, se había visto obligada a estar limpia. Casi había muerto en el proceso, pero ya no fumaba.

En los días que siguieron, Jade notó que Lotus estaba hundido debajo de la ropa y se veía cansado sin importar la hora del día. Sin embargo, poco a poco, Lotus se estaba recuperando. Cantaba canciones, no de su brillante pero breve carrera, sino de las que tenían que aprenderse de memoria para pasar el primer año de la escuela de cortesanas.

“Me gustan los comienzos, Jade. ¿Recuerdas el comienzo de nuestras vidas juntos? dijo, y Jade se acercó y le dio unas palmaditas en el hombro. “Ese fue un momento tan maravilloso, pero todo lo que queríamos hacer era crecer lo más rápido posible”.

Poco después del regreso de Lotus, llegaron más buenas noticias en forma de una carta de Luna. La correspondencia entre Corea y Estados Unidos había cesado durante la guerra y Jade no había sabido nada de ella desde que se fue.

Luna había vivido en Washington, DC y la ciudad de Nueva York durante los primeros años de su matrimonio. Luego quedó embarazada y poco después la familia se mudó a San Francisco. El nombre de su hijo era John Junior y ya tenía ocho años. Los estadounidenses se maravillaron de que tomara precisamente la mitad de Curtice y la otra mitad de Luna: tenía la estructura grande y la nariz prominente de su padre y la piel lechosa y los ojos negros y suaves de su madre. Hesook era enfermera, casada con un oficial de la marina que había sido su paciente en el hospital militar.

Jade y Lotus se rieron de la foto familiar adjunta en la carta y se maravillaron de que el pequeño Hesook se hubiera convertido en una mujer tan hermosa. Parecía la copia exacta de Luna a esa edad, solo

que menos triste y más decidida.

Después de todas las noticias sobre su familia, Luna escribió:

Mi amada Jade, durante estos años de guerra, he pasado tantas noches en vela preocupándome por ti, mi madre, la tía Dani y Lotus. Saber que mi familia está sufriendo allí mientras estoy a salvo en Estados Unidos ha sido mi mayor dolor. He hablado con mi marido al respecto y él está de acuerdo conmigo. Afortunadamente, él puede traer gente aquí mejor que nadie, y dice que por ahora, podemos obtener una visa estadounidense para una persona como miembro de mi familia. Ya sé que mi madre no querrá venir. Dejar su PyongYang y vivir en una tierra extranjera, justo después de que su país haya recuperado su independencia, su sueño de toda la vida, sería impensable. Pero la tía Dani ha anhelado vivir en el extranjero toda su vida. Y aunque es una tía estrictamente hablando, ha sido como una segunda madre para mí.

Jade dejó de leer esto en voz alta e intercambió miradas sombrías con Lotus.

"Qué divertida es la vida, esa tía podría haberse ido a Estados Unidos si hubiera vivido un poco más", murmuró Jade.

"Bueno, ella ya no está aquí. Pero lo soy", dijo Lotus ansiosamente. "Podría reconstruir mi vida allí. ¡Estoy tan harto de este país olvidado de Dios!"

A Jade le llamó la atención cómo Lotus a menudo culpaba de todo el camino de su vida a las circunstancias del país. En las semanas transcurridas desde que había regresado a la villa, había mostrado un ávido interés por las desgracias de los demás, no porque fuera malévola, sino porque se sentía reivindicada en su propia impotencia. Al enterarse de que la bella y adúltera pintora del Café Seahorn se había suicidado en los últimos días de la guerra, Lotus incluso pareció inmensamente aliviada. Ahora, la carta de Luna le ofrecía la oportunidad de escapar del país que provocó su caída y empezar de nuevo al otro lado del mundo.

Jade se preguntó cómo Lotus podía tener tanta esperanza después de todo lo que había pasado. La propia Jade nunca podría tener el coraje de dejar todo atrás, o de creer que aún había algo mejor por delante. Esa era la fuerza de Lotus, no la suya. Jade estaba contenta de no buscar nada nuevo en su vida. Ya había tenido suficientes angustias.

NUEVE MESES DESPUÉS, LOTUS ABANDONÓ Incheon en un barco de vapor, todas sus posesiones empaquetadas densamente en un baúl de madera que era demasiado pesado para que ella lo llevara sola. Su

pesado equipaje estaba repleto de necesidades, comida, ropa nueva regalada por Jade, algunos objetos sentimentales y mucha esperanza, pero de alguna manera, una vez que llegara a su nuevo hogar, se daría cuenta de que de alguna manera se había perdido lo más esencial, artículos de tocador o ropa de cama obvios. La mayoría de los abrigos, vestidos y sombreros nuevos, pedidos especialmente después de mucha previsión, serían de algún modo inadecuados en el nuevo país: demasiado pesados, demasiado ligeros o simplemente pasados de moda. Languidecerían sin usar, y cuando se sacaran del ático años más tarde, harían que el corazón se apretara de dolor. Pero ellos no sabían esto ahora. Mirando la diminuta figura de Lotus saludando alegremente desde la cubierta, Jade creyó que ahora solo le esperaban cosas buenas: una gran paz, como el nombre del océano que estaba a punto de cruzar. A través de las olas rompientes y los gemidos de las gaviotas, aún se podía escuchar el más leve rastro de la risa de Lotus. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, Jade sintió que reconocería esa forma sutil del cuerpo en cualquier lugar y su mente se llenaría con la palabra amigo. Cuando el mar se abrió entre ellos, pasaron de usar solo las manos a balancear los brazos por encima de la cabeza. Te veo, todavía te veo. Jade pensó: si realmente amas a alguien, le dices adiós sin marcharte jamás. Ninguno de los dos dejó de saludar hasta que el otro se convirtió en un punto y desapareció en el horizonte. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, Jade sintió que reconocería esa forma sutil del cuerpo en cualquier lugar y su mente se llenaría con la palabra amigo. Cuando el mar se abrió entre ellos, pasaron de usar solo las manos a balancear los brazos por encima de la cabeza. Te veo, todavía te veo. Jade pensó: si realmente amas a alguien, le dices adiós sin marcharte jamás. Ninguno de los dos dejó de saludar hasta que el otro se convirtió en un punto y desapareció en el horizonte. A pesar de todo lo que había pasado entre ellos, Jade sintió que reconocería esa forma sutil del cuerpo en cualquier lugar y su mente se llenaría con la palabra amigo. Cuando el mar se abrió entre ellos, pasaron de usar solo las manos a balancear los brazos por encima de la cabeza. Te veo, todavía te veo. Jade pensó: si realmente amas a alguien, le dices adiós sin marcharte jamás. Ninguno de los dos dejó de saludar hasta que el otro se convirtió en un punto y desapareció en el horizonte.

* * *

“ENTONCES, ¿QUIEN PUEDE DECIRME cuáles son las cuatro

emociones? Jade miró a los bailarines de diez años de su clase. Varias manos se alzaron en el aire.

“Mija.” Jade señaló a la chica cerca de la parte de atrás.

“Es alegría, ira, tristeza y placer”, dijo Mija, con los ojos brillantes. Jade sonrió, caminó hacia la pizarra y agregó un punto al grupo de Mija. Las chicas se rieron.

“Sí, esas son las cuatro emociones clásicas que expresa el arte, incluida la danza tradicional”.

“¡Pero, Maestro! ¿Qué hay del amor?" preguntó Mija.

"¿Amar?" Jade consideró un momento. Para ella, el amor lo era todo en la danza. Pero cómo se sentía realmente era demasiado doloroso para hablar con niños de diez años.

En cambio, dijo: “¿A veces uno se siente enojado o triste por amor? ¿Siente uno alegría y placer a causa del amor?” Y los niños exclamaron ooh y ahh emocionados. Su admiración por su maestro no conocía límites. Eso era lo que más le gustaba de enseñar en la Escuela de Artes Koryo para Niñas: sus alumnos. Eran la razón por la que se quedó en Seúl cuando la mitad de las personas a su alrededor parecían ir al norte.

Cuando Japón se rindió, los estadounidenses que venían del Pacífico hacia el norte y los soviéticos que venían desde Manchuria hacia el sur finalmente se encontraron en la pequeña península y trazaron una línea apresurada en el paralelo treinta y ocho. Los coreanos habían querido que su país siguiera siendo uno, como lo había hecho durante los mil trescientos años anteriores; su deseo fue ignorado y, en adelante, la península se dividió en norte y sur.

Toda su vida, Jade nunca se había preocupado demasiado por la política; se lo había dejado a gente como Dani y JungHo. (Ambos eran naturalmente contenciosos y estaban obsesionados con la justicia, y más parecidos de lo que nunca podrían haber pensado). Pero incluso Jade podía ver que esta división Norte-Sur estaba conduciendo a un caos asombroso. Seúl había albergado durante mucho tiempo a nacionalistas, comunistas, anarquistas, cristianos de todas las denominaciones, budistas y cheondoístas, muchos de los cuales dejaron de lado sus diferencias y colaboraron bajo el mismo objetivo de la independencia. Sin embargo, una vez que se logró eso, algunos de ellos se dieron cuenta de que estaban parados en el lado equivocado de la línea. Varios artistas que Jade conocía de esos años de jazz se fueron al norte. Al principio, era fácil cruzar la frontera, como pasar de Seúl a InCheon. Finalmente, se cerró la frontera y se

instalaron puestos de guardia,

Jade no tenía amigos de verdad en Seúl. No había tenido noticias de JungHo desde que la llevó a Lotus. Meses después, se enteró a través de los chismes de la ciudad que él se había casado con una chica de diecisiete años, hija del exitoso dueño de un restaurante llamado Choi YoungGu, quien aparentemente también era amigo de la infancia de JungHo. El estómago de Jade se hundió cuando escuchó la noticia, odiaba todos los aspectos.

La chica tiene veinticinco años menos que él. Pero no es asunto mío, me alegro de que haya encontrado a su pareja, se dijo a sí misma.

Sin Lotus, Luna, JungHo y Dani, la única familia que le quedaba era Silver, que todavía vivía en PyongYang con su fiel sirviente. Jade supuso que su madre adoptiva tenía sesenta y tantos años, pero que Stoney debía tener al menos diez años más. Pronto moriría y Jade se convertiría en la única persona que podría cuidar de Silver en su vejez. Y, sin embargo, la casa en la que creció estaba en Seúl, y con ella todos los recuerdos que había creado. Tenía su trabajo en la Escuela de Artes Koryo que fundó el nuevo gobierno y le gustaba el trabajo. Había puestos de guardia y puntos de control, pero no había una cerca de alambre de púas que se extendiera desde el Mar del Este hasta el Mar del Oeste. Si Silver se enfermaba, siempre podía ir a PyongYang a verla. Jade decidió quedarse en Seúl por el momento.

* * *

DE NIÑO LEYENDO LOS CLÁSICOS de Confucio y Mencio, a HanChol se le había enseñado que la vida era un camino. Camina en línea recta, sigue el camino del caballero, un viaje de mil millas comienza con un paso, habían dicho. Pero ahora, sabía que la vida era en realidad una rueda. Podría llevarte a lugares si fueras inteligente al respecto. Si fueras tonto o simplemente desafortunado, podría aplastarte. Entre esos dos extremos, la mayoría de la gente trabajó para empujar la rueda. Incluso lo que consideraban un respiro o un placer, como comer, dormir, follar o tener hijos, no era más que hacer rodar la rueda sin ser conscientes de ello. Solo se detuvieron realmente cuando murieron.

HanChol tuvo una vez un sueño de su viejo rickshaw, sus ruedas de gran tamaño girando cada vez más rápido. Su corazón latía con fuerza porque tenía que correr para mantener las ruedas girando. Pero también, las ruedas estaban justo detrás de él y tuvo que correr para evitar ser aplastado. Luego entró en una cueva al pie de una montaña

y las ruedas desaparecieron. Un pájaro apareció a su lado y supo que era un guía amistoso. Lo siguió a través del túnel subterráneo oscuro como boca de lobo, y cuando salió al otro lado, estaba en un valle bañado en un resplandor de alción. Se despertó sintiéndose como si todavía estuviera bañado en una luz dorada, bendecido por un poder desconocido.

A veces, cuando ocurría algún evento extraordinario, la rueda giraba de lado y giraba para determinar el destino de todos. Al final de la guerra, disminuyó la velocidad y finalmente se detuvo, mostrando quién ganaría y quién perdería.

Mientras HanChol se sentaba en la atestada sala del tribunal esperando a su suegro, reflexionaba sobre las victorias y pérdidas de su propia vida. Justo antes de la guerra, se había convertido en el propietario del taller de automóviles más grande de todo el país. Incluso después de que comenzara la guerra, se había beneficiado de la afluencia de camiones militares que necesitaban reparaciones. Pero solo un año después, los japoneses confiscaron su garaje de la noche a la mañana y fundieron todo el metal que pudieron encontrar en el interior. En los últimos estertores de la guerra, HanChol no tenía nada que hacer excepto vivir de la riqueza y los privilegios aparentemente intocables de su suegro. Estaba mortificado y avergonzado de ser tan dependiente, pero SeoHee siempre le aseguraba que nada hacía más feliz a su padre que ver a sus hijos sanos y salvos. Él, HanChol, también era un hijo, no un yerno.

Cuando terminó la guerra y Corea fue liberada, HanChol se puso inmediatamente a la tarea de reconstruir su garaje. Estaba decidido a no pedirle apoyo a su suegro y, sorprendentemente, la ayuda llegó de donde menos esperaba. Sus parientes de Andong se acercaron a él con la noticia de que el primo hermano de su padre había muerto sin herederos ni hermanos menores. Él, HanChol, era el pariente masculino vivo más cercano a ese linaje, uno próspero que dirigía una propiedad de casi diez mil suk de arroz al año. Todo lo que HanChol necesitaba hacer para afirmar que sería adoptado formalmente por la viuda del primo. Con la bendición de su propia madre, HanChol se convirtió en el hijo de una mujer que nunca antes había conocido y usó sus nuevos ingresos para reconstruir su empresa. Tenía ambiciones aún más grandes que antes. No solo repararía autos, sino que también encontraría la manera de producirlos desde cero. Ahora que había sobrevivido a la guerra y se había vuelto más fuerte, HanChol estaba aún más irrevocablemente convencido de sus habilidades. En general,

trató de permanecer tan humilde y meticuloso como siempre, pero los brillantes ojos negros enmarcados por cejas levantadas enérgicamente traicionaron su nueva confianza.

Su suegro, sin embargo, había encontrado un cambio diferente al final de la guerra, pensó HanChol cuando vio a Kim SungSoo entrando en la sala del tribunal entre dos policías. SungSoo vestía uno de sus trajes de lana fina en lugar de una túnica hanbok blanca que preferían otros acusados. Parecía distinguido y orgulloso con su cabeza llena de cabello blanco plateado. La gente susurró y chasqueó la lengua con desaprobación, pero SungSoo no parecía en lo más mínimo preocupado.

"Todos de pie para el Honorable Juez __", anunció alguien, invisible detrás de las filas de cabezas negras y grises. El juez era un anciano de aspecto normal con túnicas de color negro azabache, lo que sorprendió a algunos campesinos ignorantes presentes por parecerse demasiado a las ropas de luto. Levantándose y sentándose de nuevo con la multitud, HanChol notó que no estaba nervioso en lo más mínimo por su suegro y se azotó con una pequeña punzada de culpa.

El juez llamó al fiscal, un joven vestido con un traje oscuro a rayas. Los cargos contra Kim SungSoo fueron largos y graves: el acusado era un colaborador japonés de toda la vida, cuyo tío fue acusado por el mismo abominable gobernador general Ito Hirobumi. El padre de Kim evitó que le confiscaran la propiedad coludiéndose con los japoneses. Kim mismo no era mejor, siendo amigo cercano del jefe de policía de la estación de Jongno, militares japoneses y similares. Suministró fondos al ejército japonés casi hasta el día de la rendición. Esa fue la única razón por la que había logrado sobrevivir ileso a la guerra. El fiscal habló con genuina emoción, agitando el puño en dirección al acusado, cuya cabeza estaba orgullosamente erguida, y los espectadores chasquearon la lengua aún más fuerte. “Todos estos bastardos deben ser muertos en el descuartizamiento”, dijo una voz gruesa y rústica en algún lugar en el medio de la habitación, bastante alto para que todos pudieran escuchar. La gente a su alrededor murmuró de acuerdo.

Estaba claro que la sala del tribunal estaba en contra de Kim SungSoo. Pero HanChol todavía no sentía miedo por su suegro, el abuelo de sus tres hijos (SeoHee estaba en casa, embarazada del cuarto), el hombre que lo había sacado de la pobreza extrema.

El juez llamó al abogado de Kim SungSoo, un hombre regordete y

pálido que usaba anteojos gruesos y redondos y una corbata de lazo púrpura. Miró a su alrededor con desdén a la audiencia antes de comenzar.

“Señoría, sería fácil ceder a los peores instintos de la humanidad cuando acabamos de ser liberados de los grilletes, pero no sería justo. Hemos escuchado sobre los crímenes de los familiares de Kim SungSoo, y sí, su tío fue un traidor, sin duda. Pero murió hace años, ¿y es justo castigar a un hombre por los pecados de su tío? Aparte del hecho de que Kim SungSoo tenía una relación social con policías y gendarmes, nada ha sido probado de su propia culpabilidad o traición. Kim tuvo que fingir que le gustaban esos hombres para poder preservarse, y si castigáramos a todos los hombres que alguna vez se llevaron bien con los japoneses, ¿quién quedaría con vida en este país?

“Contrariamente a las acusaciones, Kim SungSoo fue de hecho un patriota que trabajó incansablemente para lograr la independencia de nuestro país. Su amistad exterior con los japoneses era únicamente para eludir sospechas”, afirmó el abogado, meciéndose de un lado a otro en sus zapatos de cuero pulido. La audiencia murmuró con enojo. "¡Qué perro!" gritó un hombre desde atrás; no estaba claro si se refería al acusado oa su abogado.

—Objeción, señoría —interrumpió el fiscal, pero el juez levantó la mano derecha y el abogado siguió sonriendo—.

“Tengo la evidencia de la actividad patriótica del acusado”, dijo, caminando hacia su esquina. Cuando se dio la vuelta, sostenía algo rectangular y oscuro en sus manos. De un vistazo parecía una pequeña caja que las mujeres usan para guardar sus joyas.

“Este es el bloque de madera que Kim SungSoo usó para hacer diez mil banderas coreanas para el primero de marzo. Durante los últimos treinta años, había guardado esto en un rincón oculto en el sótano de su editorial.

El abogado levantó el bloque de madera por encima de su cabeza y lo mostró primero al juez, luego al jurado y finalmente a la audiencia. Las espirales de su centro aún estaban teñidas de rojo oscuro y azul noche. Un silencio cayó sobre ellos.

“Si lo hubieran atrapado, lo habrían encarcelado o incluso ejecutado. ¿Quién de ustedes ha arriesgado su vida con tanta valentía por este país? El abogado continuó con fiereza, aunque ya sabía que iba a ganar. Estaba tan seguro, de hecho, que había comenzado a pensar en su cena. La marea había cambiado.

En menos de una hora, Kim SungSoo fue declarado un hombre libre e inocente y HanChol se alegró de poder volver a su vida normal.

* * *

MYUNGBO CREÍA EN *EL INYEON* — hilo humano—y en que las conexiones y los encuentros entre las personas estaban predeterminados. Las mejores y más importantes relaciones eran entre marido y mujer, padre e hijo. Esos lazos no se rompen ni siquiera más allá de los límites, lo sabía desde hace mucho tiempo. Lo que recién empezaba a comprender era que el odioso *inyeon* también podía durar tantos años. Tenía un desprecio de décadas por los derechistas proestadounidenses, que mostraban una admiración servil por ese país adoptando nombres ingleses y hablando con nostalgia a tabaco de los tiempos pasados en Princeton o Georgetown. Antes de la guerra, algunos de ellos incluso habían apelado a los Estados Unidos para que gobernaran Corea como su protectorado, lo que a MyungBo le resultó imposible perdonar.

Tan pronto como su sueño de independencia se hizo realidad, se dio cuenta con una vaga sensación de temor de que todos sus rivales políticos habían sido designados para el gobierno de la nueva República. Pero MyungBo todavía creía que no tenía nada que temer. A pesar de toda su inteligencia, estaba más allá de la capacidad de MyungBo comprender las distintas especies de humanidad cuyo rasgo definitorio es el deseo de poder.

Incluso cuando se despertó una noche con los terribles golpes en sus puertas, los golpes de los puños tan incongruentes contra la sedosa calma de la luna blanca, no podía creer que después de todo lo que había pasado, moriría a manos de sus propios compatriotas. Le aseguró a su esposa llorando que no había hecho nada malo. Debido a que era tan gentil y confiado, los policías dudaron en ponerle las esposas y esperaron con la cabeza gacha mientras se ponía el traje y se despedía de su familia.

Claramente ha habido algún error. Volveré en un día o dos como máximo. Cuida bien de tu madre mientras no estoy. Le sonrió a su hijo y con cuidado salió cojeando por la puerta. Prohibió a la familia y a los sirvientes que lo acompañaran, así que se quedaron en el patio mientras su silueta era rápidamente tragada por la oscuridad. Cuando estuvo seguro de estar fuera de su vista, MyungBo extendió sus manos detrás de su espalda y sintió el frío metal cerrarse alrededor de sus muñecas. Respiró el aire de la noche y se sorprendió al descubrir una

breve y aguda punzada de júbilo. Era solo la sensación de estar despierto a esa hora entre la noche más profunda y la mañana más temprana. Se acordó de tener unos dieciséis años y quedarse despierto toda la noche para leer un libro, más despierto y vivo que en medio del día. Estaba seguro entonces de tener toda su vida por delante, y el olor fresco y ahumado de las 4:00 am lo había llenado de una felicidad sin sentido. Ahora era un hombre lisiado con cabello blanco como la nieve, y los años habían pasado en un abrir y cerrar de ojos. El significado de la vejez era que toda la dicha de la vida de uno ahora debe encontrarse mirando hacia atrás, no hacia adelante. Pero había hecho su parte, había vivido por algo más grande que él mismo.

El sol salió en la nueva República justo cuando estaba encerrado en su celda del tercer piso. La ventana no era tan alta, y podía ver los techos de tejas y los árboles de ramas desnudas brillando bajo la luz anaranjada, y los pájaros cantando y deslizándose por el cielo. Esto, la eterna quietud de la mañana, le trajo una alegría y una tristeza insoportables. Las lágrimas corrían por sus mejillas rastrilladas por el tiempo. La muerte era un precio tan pequeño a pagar por la vida.

Parte IV

1964

26

Reloj de arena

1964

EN LA CASA DE KIM HANCHOL, CADA DÍA COMENZABA CON UNA FAMILIA desayuno a las 6:00 a.m. Fue entonces cuando se sentó en la cabecera de la mesa del comedor, mientras su esposa disponía los tazones individuales de arroz, sopa, espinacas blanqueadas y aliñadas, helecho fiddlehead joven, rábano con jengibre, caballa hervida a fuego lento en salsa de soja, rollo de huevo, estofado de kimchi y similares. Sus dos hijas ayudaron a su madre a poner la mesa con cucharas de plata, palillos y tazas de té de cebada. Sus tres hijos se sentaron cerca de él en respetuoso silencio y esperaron a que las mujeres se sentaran. Nadie empezó a comer hasta que él dijo, con firme benevolencia, "Ja, mukja"—aquí, vamos a comer.

Después del desayuno, el ama de llaves limpió la mesa mientras su esposa buscaba su abrigo y su maletín. Solo la llamó yeobo. Para otros, se refería a ella como "mi esposa" o "la madre de mis hijos", y casi nunca recordaba su nombre, SeoHee. Llevaban veintitrés años de casados y era imposible pensar en ella como la niña de dieciséis años de pelo brillante que era cuando se conocieron. Debajo de su ordenado delantal, sus pechos se hundían y su estómago se tensaba incómodamente contra su falda. Sólo sus pantorrillas delgadas y rectas con sus pequeños tobillos habían conservado su feminidad. Ella lo sabía y usaba faldas hasta la rodilla incluso en los días más fríos del invierno.

"Yeobo, vuelve a casa temprano", dijo mientras él usaba un calzador para ponerse los zapatos. Era solo su saludo normal, y no significaba que en realidad necesitaba volver a casa antes.

"Lo sé, yeobo", dijo como de costumbre, envolviéndola en un breve abrazo antes de irse.

El camino de grava que salía de la puerta principal de la casa

estaba ligeramente cubierto de escarcha. HanChol recordó algo cuando sus pies crujieron sobre el hielo, pero no pudo recordar qué exactamente. Todavía estaba bastante oscuro a las 6:30 a.m. y encontró el camino con cuidado hasta su automóvil. El parabrisas también se había congelado; HanChol se la limpió con las manos enguantadas y se sentó en el asiento del conductor.

Por supuesto, podía permitirse un chófer. Después de que terminó la Guerra de Corea, ganó numerosos contratos de construcción para reconstruir barrios enteros en Seúl. Eso llevó a más contratos incluso en otras ciudades: todo el país necesitaba ser resucitado. Luego falleció su suegro, dejando su gran fortuna a HanChol. En poco más de diez años desde el final de la guerra, HanChol se había convertido en una de las personas más ricas del Sur. Pero todavía prefería conducir él mismo. No quería convertirse en uno de esos holgazanes que tanto le desagradaban como conductor de rickshaw, hace muchos años.

El suyo era el único automóvil en el camino a InCheon, una línea gris oscura entre mares gris claro de campos de cebada en barbecho. La luna todavía estaba estampada sobre el cielo occidental cuando llegó a la fábrica. Su jefe de gabinete lo recibió en la entrada, su chaqueta bomber holgada y sus pantalones de sarga le daban un aspecto de espantapájaros. Repasaron el horario de HanChol para el día; hubo una entrevista con un reportero de una revista a las 2:00 p. m. y una cena con un teniente general, quien era un hombre de confianza del presidente Park.

"¿Hiciste una reserva?" preguntó HanChol, quitándose los guantes y guardándoselos en los bolsillos. Dentro de la fábrica, ya había decenas de trabajadores moviéndose eficientemente por las líneas de montaje.

“Sí, son las nueve de la noche en MyungWol”, dijo el jefe de gabinete cortésmente pero sin entusiasmo. HanChol apreció eso de este joven ayudante; le gustaba ver algo de dignidad y valor en sus subordinados.

"Bien, bien." Han Chol asintió. MyungWol había sido reconstruido después de la Guerra de Corea al estilo occidental. En lugar de sentarse en el piso de piedra calentado cubierto con papel encerado dorado, los invitados ahora descansaban en sillas italianas talladas bajo candelabros de cristal. Las cortesanas con moños trenzados y voluminosas faldas de seda también se habían ido. Ahora las mujeres, llamadas anfitrionas, vestían vestidos ceñidos y escotados y el cabello improbablemente enrollado y levantado por encima de la coronilla.

“¿Qué pasó con los cigüeñales? Se suponía que estarían aquí el lunes. HanChol atravesó el piso de la fábrica, su ayudante lo seguía obedientemente.

“Recibimos el envío anoche”, respondió el ayudante, y caminaron en silencio el resto del camino hasta la estación de trabajo donde se le informaría sobre el último prototipo.

HanChol solo frunció el ceño para señalar su disgusto: sus proveedores eran demasiado propensos a retrasar las entregas. En el pasado, habría criticado bruscamente a su ayudante y considerado castigar al subcontratista con pedidos reducidos. Pero en estos días estaba mucho menos dado a la impaciencia por tales retrasos. Había aprendido que si algo estaba destinado a suceder, sucedería sin importar qué, tarde o temprano. Lo contrario también era cierto, tan terriblemente cierto. Esto lo hizo actuar generosamente con aquellas personas que no pasarían en la escala que él tenía, sin importar cuánto lo intentaran. A la gente le gustan sus proveedores, empleados, su ayudante silenciosamente diligente. De hecho, la mayoría de las personas que conocía caían en esta categoría, excepto sus conexiones militares y políticas.

En la estación, sus ingenieros lo esperaban para mostrarle los ajustes más recientes al motor, y al ver sus relucientes pistones y cilindros de hierro, todos tan perfectamente formados y sincronizados entre sí, descansando en un silencio inmaculado y energía contenida, HanChol tuvo la oportunidad. clara impresión de que estaba mirando dentro de su propio corazón.

* * *

JADE HABÍA DORMIDO sólo unas pocas horas aquella fría noche de diciembre. Cuando el cielo comenzó a aclararse, se envolvió en un suéter grueso y se paró en el pórtico, esperando el amanecer.

El día anterior, los compañeros profesores de su escuela estaban cotilleando en el salón de profesores sobre el último lote de arrestos. Jade normalmente se mantenía al margen de estas conversaciones. Las otras eran mujeres de buena cuna que habían estudiado piano y ballet en Inglaterra, Francia y Estados Unidos. Jade sabía que a veces mezclaban frases extranjeras para que no entendiera lo que decían.

“Cinco asambleístas, acusados de comunismo y espionaje. Uno incluso ha sido acusado de ser enviado por Kim Il-Sung para asesinar al presidente. . .” La profesora de piano arqueó las cejas, doblando el periódico por la mitad. Desde que un espía de Corea del Norte cruzó la

frontera y se dirigió a la Casa Azul hace unos años, incluso los políticos de toda la vida fueron expuestos como impostores y agentes secretos.

Pero dudo que sea verdad. ¿Cuántas personas más tienen que ser arrestadas antes de que esto termine?". terminó en voz baja.

"No deberías decir eso," susurró la profesora de ballet, mirando ansiosamente por encima del hombro a Jade. "En cualquier caso, uno de ellos definitivamente era miembro del Partido Comunista en el período colonial: este tipo Nam JungHo".

"¿Qué dijiste?" Jade espetó en voz alta desde su rincón, y la profesora de piano le pasó el periódico.

"¿Alguien que conozcas?" preguntó la profesora de ballet, cruzando los brazos debajo de su pecho y fingiendo amabilidad.

"No, no realmente," dijo Jade. Simplemente miró el papel y lo dejó. Pero toda la fuerza fue drenada de su cuerpo, y ejerció toda su fuerza de voluntad para parecer normal el resto del día.

Tan pronto como llegó a casa, se desvistió y se acostó bajo las sábanas. No había tenido noticias de JungHo desde que trajeron a Lotus a casa juntos. Ella le había dado las gracias calurosamente y le había pedido que fuera a cenar, y él se había negado con fría cortesía. Después de eso, nunca más apareció para ver cómo estaba. Estaba claro que ya no quería tener nada que ver con Jade. Sin embargo, había sido su mejor amigo a lo largo de los años. Le había salvado la vida más de una vez, y en más de un sentido.

Jade solo sabía una forma en que podía salvar a JungHo ahora. Tendría que pedir ayuda a la persona más poderosa que aún estuviera conectada con ella, tendría que hablar con él. Mientras el sol calentaba el patio helado, ella recordaba cómo le había dicho hacía mucho tiempo que creía en su éxito antes que nadie. Se odió a sí misma por haber sido tan ingenua y bien intencionada; odiaba la vida por darle la razón.

* * *

ALREDEDOR DEL MEDIODÍA, HANCHOL REGRESÓ a la oficina en Seúl y comí un almuerzo rápido. Le preguntó a su jefe de gabinete sobre el itinerario de sus próximos viajes de negocios a Hong Kong, Bangkok y Londres. Luego llegó el momento de revisar los documentos bancarios. Mientras cotejaba las declaraciones con la contabilidad, el jefe de gabinete asomó la cabeza y anunció que el reportero había llegado.

HanChol levantó la cabeza de los archivos y se sorprendió un poco al ver que la reportera era una mujer. Tenía el pelo corto y esponjoso y sus pequeños labios estaban pintados de un beige muy pálido. Debajo de un suéter de cuello alto color canela, vestía pantalones rojos de piernas anchas.

"Por favor tome asiento." HanChol la acompañó hasta el sofá y se sentó en su propio sillón frente a una mesa de café con cubierta de vidrio. La reportera se sentó, cruzó las piernas y colocó su bloc de notas en su regazo.

“Entonces, presidente Kim, es un honor conocerlo en persona”, dijo, sonrojándose levemente en su nariz bastante puntiaguda. “Estudié sus empresas en mi clase de economía en la universidad”.

"Eso me hace sentir viejo." HanChol sonrió.

"Oh no, eso no es lo que quise decir". La reportera abrió mucho los ojos. “Me emociona saber cómo hiciste que esto sucediera en tan poco tiempo. Salir de la destrucción de la Guerra de Corea y ser aún más exitoso. . . Y creando la primera empresa de fabricación de automóviles en Corea. ¿Siempre has sabido que esto es lo que querías hacer?

"Sí, yo diría que sí". HanChol ladeó la cabeza pensativamente. “Cuando era adolescente, trabajaba como conductor de rickshaw para pagar la matrícula escolar. Luego pasé a trabajar en un taller de reparación de bicicletas cuando tenía veinte años. Incluso entonces, sabía que podía averiguar cómo funcionan los autos y cómo se ensamblan. Entonces nadie me hubiera creído. Pero la vida tiene una forma de funcionar si solo crees en ti mismo”.

“Eso es increíble”, dijo efusivamente el reportero. “Entonces, se trata de visión, se trata de confianza”.

HanChol asintió, apartándose el cabello de la frente. Todavía tenía la cabeza llena de cabello, solo que era más blanco que negro.

“Mi próxima pregunta es, ¿cómo puede alguien tener confianza? Parece que algunas personas simplemente nacen con un sentido más fuerte de autoestima, ¿no es así? ¿Siempre estuviste tan seguro de tus propias habilidades?

“Oh, la confianza no es algo con lo que se nace. Si lo tienes desde el principio, significa que eres un tonto”, dijo HanChol lentamente, organizando sus pensamientos. “Solo hay dos cosas en el mundo que te dan verdadera confianza. Uno es superar las dificultades por sí mismo y el otro es ser profundamente amado. Si experimentas ambos, tendrás confianza por el resto de tu vida”.

HanChol definitivamente no era un hombre sentimental, pero aun así, no podía evitar sentirse un poco melancólico por el pasado. Por la ventana, un vendaval frío y seco azotaba los nuevos edificios, esos cilindros y cubos de hormigón y acero. Los esbeltos árboles marrones bailaban, y hombres y mujeres se bajaban los sombreros y se envolvían con más fuerza en los abrigos, inclinándose hacia adelante mientras caminaban contra el viento.

El reportero siguió preguntándole sobre sus inicios, cómo abrió su propio taller de reparación de automóviles en la época colonial, su vida matrimonial y familiar, su primer contrato con el ejército estadounidense después de la Segunda Guerra Mundial, cómo se incendiaron todas sus empresas durante la guerra. Guerra de Corea, cómo las reconstruyó desde cero y cuáles eran sus planes, ahora que había logrado todos los sueños de su juventud.

"¿Mis planes? No tengo ninguno, excepto invitarte a cenar mañana", dijo HanChol. "Encuéntrame en el Hotel Silla a las siete de la tarde"

La reportera se sonrojó intensamente, pero le dio su número de teléfono antes de salir de la oficina, con los pantalones de cintura alta subiendo por su trasero firme y en forma de corazón. Cuando la puerta se cerró, HanChol estuvo tentado de masturbarse, pero suspiró y comenzó a revisar el contrato de préstamo para la construcción de una nueva fábrica en SongDo.

Hubo un golpe en la puerta; era su jefe de gabinete.

"Disculpe, una anciana está aquí para verlo sin una cita. Traté de rechazarla, pero ella dice que se conocen desde hace mucho tiempo".

HanChol levantó la vista de sus documentos. Realmente no había mucho tiempo para entretener a parientes lejanos y parásitos. Pero si se trataba de alguna tía separada, la despediría con un poco de dinero.

"Tráela adentro", dijo con un suspiro.

Un momento después, la puerta se abrió de nuevo y su corazón comenzó a latir con fuerza cuando reconoció su forma familiar. Su cabello recogido en un moño era gris pizarra, y su estrecha frente estaba profundamente arrugada. Sus labios, que una vez habían sido tan maduros y voluptuosos, ahora estaban delgados y arrugados. Pero sus ojos aún se veían iguales con su brillo peculiar, y su silueta con su postura inusualmente erguida era tan elegante como la recordaba. Le costaba respirar.

—Jade —gritó en voz baja. Sin saber qué más hacer, se acercó y tomó sus manos entre las suyas. Ella lo estaba procesando en silencio

a su vez. Sus brazos, hombros y pecho se habían inclinado hacia afuera mientras que su estómago se había vuelto redondo y suave. Su cabello había retrocedido una pulgada, y su piel tenía el tinte de bronce fangoso de los ancianos. Pero lo que más le había gustado de él, su sonrisa, había permanecido igual.

"Lamento irrumpir en ti de esta manera". Su voz tembló.

"¿Cómo diablos me encontraste?"

“La guía telefónica”. Ella dejó caer sus manos y bajó la barbilla, como si estuviera avergonzada.

“Oye, oye, estoy tan contenta de que hayas venido. Por favor, siéntese”, le dijo HanChol, y luego ordenó a su jefe de personal que trajera café. Hablaron en voz baja sobre el clima y el frío de este invierno hasta que el ayudante reapareció con dos tazas de café caliente y un plato de pastel de crema.

“Entonces, ¿cómo has estado todo este tiempo?” preguntó HanChol.

“He estado bien, a mi manera. Desde la independencia he estado enseñando en la Escuela de Artes Koryo para Niñas. Ha sido bueno, aunque cada año, menos niñas optan por especializarse en danza tradicional. Pero estoy agradecido de tener el trabajo”.

¿Y qué hay del matrimonio, de la familia?

Jade negó con la cabeza avergonzada. Esta fue una humillación particular que ella no había previsto. “No me importa que nunca me casé. Pero desearía haber podido tener hijos”, dijo con sencillez y honestidad.

HanChol sintió pena por ella y no sabía qué decir que no sonara desagradable. Él respondió: “Sí, entiendo”.

"¿Y tú? Leo sobre ti todo el tiempo en periódicos y revistas. ¡Incluso te vi en la televisión una vez! Parece que todo te ha ido de la mejor manera posible.”

“Tuve altibajos como todos los demás, pero todo salió bien para mí”.

“¿Y qué hay de los niños?”

“Tengo tres niños, dos niñas. El mayor está en tercer año en la universidad y el más joven tiene solo doce años.

Jade sonrió. “¿Cómo puede alguien no tener envidia de tu vida? Siempre dije que serás el hombre más exitoso de Seúl y has superado mi predicción”.

“Jade…” HanChol tomó un pequeño sorbo de su café. "Sabes, te debo mucho".

Era el turno de Jade de tomar un sorbo de su café, que en realidad era para ocultar cómo sus ojos se habían llenado repentinamente de lágrimas. "Sí, lo sé", graznó de manera desigual detrás de su taza.

HanChol se acercó y le tocó el brazo suavemente. Dejó la taza en el plato y se limpió las comisuras de los ojos con un dedo, evitando con cuidado el maquillaje de los ojos.

“Lamento mucho cómo te lastimé”, dijo.

“Esa noche cuando viniste por última vez,” comenzó Jade temblorosa. “La tía Dani falleció. Casi me muero de culpa, pero era la guerra, así que tal vez me estaba muriendo de hambre. Cómo sobreviví a eso, no lo sé exactamente”.

HanChol retiró su mano de ella y miró su regazo en silencio.

—Lo siento de veras, de veras —dijo al fin. “Ojalá hubiera algo que pudiera hacer para pedirte perdón. . .” Sin levantar la vista, sintió que ahora estaba llorando abiertamente por el sonido de su respiración aguda.

—Hay algo que puedes hacer por mí —logró decir entre hipo.

"Haré lo que sea."

“¿Recuerdas al Sr. Nam JungHo? Me ayudó con muchas cosas cuando éramos jóvenes. Si necesitaba algo, él siempre estaba ahí”, dijo Jade. HanChol recordaba al hombre: bajo, nervudo, un poco salvaje y tosco. Hubo un incidente durante la guerra cuando JungHo le ofreció groseramente comida gratis frente a todos sus compinches, solo para mostrar quién tenía la ventaja. Pero HanChol no lo odiaba ni lo despreciaba, nunca había pensado demasiado en él.

“Antes de que muriera la tía Dani, JungHo solía venir con sacos de arroz cuando nadie tenía nada para comer, y me ayudó a encontrar a Lotus después de que ella desapareciera. Ha sido arrestado —continuó Jade—.

"¿Bajo qué cargos?" preguntó HanChol, aunque más o menos ya había adivinado la respuesta.

Espionaje, actividad comunista. Fue miembro del Partido Comunista hace mucho tiempo, pero dudo que sea un espía del Norte. Sabes que no se trata de lo que realmente cree o comete. . . Esto es solo una excusa para deshacerse de cualquier oposición. Sé que JungHo es inocente. Nunca he conocido a ningún otro hombre con tan buen corazón. Tienes conexiones con el régimen, ¿no podrías decir una palabra?

“Lo que estás preguntando, es muy difícil. Incluso si hablo en su nombre, no hay garantía de que funcione. El presidente Park tiene su

propia forma de hacer las cosas. Lo entiendes, ¿no?

“Sé que será difícil. Todo lo que te pido es que lo intentes,” dijo Jade.

"Está bien, te prometo que hablaré".

Cuando Jade se levantó para irse, HanChol se levantó con ella. «No te vayas, quédate conmigo», quería decir; las palabras casi quedaron atrapadas en su garganta.

"Espero verte de nuevo", dijo en su lugar. “Una vez te dije que no sentiría por nadie más lo que sentí por ti. . . Resultó ser cierto”.

"Ah, HanChol, yo también". Ella se acercó y apretó su mano por última vez. Una lágrima caliente rodó y aterrizó con un chapoteo en su muñeca. “Yo también, mil veces”.

* * *

EN LA CÁRCEL, JUNGHO HABÍA TENIDO sueños peculiarmente vívidos. En uno, estaba caminando por las montañas cuando un tigre se le acercó y se arrodilló. Se subió a su lomo y se fue saltando por los cerros azules, casi volando, envuelto en nubes. En otro sueño, estaba cruzando un hermoso desierto sin calor. La arena era tan fina como la harina y de color rosa atardecer, y el cielo era de un turquesa claro. Estaba buscando algo, un pozo. Entonces, sin problemas, como siempre sucede en los sueños, el objeto de su búsqueda cambió a Jade. Sin previo aviso, la arena comenzó a caer del cielo como lluvia. Fue indoloro, no le entró nada en los ojos ni en la nariz, pero se dio cuenta de que lo enterrarían si no aceleraba el paso. Corría ingrávido en la tormenta de arena cuando se despertó, empapado en sudor.

La mañana después de ese sueño, se despertó y comió un tazón de avena turbia que se deslizó debajo de su puerta. Había un bloc de notas y un lápiz entre las pocas cosas que le permitían tener en su celda, por lo que comenzó a practicar la escritura. A pesar de que hizo campaña y fue elegido como representante de su distrito, JungHo todavía tenía problemas con sus cartas. MyungBo había dicho una vez que le escribió a su hijo desde la prisión; JungHo tenía dos hijos y deseaba poder decirles algo también. Hasta ahora, solo había logrado llenar una página entera con los caracteres en bloque de su propio nombre. Luego se oyó el ruido de pasos resonando por el pasillo y el deslizamiento de la mirilla.

“Tienes una visita”, anunció el guardia.

"¿Yeobo?" JungHo comenzó a decir. Su esposa no había ido a verlo todavía, pero supuso que había estado atada con los niños.

“Date la vuelta y junta las manos”.

JungHo se dio la vuelta y recogió sus muñecas detrás de su espalda, y sintió que las esposas se ajustaban alrededor de ellas. Lo condujeron por el pasillo hasta una habitación vacía, donde lo quitaron las esposas. Había una mesa de madera y dos sillas en medio de la habitación. JungHo se sentó, cruzó los brazos sobre la mesa y hundió la cabeza. Estaba vencido por la fatiga y no era tan joven como para mantener la cabeza erguida por orgullo.

“JungHo”, gritó alguien.

Miró hacia arriba con incredulidad. Sus ojos se enfocaron y captaron la figura de Jade, ambos completamente familiares y extraños al mismo tiempo.

—Jade —se las arregló para decir, todavía tambaleándose por el mareo. "¿Eres realmente tú?"

Jade asintió, se sentó frente a él y tomó su mano. "¿Cómo te sientes?"

"Te he extrañado. Es tan bueno verte —dijo tembloroso. Tenía tanto que decirle, pero ahora su mente se quedó en blanco y todo lo que pudo hacer fue apretar su mano.

“Es bueno verte a ti también. Siempre me arrepentí de lo que dije antes de que fueras a Shanghai. Por favor, perdóname”, dijo Jade, mirándolo a los ojos. Ella siempre había sido así, sincera y amable, recordó con una oleada de cariño.

“No, eso fue mi culpa. No debí haberte presionado. JungHo sintió ganas de ser directo con ella porque de todos modos no quedaba mucho tiempo.

"Sabes, has sido mi mejor amigo y la mejor persona que he conocido en mi vida". Jade trató de sonar animadora en lugar de triste. “Fui a pedirle a HanChol que hablara por ti. Está extremadamente bien conectado con el régimen y el ejército. Hará lo mejor que pueda por mi bien.

“Gracias, significa mucho para mí que quisieras ayudarme. Simplemente no sé si es posible. . .” El pauso. Jade empezó a protestar, pero negó con la cabeza y continuó. “Tuve un sueño anoche donde estaba cruzando un desierto. Era un lugar hermoso con arena fina, suave y rosada y un cielo azul claro. Entonces la arena empezó a caer desde arriba, como lluvia. Primero me llegó a los tobillos y luego a las rodillas. . .”

Jade lo miró a la cara con sus ojos oscuros, aún encantadores.

“Estaba tratando de salir corriendo de allí cuando me desperté. Y

luego me di cuenta más tarde esta mañana. Estaba dentro de un reloj de arena". JungHo sonrió de modo que aparecieron muchas líneas en la piel suelta de sus mejillas, entrecanas con cabello gris.

"Jung Ho. . ." Jade comenzó a decir, pero negó con la cabeza.

"Dadas las probabilidades, debería haber muerto hace mucho tiempo. No tengo miedo de nada de lo que pueda pasar. . . Lo único es que desearía haber hecho algunas cosas de manera diferente en mi vida. Solo ahora que me estoy acercando al final, finalmente veo todo con tanta claridad". JungHo envolvió ambas manos alrededor de las más pequeñas de Jade.

"¿Qué quieres decir?"

"Nunca te conté la historia de mi padre y un tigre, ¿verdad?"

Jade negó con la cabeza.

"Es una historia asombrosa que me contó mi padre antes de fallecer. De niño no sabía qué hacer con eso, pero muchos años después conocí a alguien que me confirmó que el relato de mi padre era cierto.

"Esto fue hace unos cincuenta años en la provincia de PyongAhn. Era pleno invierno y no teníamos nada para comer, así que mi padre se fue a cazar a las montañas con arco y flecha. Tenía la esperanza de atrapar algunos conejos o un ciervo, pero comenzó a rastrear lo que parecían las huellas de las patas de un leopardo.

"Así que siguió las huellas hasta las montañas más profundas, y terminó en un acantilado. Allí se encontró cara a cara con el animal, pero resultó ser un tigre en lugar de un leopardo. Si lo hubiera matado a tiros, habríamos tenido suficiente para comer por lo menos durante un año. Pero se dio la vuelta y comenzó a caminar montaña abajo. Empezó a nevar, y ya estaba al borde de la inanición. Finalmente, se cayó, pensando que no se volvería a levantar.

"Estaba a punto de morir congelado, cuando un oficial japonés lo encontró y lo revivió; este oficial fue quien corroboró la siguiente parte de la historia, cuando lo conocí por pura casualidad décadas después. Describió perfectamente a mi padre y dijo que me parecía a él.

"Mientras mi padre y el oficial descendían, se dieron cuenta de que un tigre los seguía. Uno gigantesco, a juzgar por su huella. De repente, apareció saltando de la nada, listo para atacar. Pero mi padre lo ahuyentó con solo gritar: lo vio, se dio la vuelta y corrió hacia el bosque. Un tigre como ese debería haber matado a mi padre de un solo salto".

"¿Por qué no quería lastimar a tu padre?"

“Mi padre siempre pensó que el tigre era mi madre, renacida”.

JungHo miró a los ojos de Jade, su único rasgo que aún se veía igual que cuando ambos eran jóvenes. Le dolió descubrir que incluso dentro del reloj de arena había algo que no había sido tocado por el tiempo.

“No sé si eso es cierto, es solo lo que él creía, que ella lo amaba tanto que incluso en otra vida quería protegerlo. Porque, Jade, todo es inyeon en este mundo. Es cierto lo que dicen, incluso cepillarse el dobladillo del abrigo en la calle es inyeon. Pero la relación más importante de todas es la que existe entre marido y mujer. Eso es lo que lamento. . . que no llegué a estar contigo. JungHo sonrió con tristeza. Con todo lo que ambos sabían y experimentaban juntos y por separado, ya no tenía miedo de posponerla con esta declaración más verdadera de su vida.

"Lo lamento . . . Yo también lo lamento”, dijo Jade, limpiándose la nariz que le picaba.

“Si tuviera que volver en otra vida, te encontraría y me casaría contigo. Incluso si no regreso, y estoy atrapado en algún lugar en el crepúsculo eterno. . . o el cielo o el infierno. . . Flotaré, buscándote. JungHo se rió en voz baja.

“Si me vuelves a preguntar, te diré que sí. Lo prometo”, dijo. Gotas de lágrimas se estaban convirtiendo en arroyos a lo largo de sus mejillas.

"Espera." JungHo soltó sus manos y comenzó a buscar a tientas en los bolsillos de su pantalón. "Quiero darte algo."

Extendió algo pequeño en su mano. Era un anillo de plata del tipo garakji redondeado.

"¿Cómo es que guardaste esto aquí?" Jade susurró.

"Oculto dentro de mi cintura".

“Se parece exactamente a un anillo que tenía mi madre adoptiva en PyongYang. Desde entonces nunca he visto otro como este. ¿Dónde lo obtuviste?"

“Mi padre me dio esto antes de fallecer. Debe haber pertenecido a mi madre. . . Él la amaba mucho. Ven, dame la mano."

JungHo deslizó el anillo en su dedo una vez delgado, ahora nudoso.

"Es hermoso. Gracias”, dijo entre sollozos. “¿Sabes?, este es el único anillo que he recibido. Siempre quise uno como este”.

“Ojalá pudiera haberte dado esto mucho antes. Si pudiera volver

atrás, te daría todas las joyas del mundo. . .” dijo él, apartando la mirada detrás de su oreja para no llorar, para no cargarla con sus lágrimas.

27

La caminata

1964

A LA MAÑANA SIGUIENTE, JUNGHO FUE DESPERTADO POR SU GUARDIA, que lo esposó y lo condujo a una puerta custodiada por soldados a ambos lados. Era un cuarto húmedo de paredes de concreto, y al frente había un estrado elevado donde un hombre con uniforme militar estaba escribiendo algo en su libreta. Era uno de esos hombres anodinos y de facciones planas cuya apariencia mejora sustancialmente con la adición de un casco, que para él era una gorra de camuflaje. A su derecha, había una secretaria frente a una máquina de escribir; a su izquierda, había una silla de madera vacía. En el centro de la habitación había un taburete, que proyectaba múltiples sombras débiles de las bombillas desnudas que colgaban a ambos lados de la habitación. JungHo tomó asiento y miró impasible a su interlocutor.

"Nam JungHo, estás aquí acusado de traición, espionaje, colusión con el enemigo y creencias antipatrióticas. ¿Cómo se declara?" preguntó el hombre de camuflaje.

"No culpable", dijo JungHo con voz ronca.

"Escucha, Nam Jung Ho. Leí en el informe que naciste en la provincia de PyongAhn. Al igual que yo, no estoy seguro de que puedas escucharlo en mi acento", continuó el hombre, clavando su bolígrafo en su libreta varias veces para enfatizar.

"También leí que tienes dos hijos. Uno tiene catorce años, y el más joven tiene sólo diez. Maravillosa edad. Yo también tengo hijos, yo mismo. Así que ten mucho cuidado con cómo respondes. . . No me gusta destrozar una familia joven, pero tengo que cumplir con mi deber con el país, y el caso está completamente en tu contra.

"Si te declaras culpable, serás sentenciado a veinticinco años. Pero si te portas bien en prisión, renuncias a tus creencias antipatrióticas y

demuestras tu reforma, saldrás en libertad condicional. Podrías ser un hombre libre después de, digamos, diez años, como máximo. Si el presidente Park se siente con ganas, incluso puede salir después de las cinco. En ese momento, el más joven todavía solo tendrá quince años. Podrías criar a tu familia". El hombre camuflado tenía la manera de explicar algo pacientemente a un niño. JungHo lo miró a la cara.

"Si niega los cargos, no puedo garantizar tal indulgencia. Es posible que nunca vuelvas a ver a tu familia. ¿Por qué ser tan tonto?

"Nunca tuve contacto con nadie en Corea del Norte".

"Nam JungHo, tienes una extensa y ampliamente reconocida historia de actividad comunista y antipatriótica durante toda tu vida. Eras seguidor de Lee MyungBo, el antiguo líder del Partido Comunista de Koryo. ¿Quieres terminar como él?

"Renuncié a todos los lazos con él en 1948 cuando fue a juicio. He sido absuelto de todo eso". JungHo cerró los ojos ante la mención del nombre de MyungBo. En su mente, el amable rostro de su mentor brilló como un faro y luego desapareció, dejándolo solo en la oscuridad de la vergüenza.

"No es tan simple, Nam JungHo. No eras solo un seguidor, parece que eras casi un hijo adoptivo para él. Él personalmente te enseñó a leer y escribir. Viviste en su casa de huéspedes durante años.

JungHo se miró las rodillas, sin comprender cómo el hombre camuflado podía saber tanto de una historia tan antigua. Ni siquiera su esposa sabía qué tan cerca estaba él de MyungBo.

"Traiga al testigo", dijo el interlocutor a su secretaria, quien dejó de teclear y abrió una puerta lateral. Una luz intensa entraba a raudales por esta abertura, de modo que dispersó el intrincado patrón formado por las dos bombillas desnudas de la habitación. JungHo vio una nueva sombra con la forma de una criatura parecida a un hombre aparecer contra la pared, detrás del interlocutor, antes de que la puerta se cerrara y se desvaneciera en la oscuridad.

Un anciano delgado se había colado en la habitación y estaba sentado en la silla de madera vacía. JungHo pudo distinguir solo la columna vertebral esbelta y los ojos estrechos con forma de comas laterales. Entonces se dio cuenta, con un horror distante y onírico, de que se trataba de su viejo amigo Loach.

"Hwang InSoo, también conocido como Loach, ¿cuándo conociste al acusado por primera vez?" preguntó el interlocutor.

"Tenía doce años. . . Así que 1918", respondió Loach, sin mirar a JungHo.

“El acusado vivió en las calles, mendigando y robando, hasta que tuvo la edad suficiente para usar su pandilla y estafar dinero de los negocios del vecindario, ¿correcto?”

"Eso es correcto."

"¿Qué paso después de eso?"

Loach se aclaró la garganta con sequedad. “Conoció a Lee MyungBo y se convirtió en uno de sus compinches rojos”.

“Me llevaste con él”, intervino JungHo con incredulidad, pero Loach aún evitaba resueltamente sus ojos.

"¿Es eso cierto? Dejaste esa parte en tu testimonio anterior. El interlocutor frunció el ceño con disgusto.

“No, fue JungHo quien me llevó. Lo seguí, eso es cierto, pero ¿por qué lo llevaría a alguna parte? Era el jefe, ese era su título”, dijo Loach con calma.

"Entonces, ¿qué pasó entonces?"

“JungHo rápidamente se convirtió en el favorito de MyungBo, su mano derecha. Fueron juntos a muchas reuniones. . . Mi corazón no estaba en eso, así que lo dejé. Pero JungHo fue absorbido directamente por el Partido Comunista. Hizo todo lo que MyungBo le pidió que hiciera y se fue a Shanghái durante algunos años. Perdimos el contacto durante ese tiempo”.

"¿Cuándo estuvo en Shanghai?"

“Se fue alrededor de 1941. . . No estoy seguro de cuándo regresó, no me avisó”.

“¿Es posible, entonces, que hizo contactos con el Partido Comunista Chino durante ese tiempo? ¿Los chinos que invadieron Corea del Sur junto con Kim Il-Sung menos de diez años después? El interlocutor levantó la voz con la emoción de un presentador de concursos.

“Sí”, afirmó el testigo.

¿Por qué haces esto, Loach? Jung Ho gritó. Al escuchar ese apodo, Loach finalmente miró a su viejo amigo.

“Hago lo que tengo que hacer”. Exhaló las palabras tan rápida y silenciosamente que fueron casi ininteligibles para JungHo. El interlocutor hizo como si no hubiera oído.

“Nam JungHo, registramos tu casa y tenemos la prueba de tu actividad antipatriótica después de que regresaste de Shanghái en 1945”. El interlocutor abrió una cartera y sacó una hoja de papel amarilla. Lo desdobló con cuidado y comenzó a leer en japonés. “El portador de este documento, Nam JungHo, está en una misión

especial asignada por el General Yamada Genzo, el comandante del Quinto Ejército. No obstaculices su misión y concédele un salvoconducto. Tenno heika banzai. Firmado, Yamada Genzo, _ de junio de 1945."

El interlocutor tenía una pronunciación muy fina que insinuaba el entrenamiento de la academia militar japonesa; la caída parabólica de sus frases dejaba claro cuánto le gustaba leer en ese idioma.

"Y esto, un recuerdo de Yamada, al parecer". Levantó algo pequeño y rectangular. Se había vuelto gris hollín con el tiempo, pero era inconfundiblemente la pitillera plateada.

* * *

JADE CAMINABA HACIA CASA DESPUÉS de terminar el último día de clases. Le quedaba un mes y medio de vacaciones de invierno y estaba animada por una sensación de alivio y posibilidades. Se permitió recordar el encuentro con HanChol igual que un escritor moja su pluma en tinta, con el placer habitual.

En ese momento, no había tenido la oportunidad de detenerse en sus emociones. Como siempre ocurre con los hechos significativos, los sentimientos se desarrollaron plenamente y adquirieron nuevos colores y olores al revivir la escena en su mente. Ahora vio que no se había enfadado con él en su presencia, ni siquiera por la muerte de Dani. Ella se sorprendió más al descubrir que quería volver a verlo, hablarle de los diferentes caminos que habían tomado. Era difícil creer que alguna vez habían recorrido el mismo camino, lo suficiente como para haber imaginado que algún día podrían casarse.

Giró por un bulevar en Jongno. Quería pasarse por el Café Seahorn a tomar un café, como hacía a veces sola. El café ahora era un lugar tranquilo que tocaba estrictamente música de antes de la Guerra de Corea. Los reservados de cuero rojo estaban agrietados y desconchados, el paragüero estaba lleno de bastones y los antiguos clientes murmuraban acalorados sobre el arte que había pasado de moda hacía unos veinte años. Tenían la costumbre de pelearse entre ellos por la historia mal recordada o los desaires percibidos, pero olvidaban rápidamente o pretendían olvidar. Quedaban tan pocos de ellos después de dos guerras e innumerables luchas intermedias, que no era fácil terminar las relaciones incluso con los enemigos.

El poeta-propietario todavía estaba allí, y aunque su cabeza ahora estaba gris, era lo que menos había cambiado desde los días de juventud de Jade. Llevaba las mismas gafas redondas y una camisa

blanca bien planchada, y nunca se dio cuenta del envejecimiento de su clientela ni de su decaimiento de estrellas. Nunca se casó ni tuvo hijos, y la gente ya no se molestó en difundir rumores sobre por qué. Incluso su relación con Jade nunca se había convertido en amistad, y ella estaba perfectamente feliz con eso. Cuando ella entraba, él siempre charlaba amistosamente durante un minuto y luego la dejaba sola.

Jade fue sacada de su ensimismamiento por una multitud que bordeaba el bulevar a ambos lados. Estaba molesta; ella había querido caminar en paz y tranquilidad a su café. Cuando comenzó a abrirse camino hacia una calle lateral, la gente comenzó a gritar y abuchear.

“¡Bastardos! ¡Hijos de puta! gritaron.

Jade se dio la vuelta y vio una fila de una docena de hombres, con las muñecas atadas y atadas juntas como una ristra de corvina seca. Cada hombre tenía un gran cartel colgando sobre su cuello. SOY UN LADRÓN Y MEREZCO CASTIGO decía un cartel. DORMÍ CON LA MUJER DE MI PADRE, decía otro. No satisfechos sólo con los abucheos, algunas personas comenzaron a recoger piedras y arrojárselas a los hombres.

Jade casi gritó en voz alta cuando vio a JungHo en medio de la fila. Su letrero, con letra temblorosa e infantil, decía: SOY UN GÁNSTER Y UN COMUNISTA Y MEREZCO MORIR.

"¡No! ¡No!" Jade gritó, empujando a un lado las olas de alegres extraños. La gente le silbaba desde todos los lados, pero ella se abrió paso hasta el frente y siguió al tren de hombres.

“¡Jung Ho!”

De alguna manera, por encima del alboroto de la multitud, JungHo la escuchó y encontró sus ojos. Un lado de su rostro ya estaba morado e hinchado, y las rocas aún volaban a su lado. Uno lo golpeó en la espalda y algunos jóvenes cerca de Jade estallaron en gritos de alegría.

“¡Detente, perros!” Jade empujó al joven que vitoreaba más fuerte.

“¿Qué diablos? Vieja perra —murmuró, no tan alto, y luego desapareció entre la multitud con sus amigos.

Jade se encontró con los ojos de JungHo de nuevo. Él le dio la más mínima negación con la cabeza, no hagas nada. Luego sonrió, para hacerle saber que estaba bien.

Estaba recordando en ese momento el desfile de cortesanas, hace ya muchos años. Fue casi en este mismo lugar donde se había enamorado de la hermosa joven que le arrojó una flor a la cara, la primera vez que vio a Jade. Tenía la delirante sensación de haber

estado caminando por este camino todo este tiempo; y todo este tiempo, ella estuvo allí para conocerlo. Quería volver a mirar a Jade, pero pensó que eso podría provocarla a hacer algo peligroso y heroico. Tuvo que apartar la mirada, aunque le dolía no poder decirle te amo. La cuerda fue tirada, otra piedra lo golpeó en la oreja y las burlas de la multitud se desvanecieron. Comenzó a caminar de nuevo, un paso a la vez, hacia donde terminaba el camino.

Epílogo

La mujer del mar

1965

DESPUÉS DE LA EJECUCIÓN, NO PODÍA SOPORTAR QUEDARME EN SEÚL. Renuncié a la escuela, volví a casa y empaqué todas mis cosas. Casi todo lo regalé a los vecinos ya algunos de mis alumnos. Luego fui al jardín y desenterré el collar de diamantes y el jarrón de celadón. Envueltos en seda y escondidos en dos cajas nido, todavía se veían igual que cuando los había visto por última vez. Solo yo había cambiado.

Tomé el tren a Busan y observé cómo cambiaba el paisaje por la ventana. Cuando bajé del tren, el sol se estaba poniendo en el puerto y una bandada de gaviotas se posó ruidosamente cerca de mis pies. Entonces oí los barcos tocar sus bocinas, tal como me dijo el poeta. Sentí que podía respirar de nuevo por primera vez desde ese día. Pero esto todavía no estaba lo suficientemente lejos de Seúl, ya la mañana siguiente me subí a un barco a Jejudo.

Todo en Jejudo es diferente del continente, comenzando por el mar. Es de color turquesa claro cerca de una playa de arena, y se vuelve más profundo a verde esmeralda y azul zafiro más lejos de la orilla. En algunos lugares donde la roca volcánica negra se precipita hacia un risco repentino, las olas índigo parecen reflejar el cielo nocturno incluso cuando está soleado y brillante. En pleno invierno, los árboles de camelia con sus hojas verdes y brillantes estaban en plena floración, y cuando soplaba el viento, sus flores rojas caían sobre los acantilados negros o se precipitaban al mar. El aire olía a sal ya mandarinas maduras.

Hesoon solía decir que Jejudo es el lugar más hermoso del mundo. No he visto gran parte del mundo para saber realmente, pero puede que ella tuviera razón.

Encontré una choza vacía junto al mar. Había muchas casas abandonadas en Jejudo después de los disturbios y el cólera de los

años cuarenta y cincuenta. Nadie en el pueblo estaba feliz de verme, pero tampoco nadie me dijo que me fuera. La gente de la isla desconfía de los continentales. Ninguno de ellos hablaba coreano estándar, y no los entendía cuando susurraban y reían frente a mi cara.

LO PRIMERO QUE HICE fue esparcir las cenizas. Si hubiera tenido una forma de encontrar a la familia de Hesoon, lo habría intentado, pero era solo una niña cuando nos conocimos y ni siquiera sabía su apellido. Los llevé a lo alto de un acantilado cerca de mi casa y el viento los llevó al mar. "¿Te gusta aquí? ¿Verdad que es precioso, tía Dani? ¿Estás feliz de estar de vuelta, Hesoon? Nadie respondió, excepto por el aullido del viento.

DESDE EL ACANTILADO, podía mirar hacia abajo y ver una cala donde las marineras se cambiaban y descansaban entre inmersión e inmersión. Tras varios días dudando, por fin bajé. El descenso en sí me dio vueltas a la cabeza y me temblaron las piernas.

“Me gustaría aprender a bucear”, les dije a las mujeres, sin estar seguro de que alguna de ellas lo entendiera. Hablaron entre ellos en su dialecto, se rieron un poco y volvieron a secarse sobre el fuego. Una de ellas estaba amamantando a un bebé y otra estaba compartiendo sus mandarinas con sus compañeros. Parecían pensar que me iría eventualmente. Me di la vuelta, consternado ante la idea de volver a subir a la cima.

"¿Qué hace aquí un continental como tú?" Oí una voz a mis espaldas y me di la vuelta. Llevaba un par de pantalones de buceo de lino negro, pero debajo de su camisola blanca estaba muy embarazada. Hablaba en el pesado y melodioso dialecto de Jeolla.

“Tenía la esperanza de poder convertirme en una mujer de mar”, dije.

Ella se rió de buena gana. “Nunca escuché tal cosa. Tía, esto no es algo que puedas aprender a esta edad. La gente se ahoga en estas aguas. Ve a cuidarte, tía.

TENÍA MAS QUE SUFICIENTE dinero después de vender la casa en Seúl. No tenía nada que hacer excepto caminar todo el día. Una mañana deambulé hacia la montaña Halla cubierta de nieve, que es visible desde mi parte de la isla. Pensé que estaría mucho más cerca, pero después de caminar muchas horas, todavía estaba muy lejos. Finalmente tuve que admitir que estaba perdido y que era un tonto

por tratar de llegar allí sin ninguna dirección. De alguna manera logré regresar al camino hacia el pueblo, que reconocí por algunos árboles y arbustos familiares. Fue entonces cuando escuché los gemidos y los gritos, provenientes de una choza cercada cerca.

Entré corriendo y encontré a una mujer en trabajo de parto. Era la misma marinera que me había dicho que volviera a casa. No había nadie en el vecindario; todos los hombres estaban en el mar en sus botes, y todas las mujeres estaban buceando.

Traté de recordar lo que la partera había hecho con Luna. Si hubiera sido un parto difícil, estoy seguro de que no habría ayudado. Pero la mujer era joven y saludable, al igual que el bebé. Todo lo que realmente tenía que hacer era cortar el cordón, atar el extremo, bañar al bebé y ponerlo en brazos de su madre.

VER EL MAR TE HACE pensar en cosas. Pasé días enteros en la playa, con las rodillas pegadas al pecho, recordando. Y un par de veces al principio, lloré pensando en JungHo, la última sonrisa que me dio incluso cuando estaba siendo apedreado y desfilado. Pero cuanto más miraba las infinitas olas azules, más me atraía la mente hacia los recuerdos felices. La verdad es que me cuesta recordar con gran detalle todas las cosas terribles que han pasado, salvo algunas imágenes.

Recordé que cuando HanChol y yo rompimos, no lloré en la cama antes de quedarme dormido. Pero lloré tan amargamente en mis sueños esa noche que me desperté sobresaltado y me di cuenta de que mis ojos estaban húmedos. No obstante, no puedo recordar lo que nos dijimos esa última noche, o cómo exactamente me rompió el corazón. Lo que todavía puedo ver con gran claridad son solo las partes hermosas. Bailando el vals con la tía Dani, Luna y Lotus. La primera vez que subí al escenario en el Teatro Joseon. Besando a HanChol bajo la luz de la luna. La forma en que me miró. Ser acariciado por él. Debo admitir, y es vergonzoso, incluso a esta edad, que fue HanChol quien me dio más para recordar.

Me siento triste y culpable por esto, debido a JungHo.

"¿POR QUÉ TE SIENTAS AQUÍ todo el día viendo el mar, tía? ¿No tienes a nadie a quien cuidar?

Era Jindo Daek con su ropa de buceo. Debido a que ella era de Jindo en el continente, todos la llamaban Jindo daek o la mamá de CholSoo, en honor a su bebé.

"¿Dónde está CholSoo, Jindo daek?" Yo le pregunte a ella.

“Lo dejé en una roca, allá en la cala”. Miró detrás de su hombro.

"¿Qué? ¿Dejar a un bebé de un mes en una roca junto al mar? Salté.

“Tía, eso es lo que hacemos las mujeres del mar. Si no lo mantengo cerca, ¿cómo puedo darle mi pecho cuando tiene hambre? Ella puso los ojos en blanco.

"Siempre estoy en la playa de todos modos, ¿por qué no me dejas verlo?"

"Es por eso que vine aquí, ¿no?" Ella sonrió, ya guiando el camino hacia la cala. CholSoo maullaba como un gatito dentro de una roca negra en forma de cuenco, a un metro del suelo. Su madre abrió rápidamente su camisola y lo amamantó, y noté que tenía un gran moretón en el hombro. Le pregunté sobre eso.

“Oh, esto no es nada. Las olas eran muy fuertes”, dijo.

LOS DÍAS SE HICIERON MAS LARGOS y CholSoo cambió de rojo brillante a beige claro. Era un bebé tan bondadoso. Me senté solo en la cala con CholSoo, protegido del rocío del mar, el viento y el sol. Las otras mujeres regresaban periódicamente para vaciar sus bolsas de abulones y comer un bocado antes de regresar. Estaban divididos por rango y solo podían bucear en sus respectivas áreas. La madre de CholSoo solo salía a las aguas poco profundas de la orilla y, cuando regresaba, su bolso solía ser mucho más liviano que el de los demás.

UNA NOCHE ME COSTÓ DORMIR. Era el sonido de las olas rompiendo. Tan pronto como el cielo comenzó a aclararse, salí a caminar. El sol estaba justo debajo del mar y el mundo estaba inundado de naranja y rosa.

Mis pies me llevaron al acantilado, y allí, de pie, en medio de la hierba nueva que revoloteaba, había un par de caballos salvajes de color castaño. Me miraron durante mucho tiempo con ojos tan tranquilos.

"VEN AHORA, si de verdad quieres bucear, te enseñaré", me dijo Jindo *daek*, lanzándome un pantalón de buceo y una camisa de lino blanco.

"¿Qué pasa con CholSoo?" Yo pregunté.

Él estará bien. Acabo de darle de comer y no estaremos fuera mucho tiempo.

Rápidamente me puse el traje de buzo y me puse las gafas circulares sobre la cabeza. Ella no me dio una bolsa, un cuchillo y una

boya, porque ni siquiera intentaría bucear profundo o atrapar un abulón durante al menos meses.

El agua estaba más caliente de lo que pensaba. Todo lo que aprendí ese día fue cómo flotar en el agua sin hundirme. Durante horas me mecí en las aguas poco profundas de color turquesa, las olas me llevaban de un lado a otro, meciéndome de la forma en que meció a CholSoo para dormir.

FINALMENTE GANÉ UN POCO DE RESPETO dentro de la aldea después de que le compré un televisor en blanco y negro al alcalde del pueblo vecino. Nadie había tenido nunca un televisor en este pueblo, y casi todas las noches la gente venía a mi casa a ver las noticias, sin importar que apenas entendían lo que decían. De vez en cuando, la pantalla se volvía estática y tenía que levantarme y golpear el costado del televisor para que volviera a funcionar. Incluso estaban encantados con eso. Las mujeres comenzaron a llamarme Seoul *halmang*, abuela de Seúl.

DESPUÉS DE MESES DE BALANCEO y remando como un perro, finalmente pude contener la respiración y hundirme en el fondo del mar. Era solo un poco más profundo que mi altura, pero el pánico se apoderó de mí y volví a la superficie, tosiendo y jadeando. Jindo daek me dio su brazo para que pudiera agarrarlo y recuperar el aliento. No pude evitar notar que su brazo estaba cubierto de moretones. Cada día sus moretones se hacían más grandes.

"No es nada", dijo antes de que pudiera cuestionarla.

"Podrías dejarlo y venir a vivir conmigo", le ofrecí.

“Tía, derribaría toda tu casa y me arrastraría por el pelo”, dijo.

Después de un poco de práctica, comencé a recolectar erizos de mar y ostras cerca de la orilla. En lugar de ir a la cala a relajarme con las otras mujeres, me quedé en el mar y simplemente floté. En el agua, sentí el peso de las personas que solía estar cayendo al fondo del mar. Ya no me sentía como la misma persona que había tenido todas esas angustias y remordimientos.

UNA NOCHE, el locutor de rostro rígido informó que el último tigre capturado en la naturaleza había muerto en el Zoológico del Palacio ChangGyeong. Había sido descubierto como un cachorro huérfano justo después del final de la Guerra de Corea. La mayoría de los científicos creen que el tigre siberiano ya está oficialmente extinto en la península de Corea. Pero un científico que fue entrevistado dijo que

aún pueden existir en la Zona Desmilitarizada o en las montañas más profundas en la frontera noreste de Corea del Norte.

ME DESPERTÉ al sonido de maullidos afuera de mi puerta y encontré a CholSoo en una canasta. Su madre no se encontraba por ninguna parte en el pueblo, la cala o el mar. Para el mediodía, se había corrido la voz de que había dejado a su bebé conmigo y había huido de vuelta al continente. Su esposo, un capitán de un barco de pesca con la cara roja, pronto entró pesadamente en mi casa, apestando a alcohol.

¡Dónde está esa puta! La romperé por la mitad esta vez. ¿Y dónde está mi hijo?

"Jindo daek no está aquí y no sé dónde está. Pero parece que ella quería que yo cuidara de CholSoo —dije con la mayor calma posible.

"¡Estúpida moza, devuélveme a mi hijo!" Mostró los dientes.

"Soy lo suficientemente mayor para ser tu madre, cuida tu lengua", espeté. "¿Sabes algo sobre criar a un bebé? Bien, tómalo, si quieres ver morir de hambre a tu propia carne y sangre. Por tu estupidez y terquedad, vas a matar a este bebé inocente. Al igual que golpeas a la madre de tu propio hijo". Entré en la habitación y fui a buscar a CholSoo en pañales.

"Toma, llévatelo si tienes alguna idea de cómo alimentarlo y vestirlo".

Tan pronto como el hombre se inclinó, el bebé comenzó a llorar. Su padre se estremeció y me imaginé que golpeaba a su esposa cada vez que no podía calmar al bebé lo suficientemente rápido.

"No soporto ese llanto. . ." Hizo una mueca.

"Vete ahora. Si quieres lo mejor para tu hijo, vete en paz".

Dio media vuelta y salió por mis puertas.

CHOLSOO ERA UN BUEN BEBÉ. Había cuatro enfermeras en la aldea y se turnaban para cuidarlo una vez al día. Les pagué generosamente por su leche. Para las otras comidas, le di a CholSoo una papilla hecha de arroz molido. Siempre sonreía cuando venía a recogerlo; la parte superior de su cabeza olía a leche y pan. Cuando escuchaba su suave respiración por la noche, ya no me sentía sola. Ya no sentía la necesidad de dar un paseo antes del amanecer.

ERA PRINCIPIOS DE VERANO y las colinas y los acantilados estaban cubiertos de rododendros rosados. Algo que descubrí también es que en Jejudo los cosmos florecen incluso en primavera y verano. La vista de las flores silvestres y el mar hizo que me doliera el corazón. Por eso

busqué el agua.

Llevé al bebé a la cala conmigo y lo acosté en la roca en forma de cuenco. Las otras mujeres ya estaban a cientos de metros de la orilla. Vadeé solo hasta las aguas poco profundas con mis herramientas.

El agua era tan clara que podía ver los pececitos de colores desde arriba de la superficie. Un pez naranja con rayas blancas, del tamaño de mi dedo meñique, mordisqueó mi dedo del pie y luego se alejó nadando rápidamente.

Me puse las gafas, respiré hondo y me hundí. Las rocas parecían prometedoras con sus corales, anémonas de mar y estrellas de mar, pero solo pude contener la respiración por un tiempo. Me sumergí varias veces antes de recoger un solo erizo de mar. Tal vez había pasado una hora, pero ya estaba sin aliento y preocupada por el bebé.

Me hundí para una inmersión más antes de regresar a la cala. Fue entonces cuando vi un abulón encajado en una roca, a unos metros de mí. Resistí el impulso de salir a tomar aire y pateé mis pies hacia el fondo. Deslicé mi cuchillo debajo del abulón y lo corté de la roca.

Mi cabeza salió a la superficie y jadeé por aire, delirando ante el sol que brillaba incandescente sobre el acantilado. Cuando regresé a la cala, las otras mujeres ya se habían ido con sus capturas matutinas. Los mejores buceadores pescaban unos veinte abulones al día, y yo acababa de pescar el primero. CholSoo gimió en su cuna, lo levanté y lo mecí de lado a lado.

Después de darle las gachas a CholSoo, me senté en una roca y levanté el abalón. Su caparazón estaba cubierto de una fina capa de algas verdes y no parecía muy apetitoso. Pero había visto muchas veces a las marineras comer abulón crudo. Le di la vuelta para ver su parte inferior desnuda. Cuando lo saqué de la concha, mi cuchillo chocó con algo duro en la carne viscosa. Redondo, brillante. Era una perla, que brillaba rosa y gris como una luna matutina en la palma de mi mano.

Lo miré durante mucho tiempo y supe que JungHo todavía me estaba cuidando. Incluso desde el otro lado. Y seré de la misma manera, soltándome y aferrándome continuamente hasta que solo queden las partes marinas de mí.

La vida solo es soportable porque el tiempo te hace olvidar todo. Pero la vida vale la pena porque el amor te hace recordar todo.

Guardé la perla en mi bolsa de ropa y caminé hacia el agua. Floté

ingrávido en las frescas olas azules, mirando hacia el cielo azul sin nubes. Por primera vez en mi vida no sentí deseo ni anhelo de nada. Finalmente era uno con el mar.

Agradecimientos

Este libro no existiría sin Jody Kahn de Brandt & Hochman, cuya integridad, inteligencia y administración literaria me han guiado desde el principio. Un agente extraordinario y un acto de clase, Jody es uno de los grandes inyeones de mi vida.

Después de conocer al mejor agente del mundo, tuve la misma suerte de conocer a Sara Birmingham como mi editora. Su edición fue un arte en sí mismo, y su coraje al asumir esto me hizo querer conocer su brillantez al menos a mitad de camino. Mi más profundo agradecimiento a Sara, a la increíble asistente editorial TJ Calhoun y al equipo de ensueño de Ecco (especialmente a Allison Saltzman por la mítica chaqueta, Shelly Perron por la impresionante edición y Caitlin Mulrooney-Lyski por la incansable defensa). Hicieron de este el mejor libro que podría ser.

Agradezco a los editores de diarios y revistas literarias que han mostrado fe en mí a lo largo de los años, especialmente Luke Neima de Granta, quien publicó mi primer cuento, “Lenguaje corporal”, y más tarde, mi primera traducción. Tuve el orgullo de publicar un extracto de este libro en Shenandoah, gracias al cálido apoyo de la increíble Beth Staples. Gracias a todos en la Conferencia de Escritores Ambientales Bread Loaf, la Comisión Regional de Arte y Cultura y el Centro de Escritura Virginia C. Piper en la Universidad Estatal de Arizona, especialmente Ashley Wilkins por su paciencia y calidez. Olivia Chen, Hilary Leathem y James Gruett leyeron borradores y aportaron perspicacias que convirtieron el libro de un simple cachorro a una bestia adulta. Mis autoras de Princeton, especialmente Keija Parssinen, Alexis Schaitkin, Clare Beams, Eva Hagberg, Kate McQuade,

Más inyeons que han tocado mi vida y han contribuido a convertir Beasts en una realidad: Gracias, Edgard Beckand, por brindarme una confianza eterna. Gracias, Max Staedtler, por darme determinación: no me habría convertido en escritor sin ti. Gracias Arron Lloyd por darme optimismo. Entonces no lo sabía, pero ese día que salimos a correr en Fort Tryon Park en medio de una tormenta de nieve fue un punto de inflexión para el resto de mi vida. Mareza Larizadeh, tu amistad y tutoría significan mucho para mí. Gracias, Elise Anderson, por la

lealtad, las buenas palabras y los recuerdos: el hecho de que recuerdes lo que yo recuerdo es uno de los milagros de la vida. Renee Serell, mi amiga más antigua: al igual que las amigas de este libro, nuestras vidas siempre estuvieron destinadas a ser compartidas.

Mi más cálido agradecimiento y amor para Mary Hood Luttrell y el resto de mi familia de Peaceful Dumpling. Mary leyó algunos de los primeros capítulos del libro, y siempre estuvo a solo un texto de distancia de responder a cualquier dilema literario. El apoyo y el amor de Crystal Chin, Lindsay Frederick, Iga Kazmierczak, Lauren Sacerdote, Imola Toth, Nea Pantry, Kat Kennedy, Lana Stafford, Ema Melanaphy y otros editores y lectores de Peaceful Dumpling me sostuvieron mientras escribía este libro.

Estoy agradecido con la Sociedad de Conservación de la Vida Silvestre de Rusia y el Fondo Phoenix por sus décadas de protección incansable de los tigres siberianos y los leopardos de Amur en peligro de extinción en el Lejano Oriente ruso. Gracias por permitirme contribuir con una parte de las ganancias de este libro a sus esfuerzos de conservación. También me gustaría reconocer a los escritores y artistas de principios del siglo XX de diferentes países e ideologías; investigar sus obras fue esencial para traer este tiempo y lugar al presente.

Este libro no pretende declarar el triunfo de una ideología o país sobre otro, sino reflejar y defender nuestra humanidad compartida. El sufrimiento no conoce fronteras, y todas las personas merecen y anhelan la paz. Un día, mientras escribía este libro, pasaba por Columbus Circle cuando vi a activistas japoneses con pancartas en contra de las armas nucleares. Parecían como si estuvieran dentro de una generación de los bombardeos, sin embargo, sonreían suavemente. Gracias por la grulla de papel, el símbolo de la paz.

Mi madre, Inja Kim, me proporcionó su libro favorito sobre teoría literaria (editado por Kim Hyun), debates sobre lingüística y literatura coreanas y lecciones de historia, tanto del país como de nuestra familia. Las historias de su padre, Kim TaeHee, sus ojos dorados y sus misteriosos viajes a Shanghái durante el período colonial se convirtieron en la inspiración de esta novela. Mi padre, Hackmoo Kim, me enviaba libros por correo desde Portland a Nueva York, y siempre recogía los tomos que pensaba que yo podría encontrar incluso un poco inspiradores o interesantes. Pero mis padres me ayudaron a escribir este libro mucho antes de que supiera que iba a ser escritora, transmitiéndome su amor por las artes y la naturaleza, y enseñándome

cómo vivir como artista y como ser humano. Creyeron en mí antes de que yo creyera en mí mismo. Les debo todo.

Y, finalmente, a David Shaw, el gran inyeon de mi vida. Nos conocimos antes de conocernos, por eso sé que todo lo que escribí en esta novela es verdad.

Sobre la autora

JUHEA KIM nació en Incheon, Corea, y se mudó a Portland, Oregón, a los nueve años. Sus escritos han sido publicados en Granta, Guernica, Catapult, ZYZZYVA y otros medios. Es la fundadora y editora de Peaceful Dumpling, una revista en línea en la intersección del estilo de vida sostenible y la literatura ecológica. Obtuvo su licenciatura en arte y arqueología de la Universidad de Princeton. Bestias de una pequeña tierra, su primera novela, será traducida y publicada en todo el mundo. Después de una década en la ciudad de Nueva York, Kim ahora vive con sus dos gatos rescatados en Portland, Oregón.

Descubra grandes autores, ofertas exclusivas y más en hc.com.

Derechos de autor

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor o se usan de manera ficticia y no deben interpretarse como reales. Cualquier parecido con eventos, lugares, organizaciones o personas reales, vivas o muertas, es pura coincidencia.

BESTIAS DE UNA TIERRA PEQUEÑA. Copyright © 2021 por Juhea Kim. Todos los derechos reservados bajo las Convenciones Internacional y Panamericana de Derechos de Autor. Mediante el pago de las tarifas requeridas, se le ha otorgado el derecho no exclusivo e intransferible de acceder y leer el texto de este libro electrónico en pantalla. Ninguna parte de este texto puede reproducirse, transmitirse, descargarse, descompilarse, modificarse mediante ingeniería inversa, almacenarse o introducirse en ningún sistema de almacenamiento y recuperación de información, de ninguna forma ni por ningún medio, ya sea electrónico o mecánico, ahora conocido o inventado en el futuro. , sin el permiso expreso por escrito de HarperCollins e-books.

Diseño de portada por Allison Saltzman
Arte de portada: tigre © Jasmijn Solange Evans, paisaje cortesía del Museo del Palacio Nacional de Corea
Arte de la portada por Sergey Pekar y khan3145 / Shutterstock, Inc.

Ecco® y HarperCollins® son marcas comerciales de HarperCollins Publishers.

PRIMERA EDICIÓN

Catalogación en la publicación de la Biblioteca del Congreso

Nombres: Kim, Juhea, autor.
Título: Bestias de una pequeña tierra: una novela / Juhea Kim.
Identificadores: LCCN 2021002241 (letra impresa) | LCCN 2021002242 (libro electrónico) | ISBN 9780063093577 (tapa dura) | ISBN 9780063093591 (libro electrónico)
Temas: LCSH: Cortesanas—Ficción. | Movimientos de resistencia coreanos, 1905–1945—Ficción. | GSAFD: Ficción histórica. | Historias de amor.
Clasificación: LCC PS3611.I454535 B43 2021 (impresión) | LCC PS3611.I454535 (libro electrónico) | DDC 813/.6—dc23
Registro de LC disponible en https://lccn.loc.gov/2021002241

Registro de libro electrónico de LC disponible en https://lccn.loc.gov/2021002242

Edición Digital DICIEMBRE 2021 ISBN: 978-0-06-309359-1

Versión 10152021

Imprimir ISBN: 978-0-06-309357-7